

2

BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

MARIANA DE CARVAJAL

NAVIDADES
de **M**adrid
y NOCHES ENTRETENIDAS





BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

MARIANA DE CARVAJAL

NAVIDADES
de **M**adrid
y NOCHES ENTRETENIDAS

Edición anotada de Dámaso Chicharro Chamorro
Posfacio de Rosa Navarro Durán

CONSEJERÍA DE CULTURA

Biblioteca Virtual de Andalucía

Mariana de Carvajal es una de las grandes representantes de la novela corta del Barroco en España, género muy cultivado y del gusto de aquellos lectores. Nació a comienzos del siglo XVII en Jaén, descendiente de una noble familia de Granada. A esta ciudad se trasladaría con pocos años y en ella se casaría en 1635 con don Baltasar Velázquez, Alcalde de hijosdalgo en la Real Chancillería granadina. En 1640 nació su hijo Rodrigo, el primero de su numerosa familia, y poco después se marcharían a Madrid, cuando su marido entró a formar parte del Consejo de Hacienda. Doña Mariana enviudó en 1656, lo que la dejó en una situación económica tan desastrosa que se vio obligada a dirigir un memorial al rey Felipe IV, le solicitaba una pensión que años antes le había concedido a su marido. Esa muerte y la necesidad de mantener a su numerosa familia la obligaron a salir al ámbito de lo público, fue cuando su obra vio la luz. Mariana de Carvajal es una de las pocas mujeres que en el Siglo de Oro tuvieron la educación, inteligencia y coraje necesarios para escribir; María de Zayas y Leonor de Meneses fueron otras compañeras de generación. En 1664 se celebró en Granada en casa de su hijo Rodrigo una academia literaria organizada por otro de sus hijos, Francisco, en la que intervinieron varios poetas, “cisnes granadinos” los llama en la dedicatoria, pero su nombre no aparece, por lo que se ha deducido que tal vez ya hubiera muerto. Un año antes sus *Navidades de Madrid y noches entretenidas*, en ocho novelas se habían publicado en la capital.

[el autor]

Una colección de ocho novelas cortas de temática amorosa conforman las *Navidades de Madrid y noches entretenidas* de Mariana de Carvajal, única obra que se conserva de la autora, a pesar de que en el prólogo promete al lector “un libro de doce comedias”. El marco narrativo que engarza estas narraciones, y donde inserta numerosas composiciones poéticas, sigue el modelo que Boccaccio creara en su *Decamerón*: el interior de una mansión como espacio, un grupo de personas en amigable conversación y una circunstancia que justifica esa reunión. En las *Navidades* uno de los personajes, doña Juana, una dama viuda como Mariana de Carvajal, organiza entretenimientos para las cenas de los días que siguen a la Nochebuena, así cada uno de los invitados será narrador de un suceso. Al que ella da voz, *La industria vence desdenes*, se considera la mejor de las ocho novelas: recreada la acción en una deliciosa atmósfera de cotidianeidad, el poder del amor vence, a pesar de llevar casi a las puertas de la muerte a sus protagonistas. *La Venus de Ferrara*, *La dicha de Dorístea*, *Del amante venturoso*, *El esclavo de su esclavo*, *Quien bien obra siempre acierta*, *Celos vengan desprecios* y *Amar sin saber a quién* son los otros títulos. Mariana de Carvajal es una cuidadosa retratista de interiores, de sus detalles, y sus escenas están cargadas de una gran fuerza teatral, el lector casi ve bailar a los personajes o los oye cantar. Las tramas no son complejas, hay momentos en los que apenas sucede nada, entonces ahonda en el análisis de los personajes, la atmósfera que los envuelve cobra importancia y Mariana de Carvajal nos cautiva.

[la obra]

Colección *Una Galería de Lecturas Pendientes*
Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura
© 2010 JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura
© de la edición anotada: Dámaso Chicharro Chamorro
© del posfacio: Rosa Navarro Durán
Maquetación y diseño: Carmen Piñar
ISBN: 978-84-9959-031-8
D.L. : GR-4743-2010

Ilustración de cubierta: Luis Egidio Meléndez. *Bodegón con servicio de chocolate*.
1770. Museo del Prado, Madrid.

índice

NOVELA PRIMERA	17
NOVELA SEGUNDA	59
NOVELA TERCERA	95
NOVELA CUARTA	117
NOVELA QUINTA	141
NOVELA SEXTA	157
NOVELA SÉTIMA	175
NOVELA OCTAVA	241

POSFACIO

MARIANA DE CARVAJAL Y SUS NAVIDADES DE MADRID Y NOCHES ENTRETENIDAS	351
--	-----

Rosa Navarro Durán

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR
DON FRANCISCO EUSEBIO DE PETTING,

CONDE DEL SACRO ROMANO IMPERIO, BARÓN DE OBERFALQUENSTAIN,
SEÑOR DE GROSKIRCHAUMB, RUMBURG Y UVILTCHIN, BURGRAVIO PERPETUO DE LIENZ,
DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD CESÁREA EL SEÑOR EMPERADOR LEOPOLDO I,
SU GENTILHOMBRE DE CÁMARA, VICECANCILLER EN EL REINO DE BOHEMIA
Y SU EMBAJADOR ORDINARIO EN LA CORTE DE SU MAJESTAD CATÓLICA
EL SEÑOR REY DON FELIPE IV EL GRANDE,
Y PLENIPOTENCIARIO PARA EL CASAMIENTO DE SU ALTEZA
LA SEÑORA DOÑA MARGARITA MARÍA DE AUSTRIA,
INFANTA DE ESPAÑA, CON SU MAJESTAD CESÁREA, ETC.

Altamente suena en los términos del Orbe la trompa de la fama, pero primero se mereció con el clarín de la campaña que, como la fama es hermana de gigantes, si no es con asombros y hazañas, no se alcanza. Dicha es nacer ínclito en la sangre; saber merecer el alto blasón sólo es valor. Grande es Vuestra Excelencia por la exaltación de su Casa, pero por sus acciones ilustres se ha granjeado tantos títulos y renombres, que no caben en las hojas de los volúmenes de la Retórica. Las ocurrencias de las empresas políticas que ha tanto tiempo que maneja Vuestra Excelencia publican lo sin medida de su inmensa capacidad, pues, usando de la línea en la circunferencia de la universalidad, toca el punto para lo ingenioso y, para sondar las materias, la profundidad. Este esplendor de antecesores no pasados (pues todas sus grandezas se conservan en Vuestra Excelencia), este preclaro de atributos personales descubrieron el horizonte a mis deseos en la neutralidad de hallar un protector que con su nombre hiciese plausible este libro, pues, representándome a Vuestra Excelencia, hallé no sólo el lleno de mi codicia, sino el logro de los más ambiciosos intereses. Permítale Vuestra Excelencia a esta pequeña oferta, sin reparar en la cortedad del volumen, que el corazón del hombre

es la parte menor del compuesto animado y es la que más estima Dios; porque en los dones que se consagran no se mira a lo que se ofrece, sino al modo con que se ofrece; esto es, la voluntad rendida, que es la que yo dedico a Vuestra Excelencia en estas novelas, suplicando perdone lo desmedido de este pensamiento, pues se atreve sin tener merecido su agrado, pero le procura merecer, deseando toda prosperidad a Vuestra Excelencia, cuya persona guarde Dios para grandeza de ambas Coronas.

Excelentísimo Señor,
B. L. P. (besa los pies) de V. Exc.
quien más le desea servir.

AL LECTOR

Atento y curioso lector: aunque no me será posible el conseguir lucidos desempeños en el arresto de tan conocido atrevimiento, no por eso dejaré de servirte con los sucesos que en este pequeño libro te ofrezco, aborto inútil de mi corto ingenio. Y, pues se dirigen a solicitar, cuidadosa, gustosos y honestos entretenimientos en que diviertas las perezosas noches del erizado invierno, te suplico admitas mi voluntad, perdonando los defectos de una tan mal cortada pluma, en la cual hallarás mayores deseos de servirte con un libro de doce comedias en que conozcas lo afectuoso de mi deseo.

Por primer suceso de este breve discurso te presento una viuda y un huérfano; obligación precisa es de un pecho noble el suavizar tan penoso desconsuelo, pues el mayor atributo de que goza la nobleza es preciarse de consolar al triste, amparar al pobre y darse por bien servido del siervo humilde que, deseoso de lograr sus mayores aciertos, sirve con amorosa lealtad a su estimado dueño. Apadrinada de tan conocidas verdades, ni me desvanecerán los aplausos de tu bizarría, ni me daré por ofendida de tu censura, pues mi mayor vencimiento será el estar a tus plantas, siempre atenta a tan prudente corrección. Vale.

APROBACIÓN

del Padre Fray Juan Pérez de Baldelomar, de la Orden de San Agustín, N. P., jubilado en Predicador Mayor de dicha Orden, y al presente Predicador de Corte en el Convento Real de San Felipe.

De orden del señor Don García de Velasco, Vicario de esta Corte y su partido, he visto este libro de Novelas de Doña Mariana de Caravajal y Saavedra, y no he notado en él cosa que se oponga a nuestra Santa Fe y buenas costumbres; antes he admirado que haya, en el recogimiento de una mujer, estilo para que, con sus honestos divertimientos, dé materia para deleitar, aprovechando a quien le leyere. Este es mi parecer, salvo, etc. En este Real Convento de San Felipe de Madrid, a 22 de setiembre de 1662.

Fr. Juan de Baldelomar

LICENCIA DEL ORDINARIO

EL Licenciado Don García de Velasco, Vicario de esta Villa de Madrid y su partido, por el presente y por lo que a nos toca, damos licencia para que se imprima un libro intitulado *Novelas*, de Doña Mariana de Caravajal y Saavedra, por quanto de nuestro mandado ha sido visto y examinado, y no contiene cosa alguna contra nuestra Santa Fe y buenas costumbres. Dada en Madrid, a veinte y cinco de Setiembre de mil y seiscientos y sesenta y dos años.

Licenciado D. García de Velasco
Por su mandado
Pedro Palacios, notario

APROBACIÓN

del Padre Fray Ignacio González, Predicador de la Orden de San Agustín, N. P. Visitador que ha sido de esta Provincia de Castilla y Rector del Colegio de Doña María de Aragón.

M.(uy) P.(oderoso) S.(eñor)

De orden de V. A. he visto un libro de *Novelas* de D. Mariana de Caravajal y Saavedra, y no hallo en él advertencia digna de reparo que desdiga a nuestra Santa Fe y buenas costumbres; antes bien es de admirar que en estos tiempos haya quien emplee el tiempo en este ejercicio. Este es mi parecer. En el Colegio de Doña María de Aragón, de la Orden de San Agustín de esta Corte, a doce de Noviembre de 1662 años.

Fr. Ignacio González

SUMA DE PRIVILEGIO

Tiene privilegio de su Majestad Doña Mariana de Caravajal y Saavedra para poder imprimir un libro intitulado *Navidades de Madrid y noches entretenidas, en ocho novelas*, que ha compuesto, por tiempo de diez años, y que ninguna persona lo pueda imprimir sin su licencia, como más largamente consta de su original. Despachado en el oficio de Pedro Hurtiz de Ipiña, escribano de cámara del Rey nuestro señor, en 7 de Diciembre de 1662 años.

Pedro Hurtiz de Ipiña

SUMA DE LA TASA

YO, Pedro Hurtiz de Ipiña, escribano de cámara del Rey nuestro señor, de los que residen en su Consejo, certifico y doy fe que, aviéndose presentado ante los señores de él, por Gregorio Rodríguez, impresor de libros en esta Corte, un libro intitulado *Navidades de Madrid en noches entretenidas*, compuesto por Doña Mariana de Caravajal y Saavedra, de que hizo presentación, que se ha impreso en virtud de privilegio de su Majestad, tasaron cada pliego del dicho libro a cinco maravedís, el cual tiene quarenta y ocho pliegos, sin los principios, que a los dichos cinco maravedís monta el dicho libro siete reales y un cuartillo, en que se ha de vender en papel. Y dieron licencia a la dicha Doña Mariana de Caravajal para que al dicho precio se pueda vender; y mandaron que esta tasa se ponga al principio y no se venda sin ella. Y para que de ello conste, dí el presente en Madrid, a trece días del mes de Agosto de mil y seiscientos y sesenta y tres años.

Pedro Hurtiz de Ipiña

TÍTULOS

1

LA VENUS DE FERRARA

2

LA DICHA DE DORISTEA

3

DEL AMANTE VENTUROSO

4

EL ESCLAVO DE SU ESCLAVO

5

QUIEN BIEN OBRA SIEMPRE ACIERTA

6

CELOS VENGAN DESPRECIOS

7

LA INDUSTRIA VENCE DESDENES

8

AMAR SIN SABER A QUIÉN

DE LAS NOVELAS Y FÁBULAS
QUE SE CONTIENEN EN ESTE LIBRO

NOVELA PRIMERA
LA VENUS DE FERRARA

En la Real Corte de España, Villa de Madrid, tan celebrada por sus hermosas damas como populosa por sus Reales Consejos, tan asistidos de pleiteantes y pretendientes, vivía una señora llamada doña Lucrecia de Haro que, en decir su apellido, remito al silencio lo que debo a la veneración en tan conocida y notoria calidad. Estaba casada con un caballero, anciano y enfermo, llamado don Antonio de Silva. Tenía un hijo del nombre de su padre, tan bizarro mancebo, cortés y bien entendido, que se llevaba los ojos de todos los que le conocían¹. Era don Antonio tan obediente a sus padres, que gozaba las debidas alabanzas, más por su prudente modestia que por las muchas partes² de que el Cielo le dotó.

Aunque doña Lucrecia tenía muchas casas, respeto de los achaques de su esposo, gustaba de vivir en una labrada a la malicia³, cerca de El Prado, por ser de mucho recreo. Tenía cinco cuartos principales y un hermoso y dilatado jardín, poblado de árboles frutales, hermosos naranjos, nevada tapicería de sus paredes, cuadros de cortadas murtas, adornados de enrejados de menudas cañas entretejidas de cándidos jazmines, hermosas matas de claveles, espesos y encarnados rosales, fecundas

vides que servían de hermoso dosel al sitio ameno, guardando su olorosa fragancia de los ardientes rayos del dorado Febo⁴. Tenía dos copiosas fuentes, que lisonjeaban las matizadas flores y menudas yerbas con sus cristalinos raudales. En la una estaba una ninfa de bruñido y cándido alabastro, arrojando por ojos, boca y oídos, rizados despeñaderos de sus gigantes, que, trepando con impetuosa violencia hasta las vides, volvían a la anchurosa vasa⁵ desparcidos en menudas hebras de escarchada plata. La otra se adornaba de un hermoso peñasco de remendados jaspes, poblados de conchas y caracoles, mariscos embutidos de atanores⁶ sutiles de lata, arrojando en trabada escaramuza hermosa tropelía de menudo aljófár⁷.

Vivía doña Lucrecia en el cuarto de adentro, por dar los que caían a la calle a sus nobles moradores. En los dos alinde⁸ al suyo vivían dos hermosas y principales damas, la una llamada doña Lupercia y la otra doña Gertrudis. En los del patio, en el uno habitaban dos caballeros vizcaínos, residentes en la Corte a pleitos y pretensiones, el uno llamado don Vicente, el otro don Enrique. Al cuarto frontero se mudó una viuda principal, mujer que lo fue de un Maestre de Campo, llamada doña Juana de Ayala. Tenía una hija de diecisiete años, tan hermosa como honesta, pues doña Leonor gozaba aquella fama tanto por su rara belleza como por sus conocidas virtudes.

A quince días de mudada, le pareció a doña Lucrecia y a sus vecinas bajar a visitarla y darle la bienvenida; fue don Antonio escudereando⁹ a su madre. Fueron bien recibidos de la prudente viuda. Estando de visita, entraron los vizcaínos y, pareciéndoles buena ocasión de verlas y cumplir su obligación, no quisieron perdonarla, porque don Vicente estaba muy prendado de Doña Gertrudis y quiso gozar de su amada vista en achaque¹⁰ de la recién venida. Quedó don Enrique tan enamorado de doña Leonor, que dentro de ocho días la envió a pedir. Respondió doña Juana que no trataba de casarla hasta concluir con un pleito que tenía y esperaba la merced de un hábito; y aparte de estas cosas, no la casaría con forastero, por que no se la quitara de los ojos al mejor tiempo. Quedó el enamorado caballero tan triste con la respuesta que le dio, que, a no estar su amigo con él, pasara penosas melancolías.

No le pesó a don Antonio de que se despidiera el casamiento, por quedar rendido a su hermosura y honestidad, aunque no se atrevía a decir su cuidado, temiendo la severa condición de su madre y porque doña Juana encerró a su hija, temerosa de los fracasos que suceden a las madres descuidadas. Como don Enrique vivía dentro de casa, estaba don Antonio tan triste con el mucho recato y encierro de doña Leonor, que por aliviar parte de su amorosa pena, pagándole francamente a un diestro pintor, le obligó a que madrugara entre dos luces para hallarse en los Carmelitas Descalzos, porque doña Juana y su hija iban a oír la primera misa. Acudió los días que bastaron para conseguir su diligencia y, como la descuidada doncella, por no haber gente en la iglesia, se destapara, tuvo lugar de copiarla tan perfecta, que don Antonio se volvía loco de contento de ver a su hermoso dueño, tan imitado, que parecía que respondía con los graves y divinos ojos a las quejas que le daba por su mucho encierro.

No lo pasaba la hermosa dama tan libre de penas que no pagara la deuda con sobrado colmo, porque su madre, hablando con las amigas que la visitaban, celebraba las bizarras partes¹¹ de don Antonio, dando a entender se tendría por dichosa de ver a su hija tan bien empleada y, aunque no lo decía a tiempo que estuviera delante, oyendo palabras al vuelo, pudieron tanto en su tierno pecho, que amaba a su rendido amante. Y por no dar a su madre sospecha, se quitaba de intento del estrado¹² y se iba, para dar lugar a la conversación, consolándose con lo que se decía, con la esperanza que tenía por haber escuchado en una ocasión que tenía intento de tratar el casamiento en acabando con sus cuidados. Todos asistían al cuarto de doña Lucrecia por divertir los achaques de su esposo. Las damas, con la música, en que eran diestrísimas y los caballeros unas veces jugando a los naipes, otras contándoles las novedades que oían en Palacio.

Dos años vivieron todos con tan honradas correspondencias, que más parecía parentesco que vecindad. Y llegado el riguroso invierno armado de sus espesas nieves y empedernidos yelos, apretándole al doliente caballero los achaques con tan vehemente crueldad que los puso en cuidado, llamaron los médicos; halláronle peligroso y mandaron que dispusiera las cosas de su alma. Cumplió el cristiano

caballero con su obligación, dejando a su hijo por heredero de treinta mil ducados¹³ y a su esposa por albacea y tutora, seguro de su amor y prudente gobierno.

A los últimos de octubre asistieron las amigas y nobles vecinas a la desconsolada viuda, para acompañarla al recibimiento de las muchas visitas; y los vizcaínos y otros amigos al huérfano, para acompañar y recibir a los caballeros que venían a dar los pésames, porque doña Lucrecia y su esposo se correspondían con la nobleza de la Corte. Pasado el impetuoso torbellino de las repetidas penas y renovados llantos, estando todos una noche en el cuarto de doña Lucrecia, doña Juana, deseosa de ganarle la voluntad, dijo a los demás señores:

—Ocho días nos quedan para llegar a la Pascua, la Nochebuena siendo domingo. Pues los fríos son tan grandes y tenemos tribuna¹⁴ dentro de casa, parece-me que estos cinco días de Pascua y lo restante de las vacaciones no dejemos a nuestra viuda y que la festejemos entre todas, repartiendo los cinco días. Yo tomaré a mi cargo la Nochebuena y daré a todos la cena. Y pues estamos libres de la murmuración de los vecinos y este cuarto está retirado de la calle, tendremos un poco de música y otro poco de baile. El primero día de Pascua será la obligada la señora doña Gertrudis; el segundo, el señor don Vicente; el tercero, doña Lucrecia; y el último, el señor don Enrique. Cada uno ha de quedar obligado a contar un suceso la noche que le tocare.

Aceptaron el concierto, y prometiendo de cumplirlo como su merced lo mandaba, respondiéndoles que no podía mandar a quien deseaba servir y, por parecerles tarde, se retiraron a sus cuartos, cuidadosos de prevenir regalos. Don Enrique le dijo a su amigo:

—Yo no he perdido las esperanzas del casamiento. ¿Os parece que le envíe a doña Juana un regalo para la Nochebuena?

Respondió:

—No se puede perder nada, que a dos hombres como nosotros toca por obligación, estando en una casa adonde todas son mujeres solas, aunque son ricas,

hacer demostración de Pascua, pues don Antonio, con su pena, no supone en esta fiesta y casa. Sabéis que tengo intento de casarme con doña Gertrudis, y con esa capa me atreveré a enviarle otro, que deseo hallar ocasión de servirla en algo y, como es tan recatada, no da lugar a cumplir mi deseo.

Otro día¹⁵ salieron a la Concepción Jerónima a ver a una tía de don Enrique y le pidió le hiciera cuatro platos considerables. Sabía la pretensión de su sobrino y prometió cumplir con el cargo que se le daba. Previniéronse de otras cosas, sin muchos regalos, los cuales habían enviado de Vitoria. No quiso doña Lucrecia darles con visos de luto¹⁶ y mandó que aderezaran una sala que caía al jardín, adornándola de turquesadas alfombras, almohadas y sillas bordadas, ricas y costosas láminas, varias pinturas, lustrosos y grandes escritorios, dos braseros de plata colmados de menudo y bien encendido errax¹⁷, cercados de olorosos y ambarinos pomos¹⁸, prevenidas luces, que a sus encendidos visos arrojaban las ricas alhajas cambiantes resplandores.

Llegado el domingo, subieron a la tribuna a oír misa y se les dio chocolate; estimaron el regalo, suplicándole no tuviera cuidado de prevenirles nada, pues le tocaba el cargo de servirla aquellos días. Estimó doña Lucrecia el galanteo y, venida la tarde, entrando a la prevenida sala, quedaron admirados de la mucha riqueza, por haberlo tenido todo guardado con los achaques de su esposo. Después de haber mirado con atención el primoroso aseo, dijo doña Juana:

—Pues me toca esta noche, han de alegrar estas señoras la fiesta con la música.

Respondióle doña Gertrudis que lo harían con mucho gusto, con condición que había de subir la señora doña Leonor a gozar de todo, que no eran días de tanto encierro.

—Prometo a vuestras mercedes —respondió doña Juana— que lo dejo por darle gusto, porque es tan encogida que me enfada algunas veces, mas no por eso dejará de servirlos. Voy por ella, porque no vendrá aunque la envíe a llamar.

Había enviado la monja cuatro fuentes; en una, una costosa y bien aderezada ensalada, con muchas y diversas yerbas, grajea¹⁹ y ruedas de pepinos, labrada a trechos de flores de canelones y peladillas. Otra con un castillo de piñonate, torreado y cercado de almenas cubiertas de banderillas de varios tafetanes²⁰. En otra venía una torta real, poblada de mucha caza de montería, tan imitados los animales, que parecían vivos, con sus monteros apuntándoles con ballestas y arcabuces, lebreles y sabuesos adornados de tejonos y cascabeles²¹. La última fuente venía colmada de guantes, chapines, rosarios de alcorza²², con otras diferencias de peces, tortugas, encomiendas, pastillas... con tanto oro y ámbar, que dejó admirado a don Vicente la costosa curiosidad. Estimó don Enrique el cuidado de su tía, enviándole muchos regalos y mayores agradecimientos.

Como doña Juana bajó por su hija, fueron acompañándola y, llegada a su cuarto, envió los criados con el presente; estimóle en tanto que, a no estar prendada de don Antonio, fuera posible hacer el casamiento. Subieron todos arriba y fue doña Leonor recibida de aquellas damas con mucho amor y, sentados al abrigo de los olorosos braseros, le pidió doña Lucrecia que diera principio a la fiesta y cesase el achaque de retirada. Mandole su madre que obedeciera y, tomando el arpa de doña Gertrudis, después de haber tocado con mucha gala y mayor destreza, cantó la siguiente letra:

Jilguerillo que cortas el aire
tendiendo las alas al vuelo veloz,
vuelve, vuelve a la red amorosa,
no pierdas volando tu dulce prisión.
Más vale que cantes preso,
que no que cebe el halcón
sus rigores en tu sangre,
aumentando mi dolor.

Vuelve a la jaula y advierte
que con tu dulce canción
suspendes las tristes penas
de un rendido corazón.

Escucha atento el reclamo,
pues te obligo con mi amor
a que consueles mis ansias,
pues escuchas mi pasión.
A las voces de Amarilis
el pajarillo volvió,
y encerrándole contenta,
volvió a repetir su voz:

¡Vuelve, vuelve a la red amorosa...!

Dieron todos las gracias del repetido mote a doña Leonor, y quedó tan contenta de ver que su amante estaba absorto en la contemplación de su hermosura, que fue menester su cordura para disimular el alegría²³ que le bañaba el pecho. Mandó doña Gertrudis a Marcela, criada suya, trajera las castañuelas, diciéndole:

—Baila con cuidado, que he celebrado tus gracias, no me saques mentirosa.

Era recién venida y no de mala cara y, pidiendo a su señora le tocara la capona²⁴, bailó tantas y tan airosas mudanzas y repicados redobles, que pareció a todos tan bien, que le dieron muchos favores, significando el mucho gusto que les había dado²⁵. Y por ser tarde se trató de la cena, refiriendo doña Juana los regalos que le habían enviado. Respondió don Enrique:

—Bien parece que vuestra merced me trata como a vizcaíno, que siempre tenemos fama de cortos, a la vista de estas señoras.

Respondió doña Juana:

—Remítome a la verdad de lo que digo.

Trajéronse las mesas y en bufetes bajos, con reales y olorosos manteles; al venir de las fuentes, por últimos platos, encarecieron la razón que había tenido en pon-

derarlos, en particular la torta y, gastando un rato en considerar la variedad de su bien compuesta hermosura, casi con lástima de deshacerla, dijo doña Juana:

—Pues quédese para el regalo de mi señora doña Lucrecia.

—No pasaré yo por eso —dijo la viuda— y, dando una pasada con la mano de muchos de los alcorzados bultos, diciéndoles:

—¡Ea, señores, priesa a la montería, no se nos vaya la caza!

Celebraron el donaire con mucha risa, porque doña Lucrecia era aguda de dichos y se preciaba de ser cariñosa y entretenida. Alzadas mesas, dieron las debidas gracias a doña Juana y se divertieron un rato en jugar a las damas hasta que dieron maitines. Y, despedidos de la viuda, dieron lugar a que gozara del común reposo.

El diligente día primero de Pascua, por ser doña Gertrudis la obligada, le pareció a don Vicente enviarle algunos regalos y, con la licencia de Pascua, como por aguinaldo, en una curiosa bandeja le envió búcaros dorados, guantes de ámbar²⁶, bolsos estrechos y otras niñerías. Estimó la demostración y quiso darlo a entender y, poniendo cuatro lienzos de Cambray en la bandeja, le envió a decir que por ser labor de su mano se atrevía.

Quedó tan contento de verse favorecido, que trató con don Enrique darles un gusto para tener que reír y, saliendo de casa a dar las Pascuas a personas de obligación, no volvieron hasta la tarde, oídas las cinco. Mandaron a un criado que mirara si estaban en el cuarto de la viuda y, en diciéndoles que sí, atándose uno de los lienzos en la cabeza, otro en una pierna y dos en los brazos, estribando en la espada²⁷, ayudado de don Enrique y de un criado, entró en la sala de repente, dando a entender que venía herido. Asustáronse, preguntando: «¿Qué desdicha es esta?». Respondió don Enrique:

—No sé, señoras. Mi amigo viene herido mortalmente y, lo que más es, entiendo que un rapacillo le ha puesto así.

Doña Lucrecia, como era sagaz y vido que venían solos, preguntó:

¿Adonde sucedió esa desgracia?

—Aquí a la puerta —dijo el criado.

Replicó diciendo:

—Alégrome de que tengamos el cirujano en casa.

No pudo don Enrique disimular la risa. La discreta viuda le dijo a doña Gertrudis:

—Cure vuestra merced este enfermo.

Como reconocieron el bien pensado embuste, le preguntó:

—¿Adonde es la herida más peligrosa?

Respondióle: «Aquí, señora», señalando el pecho. Púsole la blanca mano en la parte que había señalado y, mirando a los demás, les dijo:

—Pierdan vuestras mercedes el cuidado de que este mal no es de muerte.

—Claro está —dijo don Vicente— que, si me cura un ángel, que ha de ser la salud milagrosa.

Alborozáronse con la risa, alabando la prudencia de doña Lucrecia, y respondieron diciendo:

—Si fuera verdad, no vinieran solos, que no era el suceso para no causar alboroto.

Trataron de cenar y doña Gertrudis las regaló con mucha franqueza, llevando los aplausos debidos a su galantería. Alzadas las mesas, sentándose en lugar a propósito, dijo así:

«Astolfo, duque de Ferrara, recién heredado en la grandeza de sus estados, empezó a reinar con tan próspera felicidad, que fue generalmente amado de todos

sus vasallos, porque era valeroso, de lindo cuerpo, hermoso de cara, claro de entendimiento y afable de condición. Preciábase de generoso con francas mercedes, propiedades dignas de un príncipe soberano. Tenía un deudo muy cercano a quien su padre, por ser esforzado en las armas, le había ocupado en las guerras que se ofrecían. Envióle a llamar y, dándole cargo de general de mar y tierra, le envió a que resistiera al Rey de Dalmacia, que pretendió usurparle parte de sus tierras.

Era Teobaldo viudo; tenía una hija, tan hermosa criatura que, celoso de su honra, considerando que ausente de su casa corría peligro su honor, se determinó a dejarla en un castillo, en una aldea ocho leguas de la Corte, por ser uno de los muchos lugares del señorío que gozaba en premio de sus servicios. Dejole veinte hombres de guarda y un criado leal de quien tenía segura confianza, para que él y su mujer cuidaran de su regalo, mandando a los demás criados obedecieran al decano en todo lo que les mandara.

No sintió Floripa su prisión (que este nombre le podemos dar), porque de su natural era honesta y recatada y vivía libre de pasiones amorosas, aunque estaba deseosa de ver a su primo por la mucha fama que le daban.

Celebraba el Duque viejo el nacimiento de Astolfo todos los días que llegaba el cumplimiento de sus años, con fiestas públicas y suntuosas, dando puerta franca en su real palacio para que entraran a ver sus grandezas todos los que quisieran verlas. No quiso Astolfo perder la costumbre de su padre. Pasado el tiempo de los lutos, mandó a un grande de su Corte llamado don Gonzalo, que gozaba de su privanza por su mucha prudencia y lealtad, que se previnieran las acostumbradas fiestas.

Como Leucano venía los más días a la Corte para llevar provisión a la fortaleza y regalos para Floripa, supo la determinación del Duque y, vuelto al castillo, dijo a su señora lo que pasaba, diciéndola²⁸:

—Bien podría vuestra Alteza ir en hábito de labradora a ver las fiestas, pues no la conocería nadie.

Parecióle bien y le mandó que le trajera galas a propósito para las dos. Un día antes de la víspera partieron, por llegar a tiempo de ver los prevenidos y voladores fuegos. Llevolas a casa de un amigo que vivía cerca de Palacio.

Otro día²⁹ quiso Floripa entrar a ver sus grandezas, para ver al primo deseado y, como había orden de no impedir la entrada, tuvieron lugar de llegar a una sala por donde había de pasar. Contento el Duque de ver tanta gente que le esperaba, tendiendo la vista a todas partes, puso los ojos en las dos labradoras y, mirando que traían velos en los rostros y lucidas galas, presumió serían algunas damas principales que venían disfrazadas. Movido de la curiosidad, le mandó a un paje de quien se fiaba que las entrara a ver todo y las detuviera hasta que volviera del paseo.

Quedó Floripa tan rendida de ver su bizarría, que no le pesó de que el paje las pidiera que entraran a ver, si venían a eso. Siguiéronle y, después de haberlo visto todo, las entró al cuarto donde dormía y, dejándolas en una recámara, les dio a entender la orden que tenía, diciéndoles que su Alteza tenía gusto de verlas y saber quién eran. Respondióle Leucano que la una era su mujer y la otra su hija. Díjole el paje:

—Aquí habéis de esperar a que vuelva y no dudéis de que os hará alguna merced, pues me ha mandado que os detuviera.

Con esto se fue, dejándolos encerrados. Cuando volvió, le dio cuenta de que los tenía en su cuarto. Entrose con él y mandole las trajera a su presencia y, venidas, mirando a Leucano con apacible semblante, le preguntó quién era y dónde vivía. Respondió que vivía en una aldea que se llamaba la Montena, ocho leguas de la Corte. Y preguntándole quién eran las labradoras, le respondió lo mismo que había dicho al criado. Mandoles que desprendieran los velos y, obedeciéndole, se quedó elevado mirando la rara belleza de Floripa y, vuelto de la suspensión, le dijo a Leucano:

—Honrado labrador, por quien soy que os tengo envidia y os juro, a ser casado, que diera cuanto tengo por tener otra hija como esta.

—En verdad —dijo Floripa— que, aunque yo quiero mucho a mi padre, que me holgara de que su merced lo fuera; porque es tan garrido, bendígale el Cielo, que da contento mirarlo.

Gustoso del simple donaire, quitándose de la pretina³⁰ una gruesa vuelta de cadena, se la dio, diciéndole:

—Tomad, que os quiero pagar el favor.

Tomola y, mirándola a lo bobo, le dijo:

—Pues en verdad que no me le paga muy bien, porque el alcalde de mi lugar dice que con las cadenas atan a los esclavos.

—Según eso —dijo Astolfo— mal hice en dárosla, pues soy yo el esclavo de unos ojos que ya me tienen cautivo.

Mesurose Floripa, bajando el hermoso rostro de honestas colores y, risueño de verla tan vergonzosa, le dijo:

—¿No me decís nada?

Respondiole:

—¿Qué quiere que le diga, si no le entiendo? Si quiere que le responda, hable claro.

—Sí haré —dijo Astolfo—. Dejad que pasen las fiestas y, pues las de hoy son tan grandes, quiero que seáis mi convidada. Mandaré que os pongan en parte donde las veáis a gusto. Decidme vuestro nombre.

Respondiole:

—Me llamo Penosa.

—Riguroso nombre tenéis —dijo el Duque—. Ya no me espanto de que sepáis dar penas.

Y, llamando al paje, le mandó cuidara de su regalo, advirtiéndole a Leucano que no se fuera sin verle.

Pasadas las danzas y representaciones, volviola contenta a su posada. Mandole a Leucano que apercibiera su viaje, diciéndole:

—No me atrevo a ver a mi primo que, si le parecí tan bien como ha dado a entender y se atreve a declararse, será fuerza decirle quién soy y quiero satisfacerme de su amor para declararme, pues merezco su casamiento, si el Cielo quiere hacerme dichosa.

Con esta determinación, se volvió al castillo y, para probar si sentía no haberle visto, no quiso que Leucano volviera a la Corte, porque no le vieran si acaso hubiera mandado que le buscaran.

Una noche le dijo:

—Mañana podéis ir a ver a mi primo; si os parece que su amor es tan grande como yo deseo, decidle quién soy sin que entienda que yo lo sé. Y pues fío de vuestra prudencia, no tengo más que decir. Prometió servirla con lealtad.

Otro día se partió y, llegado a la Corte, fue a palacio; pidió le llamaran al paje; salió a ver quién le buscaba, y le dijo:

—Mal habéis hecho en no haber venido, que su Alteza está disgustado, como³¹ os fuisteis sin verle.

Respondiole:

—Ya vengo a dar mi disculpa. Mire vuestra merced si le puedo ver.

Entró a decirlo y mandó que le trujera a su presencia. Y, quedando solos, le dijo:

—Enojado me tenéis en no haber venido a verme.

Respondiolo:

—Señor, con el cansancio del camino le dio a mi Penosa una calentura y me fue forzoso el irme. Ya está buena, gracias a Dios.

Díjole el Duque:

—Leucano, yo estoy loco de amor, y habéis de dar lugar a que goce su hermosura. Fiaos de mí, que yo pagaré la fineza, si aventuráis vuestro honor para darme vida.

Hincose de rodillas, diciéndole:

—Aquí tiene vuestra Alteza mi vida: mande cortar mi cabeza, pues no será posible servirle en lo que me manda. Y, si me promete callar este secreto, diré la verdad, para mostrarle que soy leal.

Prometió no romperlo y Leucano le dijo cómo Floripa era hija de Teobaldo y prima suya, y que su padre la había dejado en el castillo de la Montena porque no fuera vista de nadie, y que deseaba verle y por eso había venido a las fiestas. Quedó el Duque contento, considerando que su hermosa prima le quería, pues había venido a verle; y, estimando su lealtad, le dijo:

—Yo he de ir con vos al castillo, sin que mi prima entienda vuestro atrevimiento, que gustaré de verla con galas de dama. Y fía de que no pasaré los límites del respeto que se debe a su decoro.

Respondióle:

—Si vuestra Alteza me cumple esa palabra, yo le serviré.

—No dudéis de mi valor —le dijo Astolfo—, que os juro, si me parece tan bien con la gravedad que pide su grandeza, que ha de ser duquesa de Ferrara, pues con las galas de labradora me tiene tan rendido, que ya no vivo sin verla.

Quedaron concertados de que otro día le esperase cerca del castillo, para entrarle en él sin que los criados de guarda le vieran y, dándole un bolsón con dos mil escudos, se despidieron.

Volvió el leal criado con la buena nueva, dándole a su señora cuenta de todo lo que había pasado. Quedó suspensa y, como la vido triste, la preguntó de qué se había disgustado, pues se había cumplido su deseo.

—No tanto como yo quisiera —dijo Floripa—, pues mi desgracia puede ser tanta que le parezca mal, y me pesa de que venga a verme.

—Calle vuestra merced —dijo Rosenda— y no diga eso, pues su mucha hermosura le asegura de este temor.

Respondirole diciéndole:

—Pues ya no tiene remedio, sacadme galas y aderezad la casa.

Hizo lo que le mandó y, vistiéndose una saya entera de terciopelo morado, con tres guarniciones de asientos de oro y todo el campo bordado de unos lazos de aljófar grueso, a modo de flor de lis, adornó el hermoso y rubio pelo con otros hilos de gruesas perlas. Era diestra en la música y aguda de entendimiento. Preciábase de escribir algunos versos para divertir la pena de la soledad que pasaba. Quiso hacer alarde de sus muchas gracias para conseguir su dichoso fin.

Llegada la tarde, salió Leucano a esperarle y, llegado a donde estaba la cuidadosa espía, mandó a los criados que le esperasen en la espesura de un monte que estaba a la vista del castillo. Y, llegada la noche, le entró en él por una excusada puerta que daba a unas inhabitables peñas; dejole en su aposento, diciéndole que iba a recoger las guardas y cerrar las puertas. Con esto, fue a dar cuenta de que ya estaba allí. Díjole Floripa que le trajera a la sala primera que, en estando allí, entraría a preguntarle algo que le sirviera de seña. Hízolo con brevedad y, traído a la antesala, entró diciéndole a su mujer:

—¿No es ya hora de que mi señora cene?

—Todavía es temprano —dijo Floripa—. Dejadme divertir las penas que me causa esta prisión en que mi padre me tiene.

Y pidiéndole a Rosenda le trujera el arpa y templándola con diestra ligereza, tocó por media hora muchas y galantes diferencias³². Y después de haberle entretenido con la suave armonía, dio al aire el acento de su dulce voz, cantando las siguientes endechas, significando en ellas parte de su amorosa pena para dársela a entender:

Llorando en mi prisión,
de lo que vivo, muero,
pues pierdo lo que adoro,
y gozo lo que pierdo.

Imposibles parecen,
y atenta considero
que en mí serán posibles
para darme tormento.

Retrato en la idea
al que reina en mi pecho;
siempre le estoy mirando,
aunque jamás le veo.

¡Ay, dueño de mi alma!,
recabe mi respeto de mí,
que ya se rompa
la cárcel del silencio.

Publíquense mis ansias,
sepan todos que quiero,
que, pues nací mujer, no
será grave exceso.

Pues tengo tanta causa,
bien disculpada quedo,
si en no adorarte errara,
cuando en amarte acierto.

Mas, ¡ay de mí!, que ausente
me tiene lo que siento,
imposible a la dicha
y posible al deseo.

Pues te vieron mis ojos,
y entre las llamas peno,
anégueme su llanto,
sin apagar el fuego.

Cantó la referida letra con tan tristes acentos, que casi estuvo el Duque por entrar en la sala, conociendo que se había cantado por él. Y, por no faltar a su palabra, le dijo a Leucano:

—Llevadme presto, antes que acabe de perder el juicio; pues estoy tan loco de ver a mi prima como enamorado; y agradecedme que os cumplo lo que os prometí.

Estimole el favor y, saliendo del castillo, le acompañó hasta dejarle con los criados. Y, volviendo a ver a su señora, le dijo:

—Deme vuestra merced albricias, que yo espero muy presto verla duquesa. Su Alteza va loco.

—Yo os prometo —respondió Floripa— de dároslas tan grandes, que no quedéis quejoso.

Respondiole:

—Mañana tengo de ir a la Corte, que me mandó que fuera a verle.

—Envidia os tengo —dijo la enamorada dama—. Id con Dios, pues me sirve de alivio el pensar que gusta de veros.

Cuando el Duque volvió a su palacio, le halló alborotado y, preguntando qué había sucedido, le respondió don Gonzalo que había venido aquella tarde un correo y traía tan mala nueva, que no se atrevía a decirla por no darle pena mayor.

—Seralo —dijo Astolfo— si dilatáis lo que deseo saber.

Respondiolo:

—Señor, Teobaldo dio la batalla a tanta costa que murió en ella.

Sintiolo el Duque, diciéndole:

—Tenéis razón de haber temido el darme tal disgusto.

Y dándole cuenta de su amor, le mandó que partieran a toda prisa a traer el cuerpo, diciéndole que estaba determinado a darle la mano a su prima. Partieron a obedecerle y, venidos los que fueron por él, le mandó depositar hasta haber celebrado su casamiento, diciendo que habían de ser las honras tan grandes como el sentimiento.

Aunque Leucano vino a verle, no quiso darle la nueva por excusar la pena de su amada prima y, acompañado de sus grandes, fue al castillo para templar con su presencia el sentimiento. Mandó se adelantara un criado a decir su venida y, saliendo Floripa a recibirle, le preguntó la causa de hacerle tanto favor. Satisfizo su pregunta con decirle que venía a darle el parabién, pues ya su Alteza era duquesa de Ferrara. Que se sirviera de ir a gozar su palacio, aunque había de ser en secreto y no se harían fiestas a su recibimiento por haber muerto su padre. Respondió mostrando el debido pesar, aunque el contento de verse tan dichosa no lo pudo disimular tanto que no conocieran todos su alegría.

Deliberose el desposorio con moderada pompa y, pasados quince días, mandó el Duque que vistieran todos lutos para celebrar las honras, en que dio a entender con la demostración del sentimiento el grande amor que tenía a su esposa.

A tres meses de casada se reconoció preñada, colmando la fortuna su dicha con el mucho gusto de su amado esposo. Estaba Rosenda preñada en seis meses y se determinó que fuera ama de lo que la Duquesa pariese, dándole a Leucano oficio de mayordomo mayor y otros aumentos, digna paga de su lealtad y de las merecidas albricias.

Llegado el tiempo, parió Rosenda una niña que fue llamada Eufrasia; y la Duquesa parió otra a quien llamaron Venus. Criáronse hasta la edad de seis años y Floripa pidió a su esposo por merced que Venus no fuera vista de nadie, poniéndole por delante que, si ella no hubiera venido a las fiestas, no se hubiera enamorado. Pareciose bien el recato de su esposa y respondió hicieran su voluntad.

Con esta licencia, puso a las dos niñas dentro de su palacio en un cuarto a satisfacción, sin permitir que las asistiera más que Rosenda para cuidar de su regalo, dos doncellas y una dueña. Todas las noches iban sus padres a verlas, porque no viviera melancólica³³ y su madre la entretenía con enseñarle a tocar el sonoro instrumento.

Dieciocho años vivió Astolfo casado con su amada prima y, llegada la hora fatal, pagó el común feudo, con tan general sentimiento de todos, que a Floripa le servía de consuelo el ver su lealtad. Propusieronle sus grandes que diera estado³⁴ a Venus, pues había tantos pretendientes. Respondió que el Duque no se había determinado a casarla, porque mostraba sentimiento en tratándole de casamiento, y que le parecía sería a propósito que vinieran a su Corte los pretendientes a servirla, para obligarle la voluntad; advirtiéndoles que había de ser el escogido aquel a quien ella se inclinara y habían de venir juramentados de no alterar con armas sus tierras.

Pareciose a don Gonzalo que el haberla tenido en tanta clausura sería la causa de vivir tan libre de amor y se determinó darle gusto a la Duquesa. Avisaron a los embajadores que al presente estaban en Ferrara para que dieran aviso a sus dueños. Divulgada la nueva, les pareció a todos bien, por entender cada uno tenía méritos para ser el dichoso. Vinieron a su Corte el Príncipe de Paterno y el de Ásculi, el Duque de Florencia y el Príncipe de Conde. Y llegando a noticia de

Alfredo, duque de Módena, las fiestas de Ferrara, le pareció que Venus era muy hermosa, pues tantos príncipes se determinaban a servirla para obligarla. Y no se engañó en la presunción, porque era tan rara su belleza, que hacía muchas ventajas a la de Floripa, su madre; y aunque era altivo y poco inclinado al casamiento, se determinó a ir encubierto y, llamando a Laureano, privado suyo, le dio cuenta de su determinación, diciéndole había de ir con él fingiendo ser él el Duque, y había de dar a entender que Alfredo era Laureano y deudo suyo, para tener con esto lugar de estimación entre los demás.

Partieron acompañados de los criados de mayor confianza, advirtiéndoles Alfredo habían de dar a entender que Laureano era él. Llegados a la Corte, hicieron notoria su venida. Tenía don Gonzalo cargo de aposentarlos y, acompañado de los grandes, fue a besar la mano. Fingió Laureano tan bien el papel de representar al Duque, que no fue poco que los otros criados disimularan la risa. Diole a entender don Gonzalo que dentro de ocho días había de salir Venus en público a ser vista de todos y aquel día había fiestas reales, que si gustaba de entrar en ellas, se diera por avisado, porque habían de entrar los príncipes en la plaza. Respondióle que sí, pues no había de faltar a lo que hicieran los demás y, mirando a uno de los criados, le dijo:

—Llama a Laureano, que quiero que estos señores le conozcan por deudo mío y mi privado.

Salió Alfredo a darse a conocer y todos le hicieron acatamiento, como³⁵ dio a entender era su deudo.

Vueltos a palacio los grandes, les preguntó Floripa qué persona tenía el Duque. Respondieron que, a no traer consigo un privado y deudo suyo, no era el Duque de malas partes³⁶; mas no tenía que ver con Laureano, porque le aventajaba con la bizarría y que no les pesaba de que se hubieran trocado las suertes, si acaso fuera la elección en el Duque, porque el estado de Módena era de los más poderosos que había en aquellos tiempos. Respondióles Floripa:

—Como Venus viva contenta, la mayor riqueza es el gusto.

Y mandando retirar a los grandes, quedando sola con don Gonzalo, le dijo que Eufrasia era de las más lindas damas que había en su Corte y que tenía determinado de dar a entender que era Venus, para hacer experiencia de la voluntad de los pretendientes, pues sería fácil conocer cuál era el enamorado en el sarao que se hiciera en palacio; pues, con la licencia de galantear a las damas, vería cuál se inclinaba a la hermosura de Venus, y que ella también miraría con más desenfado sin el temor de la gravedad y que sólo de su prudencia fiaba aquel secreto.

Estimó don Gonzalo el favor y, llegado el día de las fiestas, pidieron los príncipes licencia para entrar en palacio a ver pasar a Venus desde su cuarto a la sala donde estaban los balcones. Fueles concedida; y Eufrasia, vistiendo ricas galas, salió al lado de su fingida madre, acompañada de los grandes y muchas damas, llevando a Venus tan cerca de sí, que dio a entender gozaba de su privanza.

No le pareció a Alfredo era tanta su belleza como su fama, creyendo era Venus, y puestos los ojos en la verdadera Venus, preguntó a don Gonzalo quién era aquella dama. Respondióle que era hija del mayordomo mayor de su Alteza, y tan estimada, que la quería tanto como a su Alteza. Díjole Alfredo:

—No se puede negar que la Princesa es muy linda, mas en esta dama echó Naturaleza todo el resto. Dígame vueseñoría, ¿cómo se llama? Respondióle que su nombre era Eufrasia.

Con esto, bajaron a tomar caballos, dando principio a las fiestas cuatro carros triunfales que, dando vuelta a toda la plaza, alegraron la gente con la suavidad de acordes instrumentos, cantando a coros diversas letras y, vueltos a salir, sonaron los clarines y trompetas y se dispararon muchos tiros al recibimiento de los príncipes, que entraron haciendo alarde de su mucha bizarría en las ricas y costosas galas, y en pajes y lacayos. Hicieron todos reverencia al balcón de Floripa y, dando vuelta a todo el contorno para ser vistos de la mucha gente, volvieron a salir. Se mandó entrara por primer pretendiente el Príncipe de Paterno, vestido de brocado carmesí, penacho de plumas blancas, el caballo blanco, cola y crin encintado³⁷ de rosas encarnadas, treinta lacayos de librea de tela encarnada con sombreros blan-

cos y bandas azules, guarnecidas de puntas de oro. Alargó una lanza en que traía una tarjeta con un mote. Tomola don Gonzalo y, leído³⁸, decía así:

Si la Venus de Ferrara
ha de premiar con amar,
tarde llegará el premiar.

—Enamorado está el Príncipe —dijo don Gonzalo—, pues siente la tardanza.

Antes me parece a mí —respondió Floripa— que teme la dilación por la codicia del estado, pues, a estar enamorado, hubiera reparado en la hermosura de Venus como reparó Laureano, como me habéis contado.

En esto sonaron los clarines y entró en la plaza el de Ásculi. Venía de brocado blanco, penacho de plumas moradas y la librea de lo mismo, con pasamanos³⁹ de plata y, dando la tarjeta, decía el mote así:

A Venus precia mi amor,
y aunque vaya despreciado,
con amarla voy premiado.

—¿Qué siente Vuestra Alteza de este mote? —dijo don Gonzalo.

—Que no tendremos que consolar —respondió Floripa—, pues él se consuela, si Venus le despreciare, y se contenta en amarla.

Sonaron tercera vez los clarines y entró el Duque de Florencia vestido de pardo con bordaduras de plata y letras del nombre de Venus, la librea de lo mismo y plumas pardas y leonadas; y, dada la tarjeta, decía el mote:

Si de la estrella de Venus
muestra rigor su influencia,
muerto será el de Florencia.

Era el Duque basto de facciones y grueso, y Floripa le dijo a don Gonzalo:

—Razón tiene de darse por muerto, si a Venus le parece tan mal como a mí.

Sonó la belicosa señal y entró por cuarto pretendiente el Príncipe de Conde, vestido a lo francés de finísima escarlata⁴⁰, bordado de recamados de oro, penacho de doradas plumas, librea de raso encarnado con guarniciones de plata; y, dado el mote, decía así:

Si Venus sabe de amor,
no puede el mío dudar
el premio que le han de dar.

—¡Qué arrogante mote! —dijo don Gonzalo.

Respondió Floripa:

—No os espantéis, que es propio de franceses el ser arrogantes.

Sonaron los clarines y entró por último pretendiente Laureano, vestido de tela rica de color de nácar, librea de espolín⁴¹ de oro verde, plumas y rosas del caballo de todos colores. Habíale encargado Alfredo en secreto que se aventajara a todos cuanto le fuera posible. Era Laureano gran jinete, experto en la guerra y fuerte de piernas; confiado en su mucha valentía, quiso dar gusto a su dueño y, arremetiendo el caballo desde el principio de la entrada hasta llegar al balcón, le hizo arrodillar con tan impetuosa violencia, que entendieron todos que había caído; y levantándose con diestra ligereza, causó tan general alboroto, que se oyó en confusas voces: «¡Viva Módena!». Y, dado el mote, decía así:

Amando sin pretender,
aunque a Venus reverencio,
hoy respeta mi silencio
lo que no he de merecer.

—Lo que tienen los demás de arrogantes —dijo don Gonzalo—, tiene el Duque de poco confiado.

—Ha querido —respondió Floripa— juntar a un tiempo el valor y la discreción, que siempre es la desconfianza propia de los discretos. Y prometo que su privado y él me han parecido los mejores. ¡Quiera el Cielo que yo acierte esta elección!

—Si ha de ser a gusto de su Alteza —dijo don Gonzalo—, no hay que temer, que yo la tengo por tan prudente, que estimará el que fuere mejor.

Pasados los motes, corrieron los príncipes muchas parejas⁴², por mostrar su airoso despejo⁴³, y Laureano llevó tantas ventajas, que casi los dejó corridos, por llevarse tan generales aplausos en las repetidas alabanzas. Después subieron a una ventana que les tenían prevenida para ver los toros; y entrando algunos de los grandes y otros caballeros a rejonear, tuvo Alfredo lugar de mostrar su mucho valor. Mandóles a los lacayos que acosaran los indómitos brutos, llevándolos hacia el balcón de Venus y esperando a lograr la suerte. Fue la suya tan grande, que cinco toros que llegaron adonde estaba, heridos por la nuca al golpe de su diestro brazo, los condeno a la muerte del primer golpe, oyendo en varias voces: «¡Víctor, Laureano!»; y mirando al balcón para ofrecer la victoria, mereció que Venus le correspondiera a la cortesía que le hizo con otra que ella y dos damas que la asistían le hicieron.

Pasados los toros, se dio fin a la fiesta entrando en la plaza un carro triunfante en que venían cuatro gigantes que traían un castillo en los hombros. Y parando en medio de la plaza, dándole lumbre por de dentro, despidió de sí diversa variedad de encendidos fuegos, de ruedas, bombas y voladores cohetes que, subiendo a la región del aire, volvían a la tierra en espesas y lustrosas campanillas. Y mientras pasaba el espeso humo, sonaron cerca de la ventana de los príncipes muchos y acordes instrumentos cantando a coros mientras se les dio una suntuosa colación que estaba prevenida.

Quedó Floripa tan contenta de la buena disposición de la fiesta, que le dio a don Gonzalo las gracias, advirtiéndole que otro día se había de representar la comedia que estaba prevenida. Acompañaron los grandes a los príncipes y, llegados a

sus posadas, les dio a entender don Gonzalo que el día siguiente había comedia y sarao en palacio.

Llegada la hora de la prevenida fiesta, fueron a gozar de la prenda que deseaban ver. Tomaron el asiento cerca del estrado de Floripa y, descubierto un teatro con muchas y bien dispuestas apariencias⁴⁴, se representó la *Fábula de Venus y Cupido en los jardines de Chipre*⁴⁵. Acabada la representación, se corrió un dosel y pareció un carro de música, dando principio a la sonora armonía. Llegaron algunos de los grandes a galantear a las damas. Alfredo, a imitación suya, se arrodilló en la presencia de Venus, diciéndole:

—Perdonad, señora, mi atrevimiento, que vuestra rara belleza tiene la culpa de que yo me atreva a suplicar os deis por servida de mi deseo⁴⁶. Advirtiéndome, aunque soy vasallo, si mereciera vuestros favores, que pudiera ser que os viérais en tanta grandeza, que no tuvierais que envidiar en la de la princesa.

Respondióle:

—Sospechosa me deja oír esas razones. Si queréis que estime vuestro cuidado, declaraos y no me tengáis dudosa.

Díjole Alfredo:

—Sí, y quisiera estar en parte menos pública.

—No quede por eso —dijo Venus—. Esperad esta noche a que os busquen de mi parte y venid con la persona que os buscare.

Estimole el favor con demostraciones de tanto gusto, que Floripa reparó en ver tan divertida a su hija, que le dio cuidado⁴⁷, temerosa de verla inclinada a quien no era digno de darle la mano. Acabada la fiesta, se despidieron todos y, quedando solas, la preguntó:

—¿Qué te decía el privado del Duque?

Respondirole refiriendo lo que le había pasado y estaba determinada a saber quién era sin darse a conocer. Mandó Floripa llamar a don Gonzalo y, venido, le dijo la sospecha que tenía, y que fuera a traer a Laureano y le entrara en el jardín, por que Venus averiguara lo que deseaba. Fue a obedecerla y, venidos al jardín, avisó de que ya estaba allí. Mandáronle que le hiciera llegar y se retirara. Hízolo, y venido Alfredo a la reja, le dijo:

—¿Venís ya, señor Laureano? Estáis en parte donde podéis hablar y sacarme de la duda en que me habéis puesto.

Determinóse Alfredo a decirle quién era y la causa de venir encubierto.

—Admirada estoy —dijo Venus— de que os paguéis de una criada, despreciando tanta grandeza, pues la vuestra pide igual casamiento y no me habéis de dar la mano.

—Engañada estáis en eso —le dijo el rendido amante—, que sólo es grande para mí la que reina en mi pecho, y os juro, si merezco vuestro amor, quedaréis Duquesa de Módena.

Estimóle la contenta dama el ofrecimiento, asegurándole no quedaría por ella el ser dichosa. Con esto, se despidieron, quedando concertado que todas las noches acudiría a la reja y que don Gonzalo le buscaría para acompañarle. Estuvo Floripa encubierta, escuchando la conversación y, contenta, le dijo a Venus:

—Dime la verdad, ¿qué te parece el Duque?

Respondióle:

—Que si dice verdad, no será otro mi esposo. Fácil será el saberlo si vuestra Alteza gusta de que yo viva contenta.

—Yo gusto —respondió la contenta madre— de todo lo que tú gustares. Mañana diré a don Gonzalo que despache a Módena un criado de satisfacción⁴⁸

para que traiga un retrato suyo, pues es tan despacio y tengo lugar de saber la verdad. Aunque no me persuado que será engaño lo que dice, pues para casar-se contigo, creyendo que eres una dama de mi palacio, no era menester más de ser deudo y privado⁴⁹ de Alfredo.

Estaba Eufrosia delante y, puesta de rodillas, dijo a Venus:

—Señora mía: si mi amor merece premio, suplico a vuestra Alteza que, pues tiene dos Alfredos, que me dé el uno.

Riose la Duquesa del donaire, diciéndola:

—Yo te prometo de casarte con Laureano, pues sabida la verdad, no hay duda de que está enamorado de ti, según el mote que dio en las fiestas.

Otro día se despachó por la posta el secretario, encargándole la brevedad. Partió a toda prisa y, llegado a la Corte, se fue a palacio. Pidió a un criado que, pues no estaba allí el Duque, se sirviera de enseñarle el palacio, que le pagaría lo que le pidiera. Pareciole hombre de porte y, llevándole consigo, le enseñó todo lo que deseaba ver. Y entrándole a una galería adonde estaban los ilustres ascendientes de la casa de Módena, le fue enseñando los retratos, diciéndole quién era cada uno. Y llegando al retrato de Alfredo, le dijo: «Este es su Alteza». Satisfecho el astuto mensajero, le dijo:

—Mucho estimaré llevar a mi tierra una copia.

—Fácil será —dijo el que le enseñaba—. Si vuesa merced no sabe la tierra, yo le llevaré a casa de un pintor.

Aceptó, prometiendo satisfacer la merced. Con esto, se fueron y, llegados a casa del maestro, compró un lienzo de medio cuerpo, tan parecido a su dueño que, llegado a la presencia de don Gonzalo, quedó admirado de la viva semejanza. Fue a dar el retrato, pidiendo albricias de que era cierto lo que había dicho el Duque. Díjole Floripa que hicieran notorio a los pretendientes que estaba determinada a

dar fin a su pretensión. Vinieron todos y fueron recibidos de la prudente madre, con demostración de mucha voluntad, diciéndoles:

—Ya vuestras Altezas saben el intento que tuve de que vinieran a mi Corte para inclinar el corazón de Venus a que tome estado. Cada uno de por sí es de tan altos méritos que, a ser mía la elección, quedara indeterminable. Casarla a disgusto es rigor y, pues ha de ser uno sólo el escogido, será preciso que sea el que ella escogiere. Hame dicho que ya tiene hecha elección.

Respondieron:

—Todos quedaremos contentos de su voluntad, pues el dichoso vivirá contento con saber que es amado.

—Responda ella por mí —dijo Floripa.

—Yo, señora —respondió Venus—, estoy inclinada al Duque de Módena, por estar satisfecha de que me ama por lo que merezco, sin aspirar a la grandeza de mi estado.

—¿Cómo será posible —respondieron los príncipes— que vuestra Alteza conozca más amor en el Duque que en los demás, pues todos la habemos servido con igual deseo de merecerla? ¡Agravio sería para todos darle ventajas de más firme amante!

—No será agravio —dijo Venus—, pues tengo hecha la experiencia. Yo supliqué a mi madre que me permitiera estar encubierta, pues no me había visto nadie, para conocer quién se inclinaba a quererme por lo que merezco. Y pues el Duque me ha servido creyendo era Eufrasia, dama de mi palacio, aunque vino encubierto en nombre de Laureano, privado suyo, temiendo que yo no le pareciera bien, disculpa del está del engaño, pues yo he querido asegurar mi pecho del amor de mi esposo.

Quedaron corridos de que se conociera su codicia y admirados de la discreción de Venus. Y para enmendar el desaire, se ofrecieron a celebrar con nuevas fiestas el

desposorio. Diéronle el dichoso parabién y, loco de contento, apenas acertaba a responder. Y dando la mano a su amada esposa, pidió Laureano en premio de su lealtad le dieran a Eufrosia. Túvolo Floripa por bien y, pasadas las renovadas alegrías, se volvieron todos a sus tierras. Y Alfredo vivió casado con su amada Venus largos años, dándole el Cielo en dichosa sucesión ilustres descendientes⁵⁰».

Acabado de referir el suceso, dijo doña Lucrecia:

—Tantas alabanzas le podíamos dar a la señora doña Gertrudis por la merced referida, como le dieron a Leucano por la entrada en las fiestas de Ferrara.

—¡Por Dios que temo la competencia —dijo don Vicente—, pues me toca mañana!

—Vuesa merced saldrá del empeño —respondió doña Gertrudis— que, pues sabe tan bien fingir unas heridas, también sabrá fingir un suceso verdadero.

—Será —respondió don Vicente— el que yo contare, que tengo poco de mentiroso.

—Yo abonaré a vuestra merced —dijo doña Lucrecia—, si valgo por testigo.

Estimole el favor, diciéndole:

—No dudaré de mis aciertos en la pretensión, con testigo tan abonado⁵¹.

Con esto, se retiraron a sus cuartos. Y otro día les envió don Vicente unas hojaldres de mano de la tía de su amigo, y roscones y quesadillas dos cajas, y otros dulces, diciéndolas que por fruta de Pascuas se atrevía a darles tan breve desayuno⁵². Estimaron la galantería y, llegada la tarde, les pidió doña Lucrecia que cantaran algo mientras se llegaba la hora de la cena. Era doña Lupercia diestra en la vihuela⁵³ y, tomando los instrumentos, cantaron las dos la letra siguiente:

De los cristales del Tajo
mirando estaba Lisarda,

bordadas las pardas guijas
con caracoles de plata.

Celosa está la pastora
y a las fugitivas aguas
les dice: «parad el curso
y escuchad mis tristes ansias».

«De Anarda estoy ofendida.
Pues corréis a visitarla,
decidle de parte mía
que ya me tiene sin alma».

Escuchábala Lucindo
contento de ver que paga
la firmeza de su amor
y desta suerte la canta:

«Pues adoro tus ojos, Lisarda bella,
¿por qué tienes de Anarda celosa queja?
No marchite mi esperanza
el rigor de tu sospecha;
nadie merece mi fe,
sólo adoro tu belleza».

Respondiolo la pastora:
«Si no bailaras con ella,
ni yo llorara de celos
ni tú sintieras mis penas».

Prometiole de enmendarse,
y, al pie de una verde yedra,
contentos los dos amantes
repitieron esta letra:

«¡Oh, mal hayan los celos, pues con su rigor
nos han dado en el alma tan fuerte dolor!»

Acabada la letra, pidieron a doña Leonor que les favoreciera con la dulzura de su melosa voz y, tomando la arpa, cantó el verso siguiente:

Cupidillo, si eres ciego,
¿cómo aciertas cuando tiras
a ofender con tus arpones
un alma que está rendida?

Deten las flechas y advierte,
si eres dios, que es tiranía
el preciarte de matar
quitando a tantos la vida.

Con los rigores de Clori
asestas la artillería
a un pecho que, ya rendido,
no resiste a tu osadía.

Pues eres deidad, no emplees
el golpe en quien, ya rendida,
te ofrece una libertad
que se da por bien perdida.

Hagamos los dos concierto,
pártase ya esta porfía:
o quítame a mí las penas,
o sienta Clori las mías.

Estaba don Antonio cerca de su hermoso dueño y, por darle a entender algo de las muchas⁵⁴ que le costaba, dijo al vuelo:

—¡Qué propio es de la hermosura preciarse de cruel!

Como doña Leonor vido que podía responder sin dar nota, valiéndose del ruido de las cuerdas, quedó tan turbado de oír la respuesta, que la discreta dama conoció que la había entendido, pues con los ojos le significó lo que no permitió el recato.

Entró un criado a decir que ya estaba todo prevenido. Tratose de cenar y don Vicente las regaló con muchos y sazonados platos. Acabada la cena y dadas las debidas gracias, celebrando su mucha franqueza, les respondió:

—Paréceme que me puedo aprovechar de lo que don Enrique le dijo a la señora doña Juana. Vaya de suceso, que tengo prevenido uno que le ha de dar mucho gusto.

Y, sentándose en lugar a propósito, dijo así⁵⁵:

NOTAS DE LA NOVELA PRIMERA

1 Repárese en el inusual leísmo, recurrente y propio de D.^a Mariana de Carvajal. La autora no era de zona leísta, pero, tras vivir en Madrid muchos años, es probable que se contagiara de la «manía» del centro de España por el leísmo. Es sabido que en la zona de Andalucía donde ella nació (Jaén) e incluso donde se crió y vivió buena parte de su edad adulta (Granada) este fenómeno lingüístico no se produce, pero ya en los siglos XVI y XVII se instala de manera definitiva en el centro de la Península, donde pervive de manera indubitable. Para la historia del leísmo pueden verse los atinados comentarios de Rafael Lapesa en su conocida *Historia de la Lengua*.

2 «Partes» entiéndase en la acepción del *DRAE* como «cualidades, prendas y dotes naturales que adornan a una persona». Se trata de la acepción vigésimocuarta, usada siempre en plural.

3 «Casa a la malicia», entiéndase como «labrada a la malicia». De ella dice Covarrubias en el *Tesoro de la lengua*: «la fabricada en forma que no se pueda partir o dividir para el huésped». Se trataba, por tanto, de casa de único piso, con la cual los dueños se sustraían a la llamada «regalía de aposentos», orden de Felipe II que gravaba a los pisos principales, haciéndolos alojamiento forzoso de cortesanos, soldados, etc.,. Por tanto, los dueños solían fabricar sus casas de manera que no se pudieran compartir. Era una forma de defensa y prevención típicamente española: hecha la ley, hecha la trampa.

4 «Febo», entiéndase Apolo. Conocido también como Febo Apolo, era el dios que conducía el carro del Sol, por lo cual se toma como el Sol mismo. En toda la mitología aparece identificado con el Sol. Nació en la

isla de Delos, que es una de las Cícladas. Fue su madre Letona y su hermana Diana. Su primer combate, el que lo hizo famoso, tuvo lugar cuando exterminó a la serpiente pitón, que devastaba la campiña de Tesalia. No obstante, su mayor repercusión como figura mitológica se centra en la historia de Dafne, ninfa de la cual quedó apasionadamente enamorado. Ella, lejos de corresponder a sus ternuras, huye precipitadamente y se oculta a sus miradas. Apolo corre tras ella por la pradera y está a punto de alcanzarla. Cuando ésta, rendida por la fatiga, va a caer en sus manos, implora la ayuda del río Peneo, que la transforma en laurel. El apasionado Apolo sólo pudo estrechar entre sus brazos un tronco inanimado. Desde entonces el laurel es el árbol preferido por Apolo, lo adopta como símbolo, arranca del tronco algunas de sus ramas y con ellas se teje una corona, queriendo que en los siglos venideros el laurel fuese la halagadora recompensa por la que suspiran poetas, artistas y guerreros. La historia de Febo Apolo es base de toda la mitología de los siglos XVI y XVII y su cita y paráfrasis se convierten en auténtico lugar, común (vid. Garcilaso de la Vega, soneto XIII).

5 «Vasa». Así se escribe todavía en el siglo XVII, ya que la fluctuación b-v llega hasta bien avanzado el XVIII. En este caso se trata de «vasa» en la acepción 2.^a del *DRAE*, o sea «depresión del terreno que se llena de agua». *Ibidem*: repárese en el metafórico lenguaje para describir los pequeños arroyos que llegan a la vasa. Se les llama «menudas hebras de escarchada plata».

6 Entiéndase por «atanores» finas cañerías. El *Diccionario de Autoridades* define atanor como «conducto o cañón de barro, piedra, bronce, cobre o madera, que sirve para conducir el agua a las fuentes o a otra parte».

7 «Aljófár», especie de perla menuda y desigual, evocada aquí metafóricamente por su semejanza con las gotas de rocío.

8 «Alinde», se trata de postverbal de poco uso (de «alindar», «alinde», como de «tocar», «toque» y de «botar», «bote»), con el significado de «junto a», «vecino». Aquí, los referidos cuartos en efecto lo eran.

9 «Escudereando», o sea sirviendo de protección y defensa; se entiende, figuradamente, acompañándola en su visita. Aún se emplea «escuderear» como servir y acompañar a una persona principal como escudero y familiar de la casa, es decir, proteger.

10 «En achaque», aquí con el sentido figurado de «con ocasión, motivo o causa».

11 «Partes» cfr. nota 2, o sea «prendas y dotes naturales que adornan a una persona».

12 «Estrado», aquí en la acepción de «lugar o sala de ceremonias donde se sentaban las mujeres y recibían las visitas»; en este mismo sentido lo recoge el *Tesoro* de Covarrubias.

13 «Ducado». Moneda muy conocida de valor variable, introducida en España en el siglo XV. Originariamente equivalía a once reales de vellón, aumentada en una mitad más por la Pragmática de Carlos II, de febrero de 1680, y luego vuelta a su primitivo valor.

14 «Tribuna». Puesto que se trata del interior de una casa, debe entenderse de la acepción 2.^a del *DRAE*: «especie de pulpito desde el cual se lee o perora en las asambleas privadas y, por extensión, cualquier otro lugar desde el que se dirige el orador a su auditorio». Aquí se trata, evidentemente, del interior de la casa y, por tanto, del sitio desde donde se lee para que mejor se oiga.

15 «Otro día» debe entenderse «al día siguiente», «al otro día», tal como aun se dice en amplias zonas de Andalucía, de donde era originaria D.^a Mariana de Carvajal.

16 «Visos de luto». Aquí «viso» en la acepción figurada de «apariencia de las cosas»; es decir, no quiso aparentar que estaban de luto, sino festejar la Navidad como correspondía, sin tristezas exageradas ni fuera de ocasión.

17 «Errax». Se dice comúnmente por carbón; de «arraax», voz árabe que significa «carbón de huesos de aceituna con que se hace un fuego muy apacible y durable para los braseros que se usan en las casas», según recoge el *Diccionario de Autoridades*.

18 «Ambarinos pomos»: entiéndase frascos que contienen y conservan licores y confecciones olorosas, en este caso, ámbar.

19 Grajea, de dragea, con fluctuación dental-velar, especie de confite muy menudo de varios colores.

20 El «piñonate» es masa de harina frita, cortada en pedacitos que, rebozados con miel o almíbar, se unen unos con otros formando una piña o un castillo. Los «tafetanes» son telas finas, en este caso para cubrir el presente.

21 «Tejones» y «cascabeles» son trocitos de oro en pasta y bolas huecas de metal, respectivamente.

22 «Alcorza». El *Diccionario de Autoridades* la define como «masa o pasta de azúcar muy blanca y delicada con que se suele cubrir o bañar cualquier género de dulce, haciendo de ella diversas labores».

23 «El alegría» (sic). La autora equivoca la norma del castellano, ya que la palabra no comienza por «a» tónica. Por tanto, debería decir «la alegría».

24 La «capona» era un baile muy popular, ampliamente criticado y censurado por los moralistas de entonces. Se trata de un baile cuasi lascivo, propio de gente baja y ruin, variante de la chacona, calificada como

«danza de cascabel, muy gustada del pueblo en general, que la defendió en muchas ocasiones con su práctica, frente a la censura de inquisidores y predicadores».

25 Los bailes del XVII fueron ampliamente codificados en un conocido libro, titulado *Discurso sobre el arte del danzado*, de Juan Esquivel Navarro, Sevilla, 1624, por tanto anterior a la obra de D.ª Mariana de Carvajal. Se dice allí que había hasta 30 mudanzas, siendo diferentes las que podían bailar los hombres y las mujeres. Cfr. Catherine Soriano, que reproduce la cita del texto en cuestión, de acuerdo con el siguiente tenor literal: «Los bailes y mudanzas que se enseñaban en el siglo XVII eran fundamentalmente: el alta, cuatro mudanzas de pavana, seis paseos de gallarda, cuatro mudanzas de folias, dos de rey, dos de villano, chaconas, rastro, canario, torneo, pie de gibado y alemana». E insiste en que todas las danzas «se acostumbraban a danzar con el sombrero puesto después de la reverencia, excepto en la gallarda, que es costumbre danzaría con el sombrero en la mano». Las mudanzas, por tanto, son tipos comunes de baile que se solían ejecutar en aquella época.

26 «Guantes de ámbar». Se trataba de guantes de piel impregnados de ese aroma, tenidos como regalo de muy buen tono entre personas de categoría, incluidos los mismos reyes.

27 «Estribando en la espada», o sea, apoyándose, fundándose en estribo; es decir, descansando el peso en una cosa sólida y firme como la espada.

28 Estas derivaciones («dijo... diciéndola») son muy frecuentes en Mariana de Carvajal, en este caso con el correspondiente laísmo, uso reiterado en tiempos en que aún se consideraba una variante aceptable en el uso pronominal, especialmente en Castilla, en cuya sociedad se inserta la autora, que es laísta recurrente a lo largo de todo el libro. Sobre el laísmo véanse las reiteradas referencias de Rafael Lapesa en su *Historia de la Lengua*, cit.

29 «Otro día», es decir, al día siguiente. Véase nota 15.

30 «Pretina». Dice el *Diccionario de Autoridades*: «cierta especie de correa, con sus hierros para acortarla o alargarla y su muelle para cerrarla y atarla a la cintura encima de la ropilla».

31 «Como», aquí con valor causal; es decir «porque os fuisteis sin verle».

32 «Diferencias», o sea, «diversos tonos, movimientos o modulaciones que se hacen en el instrumento o con el cuerpo». Se trata, por tanto, de variados tonos y variadas formas de tocar el arpa.

33 Curiosa concordancia *ad sensum*, que roza el anacoluto pues, tras emplear el plural («iban», «verlas»), torna al singular («viviera melancólica»).

34 «Diera estado», se entiende matrimonio, o sea, que la casara.

- 35** «Como», aquí «tan pronto como», «en cuanto dio a conocer».
- 36** O sea, no tenía malas cualidades, se entiende tanto físicas como morales.
- 37** «Cola y crin encintado». El participio concuerda aquí con el sustantivo «caballo», pues no se entendería el anacoluto al concordar con cola y crin, ambos femeninos y con necesario plural.
- 38** De nuevo repárese en una concordancia similar, rasgo característico de Mariana de Carvajal, pues «leído» se refiere a «mote».
- 39** «Pasamanos», según el *DRAE*, «género de galón o trencilla, cordones, borlas, flecos y demás adornos de oro, plata, seda, algodón o lana que se hace y sirve para guarnecer y adornar los vestidos y otras cosas».
- 40** «Escarlata». Se entiende por el color del tejido, entonces exclusivo de príncipes y altas dignidades eclesiásticas. Así dice Covarrubias: «La color, subida y fina del carmesí. Y de esta seda o paño se vestían los grandes príncipes y hoy en día es el color del hábito de los Cardenales»
- 41** «Espolín». Dice el *Diccionario de Autoridades*: «cierto género de seda fabricada con flores esparcidas y en cierta manera sobretejidas, como el que hoy se dice brocado de oro y seda. Tomó este nombre de la lanzadera pequeña llamada espolín».
- 42** «Correr parejas». Informa el *Diccionario de Autoridades*: «En las fiestas reales es la unión de dos caballeros de un mismo traje, librea, adornos y jaeces de caballos, que comen juntos y unidos; y el primor consiste en ir iguales, por lo que se le dio este nombre».
- 43** «Despejo» entiéndase como desembarazo, soltura en el trato o en las acciones (*DRAE*, acepción 3.^a).
- 44** «Apariencias». Según el *Diccionario de Autoridades*, «perspectiva de bastidores con que se visten los teatros de comedias, que mudan y forman diferentes mutaciones y representaciones».
- 45** *Fábula de Venus y Cupido en los jardines de Chipre*. Se trata de una representación tópica de la historia de Venus y Cupido, Venus, diosa de la belleza y del amor, nació de la espuma del mar provista de todos los encantos. Llegó a la isla de Citerea, donde fue acogida por las Horas, que la hicieron sentar en un carro de excepcional diaphanidad y la transportaron al Olimpo. Venus, sin embargo, diosa inconsiderada y frívola, enojada por tener por marido a un herrero cojo, sucio y rudo como Vulcano, se mostraba complacida ante los halagos de los que era objeto por parte de los cortesanos, entre los cuales estaba Adonis, apuesto doncel nacido en Arabia. Cupido o el amor, hijo de Venus, dios maligno, seductor y engañoso, apenas vino al mundo cuando Júpiter, previendo los daños que este niño pudiera causar, mandó a Venus que lo hiciese desaparecer. Pero ella, para sustraerlo a las miradas del señor de los dioses, lo ocultó en lo más

denso de los bosques. Los monumentos de la antigüedad lo representan bajo la figura de un niño que se divierte en los juegos propios de su edad, bromeando con las ninfas, persiguiendo a las mariposas o agitando una antorcha. Se le representa provisto de alas porque la pasión que inspira no es duradera, y lleva los ojos vendados para denotar con ello que el amante no ve del objeto de sus ternuras las faltas y defectos. Los temas mitológicos fueron especialmente queridos por los autores de nuestro Renacimiento y Barroco.

46 «Servida de mi deseo», frase tópica de la retórica del amor cortés, que viene del siglo XV. Vale decir: os deis por galanteada de mi afán amoroso, cifrado como deseo, en la acepción de «movimiento enérgico de la voluntad hacia la posesión y disfrute amorosos».

47 «Cuidado» aquí como «recelo, sobresalto y temor», en la acepción 3.^a del *DRAE*.

48 «Criado de satisfacción», de confianza.

49 «Deudo y privado», entiéndase pariente, ascendiente, particular y personal.

50 Estamos ante el típico final feliz: Alfredo vivió casado con su amada Venus largos años y tuvo ilustres descendientes. Normalmente las novelas de Mariana de Carvajal suelen terminar así, con un final agradable. No olvidemos que nos hallamos en un género como la novela cortesana, especialmente dirigido a un público femenino, que disfrutaba y apreciaba estos finales.

51 «Abonado» es expresión de época, que hoy tenemos por algo retórica. En el texto tiene el sentido de «que es de fiar por su caudal o crédito». Vale aquí por su crédito amistoso, por su predisposición favorable o benevolente.

52 Se trata de dulces de pascua que se siguen confitando con las mismas o parecidas recetas: «roscones», o sea, bollos en forma de rosca que se comen en determinadas fiestas; las «quesadillas» eran cierto género de pastel compuesto de queso y masa, que se hace regularmente por Carnestolendas, según dice el *DRAE*; aquí, obviamente, se refiere a las confitadas por Navidad.

53 La vihuela era un instrumento que venía a aumentar a seis el número de cuerdas, por lo que se diferenciaba de la guitarra; otra diferencia fundamental era que la vihuela se tocó siempre punteando, mientras que la guitarra se tañía al rasgueo o rasgueando. Ambos instrumentos diferenciaban a las clases sociales; la primera, o sea la vihuela, era preferida de las clases aristocráticas, mientras que la guitarra, por su carácter popular, pobre y sencillo, era preferida de las clases menos acomodadas.

54 Se entiende, por elipsis, de las muchas penas que le costaba. El referente «penas» se halla en el penúltimo verso.

55 Todos estos que parecen preliminares constituyen la parte final de la novela *La Venus de Ferrara*. No obstante, algunos modernos editores, como Cathetine Soriano, prefieren colocar este texto como introducción a la siguiente novela; es decir, *La dicha de Doristea*. Nosotros preferimos mantener el orden que le dio la autora, D.^a Mariana de Carvajal, tal como aparece en la edición de 1663. Por tanto, en este momento concluye la primera novela en la disposición que debemos adoptar.

NOVELA SEGUNDA

LA DICHA DE DORISTEA

«En la real Sevilla, tan correspondida de las cuatro partes del mundo por sus ricos galeones y poderosos mercaderes, vivía un veinticuatro¹ llamado Alejandro. Era genovés y de lo más noble de Génova. Casose en Sevilla con una señora de las más principales y ricas de aquella ciudad. Tuvo una hija llamada Doristea, de cuyo parto murió su madre.

Criose la hermosa niña hasta la edad de los dieciséis años tan adornada de los dones de naturaleza, que su padre se miraba en ella como en espejo. Amábala tanto, que se puede decir que fue causa de su desgracia —cosa que sucede muchas veces, pues el mucho amor de los padres quita la suerte a los hijos, por no apartarlos de sí—. Pretendían muchos caballeros su casamiento y cerró la puerta con decir que era niña, por parecerle que su calidad y riqueza podía aspirar a un título.

Murió antes de ponerla en estado y, aunque tenía muchos deudos, quedó en poder de una tía, hermana de su madre. Era doña Estefanía de mucha edad. Tenía diez mil ducados y quería tanto a la sobrina, que pensaba dejarla por heredera, sin la mucha riqueza de su padre.

Había en la misma ciudad un caballero más noble que rico; tenía un hijo llamado Claudio, tan bizarro por las muchas partes que le dio el Cielo, como distraído por su mala inclinación, pues sus muchas travesuras echaron a pique el corto patrimonio de su anciano padre y por última resolución le quitaron la vida, porque en Sevilla se hizo un grande robo y apareció Claudio culpado en él. Prendieronle y, juntándole otras muchas causas, le costó a su padre el librarlo más de seis mil ducados y con la mucha afrenta perdió la vida.

Quedó el desbaratado mancebo libre y pobre, tan llevado de su mal natural, que vivió, a fuer de valiente, con lo que sacaba de las casas de juego². Hallábase afligido, como no tenía qué jugar³, y parecióle que la riqueza de Doristea podía suplir su necesidad. Y, confiado en su nobleza, la envió a pedir.

Respondió doña Estefanía con tan sobrada cólera como mereció el atrevimiento, diciendo que «cómo se atrevía un hombre de tan mala fama a pedirle a su sobrina, estando tan pobre que para un vil criado de su casa no era digno», añadiendo otros muchos desprecios. Quedó tan ofendido, que propuso vengar su agravio. Y pareciéndole que el mejor camino sería galantear a la honesta doncella, lo puso por obra, sirviéndola con tan enamoradas demostraciones, que ganó en su pecho el lugar que no merecía.

Conoció su tía la nueva inquietud y, visto que era Claudio la causa, trató de casarla con un indiano poderoso. Y dándole a entender que dentro de dos días la desposaría, le mandó que se previniera con el aseo que pide el cuidado de las novias. Disimuló la enamorada doncella y, venida la noche, le dio cuenta a su fingido amante en un papel que le dio por una rejilla, pidiéndole que le respondiera luego⁴. Fue a ver lo que contenía y, visto que dándole cuenta de todo le decía que se quería casar con él y no sería otro su esposo, le respondió estimando el favor con fingidas y amorosas palabras, añadiendo que, pues sabía que estaba pobre, sacara en joyas y dineros todo lo que pudiera. Volvió a darla el papel y la engañada doncella, otro día, mientras su tía salió a convidar una señora para madrina, tuvo lugar de sacar de un escritorio más de ocho mil ducados en lucidos doblones y ricas joyas⁵. Acudió a la ventana y visto que esperaba, le llamó, diciéndole que

amparase la capa. Y le echó una toalla de tafetán en que iba el robado tesoro, diciendo que a la noche, en acostándose todos, la esperase.

Bien pudiera Claudio contentarse con lo que llevaba, mas era su condición tan mala, que quiso vengarse a toda costa, dejándola burlada. Y, previniendo dos mulas, le pidió a un amigo de tan malas propiedades como las suyas le esperase en la puerta del Rosario, dándole a entender otro amigo se había ido a Carmona y le había encargado que le llevara una mujer que corría por su cuenta. Preciábase de cauteloso y, por excusar el riesgo, le dijo este enredo.

Cuando doña Estefanía volvió, le dio a la sobrina una cadena de muchas vueltas de perlas muy gruesas, y atada en ella una joya de diamantes, diciéndole:

—Esta cadena es de la que ha de ser madrina y la vende; hésela comprado para que conozcáis que os quiero pagar el ser obediente.

Tomola, contenta de tener más que darle a su engañoso amante.

Recogida la casa, salió a ponerse en las manos de su enemigo. Llevola adonde le esperaba con las mulas y, subiendo en la una la engañada doncella, puso en la otra una maleta con el tesoro. Caminó toda la noche, hasta llegar a unos embrenados montes que sabía muy bien por haber estado muchas veces escondido en ellos, huyendo del rigor de la justicia. Y caminando a lo más espeso, se apeó y, tomando en los brazos a la dama, la puso en tierra, diciéndola:

—Yo vengo cansado y me importa más mi descanso que un mundo.

Con esto, seguro de que ya la tenía en su poder, se recostó al pie de un descollado risco que por entre negras y azules pizarras despeñaba candidos cristales⁶, pagando con ellos a la tierra el común censo⁷. Durmió como quien no tenía cuidado de estimar la robada prenda y, después de haber descansado, sentándose, la miró con un sobrecejo indignado, diciéndola:

—¿De qué lloráis? En verdad que para mi condición era eso bueno.

—No os espantéis de que llore, pues he visto el desprecio con que me tratáis.

—Mejor que merecéis —dijo el tirano— os trato. Yo no os saqué de vuestra casa para casarme con vos, sino para vengarme de vuestra caduca tía, pues quien se atrevió a ponerse en mis manos no es buena para ser mi mujer.

—Pues, ¿cómo, ingrato Claudio, —respondió la turbada doncella— me tratáis así? ¿De esta suerte pagáis el haber afrentado a mis deudos?

Respondiola:

—Por eso os tengo yo en poco, porque otro día me afrentaréis a mí. Sólo me pesa de que no sacarais⁸ más que llevar, para regalar otra que lo merece mejor que vos. ¡Volveos con vuestra loca tía a robar lo que la queda para darle a otro⁹!

Díjole la llorosa dama:

—¡Id con Dios, que no es tan poco lo que lleváis, pues vale más de ocho mil ducados! Y como yo no pierda de mi honor, todo lo demás me importa poco.

—Harto necio fuera yo —respondió el cruel mancebo— dejaros tan ufana. La mayor venganza ha de ser el burlarme de vos.

—¡Primero, villano, —dijo Doristea— que yo pierda mi pureza, perderé la vida a vuestras crueles manos!

Estaba un caballero encubierto más adelante, en parte que no podían verlo y, admirado del valor de la dama y compadecido, salió de donde estaba, diciendo:

—¿Cómo, atrevido mancebo, haces al Cielo tan grande ofensa en querer deshonrar esta doncella? Bien pareces hombre vil, pues ofendes esta divina her-

mosura. ¡Mas no será mientras yo vivo, pues me tuvo el Cielo aquí para defenderla!

Mientras le decía estas razones, se levantó sin responderle a tomar una pistola. Ganole el noble defensor por la mano y, disparándole otra que traía en la pretina¹⁰, dio con él muerto en tierra, diciéndole:

—A un villano no hay para qué tratarle con respeto.

Arrojose Doristea a sus pies, agradeciéndole la vida y honra que le debía y el discreto caballero le dijo:

—No es tiempo de responderos, que importa apartarnos de este sitio.

Y, sin decir más, tomó la maleta y, arrojándola sobre su mula, puso a su nueva compañera en la silla. Y puesto a las ancas, partió a toda prisa, apartándose del peligro más de cuatro leguas. Llegó a una venta adonde le esperaba un esclavo, y llamándole sin apeare, le dijo:

—Vete al camino a esperar a tu compañero y en la posada espera. Ya sabes donde voy.

Con esto, volvió a su camino; el siervo vido que traía a una mujer, no replicó. Llegados a la posada, pidió una sala, dando a entender era su hermana y que unos criados que le acompañaban se habían perdido y les había de esperar. Con esto, la hizo acostar y, cerrando con llave, se fue a la puerta a gozar del fresco, porque ya picaba el calor. Mandó que le aderezaran de comer de lo mejor que hubiese.

Pidiéronle otros caminantes que, si quería jugar, se entretendrían un rato. En el discurso de la conversación, dio a entender que llevaba a la fingida hermana a entrarla en un convento en Úbeda¹¹. Llegados los criados, le pareció quedarse allí aquella noche, por desmentir espías. Hizo que le entraran a su compañera todo lo necesario y que cerraran y le trujeran la llave. Y que se aderezase otra sala para él y los criados. Con este descuido, quitó la sospecha.

Otro día, madrugó antes que fuera claro, dando a entender que por el calor salía tan temprano, deseoso de obligar a la que ya le tenía tan cuidadoso¹². Preguntó si había en el lugar coche o litera. Respondióle la huéspedea:

—Si vuesa merced fuera a la Corte, tuviera una litera que está de retorno.

—Importa —dijo el sagaz caballero— que sea para la Corte, que el dinero lo allana todo. Llamen al hombre, a ver si me concierto.

Envióle a llamar la cuidadosa mujer por lo que podía interesar, por ser su hermano el dueño. Venido, le apartó y en secreto le dio a entender que su viaje era para la Corte, y que, por haberle parecido hombre de bien, se fiaba de su prudencia: que llevaba una dama a quien estimaba y por el peligro había dicho era su hermana y que la llevaba a otra parte. Respondióle:

—No me espanto yo de nada. Cada día suceden muchas cosas y ya estamos hechos a callar. No le dé pena a vuesa merced, pues encontró con persona que le servirá.

—Todo lo pagaré —dijo él contento Caballero—, vaya luego al punto, que me importa la brevedad.

Con esto, le dio unos doblones a buena cuenta y partieron con toda brevedad.

A la segunda jornada quiso saber quién era la prenda que llevaba y previno al literero¹³ de que habían de comer en el campo, que guiara la litera a parte que fuera a propósito, apartándola del camino una legua. Como iba bien pagado, no rehusó el darle gusto y, llegados a la vista de un espeso encinar, pareciéndole a propósito, se apearon. Sentáronse en parte que no diera sol y, mirando que la hermosa dama daba muestras de haber llorado alguna desgracia, la dijo:

—¿Quién duda, señora mía, que me tendréis por grosero, pues no he dado a entender con mi asistencia la estimación que me debéis? La causa ha sido el asegurar vuestro peligro. Ya estáis segura y, si mi amor os merece que me digáis

vuestro nombre y quién sois, estimaré el favor, obligado a serviros en todo lo que me quisieredes mandar, segura de que sólo trataré de servir a quien ya me tiene tan rendido, que disculpo a vuestro robador, pues yo hubiera hecho lo mismo a ser tan dichoso como él, que mereció tanta dicha y no la supo estimar.

Calló con esto y Doristea, visto que esperaba la respuesta, le dijo:

—No puedo negar la obligación en que me habéis puesto, a la cual estaré tan reconocida como debo. Mas quisiera saber a quién descubro el secreto de mi afligido corazón, ya que gustáis de saber quién soy.

Respondiolo:

—No quede por eso, y tened por cierto que en todo trataré verdad. Yo, señora, soy hijo de un caballero llamado don Juan Manrique. Mi padre es señor de vasallos; está en la Corte en pretensión de que su Majestad le dé un título. Tengo una hermana que, a no estar mirando vuestra belleza, me atreviera a decir que es de las más hermosas damas que hay en este tiempo. Posaba un caballero sevillano pared en medio de mi casa, que por entonces no le conocí. Sucediome una noche ganar al juego una gran cantidad. Salí tarde de la casa de juego y unos hombres me salieron al encuentro con intento de robarme o darme la muerte. Y fuera sin duda el matarme, si el caballero que os digo no acertara a venir a su casa. Púsose a mi lado, diciéndome: «Señor don Carlos, aquí tiene vueseñoría a quien le desea servir». Venían en mi defensa dos criados y nos dimos tan buena prisa que, de seis, quedaron los dos pidiendo confesión. Pidiome que nos retirásemos, por no ser conocidos y le seguimos por conocerle, que por el temor de los heridos llamó en la casa, pidiendo sacaran una luz. Y prometo que le cobré tanta voluntad luego que le vide, que no sé decir si nació de su bizarría o de mi obligación, pues le debo la vida. Con deciros que su nombre y apellido es don Luis de Guzmán encarezco su mucha calidad. Gozaba cinco mil ducados de renta de un hábito de Alcántara que tiene al pecho. Estaba siguiendo un pleito de un mayorazgo en que gozaba otros tres mil, sin

lo que tenía. Diome cuenta de todo, significándome le debía una voluntad tan fina, que se tenía por dichoso en que se hubiera ofrecido aquella ocasión para servirme. Correspondí con la misma demostración, ofreciéndole todo lo que me mandara en que yo le sirviera.

Con esto, me despedí, aunque no recabé de su mucha cortesía dejarme que pasara solo, aunque mi casa estaba tan cerca. Habían dicho a mi padre mi disgusto y, sabiendo la defensa que tuve en el noble forastero, trabamos tan estrecha amistad, que un día se declaró conmigo, dándome a entender que estaba enamorado de doña Fulgencia y que el no haberse determinado a pedirla nacía de saber que mi padre la quiere tan tiernamente, que había despedido otro casamiento por no casarla con quien la sacara de la Corte. Añadiendo a esto que, si yo le pagaba la voluntad que me tiene, lo conocería en la intercesión para recobrar el sí que deseaba, pues era cierto que mi padre haría lo que yo le pidiera. Sabida su voluntad, propuse a mi padre lo bien que a todos nos estaba el emparentar con un caballero de tantas prendas. Con esto, se efectuó el concierto. Ha estado cuatro meses en mi casa después de su casamiento, tan amante de su esposa, que puedo decir que mi hermana ha sido la dichosa en gozar de tal marido. Ganó el pleito y trató de venir a su patria. Pidiome que le acompañara, para gozar de las fiestas que sus deudos y amigos harían al recibimiento de mi hermana. Tenía deseo de ver a Sevilla; por cumplir con todo le vine acompañando, estando un mes gozando de muchos entretenimientos; tan hallado que, si no fuera por la soledad de mi padre, no volviera tan presto a la Corte. Con el alborozo de mi partida, se me olvidó un relicario que estimo en mucho por las grandes reliquias que tiene. Mandé a un criado volviera por él y, pareciéndome aquel monte tan deleitoso respeto del calor, quise detenerme un rato a gozar el fresco. Mientras este esclavo prevenía la comida en aquella venta, con intento de pagar en ella la fiesta, he tenido mucha suerte haber estado allí para libraros de la tiranía de vuestro enemigo. Si gustáis de iros conmigo, seréis tan servida de mí, que conozcáis el grande amor que ya me debéis, aunque os parezca lisonja en tan breve tiempo significarme tan rendido¹⁴.

Mientras don Carlos le dio cuenta de lo referido, le pareció a Doristea que decirle quién era sería rematar de una vez con su perdida honra, porque don Luis había sido uno de los que habían pretendido su casamiento en vida de su padre, y le respondió:

—Yo, señor don Carlos, soy hija de tan buenos padres, que no debo nada a los que son nobles. Mi nombre es Clara de Quirós, mas por ahora será excusado, pues no tengo de tratar verdad y en vos será forzoso. Pues volver a mi tierra no será posible (pues será cierto que mi airado padre me quitará la vida que vuestro valor me ha dado, hallándome en un campo adonde me veo por mi desdicha), me obliga a seguiros, fiada en que un caballero tan noble y que se arrestó¹⁵ a defenderme de mi enemigo me defenderá, pues tratar de otra cosa fuera ofenderme dos veces. Yo estimo el amor que me tenéis y no me aparto de conocer la deuda. Por ahora os ruego que no tratéis de aumentar mi perdición, pues mi corazón está penetrado con el dolor de haber visto muerto a mis ojos un hombre a quien quise, tan loca que, fiada en su engañoso amor y segura de que su calidad era igual a la mía, para casarme con él me obligó a romper con las obligaciones que tengo. Y pues sois testigo de que tuve en menos la muerte que perder mi honor, no dudéis de que me mataré antes que aventurar el perderme más de lo que estoy.

Acabó estas razones vertiendo tantas lágrimas, que el enternecido amante la consoló con decirla:

—Segura podéis estar, señora doña Clara, de que primero me sacaré los ojos de la cara que obligar los vuestros a que derramen esas perlas que ya guardo en el pecho en que reináis. Yo pienso obligaros, de suerte que mis finezas os merezcan el favor que espero recibir.

Con esto, llamó a los criados pidiendo la comida, regalando a su dueño con amantes demostraciones, pareciéndole partirse luego para abreviar su viaje. Y, llegados a la Corte, antes de subir a ver a su padre, llamó en un cuarto bajo, pidiendo a la señora que hospedara a aquella dama. Y dándola en breves razones cuenta de lo sucedido, le encargó el cuidado. Era doña Laura persona de quien se podía

fiar y profesaba con su padre y hermana estrecha amistad; y aceptó, segura de la buena paga del hospedaje.

Mientras don Carlos subió a su casa, mandó la cuidadosa viuda a los criados hicieran la cama y previnieran camisa para su forastera, consolándola para templarla el mucho sentimiento que mostraba, asegurándola lo mucho que merecía su noble defensor. Mandó el cuidadoso amante a un criado que llevara dinero suficiente y las trajera de cenar, encargándole buscara en los figones todo cuanto fuera bueno y trajera dulces considerables. Cumplió con lo que le mandó y, avisándole de que estaba prevenido, dando a entender a su padre que venía cansado, se despidió para volver a visitar a la que ya le tenía sin sosiego.

Cenó con ella y después trató con doña Laura que la tuviera en su compañía, advirtiéndole que su padre no entendiera nada; porque don Juan trataba (como era hombre mayor y estaba con los achaques de la vejez) de vivir con rectitud y que en su casa todo fuera virtud. Tenía un cuarto capaz de dos vecindades y, dando don Carlos dinero para todo, se adornó una sala más adentro de la de doña Laura, con todas las alhajas a uso de Corte, tan lucidas, que mostró el nuevo amante su fina voluntad. En uno de los escritorios la puso todo lo que había sacado de su casa, diciendo no gastara nada, pues todo había de correr por su cuenta. Sacó cuatro vestidos a toda gala, con todos los requisitos de obligación para su adorno. Con esto, empezó a desahogar el corazón, aunque siempre guardó la defensa de su honor, entreteniendo a su amante con fingirse triste, para no dar lugar a que se atreviera.

Sentía don Carlos el verla disgustada con tanto extremo, que no trataba de otra cosa que de regalarla. Un día, contenta de verle tan reportado, le quiso divertir y preguntó si había a quién pedir un arpa. Respondiola:

—No bastaba para rendirme su belleza y discreción, sin el tener otras habilidades para enriquecerme más.

Mandó que la trajeran el instrumento y, después de haber tocado con mucha gala, cantó la siguiente letra:

De los males del amor
yo quisiera preguntar
cuál es mayor,
y responde mi dolor:
amar, morir y callar.

En quien tiene obligaciones
es amar una desdicha,
que desluciendo la dicha
aumenta más las pasiones.

¿Cómo se puede pagar
una deuda que es forzosa,
si la paga¹⁶ es peligrosa
y el dueño puede cobrar?

El mirar por el decoro
es confusión del sentido,
pues quiero dar al olvido
aquello mismo que adoro.

Tengan lástima de mí
los que supieren amar,
pues ya pago cuando lloro
la deuda que recibí.

Dime, amor, qué puedo hacer,
pues ya me dejo obligar
con el favor.
Y responde mi dolor:
amar, morir y callar¹⁷.

No quiso don Carlos darse por entendido, aunque conoció el sentido de la letra, pareciéndole que, pues ya daba a entender que estaba enamorada, sería fácil ren-

dirla. Y celebrando la destreza y suavidad del acento, la pidió que pasara adelante. Cantó otras dos. Con esto pasaba el enamorado caballero sin atreverse a tratar de su pasión, porque Doristea se daba por ofendida diciéndole que la trataba como mujer a quien había hallado en un monte, pues quería tan presto el premio de los servicios. Respondióle un día:

—Yo, señora doña Clara, no quiero forzada la voluntad y pues habéis conocido que la mía es tan verdadera, no excusaré decir el sentimiento que tengo de veros tan cruel¹⁸, pues han pasado seis meses que habéis estado en mi poder sin daros enfado con mis pasiones. Si gustáis de matarme, no pagáis la fineza de mi amor.

Significó estas razones con tan triste semblante, que la confusa dama, pareciéndola tenía razón de quejarse, pues la tenía tan obligada, le respondió:

—Señor don Carlos, no puedo negar lo mucho que os debo, mas no puedo conceder con lo que me pedís hasta perder la pena que tengo, porque vuestra persona merece ocupar todo el corazón. Y para no daros por entendido el lugar que merecéis en mi pecho, antes ha sido fineza la que tenéis por rigor. Esperad a que me desahogue de mis penas, pues ya con la merced que recibo tenéis tanto principio de conocer que no soy desagradecida, y fiad de mi voluntad, que pago la que me tenéis con muchas ventajas.

Con este cariño excusó por entonces su peligro, porque doña Laura no estaba en casa y el rendido amante quiso gozar de la ocasión y quiso obligarla con darla gusto; y pidiéndola cantara un rato para divertir su amorosa pena, tomó la arpa a tiempo que entraba su amiga, y cantó la siguiente letra:

Perdió sus corales Julia
en el baile una mañana,
y buscándolos decía:
«No hay mujer más desgraciada».

—«No llores —dijo Cardenio—,
gracia de la misma gracia,
ni marchites con la pena
lo verde de mi esperanza.

«Si estás derramando perlas
que viene a coger el alba,
no sientas haber perdido
una cosa tan barata.

«Guárdame, Julia, los bienes
que me enriquecen el alma,
y daré por una perla
todo el oro del Arabia».

—«¿Adonde está?» —le pregunta—.
Y, sacando una maraña
de sus cabellos, le dice:
—«Yo cumpliré mi palabra.

Del oro de tu cabeza
ayer, cuando te peinabas,
me trajo amor a las manos
la dicha que deseaba».

Risueña de su donaire,
le dijo, más consolada:
—«Bien te merece mi fe
ese amor con que le pagas».

Fueron juntos a la feria
y, comprándole una sarta
de corales, se volvieron
contentos a la cabaña.

Cantaban los dos sus dichas,
porque amor, cuando se alcanza,
es yedra que rinde al olmo,
ni se seca ni se cansa¹⁹.

—Envidioso me tiene Cardenio —dijo don Carlos.

Respondiolo:

—¿De qué es la envidia, si yo le pago a vuesa merced el amor que me tiene y le confieso la deuda?

—Mal hiciera vuesa merced —dijo doña Laura— en no pagarla y me espanto de ver sus desdenes cuando son tantas las finezas del señor don Carlos.

Tenía doña Laura una hermana llamada Leonor, y otra señora, monja de las más principales del convento, se había endevotado²⁰ con Doristea, como iba algunas veces a visitar a la hermana. Y pareciéndola que doña Laura se mostraba de parte de don Carlos, temerosa de la poca seguridad de su defensa, quiso no aumentar su yerro con hacerlo mayor, y le dijo otro día:

—¿Quiere vuesa merced que vamos²¹ a ver a las monjas, que tengo deseo de ver a doña Inés?

Respondió que sí, por darle gusto con las medras²² que tenía. Y llegadas a la red²³, después de haber saludado a la hermana, dijo su devota:

—Vamos a otro locutorio, que te quiero enamorar sin que estas señoras te vean.

Tenía Doristea donaire en lo que decía, y atribuyéndolo a risa, le respondieron:

—Bien será que la señora doña Inés goce a solas sus favores, para no darnos envidia.

Con esto, se entraron en otro aposento y Doristea la contó toda la verdad de su amarga historia, diciéndola su calidad y su nombre; y, vertiendo muchas lágrimas, la dijo:

—Yo estoy en mucho riesgo. Doña Laura es mi enemiga, pues se ha declarado en favor de don Carlos, No te quiero negar que le estimo tanto como merece su persona y pide mi obligación, y que sentiré dejarle; mas considerando que un hombre señor de vasallos y que aspira a tener mañana un título no se ha de casar conmigo, pues sabe mi desdicha²⁴, fiada en tu amor, te pido que dispongas con mucha brevedad que yo entre en este convento, pues tengo la riqueza que te refiero y, en profesando, avisaré a mi padre²⁵ de que estoy viva y verán mis deudos, ya que hice un atrevimiento tan indigno, que lo supe enmendar.

No quiso doña Inés interrumpir su triste discurso, aunque sentía verla llorosa, pareciéndola que descansaba y, visto que ya dio fin, la respondió:

—Amiga, mía, no pagaras mi amor si te faltara la confianza que tienes de mí²⁶. Yo te prometo que será con tanta brevedad el servirte, que no tardaré dos días y, si te riges por mi voto, en estando acá dentro, dile a don Carlos tu calidad que, si te quiere con amor verdadero, no dudo de que se case contigo²⁷. Y, si fuere apetito, te hallarás honrada sin que triunfe de ti. Yo diré a la señora priora en secreto todo lo que me dices, para que no tengan a liviandad dejar la religión, si acaso sucede tan en favor tuyo como yo deseo.

Parecióle bien a Doristea la prudencia de su amiga y respondió hiciera lo que le pareciera conveniente, encargándola la brevedad. Con esto se despidieron y la cuidadosa monja lo dispuso con tanta brevedad, que dentro de dos días la envió a decir en un papel que ya podía venir.

Aseguró a doña Laura con decir quería pasar a ver una señora vecina y, tomando sus joyas y dineros en un lienzo, se puso el manto, pasó acompañada de una criada y, luego que se vido sola, pidió a la señora a quien fue a ver la diera otra criada, diciéndola iba a una diligencia y no gustaba de que su vecina lo entendiera. Como se preciaba de cortés y cariñosa, todas la querían bien y le respondió que, si quería que fuera ella, lo haría con mucho gusto. Respondiola que no, que antes la suplicaba que diera a entender que no la había visto, porque don Carlos no

formara queja; porque iba determinada a darle un enfado por vengar unos celos. Con esto se despidió, diciéndola que volvería presto.

Llegada al convento, se quedó en él, diciendo a la criada:

—Vete a mi casa y di a doña Laura que yo quedo en la Madalena, que no tenga cuidado de mí.

Volvió la mensajera a tiempo que su amante preguntaba dónde había ido, pareciéndole novedad por no haberlo hecho en todo el tiempo que había estado en su poder. Quedó tan loco del repentino susto, que, sin hablar palabra, salió. Y, llegado al torno, pidió que le llamaran a doña Inés. Salió a recibirle, dándole por el torno un papel, diciendo:

—Bien entiendo que vueseñoría vendrá disgustado. Ahora no hay orden de locutorio. Ese papel es de doña Clara. Léale, que yo sé que me disculpará cuando sepa lo que contiene.

Era don Carlos compuesto y no quiso alborotar hasta ver lo que le decía. Volvió a su casa, diciendo a doña Laura lo que pasaba. Y, abierto el papel, decía así:

«Aunque estaba determinada a no decir quién soy, doña Inés me obliga a decirlo para disculpar el parecer desagradecida, aunque en mí no faltará el reconocimiento a las muchas obligaciones que tengo a vueseñoría. Las mías son tantas, que no puedo faltar a lo que debo. Mi patria es Sevilla; mi nombre, Doristea. Soy hija del veinticuatro Alejandro y de doña Escolástica Pardo de Santoyo y, pues don Luis de Guzmán es su cuñado, a su informe me remito lo que excuso en este, por no ser larga...».

—Según esto —dijo doña Laura— ha tratado engaño.

—No la culpo —respondió don Carlos—, hallándola en un monte de donde la truje, pues me da a entender su calidad en lo que contiene este papel y, si es tanta como presumo, no hay duda de que me casaré, porque estoy enamorado

y satisfecho de que no la ofendió Claudio, pues quiso perder la vida conociendo de su intento²⁸ la burla que ya pagó con la muerte.

Con esto, subió a su cuarto y, llamando al esclavo, le mandó fuera a buscar postas²⁹, diciéndole:

—Mientras escribo una carta, vuelve con brevedad, que has de ir a Sevilla y no has de tardar ocho días en venir. Camina sin parar, que un vestido tienes si me traes la nueva que deseo.

Era leal y, dando prisa a su viaje, cumplió con lo que debía. Llegado a Sevilla, dio la carta diciendo no se había de detener más de esperar la respuesta. Mandó doña Fulgencia le regalaran y, cuidadosos de lo que la carta contenía, la leyó don Luis, espantado de saber el cuidado de don Carlos, porque no le dio cuenta de nada de lo que pasaba. Determinose a responder, diciendo en la suya:

«Admirado me tiene saber que vueseñoría tenga noticia de la dama por quien me pregunta, por haber mucho tiempo que falta de Sevilla. Y aunque sentiré hablar mal de las mujeres —y más cuando son de tantas prendas— no excuso el ser puntual, satisfaciendo a su pregunta...».

Y, refiriéndole todo el suceso de Claudio, pasó adelante, diciendo:

«...Al día siguiente de su fuga, se despacharon requisitorias por todos los caminos y le hallaron muerto en un monte. De la dama no se sabe. Corrió la voz de que algunos salteadores le mataron por quitársela y robarle mucha cantidad que sacó de su casa en joyas y dineros. En lo que toca a su dote, pasa de veinte mil ducados, sin la herencia de la hermana de su madre, en cuya casa estaba, que pasan de diez mil. Alejandro era de lo más calificado de Génova, lo menos fue veinticuatro. Su madre o deudos son de lo más ilustre que hay en esta ciudad y, si valgo por testigo abonado³⁰, basta decir que, rendido a su hermosura, se la pedí a su padre y, siendo quien soy, me la negó, pareciéndole que el no ser titulado era demérito para merecer su casamiento».

Quedó don Carlos tan loco con la carta que, entrando a la sala de su padre, le dijo:

—Padre y señor mío, si vueseñoría estima mi vida, lea esta carta.

Tuvo don Juan a novedad el hablarle así, porque don Carlos era prudente y sujeto a su gusto y, tomando la carta, la leyó. Acabada, le dijo:

—Según lo que don Luis escribe, me da a entender le habéis enviado a decir que os diga quién es la contenida³¹.

Respondiolo:

—Así es verdad.

—Pues, ¿qué Doristea es esta? —dijo el prudente padre—. Decidme verdad y no dudéis de lo que os quiero; la calidad es grande, la riqueza mucha. Este Claudio... quiero saber lo que contiene.

Diolo cuenta de todo lo referido, diciéndole:

—Seis meses la he tenido tan servida de mis finezas, que, a no ser testigo yo de su valor (pues fuera cierto que su enemigo la matara a no tenerme el Cielo allí para defenderla y que el traidor pagara su atrevimiento), la pudiera culpar de cruel. Pues, huyendo de mí, se entró diez días ha en la Madalena. Enviome un papel y no ha sido posible dejarse ver ni responderme a los que la tengo escritos solicitando el verla.

Respondiolo su padre:

—Espantado me tiene lo que me decís. Posible es creerlo, por la satisfacción que tengo de que sois prudente. Una mujer tan enamorada de un hombre que la obligó a romper con tantas obligaciones, tuvo en menos la muerte que perder su honor. Cuando³² la calidad y cantidad no fuera tanta, me basta para daros gusto saber su valor. Vamos a verla, que ya la quiero tanto, que no tendré gusto hasta tenerla en mi casa.

Quiso don Carlos besarle a su padre los pies y, deteniéndole, le dijo:

—¡Gran cosa es estar enamorado para ser loco!... Reportaos y mandad que pongan el coche. Vaya un criado a decir que vamos, para que tengan grada³³.

Hízose todo y, llegados al convento, fueron recibidos de la priora con demostraciones de amor. Pidió don Juan que saliera su prenda, y respondióle la priora:

—No será poca la fineza de mi amor en obedecer a vueseñoría, que la prenda es tan amable, que todas sentiremos que nos la lleve, pues infiero de esta venida que será cierto.

Respondióle:

—En eso no hay duda. Llévemela vuesa merced a la portería, que la quiero ver de cerca.

Obedecióle y, traída la novicia, con el contento³⁴ aumentó tanto su hermosura, que su contento esposo la dijo:

—Cierto que, a no ser tan interesado en el pesar que me cuesta este hábito, le diera el parabién a vuesa merced de la toca de lino, pues la hace tan hermosa, que no echo menos las galas.

Respondióle:

—Siempre le parece bien a quien me mira con tan buenos ojos.

Respondióla don Juan:

—Hija mía, sin duda que los míos son muy buenos, pues me habéis parecido tan bien que, a no estar tan viejo, le había de quitar a Carlos la desposada.

Celebraron las monjas el anciano donaire, y la contenta dama le dijo:

—Pues vueseñoría me da nombre de hija, permita la licencia que deseo para besarle la mano a mi padre.

Diole las dos, diciendo:

—Tomadlas ambas, pues ya no puedo negar nada que me pidáis.

Y asiéndole la una la nueva hija, quitándose un sortijón de diamantes que llevaba en el dedo pequeño, se le puso, diciendo:

—Pues tengo de ser el padrino de esta boda, razón será dar la sortija.

Estaba el desposado tan suspenso con el gusto interior, que doña Inés le dijo:

—Señor don Carlos, ¿no dice vueseñoría nada? Lléguese más cerca, que la señora priora dará licencia.

Llegose, diciéndola:

—No se espante vuesa merced de verme tan suspenso, porque me parece que es sueño lo que miro, y viva segura de mi voluntad, pues la debo mi ventura, según mi señora Doristea me refiere en su papel.

Respondiole:

—Yo estimo el haber acertado a servirle.

Díjole Doristea que le enviara para adorno de la celda las alhajas que estaban en su cuarto. Prometiola enviarlas y así lo cumplió. No quiso don Juan sacarla hasta el día del desposorio, para dar lugar a la prevención que pedía tal casamiento. Visitábala todos los días, enviando tantos regalos, que toda la comunidad participó de la abundancia. De galas no hay que decir: sólo diré que una literilla que le envió para que saliera se tasó en mil escudos.

Llegado el día de su desposorio, la acompañaron para traerla a su casa veinticuatro coches de caballeros y títulos, y doce sillas de señoras tituladas, con tanta

admiración de su mucha hermosura, que aumentaban el contento de su esposo con los repetidos parabienes.

A dos meses de casada, salió don Juan con su pretensión, dándole su Majestad un título de duque, nombrando uno de sus muchos lugares que tenía. Pareciple vivir en Sevilla por no carecer de su amada hija y dar lustre a los nobles deudos de su nuera con verla tan mejorada. Avisó por cartas para que le tuvieran casa prevenida, diciendo a doña Fulgencia visitara a doña Estefanía y la diera el parabién de la nueva. Cumplió lo que su padre la mandaba y la contenta tía convocó sus parientes y amigos.

Como nunca la nueva fue pública, le avisaron a un tío de Claudio que estaba en Córdoba, pobre y cargado de hijos. Vino a Sevilla y sentó querrela³⁵ pidiendo la muerte de su sobrino. Trató don Luis de concierto y por dos mil ducados que le dieron, se apartó y, otorgando el perdón, se ajustó todo con la condenación y gastos de justicia acostumbrados.

Cuatro años vivió don Juan después del nuevo título, tan amante de su nuera, que sólo por esto la podemos llamar dichosa, pues se ve pocas veces amistoso cariño en tan mal parentesco. Murió después de este tiempo, dejando a su hijo por heredero de los estados y nuevo título, colmando la dicha de su esposa con la heredada grandeza³⁶».

Acabada la referida relación, dieron las gracias a don Vicente, alabando el recato de Doristea. Respondió don Antonio:

—Señores: aunque vuestras mercedes tienen razón de alabar esta dama, no excusaré decir que nació del temor que tuvo al suceso de Claudio. Aténgome al recato de mi señora doña Leonor, pues en dos años que habemos gozado de tan honrada vecindad, ha sido menester que mi madre enviude para merecer verla en esta sala. Que si Doristea se guardó de don Carlos, fue temiendo no ser desgraciada.

Respondió doña Lucrecia:

—Quiera Dios que la señora doña Juana salga de sus cuidados, que yo te prometo que la tendremos tan de espacio³⁷, que no nos la pueda quitar.

Contenta la prudente madre de verla tan declarada, le dijo:

—Hoy la tiene vuesa merced para servirse de ella y de mí, pues será Leonor la dichosa.

Mudó semblante don Enrique con el pesar de verlas tan declaradas. Y doña Lupercia, arrebatada de los encubiertos celos por estar inclinada a don Enrique (no lo había dado a entender sino a doña Lucrecia, con quien descansaba de su amorosa pena), dijo:

—De lo que me espanto yo es de ver lo poco que responde el señor don Enrique a nada de lo que se dice. Sin duda tiene el corazón bien empleado, pues le tiene tan divertido³⁸.

—¡Y cómo, señora! —dijo don Enrique—, que el empleo de mi corazón fuera de los mayores que tiene el mundo a ser yo más dichoso. Mis pocos méritos me hacen desgraciado.

—No tanta desconfianza —dijo doña Lucrecia—, que yo sé de alguna dama noble y rica que se tuviera por contenta de darle a vuesa merced la mano.

Pareciple al discreto vizcaíno eran palabras de cuidado y, perdida la esperanza del casamiento que deseaba, no quiso perder la ocasión y respondió:

—Ojalá que vuesa merced me casara y me diera un buen día, pues cosa de su mano no dudo de que sería muy buena.

Con esto, se despidieron por ser tarde, quedando doña Lupercia citada para el día siguiente. Esperó el cuidadoso caballero a que entraran en sus cuartos y, volviendo a ver a doña Lucrecia, la preguntó si era donaire lo que le decía, añadiendo:

—Sáqueme vuesa merced del cuidado en que me ha puesto.

Respondirole que doña Lupercia lo estimaba, diciéndole:

—De su calidad y riqueza no hablo, pues ya se sabe. Si le parece a propósito, háblele vuesa merced a su tío don Alonso.

Respondirole:

—No hay duda de que lo haré y no pasará de mañana. Don Alonso es mi amigo y, como es Secretario de Cámara, sabe mi nobleza por los papeles de mis pretensiones. Seguro estoy de que no me negará la demanda.

—No le diga vuesa merced nada, por que no se recate estos días.

Prometió hacerlo, aunque no lo cumplió por darle a su amigo la buena nueva.

Otro día fueron los dos amigos a dar las pascuas a don Alonso y, tratando de la intención que llevaba, lo tuvo por bien. Quedó concertado que, en pasando las vacaciones, se haría el casamiento. Y don Vicente le dio a entender la pretensión de doña Gertrudis, diciéndole:

—Tome vuesa merced la mano en amparar mi intento, pues lo debe a mi voluntad.

Respondió don Alonso:

—Vuesa merced es tan abonado³⁹, que me parece excusada la intención. Mas, por servirle, haré lo que me manda.

Despidiéronse y, venidos a casa, le pareció a don Enrique enviarla a su esposa (como ya la miraba con ojos de amante) algunos regalos y, con el achaque de aguinaldo, sacando un azafate⁴⁰ de enrejada plata, puso en él una piel de armiño, engarzadas en oro manos, pies y cabeza; asida una bandilla, se lo envió con otros regalos de mesa, diciendo que guardara las manos en aquel armiño, porque temía que no se derritiera la nieve al calor de los bien encendidos braseros de la señora doña Lucrecia.

Estimó la demostración y quiso darlo a entender. Y, remitiéndole dos pares de medias y una bigotera⁴¹ de ámbar bordada, le envió a decir que por ser labor de sus manos se atrevía, y que le prometía guardarlas para emplearlas en cosas de su servicio. Llegada la hora de la gustosa junta, agradeció las medias, diciendo eran de las mejores que había visto, dando a entender traía puestas las unas.

—Porque se trata de medias —dijo doña Juana—, yo tengo otros dos pares, y que, por haber salido la seda más entera de lo que se usa, las ha despachado Leonor; y me parece serán a propósito para que el señor don Antonio las rompa debajo del luto.

Mandó a un criado las trajera y doña Leonor, al darlas, dijo a doña Lucrecia:

—Perdone vuesa merced el atrevimiento y estime la voluntad.

Respondiolo:

—Y cómo que la estimo y en verdad que la pago.

Sabía que su hijo, antes que su padre muriera, había ganado unas joyas y, mirándole, le dijo:

—Pues estos caballeros han dado aguinaldo, mirad si soy hombre para pagar estas medias, que sentiré que me dejéis corrido.

—Siempre lo estará vuesa merced —respondió don Antonio—, pues todo lo que yo hiciere será poco para premio que merece tanto favor.

Y, levantándose de donde estaba, abrió un escritorio y, sacando cinco vueltas de cordón de oro en que estaba asido el retrato a una colonia y unas arracadas de perlas⁴², lo puso en una salvilla⁴³. Y, dándoselo a su madre, la dijo:

—Mire vuesa merced si puedo atreverme a dar esa niñería, pues vuesa merced se declara en mi favor. Mire esa luminación⁴⁴.

Mirola, diciendo:

—En verdad que, si no me engaño, que es su retrato.

Respondió, riéndose:

—No me costó poco desvelo tener esta dicha para consolar las penas que su dueño me da, que las madrugadas de mi señora doña Juana me tuvieron cuidadoso de no perderla.

Sonrióse doña Leonor el rostro con la honestidad, y doña Lupercia dijo:

—Señoras mías, con los aguinaldos nos divertimos. Cenemos, que es tarde, por que diga mi suceso.

—Todo es menester —dijo doña Lucrecia— para divertir las horas del invierno, que, a no estar tan entretenidas, no se pudieran llevar las noches.

Cenaron, regalándolas con diversidad de regalos y, después de las debidas estimaciones, sentándose donde la oyeran todos, dijo así:

—Del suceso que tengo de referir fue testigo mi padre, por hallarse, pues, en todo el desposorio del *amante venturoso* (que este nombre le daremos).

—Otro amante que desea serlo —dijo don Enrique— ha de estorbar por ahora que vuesa merced lo refiera tan presto, por ser tan temprano. Y, si lo digo, será fuerza, en acabando de contar, el retirarnos. No será razón que nos dure tan poco la dicha.

—Tiene razón el señor don Enrique —dijo doña Juana. Cántese algo.

Tomaron los instrumentos, diciendo:

—No quede por eso el gozar de la gloria, pues la música es parte del Cielo.

Sabía doña Lupercia una letra que venía a propósito de lo que se decía y, al descuido, pidió a doña Gertrudis que la cantaran en los siguientes versos:

«Si cuando la pena es grande
atormenta el corazón,
cuando es tan grande la dicha
el gusto será mayor.

«No dudéis de mi firmeza,
pues correspondido amor
con los efectos del alma,
siempre crece a ser mayor.

«Gigante, aunque rapacillo,
no es ciego para el favor,
pues penetra por la venda
como lince la intención.

«Valiente a los imposibles
se arroja, porque el temor
no le quite de cobarde
el triunfo de la ocasión.

«No tema el que es fino amante
la mudanza ni el rigor,
pues le asegura la dicha
la fineza de su amor.

«Viva seguro Fileno
de que siempre quien sembró
ha de coger, con el tiempo,
el triunfo en la posesión».

Esto cantaba Gileta
y Fileno respondió:

«Si la tierra no es ingrata,
no dudo del tiempo yo».

Respondiolo Gileta:

«Si yo te quiero,
sólo puede la muerte
borrar mi intento».

No quiso don Enrique adelantarse a decir nada, dando a entender conocía el disimulado favor, por parecerle que doña Lucrecia no le diría nada de lo que estaba tratando y, pidiendo a doña Leonor cantara, tomó la vihuela y, sin resistir, cantó las coplillas siguientes:

Díganme los que saben
qué cosa es amor
si en la pena que sienten
consiste el favor.

Todos miro que lloran;
yo no lo entiendo,
pues amar es lo mismo
que estar muriendo.

Yo digo que son necios
los amadores,
pues las penas que pasan
llaman favores.

Respondiome un amante:
«Muy poco sabe
quien no compra los gustos
con los pesares.

Que el amor es de almíbar,
y se empalaga
quien no prueba las flores
de la retama».

Con esto cesó la música, quedando todos muy regocijados de lo bien que había cantado, y doña Lupercia dijo así:

NOTAS DE LA NOVELA SEGUNDA

1 Se entiende, obviamente, caballero veinticuatro; es decir, «regidor de ayuntamiento de algunas ciudades de Andalucía, según el antiguo régimen municipal», perfectamente vigente en la Sevilla a la que alude Mariana de Carvajal.

2 Efectivamente, el juego siempre se consideró un vicio, pero estaba tan generalizado en el siglo XVII, que apenas se entendía como tal por parte de la buena sociedad ni incluso de la baja; no obstante, el vivir sólo y exclusivamente de él, el tener el juego como único medio de vida, o sea lo que se decía entonces «vivir de barato», se estimaba como afrenta o como vergüenza pública en la estima de la mayoría.

3 «Como», de nuevo con valor causal, es decir, puesto que no tenía qué jugar.

4 O sea, inmediatamente. Repárese en que «papel» funciona como sujeto de «dio cuenta». Sólo así el texto tiene el debido sentido.

5 El doblón era una moneda antigua de oro, la más rica que había, con diferente valor según las épocas, hasta que a mediados del siglo XVII vino a fijarse en el equivalente a cuatro euros actuales. El vulgo llamó así desde el tiempo de los Reyes Católicos al «excelente mayor», que tenía el peso de dos castellanos o doblas. De ahí el aumentativo «doblón» por el que era conocido. Siempre se entendió como la moneda más rica de curso legal.

6 Nótese el tópico barroco de la retórica de siempre. Aquí, por conocida y lexicalizada metáfora pura, «candidos cristales» equivale a «aguas cristalinas».

7 El censo era, en sentido estricto, la contribución o tributo que entre los antiguos se pagaba por cabeza en reconocimiento de vasallaje y sumisión. Se entiende aquí, por antonomasia, el tributo que debemos a nuestra madre la tierra, o sea, la muerte.

8 La moderna editora Catherine Soriano imprime «sacaráis». Se trata, no obstante, de un imperfecto de subjuntivo, un tiempo pasado, o sea, «sacarais».

9 Nótese el comportamiento típicamente chulesco.

10 «Pretina» era correa o cinta con hebilla o broche para sujetar en la cintura ciertas prendas de ropa.

11 Es frecuente la referencia incidental a Úbeda en esta y otras novelas de Mariana de Carvajal. No olvida nunca la autora su nacimiento giennense y su ascendencia en esta tierra. Para otras referencias a la incardinación ubetense de las novelas de Mariana de Carvajal, véase Aurelio Valladares Reguero *Guía literaria de la provincia de Jaén*, Instituto de Estudios Giennenses, 1989, y *Discurso de ingreso en el Instituto de Estudios Giennenses: el teatro en la provincia de Jaén*, I.E.G., 2001.

12 Aquí «cuidadoso» en el sentido de «preocupado, solícito, diligente, incluso fatigoso».

13 «Literero» es el que vende, alquila o guía las literas.

14 Esa expresión se halla también dentro de la retórica del amor cortés: lisonja, rendimiento amoroso. Aquí «lisonja» vale por alabanza afectada para ganar la voluntad de una persona, sumisión amorosa y rendimiento. Entiéndase como sumisión, humildad o subordinación obsequiosa; expresión que denota la sujeción a la voluntad de otra, en orden a servirla y a complacerla amorosamente.

15 «Arrestó». Dice el *Diccionario de Autoridades*: «arrestarse equivale a determinarse, resolverse, entrarse con arrojo a alguna acción ardua o empresa de grande contingencia y riesgo»; o sea, en el actualidad, «arrestó» vale por «se atrevió, osó».

16 «Paga» entiéndase como recompensa en sentido amoroso, expresión que proviene, asimismo, del lenguaje propio de la lírica de cancionero. En *La Celestina*, acto primero, se pone en boca de Melibea la siguiente expresión: «pues mi paga será tan fiera cual merece tu loco atrevimiento»; aquí, en sentido negativo, vale por «expiación de la culpa mediante la pena correspondiente».

17 Los versos de Mariana de Carvajal suelen ser de bastante calidad. Nótese como ejemplo este último poemilla: «Dime, amor, qué puedo hacer/ pues ya me dejo obligar/ con el favor./ Y responde mi dolor:/ amar, morir y callar».

18 Aquí entiéndase «cruel» en un sentido puramente retórico, derivado de la lírica de cancionero, que se instaura en España en el siglo XV. Se entiende, pues, «cruel» como aquel que se deleita en hacer sufrir o se complace en los padecimientos ajenos, pero en los estrictamente amorosos. La «crueldad» amorosa posee todo un cúmulo de derivaciones y sutilezas retóricas, que fueron expuestas en los múltiples tratados del amor cortés, desde el siglo XIV en adelante.

19 Este poema emplea todos los recursos tradicionales y los tópicos que se habían consolidado en el barroco: metáforas desgastadas (perlas por lágrimas), conduplicaciones (gracia... gracia), etc. Todo dentro de una retórica de amor cortés que se consolida en los tópicos poéticos a lo largo de los siglos XVII y XVIII.

20 «Endevotado» es término rehecho sobre devoto, devoción, etc. Ibídem «como» con valor causal, muy abundante en Mariana de Carvajal por su origen andaluz.

21 Emplea, como en otros textos de los siglos XVI y XVIII, «vamos» por vayamos; es decir, presente de indicativo por presente de subjuntivo. Es un uso muy frecuente en Castilla desde el siglo XIV. Tenemos múltiples ejemplos en Santa Teresa, en especial *Libro de la vida*, passim.

22 «Medras», o sea, aumento, mejora, progreso o adelantamiento en algo.

23 «Red», es decir, la reja del locutorio, de la acepción 4.^a del DRAE: verja o reja.

24 No es infrecuente en Mariana de Carvajal esta construcción fraseística, que carece de verbo principal, sustituido por un gerundio, de forma que no hay oración principal. Sólo la puntuación nos hace ver el relativo sentido del texto, tal como se constata en la edición de 1663.

25 Se trata de un claro despiste de Doña Mariana pues, como anota Catherine Soriano, en la página 47 se nos dijo que el padre de Doristea, Alejandro, el genovés veinticuatro de Sevilla, murió antes de ponerla en estado, razón por la cual se fue a vivir con su tía Estefanía, quien rechazó las pretensiones del indigno Claudio, aunque sin poder evitar la huida de su sobrina. Se trata, por lo tanto, de un error, de un despiste argumental, que no fue solucionado en la lectura de las pruebas ni en posteriores ediciones, como la de 1728.

26 El uso preposicional no es siempre correcto en Mariana de Carvajal. Sin duda su prolongada estancia en Madrid le hace aceptar usos vulgares o poco correctos que en su Jaén originario se sienten especialmente. Tal es el caso de esta construcción, en que ella escribe «de mí» en lugar de «en mí», tal como se mantiene, sin fluctuación ninguna, en su tierra de origen.

27 Nuevo dequeísmo, no infrecuente en D.^a Mariana. Constatamos, asimismo, un *ti* acentuado, que se debe a la moderna editora Catherine Soriano. Estas y otras menudencias hacen desmerecer la calidad conjunta de la edición referida (1993).

- 28** «De su intento», o sea, de propósito. Repárese en la construcción hiperbática que sigue.
- 29** «Postas» se decía del conjunto de caballerías prevenidas o apostadas (de ahí el nombre) en los caminos, a distancia de dos o tres leguas, para que, mudando los tiros, los correos y otras personas caminaran con toda diligencia. Así sucedió durante muchos siglos, hasta el XIX en concreto. Es obvio decir que la costumbre de las «postas» desapareció con los avances automovilísticos del siglo XX.
- 30** «Testigo abonado». Vale decir, el que se ha mantenido para disfrutar de su servicio; aquí en el sentido más general de «que es de fiar por su caudal o crédito», o sea, predispuesto a favor.
- 31** «La contenida», es decir, la persona de referencia, la persona concernida, de que se trata.
- 32** «Cuando» con valor concesivo, tan frecuente en Mariana de Carvajal; es decir, «aun cuando», «aunque».
- 33** «Grada», sitio de la grada, recepción en el locutorio. Se decía, por deslizamiento semántico, de la reunión celebrada ante la reja y locutorio de los conventos de monjas.
- 34** No es infrecuente esta reiteración de términos con valor eufónico y retórico en Mariana de Carvajal. Tal sucede en otros lugares de esta misma novela. En este caso se trata en dos funciones distintas y dos partes oracionales: sustantivo más adjetivo, por metátesis.
- 35** «Sentó querella», es decir, montó discordia, pendencia o litigio.
- 36** En la edición que publica Mariana de Carvajal en 1663 la novela no concluye aquí, sino que se prolonga algunas páginas más. Catherine Soriano, en su edición de 1993, hace concluir aquí el texto. Creemos que tal libertad entraña falta de respecto a la voluntad de la autora que no debe permitirse. Nosotros, pues, respetamos la voluntad de Mariana de Carvajal y haremos comenzar *Del amante venturoso* en el lugar exacto en que lo hace ella.
- 37** «Tan de espacio» entiéndase aquí «por tanto tiempo». Se escribía separado entonces. El sentido se mantenía aún con el mismo carácter adverbial (despacio), en especial en la acepción aquí constatada de «por tanto tiempo», «por tiempo dilatado», tal como recoge el *DRAE*.
- 38** «Divertido», aquí como apartado, desviado, alejado. Se entiende, de los debates y preocupaciones de las mujeres.
- 39** Abonado equivale a «favorable», «conforme», «predispuesto». Véase nota 30.
- 40** «Azafate». Se trata de un arabismo. Es una pieza de servicio, tejida de mimbres, llana y de poca altura, hecha a veces con paja y otras con latón, oro u otros materiales costosos.

41 «Bigotera». El sentido inicial era de funda suave, de gamuza, para los bigotes postizos, por entonces tan abundantes. Con estas bigoteras se cumplía una evidente función práctica, para mantener limpios y ordenados los bigotes. Era, por tanto, un uso puramente particular el que se le daba.

42 «Colonia». Dice el *Diccionario de autoridades*: es «cierto género de cinta de seda, de tres dedos o más de ancho. Se suelen hacer lisas o labradas, y de un solo color o de varios». Las «arracadas» son pendientes, aretes con adornos colgantes, típicamente femeninos.

43 «Salvilla». Dice el *Diccionario de Autoridades*: «pieza de plata o estaño, vidrio o barro, de figura redonda, con un pie hueco sentado en la parte de abajo, en la cual se sirve la bebida en vasos, barros etc. Llámase así porque se hace salva con la bebida de ella».

44 Se entendía por luminación (con aféresis), la iluminación o pintura al temple, ejecutada sobre piel o papel. Vale también como lámina, miniatura.

NOVELA TERCERA
DEL AMANTE VENTUROSO

«En la insigne Zaragoza, ilustre cabeza del reino de Aragón, tan celebrada en los aplausos de la admiración cuanto digna de la inmortal fama que goza, como suntuoso relicario de la Emperatriz de los Cielos, María, Señora Nuestra, concebida sin pecado original, que goza el título de la Virgen del Pilar, como poderoso atlante², sustentando en los hombros de su caridad la máquina terrestre, vivía un caballero, tan ilustre en la sangre como poderoso en la riqueza, llamado Ricardo Milanés. Tenía en dichosa sucesión dos hijos; uno varón, llamado Carlos, y la niña, Margarita, de cuyo parto murió su amada esposa.

Vivía frontero de las casas de Ricardo otro ilustre caballero, no menos aventajado en calidad que en riqueza, natural de Cataluña, llamado Octavio Esforcia³. Vivía de asiento en Zaragoza por haber casado allí con una dama aragonesa, igual en todo a su mucha riqueza y calidad, de la cual tuvo una hija, llamada Teodora. Estaba Octavio viudo, y respeto⁴ de la mucha vecindad y soledad afligida trabaron estos dos nobles caballeros una estrecha y firme amistad, entreteniendo el tiempo en gustosos y honestos pasatiempos. Los niños, a imitación de sus padres, gastaban sus amorosos y corteses cumplimientos.

Era Carlos de doce años y, venido a Zaragoza un tío suyo, hermano de su padre, caballero tan esforzado, que por su mucho valor gozaba los honoríficos aplausos de capitán aventajado y coronel mayor de los Tercios de Flandes y, viendo a Carlos en tan hermosa juventud, con gusto de su hermano se le llevó, deseoso de aumentar en las lenguas de la fama los honrosos y antiguos blasones de su ilustre ascendencia.

Quedaron las dos hermanas niñas unidas al estrecho lazo de amorosa correspondencia, aunque era Margarita la obligada a las visitas, porque Teodora, por los continuos y prolijos achaques de su padre, no salía de casa, y las horas que Ricardo faltaba de la suya se iba con su amiga, entretenidas las dos en el curso de sus curiosas labores⁵, dando a Octavio ratos de mucho gusto con la suavidad de sus angélicas voces.

Llegó Teodora en su hermosa juventud a la edad florida de los dieciocho años, tan adornada de fortuna y naturaleza, que se puede decir sin encarecimiento que estas dos basas (en quien se fabrican las humanas dichas) andaban en competencia, apostando lucimientos en que Teodora, como en espejo cristalino, reconociera los altos merecimientos de su ilustre sangre, la singular hermosura, tan celebrada de todos, que la llamaron el milagro de aquel tiempo, sin dar envidia a las demás aragonesas, pues fuera la Fortuna inconstante si diera lugar a la emulación, que, preciada de escurecer tan soberanos resplandores derrama las oscuras nieblas de su voraz envidia.

Ocupó Carlos ocho años en servicio de la Sacra Majestad de Felipe segundo, con tan dichosos aciertos y próspera fortuna, que su Majestad le honró con un hábito de Alcántara, encomendado con seis mil ducados de renta, sin otros ricos despojos que ganó por su mucho valor⁶. Cayó Ricardo enfermo de una peligrosa y mortal enfermedad a tiempo que Octavio y su querida hija estaban en Barcelona y fue preciso despachar por la posta⁷ al condado de Rosellón, adonde a la sazón residía Carlos. Y, vista la carta de su doliente padre, la puso en manos del capitán general, por la cual le fue concedida licencia, vista la precisa obligación.

Partió el desconsolado caballero a toda prisa, aunque no fue la que deseaba, pues llegó a su fúnebre casa después de cinco días que su amado padre pasó de esta vida

en paz. Halló a la querida hermana acompañada de Antonio Milanés, tío suyo. Renovóse con su venida el justo sentimiento y, vistiendo negras y pesadas bayetas⁸, recibió a un tiempo pésames de la presente desgracia y parabienes de su venida.

Cuatro meses pasó en funerales obsequias⁹ y en ajustar las cosas de su riqueza y, partiéndose después a la Corte a concluir un pleito de un mayorazgo y otros negocios importantes, no negoció tan presto que no pasara año y medio sin volver a Zaragoza y, como ya estaban enjutos los ojos y pasados los lutos, volvió con ricas y lucidas galas de soldado, amartelando las damas¹⁰ de Zaragoza con su bizarría. Vivía tan libre de cuidados amorosos, que no sujetaba su albedrío.

Cuando llegó a su casa, estaba ya de vuelta Octavio Esforcia en la suya y, sabida su venida, pasó a visitarle y darle la enhorabuena. Fue recibido de Carlos con amorosas demostraciones y, al echarle los brazos al cuello, le dijo:

—Bien parece, señor Carlos Milanés, que sois vivo retrato de vuestro honrado padre y os aseguro que me enternece el alma el acordarme de la grande amistad que tuvimos los dos.

—Estimaré me mandéis en qué os sirva —respondió el discreto mancebo a los ofrecimientos— y, tomadas sillas, le habló en¹¹ cosas diferentes.

Preguntó en el discurso de la conversación por la salud de la señora Teodora, a que respondió el anciano padre estaba con salud. Replicó Carlos, diciendo:

—¿Y cómo no la casa vuesa merced, para dar gloriosa sucesión a su nobleza?

—No sé qué responda —dijo Octavio—, porque se muestra tan rebelde en tratándola de casamiento, que, derramando lágrimas, me ha obligado a cerrar la puerta a todos los pretendientes. Quiérola tan tiernamente, que no me atrevo a forzarla su voluntad.

—Véala vuesa merced —dijo Carlos— tan bien empleada como deseamos todos sus criados.

Llegada la hora de despedirse, se fue Octavio a su casa. Quedó hablando con su hermana en la rebeldía¹² de la condición y, preguntando el curioso caballero si era hermosa, respondió Margarita con tan encarecidas exageraciones, que puso deseo a su querido hermano de verla, quedando de acuerdo pagar la visita¹³ acompañado de su hermana, para ocasionar a que saliera a recibirla.

Sucedió a medida de su deseo. Estaba Octavio en la cama y asistiendo a la visita la honesta dama. Quedó el asaltado caballero asombrado de su belleza, quedando preso su libre corazón y, por dar más lugar a la gloria que ya le bañaba el pecho, dando a entender quería divertir al doliente, mandó a un criado le trajera una vihuela y, después de haber punteado con mucha gala e intrincados redobles, cantó una letra y, dejado el instrumento, dijo el enfermo:

—En verdad, señor Carlos Milanés, que no he de quedar esta vez obligado a la merced recibida, que os la tengo de pagar muy de contado porque veáis que deseo serviros.

Y, mirando a su hija, la dijo:

—Por tu vida, Teodora, que me saques de este empeño, pagando por mí esta deuda.

La obediente dama mandó a una criada le trajese una arpa y, después de muchas y galantes diferencias, dando al aire el dulce acento de su voz, cantó los versos siguientes:

De los ojos de Lisarda
llevaba flechas Cupido,
recogidas en su aljaba,
para tirarle a Leonido.

Sintió el pastor sus arpones,
y díjole al verse herido:
«Si son de Lisarda, ciego,
mira no pierdas el tiro.

Aunque tiras a matarme,
tu crüel rigor estimo,
contento de ver que muero
por objeto que es divino».

«El oro de su cabello
voy siguiendo, aunque perdido,
gustoso de no hallar
la puerta del laberinto.

«Teseo, para salir,
llevaba en la mano el hilo,
que a un ingrato le está bien
preciarse de fugitivo».

Escuchaba la pastora
el amante enternecido,
y tocando un instrumento,
de aquesta suerte le dijo:

«Si el amor os hiere,
pulido zagal,
yo seré el cirujano
que os ha de curar».

Cantó con tan dulces quiebras y pasos de garganta los referidos versos, que el enternecido amante estaba fuera de su acuerdo; y la honesta dama, reparando en su elevada suspensión, dejó el instrumento, dando lugar a que se despidieran los agradecidos hermanos.

Ocho días pasaron sin que Margarita visitase a su amiga y, apretándole los dolores de la gota a Octavio, envió a suplicar a Carlos pasase a divertir su penosa melancolía. Pidíole a su hermana se pusiese a toda prisa el manto, para obligar a Teodora

que saliera a recibirla. Fue fuerza asistir en la sala de su padre. Carlos, por divertir su achaque, pidiendo una vihuela, después de haberla punteado con extremado despejo, se levantó, danzando un canario¹⁴ con intrincadas mudanzas.

Divertida Teodora con verle danzar, se llevó de la consideración de su mucha bazarria; y, reconociendo tan repentina mudanza, vueltos los hermanos a su casa, dando de cenar a su padre y orden a lo restante de su gobierno, mientras cenaban las criadas, se retiró a su recogimiento y, sentada sobre una bordada cama, torciendo sus blancas manos, hablando con sus nuevos pensamientos, dijo así: «¿Qué es esto, Teodora? ¿Cómo habéis dado lugar a tan extraño cuidado? ¿Dónde están los antiguos recatos de vuestra honestidad? ¿Cómo habéis permitido que Carlos Milanés os robe el alma? ¿Qué será de vos si el dueño que habéis escogido, llevado de otros amorosos cuidados, se precia de cruel? ¡Desgraciada de mí! ¡En fuerte¹⁵ hora llegó mi nacimiento!». Y, derramando copiosas lágrimas, quedó tan inmóvil, que pudo pasar plaza¹⁶ de cristalina estatua y, entrando las criadas a desnudarla, pasó lo restante de la noche en congojadas ansias y ardientes suspiros.

El día siguiente mandó llevar los bastidores de sus curiosas bordaduras a una sala que caía frontero de las casas de Carlos, dando a entender lo hacía por el calor, para ver despacio a su nuevo dueño. Fiaba en las guardas de los balcones, por estar adornados de espesas y tejidas celosías y lustrosas vidrieras.

El penado caballero, sintiéndose indispuerto, convocó todos sus amigos, para que a la puerta de su sala (por ser la calle anchurosa) se inventasen diversos y entretenidos juegos: unas veces de esgrima, otras de sortija y estafermos¹⁷, sólo a fin de que su señora ocupara los balcones y, no consiguiendo el fin de su amoroso cuidado (porque Teodora gozaba de todo, sin ser vista de nadie), una tarde, arrebatado de sus mortales congojas, hablando con su hermana, la dijo:

—Ocho meses ha, amada Margarita, que muero desesperado de mejor fortuna y he pensado que mi señora Teodora todas las fiestas que consagro al templo de su hermosura entenderá que son entretenimientos de caballero mozo por

divertir el tiempo, y he determinado esta noche darla a deshora una música en aquella calle que está junto a su casa, pues me decís que las ventanas de su dichoso albergue caen en aquella parte y, si esta diligencia no surtiere efecto, os ruego que tengáis por bien de elegir el estado que más os convenga, para que, dejándoos en pacífica quietud, me vuelva yo a la guerra para perder en ella la vida, que ya me cansa, si no es que me la quite primero la que tengo en el alma.

Escuchó la afligida hermana la triste relación; derramando hermosas y cristalinas perlas, le consoló con sabrosos cariños y prudentes consejos, aprobando por buena su determinación. Gustoso de la buena acogida que halló, entretuvo lo restante de la tarde en dar las voces a dos criados músicos que tenía en¹⁸ su servicio y, pasada la medianoche, se fue a la referida calle a propósito de su intento, por ser angosta y poco pasajera y, puesto debajo de las ventanas de su hermoso cielo¹⁹, mandó a los criados dieran principio al sonoro rumor²⁰. Después de haber cantado los criados las letras prevenidas, tomando Carlos el instrumento, cantó solo la letra que se sigue:

Luchando con imposibles
me admiro de mi pasión,
pues vivo de lo que muero
muriendo de mi dolor²¹.

Divino objeto a quien rindo
un amante corazón,
carácter en quien se imprime
la imagen que adoro en vos.

Escuchad mis tristes ansias,
que un serafín es rigor
que se precie de crüel,
pues es deidad superior.

No os pido que me premiéis,
si es gloria, que entiendo yo
que el amar sin esperanza
son quilates de mi amor.

Sólo quiero que entendáis,
que ya tan perdido estoy,
que en no hallarme está mi dicha
cuando me pierdo por vos.

A un tiempo sin competencia,
señora, estamos los dos
conformes en los efectos,
aunque desiguales son.

Vos atenta a los recatos
a que obliga el pundonor,
y yo atento a respetarlos,
pues piden veneración.

Había salido Teodora por divertir sus melancolías a una celosía y, reconociendo a su reenclinado²² amante, arrebatada del repentino gusto, considerando no había en la calle otra persona a quien se le pudieran cantar los versos referidos, retirándose de la ventana, dijo así:

—¡Ya, Teodora, te puedes llamar dichosa y solemnizar con repetidos elogios tu ventura, pues Carlos, a quien rendiste el albedrío, te ama con tal extremo, que puedes romper la cárcel del silencio en que has tenido presa tu bien empleada voluntad! No hay que esperar, que si matas tu misma vida, morirás de infeliz. Carlos te estima, igual a ti en calidad y aventajado a todos los necios que te pretenden, ignorantes de que eres esclava y sin licencia de tu dueño no puedes disponer de ti. Demos principio a la felicidad que ya deseas, pues el Cielo dispone tu mayor dicha.

Y, diciendo esto y otras amorosas razones, tomó la pluma, cifrando en corto decir mucho sentimiento, con intención de darlo otro día a su querida amiga.

No se descuidó Margarita de aliviar las penas de su hermano y, pasando a visitarla, fue recibida con tan amorosas demostraciones, que se prometió alguna novedad y, retiradas a un jardín, bañando a Teodora el hermoso rostro en purpúreos claveles, le dijo:

—Amada Margarita, sólo de tu prudencia fiara yo los secretos de mi rendido corazón: Carlos, mi señor, me dio anoche a entender sus penas y no me cuestan tan baratas que no pueda alegar mayoría en las muchas que me debe. Dale este papel y cumple por mí como amiga verdadera.

Abrazóla Margarita, con tan locas demostraciones de contento, que la ocasionó a sobrada risa y, despidiéndose a toda prisa, venida a su casa, dijo a su cuidadoso hermano:

—Ya, Carlos, se acabaron mis llantos y los muchos disgustos que me cuestan los vuestros: tomad este papel que vuestra adorada os envía. Ella os le escribe y yo le traigo deseosa de saber lo que contiene.

Quedó el enamorado caballero tan suspenso, que en mucho rato no pudo articular razones y, besando muchas veces la nema²³, le abrió, leyéndole recio para que su hermana le oyera; el cual decía así:

Amar sin esperanza es valentía
del amador atento y prevenido,
pues huye su cuidado del olvido
a que condena amor en rebeldía.

No temer su rigor con osadía
hace menor el daño recibido,
pues cuida de su herida apercebido
de que su amor no pase a demasía.

El vuestro ha merecido en mi cuidado
la mucha estimación que ya le ofrece
un corazón que, en fuego transformado,

no huye de las llamas donde crece.
Y si amor con amor queda premiado,
ya tiene el vuestro el premio que merece.

—No hay que esperar aquí —dijo Margarita—, y me parece que habléis a vuestro tío Antonio Milanés y a nuestros deudos, para que le hablen a Octavio Esforcia, pues no ha de negar, conocida vuestra calidad y riqueza, una cosa tan justa.

Parecióle bien a Carlos y, sin detenerse, se fue a casa de su tío y, dándole larga cuenta de sus amores, le puso el referido soneto en las manos, cosa de que quedó muy gustoso y, saliendo de casa a buscar otros dos amigos y algunos de sus deudos, se fueron juntos a besar las manos al anciano caballero, el cual, sabida su demanda, respondió:

—Pluguiera a Dios, señor Antonio Milanés, fuera yo tan dichoso que Teodora me obedeciera, pues se muestra tan rebelde, que no me atrevo a casarla por fuerza. Y así tengo despedidos muy grandes casamientos. Lo que aseguro es que no ha de faltar por mí, si puedo vencerla, pues estimo tanto al señor Carlos Milanés por lo que merece y por hijo de su padre, a quien yo tanto quise.

Quedaron todos contentos, sabida la determinación de la hermosa dama y, despedidos, prometió don Octavio Esforcia dar la respuesta. El día siguiente fueron a dar a Carlos las buenas nuevas, llamando una criada a Teodora. Venida a la sala de su padre, la dijo la demanda de aquellos caballeros, significándole el mucho gusto que tendría de verla tan bien empleada. Quedó tan loca la enamorada doncella que, bañando el rostro de encendidas colores, lo atribuyó su padre a su acostumbrada honestidad. Reportada del repentino gusto, respondió que no tenía más voluntad que la suya, que el no haberle obedecido nacía de su mucho amor, por no apartarse del amoroso nido. Agradeció su padre que se mostrara obediente

y, pareciéndole había vencido un imposible, sin esperar a más dilaciones, envió a llamar a Antonio Milanés. Y, quedando asentado el casamiento, le suplicó tomase a su cargo la disposición de todo, respeto de²⁴ sus muchos achaques. Estimó en mucho el cargo que se le daba, quedando de acuerdo sería el desposorio dentro de quince días. Y, despedidos, se fue Antonio Milanés acompañado de los caballeros más nobles de Zaragoza a convidar al corregidor para que apadrinase tan festivas bodas, tratando de que dentro de cuatro días fueran las capitulaciones²⁵, enviando tantas y tan ricas joyas y costosas galas, que a todos les pareció pasaban a exceso, dando a todos los que fueron a ellas lucidas curiosidades de lienzos, guantes y otras cosas. Pasolo²⁶ el venturoso amante con mejor fortuna aquellos días, gozando las noches honestos favores de su amada esposa.

Llegado el día señalado, se fue la señora corregidora, acompañada de dos amigas que gustaron de servir el oficio de camareras, a casa de Octavio Esforcia. Aderezaron a la desposada con un vestido de color de perla, con asientos de oro, enlazándole el hermoso y dorado cabello con unos hilos de transparentes perlas, quedando tan hermosa, que puso en admiración a aquellas señoras y, bajándola el corregidor de la mano, entraron en las carrozas y, acompañados de la nobleza de Zaragoza, llegaron al templo de la Virgen del Pilar y, celebrados los oficios divinos y recibidas las bendiciones, volvieron a casa de Octavio Esforcia tan tarde que, por no embarazar el gusto de la prevenida y opulenta comida, no se dio nada por desayuno, divirtiendo el breve rato una encamisada²⁷ que tenían prevenida los criados y mozos de cocina. Vestidos ridículamente, con diversos instrumentos entraron en la sala bailando, cosa que dio a todos sobradísimo gusto. Y, llegada la hora, ocupando las blancas y olorosas mesas, comieron, al son de diversos instrumentos, costosos y regalados platos.

Acabada la comida y tomada aguamanos de ámbar, vueltos a sus asientos y pasada una hora de sosiego, danzaron todos los caballeros, sacando a las hermosas damas. En esto y en otros gustosos juegos se pasó lo restante de la tarde. Margarita, que era sazoadísima, pidiendo licencia para salir allá fuera; Don Pedro Maza, picado de la agudeza de sus dichos, se levantó a tenerla, diciendo:

—En verdad, mi señora, que, con licencia del señor Carlos Milanés, que habemos de danzar los dos, porque me han alabado mucho su despejo y tengo deseo de verle.

—Hanle engañado a vuesa merced, mas con hacer lo que supiere cumpliré lo que debo.

Y mandando que le trajeran una harpilla²⁸ pequeña y don Pedro con una vihuela, danzaron los dos una pavana²⁹ con airosas y diversas mudanzas. Quedó tan enamorado, que propuso en su corazón pedirla por esposa y, recibidos los aplausos de todo el auditorio, avisando Antonio Milanés que esperaban las mesas, cenaron con mucho gusto y mayor admiración de tan suntuosos y magníficos banquetes. Dando sobremesa las debidas gracias, les pareció dar lugar a que los contentos desposados gozasen el deseado retiro, convidándoles Octavio Esforcia para el día siguiente.

En diversos pensamientos lo pasaron Margarita y don Pedro lo restante de la noche, que no le pesara a la hermosa dama de verse tan bien empleada. Y venido el día siguiente, por detenerse las demás en sus curiosos tocados, era el mediodía cuando llegaron a la gustosa junta, y así le pareció a Antonio Milanés no dar nada de desayuno. Entretúvose el breve rato en darle algunos motes a la desposada, preguntando cómo la había pasado, a que Carlos tomó la mano en defender a su señora.

Pasada la comida, vueltos a sus asientos, se trató de en qué se entretendría aquella tarde. Diéronse varios pareceres y Margarita, deseosa de darle a don Pedro alguna ocasión, dijo a todos:

—Lo mejor será, respeto del cansancio que tuvimos ayer con los muchos juegos y bailes, que se haga una academia³⁰ en que estas damas den asunto a los caballeros y sean obligados a responder en verso lo que cada uno supiere. Y el señor Octavio Esforcia, como dueño de todo, será el juez, sentenciando los premios merecidos.

Parecioles a todos bien y el juez respondió:

—Pues no he de reservar a mi hija, que no la ha de valer la medida de desposada. Dele asunto al señor Carlos.

Ella, entre risueña y vergonzosa, le dijo:

—Llegó mi esperanza al puerto.

Agradecido Carlos el jeroglífico, conociendo el gusto que le bañaba el pecho y elevada en él la vista, dijo así:

Engolfado navegaba
el mar incierto de amor,
y remando en mi dolor
el corazón zozobraba;
era la tormenta brava,
salió el norte y, descubierta,
me guió con tal acierto,
que, siguiendo su hermosura,
viento en popa mi ventura,
llegó mi esperanza al puerto.

Celebraron todos la enamorada respuesta y el juez mandó que se le diera premio. Diole la hermosa Teodora un corazón de diamantes y, volviéndosele a prender, le dijo:

—Pues no tengo en quién emplearle, será ocioso el recibirle; pues reináis en el que tengo, esto me basta.

Cualquiera razón de los desposados renovara el gusto de los presentes. El juez marido a la hermosa Margarita diera asunto a don Pedro Maza. Había en el auditorio algunas damas apasionadas, en particular, la hermosa Bernarda, con quien había estado tratado de casar y, por causas indiferentes, don Pedro había despreciado el casamiento; temerosa Margarita de que le sucediera lo mismo, mirándole

con un gracioso desdén, le dijo: —Bandolero es el amor. El discreto amante, reconociendo su temor, la quiso asegurar en la décima siguiente:

¿Por qué llegáis a culpar
en Cupido los despojos,
cuando le dan vuestros ojos
las flechas para tirar?
Vos sois quien sale a matar,
no culpéis al ciego dios;
y aquí, para entre los dos,
bella y tirana homicida,
pues ya me quitáis la vida,
la bandolera sois vos.

No le pesó a Carlos de ver tan declarado a don Pedro, y la noche antecedente, hablando con su nuevo padre, le dio a entender no le pesaría de ver a su hermana tan bien empleada. Mandó el juez se le diera premio y la hermosa dama le dio un curioso y esmaltado cabestrillo³¹.

Y, mirando Octavio Esforcia a la hermosa Anarda, le dijo le diera asunto a don Luis Esforcia, su sobrino. Era Anarda de dieciséis años, de extremado despejo, singular hermosura y conocida nobleza. Amábala don Luis ternísimamente, aunque no lo explicaba por palabras expresas, por ser de natural vergonzoso y encogido (propia condición de quien sabe poco). Sentíalo Anarda y quiso darlo a entender; mirándole con un sobrecejo³² de grave honestidad, le dijo: —Amor pierde por callar. Reconoció el enamorado mancebo su disgusto. Determinado a declararse, la quiso satisfacer en los siguientes versos:

Anarda, después que os vi
ardiendo en tan dulce fuego,
aunque perdido el sosiego,
es gloria la pena en mí

con el llanto en que me anego.
Y pues me mata el rigor
del cegüezuelo traidor³³
y está mi vida en hablar,
si amor pierde por callar,
publíquese mi dolor.

Sonrióse don Luis el rostro con tan encendidos colores, que causó en todos mucha risa, dándole alguna vaya³⁴. El juez mandó se le diese premio y la hermosa dama le dio una joya de cristal engarzada en oro. Llegó a recibirla, diciendo:

—Por Dios que, pues estos caballeros se ríen de mí, que les he de dar motivo de mayor risa— y, al tomar la joya, la asió la blanca mano, dándole en ella un beso recio y repentino.

Creció en todos el gusto y, celebrando el discreto despejo, empezaron unos y otros a glosar de repente muchos y sazonados disparates, pasándoseles tanta parte de la noche, que oyeron las campanas de maitines, alborotándose por la mala obra que recibían los alegres desposados, mandando a los criados encendieran hachas.

Antonio Milanés, que estaba en la puerta esperando sazonada coyuntura para dar gustoso fin a tan glorioso desempeño, entró en la sala diciendo:

—Paso, señores, que no por media hora más o menos dejará mi sobrino de gozar los favores de su esposa. Vuestas mercedes han tenido mucha risa y los juzgo muy enjutos de saliva³⁵ y no será razón enviarlos tan secos de garganta.

Acabadas estas razones, entraron cuatro pajes con grandes y colmadas fuentes de costosos dulces y llegando dos a los caballeros y dos a las damas, dieron lugar a que tomara cada uno lo que le dio gusto. Pasado el almibarado regalo, se despidieron, renovando los alegres parabienes y dando lugar a que el amante venturoso gozara en pacífica quietud de su amada Teodora».

Estuvo don Enrique tan atento a la referida relación, que no fue poco en doña Lupercia disimular la risa de verlo tan suspenso y, dándole todos las gracias, respondió:

—Dejen vuestras mercedes ese aplauso para el señor don Enrique, que yo creo que mañana en la noche nos dará un buen rato.

—No dudo de eso —le respondió— pues, hallándome tan favorecido, acertaré a darles gusto a vuestras mercedes, si no es que el mucho favor me turbe.

—Dejar esta turbación —le dijo don Vicente— y vámonos a acostar, que es tarde y le hacemos mala obra a mi señora doña Lucrecia.

Respondióle:

—Mucho me ofendo de eso, cuando es para mí de tanto gusto la merced que recibo; algún día mostraré el agradecimiento.

Con esto se despidieron y, llegado el día siguiente, último de Pascua, les regaló don Enrique con tantos platos, que se aventajó en dar a entender su franqueza. Estimaron todas su galantería y, alzadas las mesas, dijo así:

NOTAS DE LA NOVELA TERCERA

1 En la edición princeps se titula *Del amante venturoso*. No obstante, la moderna editora Catherine Soriano prefiere *El amante venturoso*. Nosotros, por inexcusable prurito ecdótico, respetamos la voluntad de la autora y restauramos el título original *Del amante venturoso*, que es como debe aparecer.

2 Esta introducción forma parte de la más cumplida retórica para ambientar el relato. Se denomina a la ciudad de Zaragoza, metafóricamente, relicario de la Virgen, con varios de sus atributos: *sine labe concepta*, etc. Se la compara con poderoso atlante, o sea, cada una de las estatuas de hombres que, en lugar de columnas, sustentan sobre sus hombros o cabezas los arquitectos de las obras, etc. etc.

3 De evidente origen italiano, pues el apellido aquí transcrito (Esforcia) es muy frecuente en el Milanesado.

4 «Respeto» entiéndase como «miramiento, consideración, atención que se tiene con uno». Era, pues, respetado de sus vecinos.

5 Aquí como faenas, en el sentido de primor, labor que solían hacer las mujeres de ciertas clases. «Labores» son, pues, obras de coser, bordar, etc. femeninas. Se usa sobre todo en plural.

6 Se entiende, por elipsis, sin contar con otros ricos despojos que ganó. *Ibíd.* «hábito de Alcántara». Era ésta una de las órdenes militares, la cual consiguió su independencia respecto a la de Calatrava por bula del Papa Julio II. Así se explica en el *Tesoro* de Covarrubias.

7 «Despachar por la posta» era ya una frase hecha, con el sentido de «enviar carta urgente por correo». Véase la nota correspondiente a «posta».

8 «Bayetas» eran telas de luto; tanto se vestían como se colgaban en señal de duelo. El *Tesoro* de Covarrubias las define con mucha exactitud: «Una especie de paño flojo y de poco peso del cual usamos en Castilla para forros y para luto; vinieron las primeras de Inglaterra adonde, por ser ligeras, les llamaban leusendas y por otro nombre el vulgo en aquellas tierras las llama bayas y nosotros, corrompido el nombre, bayetas». (*Tesoro de la lengua*, de Sebastián de Covarrubias, cit.).

9 «Obsequias» son las honras funerales, las exequias. Así se designaba también a los cantos funerales en alabanza o memoria de un difunto.

10 «Amartelar» entiéndase como dar cuidado amoroso o enamorar en sentido estricto. También se entiende por «dar celos unas damas a otras», ser disputado entre ellas un varón.

11 La preposición «en» tenía aún en el siglo XVII un amplio campo de uso común con la preposición «de», que luego perdió. Aquí tenemos, en efecto, «en» por «de»: «hablar en cosas» hoy sería «hablar de cosas». Este es uso reiterado sistemáticamente por Mariana de Carvajal.

12 Repárese en este uso similar de la preposición «en». Se entiende, pues, «de su rebeldía», «de su condición».

13 «Pagar la visita» es devolver la que se ha recibido. Aquí «pagar» en la aceptación cuarta y figurada del *DRAE*: corresponder al afecto, cariño u otro beneficio.

14 «Canario» es definido por el *Diccionario de autoridades* como un «tañido músico de cuatro compases que se danza haciendo el son con los pies con violentos y cortos movimientos». Sin duda tiene origen en las Islas Canarias y en la Península es conocido desde muy pronto, desde 1552, en que ya se bailaba en compás zapateado. Los autores del XVI y XVII repiten sistemáticamente la entidad de este baile, que debía de tener gran repercusión y aceptación entre el pueblo común.

15 «En fuerte hora». Aquí «fuerte» en el sentido de terrible, de la acepción 12.^a del *DRAE*: «terrible, grave, excesivo y trabajoso». De ahí que la expresión coloquial «fuerte cosa» se entienda como cosa molesta, difícil o problemática.

16 «Pasar plaza» es frase figurada con el sentido de «ser tenida o reputada una persona o cosa por lo que no es en realidad».

17 «Sortija y estafermos». Correr la sortija era, efectivamente, la ejecución de un juego ecuestre, probablemente de origen árabe o acaso italiano, en el cual los caballeros que competían intentaban ensartar

al galope en sus lanzas unas argollas de hierro. Está documentado en toda la Edad Media el «juego de la sortija» o de «correr la sortija». *Ibidem*, «estafermo» era un muñeco giratorio, con un escudo en la mano izquierda y una correa con bolas o saquillo de arena en la derecha que, al ser herido en el escudo con una lancilla por jugadores que pasaban corriendo, se volvía y golpeaba con las bolas o con los saquillos al jugador que no pasaba ligero. Se trata, por tanto, de juegos de claro origen medieval, que aquí son referidos por Doña Mariana con un sentido de actualización pertinente.

18 Nótese la fluctuación preposicional «en-a», no infrecuente en Mariana de Carvajal. En este caso debería ser «tenía a su servicio» y no «tenía en su servicio».

19 Entiéndase cielo, lógicamente, en el doble sentido: real, cierto y concreto, del estrellado en la noche, y el metafórico, por la propia Teodora, tenida como su cielo, su gusto, su consuelo.

20 Se entiende metafóricamente por «sonoroso rumor» la serenata, en su conjunto, que se iba a interpretar; la música que habían de entonar. Juega la autora con la armonía imitativa, mediante la recurrencia de sibilantes y líquidas («s», «r»).

21 Es la clásica apelación a la muerte de amor, con todos los juegos de derivaciones y poliptotes, más la paradoja subsiguiente vida-muerte, que era un puro lugar común en la retórica amatoria del XVII, la cual hundía sus raíces en el amor cortés del siglo XV.

22 «Reenclinado» entiéndase reinclinado, en el sentido de enamorado, afectuoso, propenso a amar.

23 «Nema». Dice el *Diccionario de Autoridades*: «la cerradura o sello de la Carta, que porque los antiguos la cerraban con hilo y después la sellaban, se le dio este nombre, que es griego y significa el hilo».

24 O sea, habida cuenta de sus muchos achaques. De «respeto» como miramiento o consideración.

25 «Capitulaciones», se entiende matrimoniales, o sea el concierto que se hace entre los futuros esposos y se autoriza por escritura pública, a tenor del cual se ajusta el régimen económico de la sociedad conyugal. Aparece siempre en plural.

26 «Pasolo» puede entenderse como un claro anacoluto, no infrecuente en Mariana de Carvajal, pues había de concertar en plural con «aquellos días», o bien entender la frase como «transcurrió el tiempo», con evidente elipsis.

27 «Encamisada». Dice el *Diccionario de Autoridades*: «cierta fiesta que se hacía de noche, con hachas, por la ciudad, en señal de regocijo, yendo a caballo sin haber hecho prevención de libreas ni llevar orden de máscara, por haberse dispuesto repentinamente para no dilatar la demostración pública y celebración de

la felicidad sucedida». Se entiende, por tanto, una fiesta de mera diversión, pero menor y sin la entidad de aquella preparada *ex profeso*.

28 «Harpilla» aquí escrito con «h», por vacilación usual. Nótese que arpilla no tenía el valor de diminutivo propio, porque se le hace seguir de «pequeña»; es decir se trata de un arpa de unas determinadas características.

29 La «pavana» era una danza típica, forma derivada del italiano «pavana» contracción vulgar de «pado-vana»; o sea, originaria de Padua, pues allí tuvo su origen esta danza. Se trataba de un baile aclimatado en España, de movimientos pausados. Dice el *Diccionario de Autoridades* que se le dio ese nombre por alusión a los movimientos del pavo real. Parece discutible porque, como decimos, es baile de origen Italiano.

30 Las academias eran muy frecuentes en el siglo XVII, en la acepción cuarta del *D.R.A.E.*, o sea «junta o certamen a que concurren algunos aficionados a las letras, artes o ciencias». En un sentido menor, se entendían como reuniones de nobles o de amigos que se entretienen interpretando composiciones escritas por ellos, leyéndolas unos a otros en plan de diversión y ostentación intelectual. Eran, como digo, muy frecuentes en el siglo XVII y fueron estudiadas desde antiguo en el libro clásico de José Sánchez *Academias españolas del Siglo de Oro*, Editorial Gredos, Madrid, 1965.

31 «Cabestrillo» en la aceptación 2.^a del *DRAE*, aquí pertinente: «cadena delgada de oro, plata o aljófar que se lleva al cuello para adorno».

32 «Sobrecejo» aquí en el sentido de «ceño, demostración de enfado», en este caso, aparente.

33 Se entiende «el niño ciego», tal por la representación que se hacía de Cupido, dios del amor. Esta paráfrasis («el ceguezuelo traidor») es una bella formulación en boca de Mariana de Carvajal, que yerra, no obstante, al colocar la diéresis, ya que gramaticalmente no es pertinente. La respetamos por mero prurito ecdótico.

34 Aquí «vaya» como burla o mofa que se hace de uno, o chasco que se le da. De donde la acepción de «dar una vaya» como molestar o burlarse de alguien.

35 «Enjuto de saliva», o sea escaso de ella, con la boca seca tras tanto perorar. Todo se resuelve con el refuerzo de dos costosos dulces, como se dice ahora.

NOVELA CUARTA
DEL ESCLAVO DE SU ESCLAVO

«El suceso que tengo de referir es digno de memoria, aunque es antiguo. Cuando el Condado de Barcelona no estaba agregado a la Real Corona de España, reinaba en Cataluña un conde llamado Rodolfo. Entre los grandes potentados de su corte privaron dos de los más nobles y poderosos, mereciendo su gracia. El uno llamado don Félix Centellas y el otro Feliciano Torrellas. Gozaba don Félix el absoluto poder del gobierno de Cataluña. Feliciano Torrellas, con su mucho valor, defendía sus tierras del Conde de todos los enemigos; en particular, de los moros de Argel, porque el Rey moro las molestaba, en venganza de un bajá¹ que le habían muerto los catalanes en una batalla.

Don Félix, con el asistencia² en palacio, gozaba los favores de Blanca, hermana del Conde, dama de tan rara belleza, que pretendían su casamiento muchos príncipes. No quería el Conde casarla, porque era incapaz de engendrar y temía que le quitaría la corona el esposo de Blanca. No le pesaba a ella del rigor de su hermano, por estar enamorada de don Félix y, mostrándose esquiva en los favores que le daba, lo sentía el rendido amante, dándole amorosas quejas. Respondióle un

día que no sería posible pasar a mayores demostraciones, hasta que su hermano muriera, pues, sin darle la mano de esposa, se aventuraba su decoro. Estaba sin sus damas y don Félix se arrojó a tomarla una³ y, besándosela, la dijo:

—Pues no me la queréis dar, yo la tomaré, para que su nieve temple el fuego que me abrasa.

Diose Blanca por ofendida del atrevimiento, porque una dama entró a la ocasión⁴, y quedó tan triste del rigor con que le trató por disimular su amor, que, ofendido de las razones, se determinó a darle a entender su sentimiento y aquella noche se fue al terrero⁵ a dar una música y significarle parte de lo que sentía.

Como Blanca le amaba tan tiernamente, quedó arrepentida de haberle tratado mal y, conociendo la discreta dama su encubierta tristeza, le dijo:

—No excusaré, señora mía, el ser atrevido, pues ya conoces mi lealtad y tengo de quejarme de que no la pagas, pues no descansas conmigo conociendo mi amor.

Era Rosimunda hija de la ama que había criado a Blanca y, pareciéndole que se podía fiar de su presencia, la respondió:

—No te espantes de mi silencio, pues no era permitido a mi decoro decirte mi cuidado⁶; y pues ya le viste en el atrevimiento de mi amante, no te quiero negar parte de mi amor, pues no fuera razón.

No le pesaba a ella el rigor de su hermano, por estar enamorada de don Félix y, mostrándose esquiva en los favores que le daba, lo sentía el rendido amante, dándole amorosas quejas. Respondióle un día que, atenta a su decoro, no se determinaba a mayor demostración, pues no era posible darle la mano de esposa hasta que su hermano muriera. Respondióla: «Pues yo la tomaré ahora, pues tengo lugar de besarla». Dióse Blanca por ofendida del atrevimiento. Quedó tan triste el rendido caballero, que se determinó a darle a entender el pesar que tenía, y

aquella noche se fue acompañado de unos músicos al terrero. Y, después de haber referido muchas letras, cantó solo la que se sigue:

Adorado imposible,
rompan mi triste acento
las peñas a mis voces,
los aires con mis ecos.

¿Qué importan los favores
si, Tántalo sediento,
tengo el agua a la boca
con la sed que padezco?⁷

¿Qué importa en mi fortuna
haber llegado al puerto,
si bebo de mi llanto
el mar en que me anego?

Aunque es mi dicha tanta,
con justa causa siento
que cuanto más la busco,
me falte al mejor tiempo.

Pues gustáis de matarme,
yo moriré contento,
y si el esclavo es leal,
siempre obedece al dueño.

Quítame ya la vida,
y ha de ser advirtiéndome
que estáis con gran peligro,
pues reináis en mi pecho.

Pudieron tanto en el corazón de Blanca estos versos que, dándole una llave maestra, le permitió entrar en su cuarto, favoreciéndole con tan amantes finezas, que dentro de pocos meses se sintió preñada.

Tenía don Félix un secretario llamado Alberto, de quien pudo fiar su amoroso cuidado, mandándole que con toda diligencia previniera una ama, dándole a entender que la criatura era suya. Salió Blanca diciéndole a su hermano gustaba de ver el mar. Amábala el Conde tanto, por verla tan obediente a su gusto, que la concedió cuanto le era pedido. Llegó al castillo de Monjuique⁸ y estuvo allí quince días. Parió una niña a quien pusieron Matilde, fiando este secreto de una dama a quien estimaba.

Estaba Alberto a la mira y, cogiendo el dichoso fruto, fue a toda prisa en casa del ama que tenía prevenida. Crió la hermosa niña hasta edad de seis años. Salió tan parecida a su madre, que temió no se descubriera el secreto con el verdadero retrato. Determinó don Félix, por asegurarle el temor, que Alberto y el ama se fueran a vivir a un puerto de mar cerca de Barcelona llamado Piana, donde estuvo cuatro años.

Vivían melancólicos sus padres con el ausencia de Matilde, porque don Félix no podía ir a verla por no dar sospecha. Mandole a Alberto que, para el consuelo de su madre, se la trajera retratada en una pequeña lámina. Hizo el leal criado la diligencia, estando determinado de llevarlo.

Sentía Matilde su ausencia con tal extremo que, para engañarla, la sacaba un día antes de su partida a correr el mar en una faluca⁹ y, contenta del paseo, le daba licencia para que se partiera. Fue tan desgraciada esta postrer salida que, alargándose más de lo justo, fueron cautivos de repente por un pirata corsario que andaba encubierto haciendo algunas presas y, llevados a Argel, fue el pirata a palacio, codicioso de su ganancia, como la niña era tan hermosa, a presentarla a la Reina sultana. Estimó el presente, mandando que le dieran doscientas doblas¹⁰, porque su trato del corsario era vender los esclavos que cautivaba, si-

guiéndosele grandes medras¹¹ y, mirando que Alberto tenía buen talle y parecía noble, se lo vendió a un moro llamado Audalia, porque le tenía encomendado un buen esclavo.

Era Audalia estimado del Rey por su mucho valor. Servía una dama de la Reina llamada Jarifa; y aunque servía a su rey con lealtad, era inclinado a los cristianos y, sabido de Alberto que Matilde era su hija y que el pirata la había llevado a palacio, le consoló diciéndole que no llorara, que él encargaría a Jarifa, su señora, cuidara de su regalo.

No fue menester el ruego de Audalia, porque los reyes pusieron tanto amor en la cautiva que, deseosos de que dejara la Santa Fe y tomara su ley para rendirla a su voluntad, la regalaban con extremo, vistiéndola a la morisca rica y costosas galas. El Rey, por dar gusto a la Sultana, juntó sus bajáes y moros de estima y, dándoles a entender el deseo de su esposa, les dijo que en las zambras y fiesta de palacio galanteasen a la cautiva, procurando reducirla a que dejara su ley¹², y que prometía al que la venciera darle grandes dones y, si estuviera enamorado de ella, prometía dársela por mujer.

Alberto, mirando su perdición, cuando lo cautivaron, mientras dormía la chusma, la dijo a Matilde su ilustre nacimiento y quién eran sus padres, encargándola con muchas lágrimas que guardase la fe católica.

Respondiolo:

—No dudes de mí, padre mío, aunque soy niña, que yo moriré por mi fe aunque me maten.

Era Matilde de claro entendimiento y, acordándose de lo que Alberto la había encargado, se mostraba desdenosa, diciendo a la Reina que ella no había de casar con moros, pues era cristiana. Sintiólo la Sultana con tanto extremo, que, a no amarla tanto, la diera muy mala vida y, fiada en el tiempo y en los muchos regalos que la hacían, templaba su enojo, creyendo serían bastantes a vencerla.

En esta ocasión sucedió que Audalia salió con sus galeotas a correr las costas de Cataluña, para hacer algunas entradas de importancia. Tuvo Feliciano aviso y salió a recibirle, con tan dichoso acierto, que Audalia fue cautivo. Volvieron las galeotas a Argel y el Rey moro, sintiendo su pérdida, trató de rescatarle, enviándole a Feliciano muchos y ricos dones y mil doblas.

El noble catalán, como Audalia era tan valeroso, le trató con tanta cortesía, que le sentaba a su mesa, mandando a sus criados le sirvieran como a su misma persona. Agradecido, el moro le cobró tan verdadero amor, que, a no estar enamorado de Jarifa¹³, diera por bien empleado su cautiverio.

Venidos los embajadores del Rey moro, dieron a Feliciano su embajada¹⁴. Y Respondioles que no le daría por la corona real, porque Audalia hacía muchos daños en las tierras del Conde su señor, y que teniéndole preso se atajaban. Partieron los embajadores y, retirándose el afligido moro a su aposento, hería su rostro con duras bofetadas, dándose tantos golpes en su cuerpo, que no le podían detener los criados. Dieron aviso a su dueño y, venido al aposento, le dijo:

—¿Qué es esto, Audalia? ¿Cómo te dejas llevar de tu furor? ¿Tan mal tratamiento te hago? ¿No te regalo y te estimo? ¡Mal pagas mi voluntad!

Respondiole:

—Amado señor de mi corazón, no siento yo el verme en tu poder... Mayor es mi desdicha.

Díjole Feliciano:

—Pues dime lo que sientes, que te juro por quien soy de remediar tu pena, si está en mi mano.

Respondiole:

—¡Si cumples tu palabra, yo te juro por Alá que yo y mi amada Jarifa seremos eternamente tus esclavos!

Y, dándole cuenta de sus amores, remató su plática con decirle:

—Mira, señor amado, si tengo razón de llorar, pues me veo yo cautivo considerando que es Jarifa de las más hermosas moras que tiene Argel, y estimada de la Sultana, servida de los moros de mayor estima. Y que, yo ausente, trocará su amor en olvido.

Acabó estas palabras, y con tantas lágrimas, que enterneció el noble corazón de Feliciano y le respondió:

—Darte libertad fácil es para mí, si me prometes, como noble, no tomar las armas en contra del Conde.

Arrojose a sus pies, diciéndole:

—Hasta ahora fui tu cautivo: ya soy tu esclavo, y tan leal, que te juro de volver a tu poder en gozando la hermosa mano de mi adorada mora.

—No quiero yo que vuelvas —le dijo Feliciano—. Sólo quiero que cumplas tu palabra, no inquietando las costas de Cataluña. Y dándole pasaporte y una nave proveída de lo necesario, le dejó partir.

Llegado a Argel, fue a palacio y el Rey, contento y admirado de verlo, le preguntó:

—¿Qué dicha es esta, pues mi presente no bastó a rescatarte? Dióle cuenta de todo, suplicándole lo emplease en la guerra en contra de otros enemigos, permitiéndole que cumpliera su palabra.

—Yo te estimo tanto —le dijo el Rey—, que no quiero aventurar tu persona. No salgas de la corte sin mi orden, y pues Jarifa es causa del contento que me ha dado el verte, luego al punto la darás la mano.

Besóle Audalia los pies, agradeciendo su dicha. Otro día se celebró con mucha zambra y fiestas.

Quedó tan abrasado de celos un poderoso bajá, que se determinó de pedir licencia al Rey para seguir las costas de Cataluña, pues Audalia las había dejado. Fuele concedida la licencia, y dándose al mar, siguió su derrota¹⁵.

Como Feliciano estaba seguro de que Audalia cumpliría la palabra dada, quiso descansar algunos días. Y saliendo a recorrer los puertos para ver lo que faltaba en ellos, pareciéndole que el mar estaba seguro, no fue con pertrecho de guerra suficiente. Llevaba en su compañía hasta cien soldados. Fueron asaltados de repente de unas galeotas que traía el bajá. Contento con la presa, pareciéndole eran hombres de importancia, dio la vuelta a Argel, sin saber lo que llevaba, que no fue poca dicha para Feliciano.

Desembarcados, mandó el bajá llamar a un corredor, encargándole vendiese aquellos esclavos para aumento de las pagas de sus soldados. Puestos en el mercado, salió Audalia a verlos, como supo que eran catalanes. Conociendo a Feliciano, fue tanto su pesar, que no fue poco disimular su pena. Llegándose al corredor, le preguntó cuánto quería por aquel esclavo. Pídióle trescientos zequíes¹⁶ y, sin reparar a la paga, le compró y llevó consigo. No le conoció el afligido caballero por las muchas galas que vestía.

Llegados a su casa, le mandó esperar en una sala y, entrando al cuarto de su esposa, mandó retirar las cautivas. Quedándose solos, le dijo:

—Querida esposa, tengo en mi poder el dueño que adoro y que me dio la vida, pues gozo por su causa tu hermosura.

Tenían intento de recibir la fe católica, y porque Jarifa amaba con tierno amor a Matilde, no había Audalia hecho fuga, esperando ocasión para poderla robar y, saliendo a la sala donde estaba su dueño, arrodillándose en su presencia, le dijo:

—Amado señor, da la mano a tus esclavos. Mi Audalia te compró para darte libertad y ganar perpetua fama con el blasón de su lealtad, pues desde hoy será esclavo de su esclavo.

Quedó Feliciano tan turbado del impensado gozo, que no acertaba a responder y, echándole los brazos al cuello a su leal siervo, le dijo:

—Ya, noble Audalia, doy por bien empleada mi desgracia, por haber conocido tu leal corazón.

Rogándole que se sentara y dándole a entender el propósito que tenían de ser cristianos y volver a su poder, le contó Audalia el cautiverio de Matilde y el intento de los reyes. Y que él tenía en su casa a su padre, ocupado en los jardines. Pidióle Feliciano que le llamara. Respondió Audalia sería mejor bajar al jardín los dos, por que sus moros no entendieran nada y que sería a propósito que asistiera allí en compañía de Alberto, mientras se disponía su viaje. Respondióle Feliciano que fuera de suerte que se partieran juntos, porque no dejaría Argel hasta llevarle consigo.

Llegados al jardín, le dijo Audalia a Alberto:

—Noble cautivo, ves aquí a Feliciano, mi señor, de quien tantas veces hablé. Ya le he contado el cautiverio de tu hija. Fía en Dios, que con su venida tendremos buen suceso¹⁷. Sólo temo que por su pérdida no envíe el Conde su rescate antes de nuestra fuga.

—No hay que temer eso —respondió Feliciano—, porque su Alteza queda tan malo, que dudo de su vida y no se atreverán a darle pesadumbre.

Quedó Audalia contento, encargándole a Alberto cuidara de su regalo. Con esto, se despidió, mandándole a una cautiva le aderezase una sala en que asistiera.

Quedando solo Alberto con Feliciano, le dijo:

—Pues mi dicha ha sido tanta que os trajo Dios en esta ocasión, mirad, señor Feliciano, este retrato y os diré un secreto que nunca salió de mi pecho.

Miró el retrato admirado de su rara belleza, le preguntó si era de su hija perdida.

Respondiolo:

—Sí, señor. Venid conmigo, que sólo de vuestro valor fiará mi lealtad un secreto tan importante.

Y sentándose en la basa de una hermosa fuente, debajo de unos copados¹⁸ naranjos, le contó quién era Matilde, diciéndole que, como Audalia era privado del Rey, le permitían que la fuese a ver creyendo que era su padre. Que pues el Rey daba licencia para que la galantearan, que mirase qué orden podría haber para sacarla de cautiverio, pues Audalia se mostraba tan favorable. Respondiolo, como ya le había dicho, que tenía intento de robarla.

Otro día, bajó Audalia a saber cómo lo había pasado aquella noche. Respondiolo Feliciano que muy bien y que, seguro de su lealtad, le pedía pagase la fineza que le debía, pues le había dado libertad, porque gozara de su amada Jarifa, que él estaba enamorado de Matilde, que ya no sería posible vivir sin verla: que le llevase a palacio, para que gozara de su amada vista. Respondiolo Audalia que, si le llevaba como cautivo, no sería estimado, que vistiese galas a la morisca, pues no era conocido, y que daría a entender al Rey que era su deudo y que había estado mucho tiempo cautivo, y que se le llevaba presentado para que le ocupara en su servicio. Sabía Feliciano mucha parte de la lengua arábica; pareciéndole bien la determinación del prudente moro, le dijo la pusiera por obra.

Hiciéronse las galas y Audalia dijo a Jarifa fuese a ver a la Reina y diese a entender a Matilde quién era Feliciano, porque no se mostrase esquivada teniéndole por moro. Fue la discreta mora a palacio y fue bien recibida de la Sultana por lo mucho que la estimaba. Dio cuenta a Matilde del concierto de su esposo, pidiéndole que diese favores a su señor Feliciano, asegurándole que merecía gozarla por amada y esposa.

Tenía Matilde satisfacción de que Jarifa guardaba en secreto la ley cristiana, y dando crédito a lo que le dijo, no supo palabras con que agradecerle el cuidado,

prometiéndole a Audalia era hora de ejecutar su engaño, le mandó a Alberto hiciera unos ramilletes que llevar a la Reina, para darle lugar de que viera su hija. Llegados a palacio, dijo al Rey lo que llevaba determinado, añadiendo que Mostafá, su primo, era tan cierto, que, si le daba licencia de servir a la cristiana, no había duda de que la vencería. Quedó el Rey tan pagado¹⁹ del buen talle de Feliciano, que le dio oficio de secretario, diciéndole que, si vencía a la cautiva, cumpliría la palabra que tenía dada: que acudiera a la tarde al sarao que había en palacio.

Volvieron tan contentos con el buen despacho que habían tenido, que no acertaba Feliciano a encarecer su gusto. Díjole Audalia:

—Pues ahora falta lo más importante. Alberto se ha de partir a Barcelona con tus cartas, pidiendo ayuda para cuando llegue el día de nuestra ida. Yo pediré al Rey licencia para salir a resistir las galeotas que vinieren, porque de otra suerte tenemos peligro de riguroso castigo, si el Rey entendiera que dejábamos la ley mora. Dirás por tu carta: «Señor, que vengan las galeotas en público, haciendo estrago²⁰ y avisando las espías de su venida». Será fácil el dejarnos prender y conseguiremos el dichoso fin de nuestro intento. También se advertirá en la carta que, en llegando a dar vista, se pondrá en nuestra galeota una bandera en la gavia²¹ para que conozcan que vamos dentro.

Abrazole Feliciano, estimando su lealtad y alabando su entendimiento y, por ser hora de ir a la fiesta, le pidió que no se detuvieran, porque deseaba ver a su dueño. Subió Alberto con los ramilletes, tomó Feliciano uno de cándidas mosquetas²². Cuando llegaron a palacio, estaba empezado el sarao y visto que danzaban algunos moros con las damas, esperaron a que dejaran el sitio. Entró Alberto a dar los ramilletes y dijo a los músicos que tocasen un canario²³ a la morisca, porque Mostafá quería danzar en presencia de los reyes. Tocarón el son que les fue pedido y, entrando en la sala, hecha la reverencia acostumbrada, danzó con el ramillete de las mosquetas en la mano, cantando la letra que se sigue:

Estas flores son pintura
de vuestra hermosura y gala,
a la mosqueta se iguala
vuestra cándida blancura.

Presagio es de mi ventura,
cuando os pido que troquéis
conmigo la fe, y veréis,
cristiana, pues ya os adoro,
que estimo en vuestro decoro
lo mucho que merecéis.

Acabada la danza, hizo reverencia a los reyes. Llegó al estrado de las damas; besando el ramillete, se le dio a Matilde. Tomóle, diciéndole:

—Moro, no puede ser por ahora el daros la fe que me pedís. Bastará que os favorezco en recibir la que me ofrecéis en estas flores, cosa que no pensé hacer, pues, siendo cristiana, ni puedo amaros ni permitir que me améis.

Quedaron los reyes contentos de verla humana, cuanto celosos los pretendientes; en particular un moro llamado Zulema y, dándole al Rey la queja de que había admitido a Feliciano en el sarao, le respondió:

—Mostafá es noble y primo de Audalia. ¿De qué es tu queja cuando conoces que ninguno de vosotros gozará a la cristiana por mujer, si no fuere el que la obligare a dejar su ley y seguir la nuestra? Trabaja por vencerla y será tuya.

Con esto cesó el festín y, acabada la fiesta, vueltos a casa Audalia y Feliciano, se determinó que Alberto se partiera, dando a entender que los redentores de la Merced²⁴, que estaban al presente en Argel, se le habían rescatado a Audalia para llevárselo con los demás cautivos.

Navegaron con tan próspero viento, que en breves días tomaron puerto en Barcelona y, desembarcados, supo que el Conde era muerto y que Blanca había dado la

mano de esposa a don Félix, su señor. Con el contento de tal nueva, pidió al padre redentor le permitiese ir a ver al Conde y que le aseguraba una gran limosna. Dióle licencia y, llegado al palacio, le conocieron todos y, dándole la nueva a don Félix, mandó le trajesen a su presencia y, quedando a solas con él, le dijo:

—¿Qué es esto, Alberto? ¿Dónde está mi hija? ¿Qué cuenta me dais de la joya que os entregué? Siempre os tuve por traidor, desde el día que fuisteis adonde no supe de vos.

Respondiolo:

—Antes, por ser tan leal, no ha sabido vuesa Alteza de mí...

Y después de darle el parabién del nuevo estado, le dijo:

—Lea vuestra Alteza esta carta y verá en ella dónde está su prenda y lo mucho que debe a mi lealtad.

Abrió la carta y, leída, quedó admirado de que Feliciano estuviera cautivo, porque en Barcelona se entendía que andaba corriendo los mares en su acostumbrado ejercicio. Dióle Alberto cuenta de todo y quedó espantado de la nobleza y lealtad de Audalia y, entrando al cuarto de su esposa, la dio las alegres nuevas, diciéndole estaba determinado de ir en persona a traer a su hija; y, previniendo a toda prisa seis galeras con el pertrecho y matalotaje²⁵ suficiente a guisa de pelea, y partiendo con la referida prevención, tomó su derrota.

Dentro de pocos días dieron aviso las espías²⁶ de su venida. Alborotóse el Rey moro con la impensada nueva, mandando a toda prisa se previnieran para salir al encuentro. Pidieron Audalia y Feliciano licencia al Rey para salir, diciendo Audalia que, pues el catalán los inquietaba, no debía él cumplir la palabra que le había dado. Túvolo el Rey por bien, seguro de su valor y, armando sus galeotas a toda diligencia, procuró entrar en la suya todos los más cristianos que pudo, diciendo que aquellos perros hacían secta en la ciudad y era mejor darlos al remo.

Un día antes de la embarcación, fue Jarifa a suplicarle a la Reina diera licencia a las damas para que fueran con ella a ver partir a su esposo, pues era día de tanta fiesta. Concedióle la Sultana lo que pedía, y Matilde le rogó la dejara ir con ellas. Respondiolo:

—Si tú hicieras lo que yo quiero, yo te diera gusto en lo que me pides.

Dijo Matilde:

—Yo, señora mía, te prometo, si me casas con Mostafá, de darte gusto, que el mucho amor que le tengo me obliga, con el sentimiento de su audiencia, a pedirte que me dejes ir a verle partir.

Quedó tan contenta la Sultana, que recabó del Rey permisión para dejarla ir.

Llegadas todas a la playa acompañadas de la guarda, les pidió Audalia que entraran en su galeota, pues estaba amarrada, para ver desde allí la embarcación. No quisieron entrar las damas, temiendo el mar, y Matilde le pidió a Jarifa que entrasen las dos, porque gustaría de ver a Mostafá. Contentas las moras de verla inclinada a quererlo, creyendo que estaba determinada a dejar la santa fe, pidieron al capitán de la guarda que, pues los reyes gustaban de aquello, la dejase entrar.

Embarcolas Audalia contento de su dicha, habiendo metido aquella noche de secreto en la galeota toda su riqueza. Quiso esperar para asegurarlos a que se embarcaran los capitanes y moros de pelea, y cortando las amarras, alzadas las áncoras, partió la galeota siguiendo a las demás con tan poderosa ligereza, que pareció que usaba más parte de los vientos que de las aguas.

Turbados de verla partir los que estaban en tierra, fueron a dar cuenta al Rey, pareciéndole a la Sultana que sería descuido de los marineros y que, estando Jarifa dentro, volvería la galeota al puerto.

—Antes —dijo el Rey— que se arme a toda prisa una falúa y vaya por las mujeres, para excusarles ese enfado a Audalia.

Fueron a ponerlo por obra, mas no fue con tanta brevedad que no diesen lugar, como el viento era favorable, a que se engolfaran²⁷, lo que les bastó para dar vista a las galeras que venían en su busca. Puso Feliciano la señal, y conociendo don Félix era aquella galeota en que venían, dio orden de que pasara la palabra en sus galeras, para que salieran a impedir el paso a las otras galeotas, para que dieran favor a la que traía la banderola y que, en disparando un cañón de crujía²⁸ su galera, embistieran las demás a la resistencia y, bogando a toda prisa los remeros, llegó la galeota a dar cara, embistiendo con la galeota.

Aunque hizo Audalia demostración de pelea, dio lugar a que de la galera arrojasen los ferros²⁹ para prenderla; y, habiéndola asido, se disparó el tiro. Salieron las damas a la seña, disparando en ella las piezas de artillería. Reconocieron los moros que iban cautivos Audalia y Mostafá y, temerosos, mirando que las galeras les hacían ventaja, se pusieron en huida. Siguiéronlos hasta perder de vista la galera de su dueño y, pareciéndoles a los capitanes de galera que ya estaba en salvamento, cortando las aguas, volvieron en su seguimiento y, conociendo las fugitivas galeotas la chalupa que venía, la detuvieron, contando lo que pasaba y, sabida por el Rey la desgracia, sintió la pérdida de Audalia y de Matilde con tanto extremo, que no se puede encarecer.

Llegados los dichosos catalanes al puerto y desembarcados, fueron recibidos de Blanca con tantas lágrimas de ver su amada prenda, que causó general ternura en todas. Abrazando a Jarifa, le dijo:

—Noble mora, dueño serás de cuanto tengo!

Hincó la rodilla, diciendo:

—Yo, señora, ser cristiana. No quiero en premio más de que nos bauticen a mí y a mi esposo.

Prometió hacerlo en descansando, porque quería ir a visitar a la Virgen santísima de Monserrate para darle las gracias de tanto bien. Previniéronse cuatro lámpa-

ras de cuatro mil ducados cada una, ricas telas para frontales y ornamentos y dos mil ducados para el aumento de la caridad que se da a los muchos peregrinos que visitan aquel santuario. Estuvieron todos nueve días en su santa casa; fueron bautizados en ella los dos nobles moros, pidiendo Jarifa le pusieran el nombre de aquella divina Señora y fue llamada María de Monserrate y, preguntándole a Audalia qué nombre quería, respondió que, pues los había servido a entrambos, que sus dos nombres, pues había sido tan feliz, que se había logrado su intento y, así le pusieron Félix Feliciano.

Y venidos a la Corte, les dijo que sería bueno enviarle al Rey un presente, en agradecimiento del buen tratamiento que le había hecho a Matilde. Pareciores bien su prudente consejo y don Félix mandó que todos los moros que fuesen de Argel pareciesen³⁰ en su presencia para vestirlos, diciéndole a Audalia sacase a su voluntad galas dignas de reina para la Sultana, enjaezando cien caballos encubiertos³¹ de brocado y cuatro mil treintines de oro³²; enviando dos grandes de su Corte, lo envió todo al Rey, diciéndole en una carta que no le enviaba a Audalia y a Jarifa porque habían recibido el santo bautismo y que Matilde era su hija y le enviaba aquel presente en rescate.

Llegada la nave al puerto de Argel, sabido el Rey que venían de paz, dio licencia para que saltaran en tierra³³. Llegados a palacio, refirieron el presente que traían, dando la carta; y considerando el moro que ya no tenía remedio y mirando la noble correspondencia de los dos valerosos catalanes, les envió su embajada agradeciendo el presente y que, en demostración del grande amor que había tenido a Matilde, quería tener con ellos perpetuas paces, empeñando su real palabra de no quebrantarlas.

Volvieron los embajadores contentos con la buena nueva, renovándose en Barcelona muchas y alegres fiestas y Audalia pidió a su dueño que, en perpetua memoria de su lealtad, se hiciera una pintura en que retratara todo lo referido y se pusiera en parte pública donde fuera vista de todos. Prometió darle gusto y mandó que en lo alto de una pared se hiciera un grande nicho a modo de capilla,

mandando a un diestro pintor que, tomando la medida del ámbito, retratara una pequeña imagen de la Virgen santísima de Monserrate, y que pintara a los lados a Audalia y a Jarifa con galas de cristianos y que cupiese un mapa en que se retratase todo lo sucedido y que en lo alto pintase la Fama, con su trompeta en la una mano y en la otra una tarjeta y en ella, escrito en letras góticas, este verso:

Canté la fama inmortal
de la firmeza que alabo,
que fue esclavo de su esclavo
Audalia por ser leal³⁴.

Acabadas las pinturas, se ordenaron las calles de ricas colgaduras y suntuosos altares y llevaron a la divina imagen con³⁵ solemne procesión y, puesta en lo alto del nicho y el mapa debajo, con una dorada reja por delante.

Vivieron todos después largo tiempo, gozando Audalia el oficio de mayordomo mayor y Jarifa el de camarera. Casó Alberto con una dama de Blanca, gozando cuatro lugares de señorío³⁶. Tuvo Matilde dos hijos varones, que reinaron después con gloriosa memoria».

Acabada la referida relación, dieron todos las gracias a don Enrique —y dijo doña Lucrecia:

—Yo quedo tan picada del gusto que habemos tenido estas noches, que habemos de pasar adelante el tiempo que duraren las vacaciones. Mañana contaré un caso que me contó don Antonio (que esté en el Cielo) y daré a vuestas mercedes la cena a su costa, pues los muchos regalos que me han dado esta Pascua serán bastantes a sacarme la obligación.

Celebraron el donaire con mucha risa y, retirándose a sus cuartos y llegada la hora el siguiente día, pidieron a los dos amigos que mostrasen sus habilidades.

—No quedará por mí —dijo don Enrique.

Y, tomando una vihuela, cantó algunas letras. Y, acabada la música, le dijo don Vicente que le tocara una pavana y, saliendo al puesto, danzó con tan airoso despejo, que, a no estar doña Gertrudis tan prendada, fuera bastante a rendirla. Traídas las mesas, los regaló doña Lucrecia con mucha galantería y, acabada la cena, dijo así:

—El suceso que he de contar, aunque tiene mucha parte de trágico, es digno de ser referido por los dichosos fines que tuvo.

NOTAS DE LA NOVELA CUARTA

1 «Bajá» es palabra de origen turco. En el Imperio Otomano el bajá era el hombre que tenía algún mando superior; como el de la mar, o de alguna provincia, en calidad de virrey o gobernador. El nombre terminó designando en los países árabes un título honorífico sin más.

2 «El asistencia», así, en masculino. Entiéndase como empleo o cargo de asistente; en este caso, empleado o funcionario de palacio.

3 Se entiende, por elipsis, una mano.

4 «A la ocasión». Aquí, «momento inopinado e inoportuno».

5 «Terrero». Dice el *Diccionario de Autoridades* que era «lugar o sitio descubierto en lo último de las casas, con el suelo de tierra, de donde tomó el nombre», pero también el «sitio o paraje desde donde cortejaban en palacio a las damas». Sin duda es esta segunda acepción la que aquí conviene.

6 «Cuidado», casi siempre en D.^a Mariana de Carvajal en la acepción tradicional, hoy muy olvidada, de «preocupación amorosa». Quedó consolidada, si bien mínimamente, en la acepción 3.^a del *DRAE*: «recelo, preocupación, temor». Aquí con el sentido de preocupación amorosa, tal como recoge Góngora en el famoso soneto que comienza: «Cosas, Celalba mía, he visto extrañas», que concluye: «y nada temí más que mis cuidados»; es decir, mi preocupación amorosa.

7 El suplicio de Tántalo. Se refiere el famoso tema mitológico. El personaje, en el culmen del martirio, muere de hambre y sed, aunque se le acercaban succulentos manjares, que le eran retirados de inmediato. En esto consistía el famoso suplicio o martirio de Tántalo.

8 Monjuique, así, en castellano, por el Montjuiq o Monjuich en catalán. Nótese que en castellano se tendía a esta terminación en «e» en palabras de este mismo tenor, como el topónimo Matrique, por Maastrich.

9 La «faluca» era la «falúa», en forma hoy desusada; o sea, embarcación pequeña, que tiene sólo seis remos y ninguna cubierta.

10 «Doblas», aquí en la acepción de «dobra castellana», que tenía 980 milésimas de ley y 450 centigramos de peso y equivalía de manera variable a unas diez pesetas de finales del XIX. Por «dobla» podía entenderse también la «dobra zahén», tal como recoge el *Diccionario de Autoridades*, «moneda morisca de oro finísimo, puro y resplandeciente que, según Juan Pedro de Moya, valía el peso de un castellano y algo más».

11 «Medras», de medra, mejora, aumento, adelantamiento o progreso en alguna cosa. Aquí se entiende como ganancias económicas.

12 Es decir, que abandonara el cristianismo para abrazar la ley de Mahoma.

13 Es muy curiosa esta forma de Tarifa por Jarifa, según aparece en el texto. Puede tratarse de un error de imprenta o de un desliz sobre el personaje cervantino, al cambiar este nombre por la mora Tarifa. Podría tratarse, asimismo, de un recuerdo de la famosa novelita, entonces en plena difusión, *Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa*.

14 Es decir, le hicieron partícipe de la noticia que traían.

15 «Derrota» entiéndase en la acepción 3.^a del *DRAE*, es decir, del lenguaje mariner, rumbo o dirección que llevan en su navegación las embarcaciones.

16 Los zequíes eran monedas de oro entre los árabes que, según Covarrubias, fueron los que las introdujeron y usaron en España.

17 Entiéndase «suceso» en la acepción 3.^a del *DRAE*: «éxito, resultado o término de un negocio», por evidente galicismo, ya consolidado en el siglo XVII, de lo cual es evidente ejemplo el texto que editamos.

18 «Capados» (así en el texto), tal vez errata, por «copados». Con toda probabilidad se trata de una errata, ya que capado no tiene sentido en castellano (como derivado del verbo capar) en este contexto. En cambio

«copado» es adjetivo comúnmente aplicado a los árboles. Debe tratarse, pues, de un error que repiten los modernos editores, como Catherine Soriano, (Loc. cit., pág. 98).

19 «Pagado» entiéndase como prendado, aficionado, admirado o recompensado; o sea, en sentido figurado, gustoso y convencido del buen talle de Feliciano.

20 «Estrago» como ruina, daño o asolamiento.

21 «Gavia», en la acepción marinera, es la vela que se coloca en el mastelero mayor de las naves, la cual da nombre a este y a su verga. Por extensión, se designa así cada una de las velas correspondientes a los otros dos masteleros, de donde el claro sentido de este texto.

22 La «mosqueta» es la flor del rosal pequeño del mismo nombre. Se trata de un rosal con tallos flexibles, muy espinosos, de tres o cuatro metros de longitud; hojas lustrosas, compuestas de siete hojuelas de color verde claro y flores blancas, pequeñas, de color almizclado, en panojas espesas y terminales. Proviene del latín «muscus», o sea, almizcle, a través del catalán, en diminutivo.

23 «Canario» tipo de danza ya explicado. Véase nota 14 de la novela anterior.

24 «Redentores de la Merced». Generalmente eran los frailes mercedarios o trinitarios los encargados de redimir a los cautivos cristianos, por lo cual a ambas órdenes se les llamo «redentores». Por eso se les llama aquí redentores de la Merced, tal como ha pasado al *DRAE*, en la acepción 3.^a: «en las religiones de la Merced y la Trinidad, religioso nombrado para hacer el rescate de los cautivos cristianos que estaban en poder de los sarracenos».

25 «Matalotaje» es la prevención de comida que se lleva en una embarcación.

26 Así, «las espías», en femenino, tal como se les designa hasta el siglo XVIII.

27 «Engolfarse» es entrar una embarcación muy adentro del mar, de manera que ya no se divise desde tierra.

28 «Cañón de crujía». Por la forma tiene el cañón diferentes denominaciones, como cañón de batir, de campaña, de montaña, de crujía, etc., tal como aquí aparece, en la acepción 7.^a del *DRAE*, cañón de crujía es pieza de artillería de gran longitud respecto a su calibre, destinada a lanzar balas, metralla o cierta clase de proyectiles huecos.

29 «Ferros» es expresión propia del lenguaje marinero, con el sentido de ancla de la nave.

- 30** «Pareciesen» (por compareciesen o apareciesen), en ambos casos con aféresis: aparecer o dejarse ver.
- 31** «Encubertados». Encubertar era cubrir con paños o con sedas una cosa. Decíase particularmente de los caballos que se cubren de paño o bayetas negras en demostración de luto, etc. etc.
- 32** «Treintines de oro». En efecto, el treintín era moneda de oro, cuyo valor alcanzaba los treinta reales; de ahí el nombre. Estuvo en vigor hasta la primera mitad del siglo XVII, según las fechas que constan en las piezas que se conservan, las últimas de las cuales son de 1632.
- 33** «En tierra». Nótese de nuevo la fluctuación en el uso preposicional entre «a» y «en» por parte de D.^a Mariana de Carvajal. En este caso lo correcto sería «a».
- 34** Es este el lenguaje del barroco: una consciente intención de identificar pintura y literatura, de acuerdo con el lema horaciano *Ut pictura poesis*. Aquí propone la autora una curiosa identificación de novela y pintura, tal como ya había hecho Cervantes en el *Persiles*.
- 35** De nuevo encontramos la fluctuación preposicional «con» por «en», ya que la divina imagen se lleva «en solemne procesión» y no «con solemne procesión», de acuerdo con el uso correcto del castellano.
- 36** «Lugar de señoría», en el sentido de puesto, empleo, dignidad o ministerio.

NOVELA QUINTA

QUIEN BIEN OBRA, SIEMPRE ACIERTA

«Después de haber servido ocho años en Flandes, un caballero cordobés llamado don Alonso de Saavedra, por haberse confirmado las paces de los reyes y retirándose los campos, pidió licencia a su general para volver a su patria. Fuele concedida y, embarcándose acompañado de un esclavo de España y dos criados que en Flandes le habían servido, desembarcó en Sevilla por el riñón del invierno¹. No quiso avisar de su venida por dar a su casa aquel repentino gozo y, saliendo a la iglesia mayor a oír misa, encontró un mozo del camino con quien había caminado antes de ausentarse. Llamole y, venido a su presencia, le preguntó si daba viajes. Respondiole que sí y que los daba por su cuenta porque tenía mulas de suyo. Alegrose don Alonso de verle tan medrado, diciéndole que lo había menester porque había de ir a la Corte y, de paso, había de entrar en Córdoba; que todo lo que fuese se le pagaría con mucha ventaja. Respondiole Francisco que con él iría al cabo del mundo. Estimole la buena cortesía y, aunque el tiempo era riguroso, se determinó a partirse luego² y, prevenido lo necesario, salieron de Sevilla a ocho de noviembre.

El segundo día de su viaje, casi a la vista de su patria, le sobrevino una tan repentina tempestad que, oscureciéndose la luz, arrojaban los cielos espesas lanzas de un congelado y grueso granizo, con truenos, aire y relámpagos que le cegaban la vista, convirtiéndose en breve tiempo en tan copiosa lluvia, que pensaron anegarse.

Afligidos de tan impetuoso rigor, se determinó don Alonso, antes que la noche cerrara sus lóbregas puertas, entrarse en un espeso y dilatado olivar que estaba un cuarto de legua del camino y, picando a toda prisa, entraron en él, buscando sitio en que guarecer parte de su disgusto, amparados de sus gruesos y copiosos troncos, haciendo dosel de las capas, asidas a las hojosas ramas. Duró el copioso torbellino, a su parecer de los afligidos caminantes, hasta más de las once de la noche y, sosegado, descubrió la hermosa Cintia³ su plateado rostro, y a los confusos rayos de su breve luz, conoció don Alonso que estaba cerca de una zanja, término que partía otros olivares.

Dentro de un breve tiempo oyeron relinchos de caballos que venían cerca de la otra parte. Temieron no fueran ladrones y, previniendo las armas, prestando mucha atención, vieron venir dos caballos y que del uno se arrojaron dos hombres y, llegándose uno de ellos al otro caballo, puso en tierra una mujer que venía llorando, arrojándose tras de ella un hombre que la traía consigo. Dijo la llorosa mujer en tono bajo:

—Señor, piedad ¿Cómo es posible que en un pecho tan noble cabe tal crueldad?

Respondiolo:

—No hay que llorar, que esa voz de falso y engañoso cocodrilo indigna más mi irritado corazón, diciendo a los otros:

—Daos prisa, pues el rigor de la noche nos ayuda.

Sin responderle, tomaron dos azadas que traían prevenidas y empezaron a cavar al pie de un grueso tronco. Quedó don Alfonso admirado del lastimoso y repentino suceso y, determinado a no consentir tan grande alevosía, dijo muy quedo al esclavo y a los criados:

—Arrojaos con los aceros desnudos contra estos traidores, para que yo tenga lugar de robar esta mujer y ponerla en salvo.

Mandóle al mozo tuviese a punto las dos mulas en que venían, y que irían a la Corte, pues ya no era posible entrar en Córdoba, diciéndole a Rodrigo que en la Venta de los Santos los esperaba.

Mientras daba esta orden, dijo uno de los que cavaban:

—Señor, ya me parece que está bueno este hoyo.

Llegóse a mirarlo y respondió:

—Cavadlo hasta el centro, para que deje en él enterrados mi agravio y mi venganza.

Pareciores a los criados del noble cordobés no dar lugar a que volviese donde la mujer estaba y, arrojándose a él, se le pusieron delante, acosándole para que se apartase y, tratados todos en pendencia⁴, salió don Alonso y, asiendo la mujer por el brazo, la dijo:

—Venid conmigo, que en mi poder nadie os ofenderá.

Bien entendió sería bandolero, mas no por eso dejó de seguirle, considerando que estaría mejor en poder de ladrones que no en las brasas duras de la espantosa muerte que esperaba. Estaba ya Francisco con su mula y, arrojándole don Alonso la mujer en las ancas, subió en la suya y partieron por los atajos, para llegar más presto a la referida venta y, conociendo Rodrigo en el ruido que ya su dueño había partido, quiso abreviar con el peligro en que quedaban y, sacando dos pequeños pistoletes que traía, disparó el uno, hiriendo a uno de los que cavaban, disparando el otro, hizo lo mismo de su compañero. El cruel hombre, temiendo lo mismo, le rogó no le quitara la vida. Respondiole Rodrigo:

—Pues vete por esta espesura y agradece que no te mato. Y volviendo a los dos caballos él y sus compañeros, los mataron por que no fueran en su segui-

miento y, volviéndose donde estaban sus mulas, subieron en ellas para ir a la venta donde los esperaban.

Había dado a entender el mozo a los venteros que llevaba aquella mujer para que sirviera a una señora que se la tenía encomendada, que le dieran una cama mientras llegaban unos criados de aquel caballero, que con la tempestad se habían perdido. Preguntó don Alonso si tenían algunos regalos considerables. Respondió la ventera que sí, que buenas gallinas y mucha caza y frutas del tiempo. Mandó que se cocieran cuatro gallinas para llevar salpimentadas y que aderezasen unos conejos y perdices para tomar un bocado, porque se habían de ir luego. Pusieronlo por obra y, llegados los criados, sin preguntar por la mujer, almorzaron y, previniendo lo que habían de llevar, partieron temiendo no vinieran a buscarlos.

Apartados de la venta más de una legua, dejaron el camino real y, entrándose entre unas tajadas peñas, quiso saber a quién llevaba consigo para ver el riesgo en que estaba, porque la encubierta dama traía una mascarilla y, apeados, le dijo:

—Ya, señora, habéis visto que habemos puesto todos a riesgo las vidas por defender la vuestra y, si esta voluntad merece correspondencia, os ruego que os descubráis y me digáis quién sois y adónde queréis que os lleve. Mi viaje era a la Corte, mas ya no será sino el que vos quisiéredes, hasta dejaros segura.

Respondiole con desprenderse la mascarilla, descubriendo un rostro de tan rara belleza, que los dejó admirados y más confuso a don Alonso, porque en su honesta gravedad demostraba ser mujer principal, y así lo dio a entender, diciéndole no le negase la verdad.

Respondiole:

—Ingrata fuera yo a no cumplir vuestro deseo. No diré quién soy: bastará que diga la causa de mi desdicha. Yo soy de Córdoba, y de tan conocida nobleza, que puso los ojos en mí uno de los más principales caballeros que hay en ella, que en deciros que es su nombre don Luis de Saavedra os digo su calidad.

Galanteome con tan encendidas y continuas finezas, que ganó en mi pecho el lugar que ya no perderá si no pierdo yo la vida. Hablábale de noche por una ventana baja, y una noche, encareciéndome su amor, le respondí que se conocía mal su fineza, pues siendo iguales en calidad y nobleza, no me pedía a mi padre. Satisfízome con decir esperaba un hermano que tiene en Flandes y que no tendría gusto cumplido si no estaba presente a celebrar su dicha. Yo os aseguro que me dio tanto deseo de conocerle, que lo más de nuestro viaje era tratar de su venida. Sucedió por mi desdicha que, tratando en el Cabildo de sacar las suertes⁵ de procuradores de cortes, por ser mi padre y mi amante veinticuatro, se encontraron⁶ los dos sobre sacar una suerte, con tan encendida cólera de mi padre a que desmintió a don Luis y, ofendido, sin acordarse de que yo reinaba en su pecho, dio a mi padre con el sombrero en la cara. Sacaron las espadas y, sin poderlos reportar, se hirieron tan mal, que se dudó de su vida.

Deciros mi pena será imposible, porque todos en mi casa son mis enemigos, y no tuve de quién fiarme para saber de su salud. Sacaron, para mayor desgracia mía, porque, tratando de las paces, se declaró mi padre por su enemigo y de todo su linaje y de cuantos le hablaran en las amistades. Alteráronse todos, de suerte que faltó poco para que hubiera bandos⁷. Pidióle el corregidor a don Luis que se ausentase por algún tiempo; dio a entender que se iba a Valladolid, quedándose escondido en uno de sus cortijos, dos leguas de la ciudad. Cuando se partió, temeroso de que yo, indignada, mudaría de intento, me dejó un papel, fiándolo de un criado que sabía nuestro amor. Estaba yo con el mismo miedo y, viendo al criado un día, le llamé, sin mirar el riesgo a que me ponía. Preguntele por su dueño. Díjome adonde estaba y, dándome el papel, me encargó que respondiera. Díjele que acudiese a la noche a la ventana por donde le hablaba y, retirándome a mi sala, hallé unos versos en él, que no excusaré decíroslos, aunque temo el cansaros.

—Mucha merced sí recibiré —dijo don Alonso— y os ruego que no me calléis nada.

Respondiole:

—Pues escuchadlos y veréis mi buen gusto.

¿Quién duda de mi desgracia,
que se ha trocado en rigor
el cariño de unos ojos
a quien rindo el corazón?

¿Cómo es posible que vivo,
si entiendo que me faltó
la esperanza que me daba
la vida con el favor?

Si me tenéis olvidado,
acábeme mi pasión,
pues ya no estimo la vida
si la he de gozar sin vos.

Piedad, que me abraso en fuego,
y no es propiedad del sol,
aunque enciende con los rayos,
consumir con el ardor.

Mirad que os tengo en el alma,
y que penamos los dos:
vos, porque estáis en mi pecho,
y yo, porque estoy sin vos.

Si no pude mereceros,
faltándome el pundonor,
disculpe mi atrevimiento
el volver por mi opinión.

No puedo deciros más,
que ya se anega la voz
en un mar de amargo llanto,
zozobrando en mi dolor.

Determinada de asegurar su miedo, le respondí que me ofendía en dudar de mi fe y que yo había tenido el mismo temor; que me respondiera, para alivio de su ausencia, pues no podía vivir sin él. Venido el criado a la noche, le di el papel, encargándole la brevedad. Respondiome que luego se había de partir y que otro día estuviera cuidadosa para que él tuviera lugar de hablarme. El día siguiente, a mediodía, acudí a la ventana y, segura de que mi padre sesteaba, visto que me esperaba, le llamé; tomé el papel, encargándole volviere a la noche. Retireme a mi sala, a ver qué me escribía y, después de muchos agradecimientos, estimando el haberle escrito, pasó adelante diciendo que, si mi amor era tan firme como le significaba, que me determinase a dejar mi casa, pues ya no era posible que nuestro casamiento se ejecutase con gusto de mi padre. Respondile que la noche siguiente viniera por mí, que una vez casados se allanaría mi padre, y que, a no hacerlo, como yo estuviera con él, lo demás no me importaba.

Tengo por mi desdicha un hermano bastardo, hijo de mi padre, habido en una esclava de casa, tan hermosa, que os prometo que, a no tener un clavo, pudiera competir con la más perfecta dama. Ha conocido⁸ mi padre en público a Leonardo, dando a entender que es de otra madre, cosa que le ha dado tal soberbia, que no hay quién se averigüe⁹ con él, por sus muchas travesuras. Estando yo para cerrar el papel que os he referido y teniendo el de mi amante sobre un bufete, entró tan de repente en mi sala, que no pude esconder los papeles. Quitómelos de las manos y leyolos y, visto lo que contenían, me trató tan mal de palabra y de obra, que me puso las manos en este rostro que miráis. Arrebatada de la cólera, le dije que era un vil esclavo, hijo de una perra. Echó su mano a la cara, jurando que se lo había de pagar. Llevo los papeles al cuarto de mi padre.

Fue mi dicha (si es que tengo alguna) tan grande que, embebecido en su venganza, no advirtió el cerrarme la puerta. Paseme en casa de una señora que vivía frontero; fue mi padre a la noche por mí, y abrazándome, me dijo que él no se enojaba por cosas ligeras con una hija a quien amaba tanto y, trayéndome a casa, quedando a solas conmigo, me dijo: «Yo no gusto del casamiento de don Luis. Yo os prometo de ponerlos en tal estado, que no habéis de tener qué desear. Mientras determino el marido que he de elegir, os quiero llevar a Sevilla y dejaros en un convento. Quitaos esas galas y poneos unos paños humildes, porque esta noche tenemos de salir de aquí y no quiero que nadie sepa que faltáis de casa». Respondile que no tenía más voluntad que la suya, con intento de avisar a don Luis para que me sacara del convento por justicia. Cerró la noche y, acompañado de Bernardo¹⁰ y de otro esclavo de tan malas propiedades como las suyas, llegamos a aquel sitio adonde fuera cierto haber muerto a sus crueles manos, si vuestro valor no me hubiera defendido.

Acabó estas últimas razones derramando algunas lágrimas, y don Alonso la dijo:

—Mi señora doña Esperanza, enjugad los hermosos ojos. Ya sé quién sois por las cartas de mi hermano. Yo soy don Alonso a quien deseasteis conocer y el hombre más dichoso que tiene el mundo, pues al cabo de tanto tiempo de haber faltado de mi casa, me trajo el Cielo a defender vuestra vida. Lo que temo es que vuestro padre, creyendo que ha sido por orden de don Luis el robaros, buscará nuevas traiciones para vengarse. Mirad, señora, adónde queréis que os deje, porque he de correr la posta¹¹ para volver a Córdoba.

Quedó tan contenta la hermosa dama que, abrazándole, le dijo que la llevase a la Corte, que tenía una tía hermana de su madre monja en las Descalzas Reales. Mandó don Alonso que sacaran de los regalos prevenidos y, después de haber comido, montaron a caballo, determinados de caminar a toda prisa y, llegados a la Corte, dejándola en una posada, se fue al convento y, llamando a la priora, dio cuenta de lo que pasaba, pidiendo llamasen a su tía. Dijéronle que se la trajese, mientras enviaban por licencia para recibirla. Parecióle al noble cordobés no lle-

varla con tan malas ropas y, llegando a casa de un mercader de vestidos, compró uno de espolín de oro¹² y, volviendo a la posada, la hizo vestir, pidiendo al huésped que mientras la llevaba le buscasen postas.

Entregola a su tía y, partiendo a toda prisa, llegó a su casa. Y hallando a su madre y a todos los criados llorosos sin dar a entender su cuidado, preguntó la causa. Diole cuenta su prudente madre de los amores de don Luis y disgustos del Cabildo, rematando su plática con decir:

—Ocho días ha que falta doña Esperanza de su casa, y don Álvaro ha querellado¹³ de vuestro hermano, pidiéndole el deshonor de su hija, quebrantamiento de casa, rapto de bienes de más de doce mil ducados. Hubo soplo de que estaba escondido en uno de los cortijos, y el corregidor le ha traído preso y le tiene en un calabozo, sin dejarlo ver de nadie y, si no parece doña Esperanza, lo veremos en un cadalso.

Respondiole que todo tendría remedio, pues él había venido y, para consolarla, le dio a entender cómo estaba en su poder, y pidiendo un vestido negro, se le puso. Acompañado de sus criados, fue a casa del corregidor. Alegróse de verle. Suplicole don Alonso quedasen solos y, retirados los criados, le dio cuenta de la traición de don Álvaro y, contándole todo lo referido, le dijo que los criados no podían estar buenos en tan breve tiempo y que serían los mayores testigos de su verdad.

Mandó el corregidor llamar un escribano y que hiciera cabeza de proceso¹⁴ contra don Álvaro, tomando las declaraciones de don Alonso y de sus criados y, examinados los testigos, llamó un capitán, pidiéndole favor y ayuda para que cercara la casa de don Álvaro y, acompañado de sus ministros, entró en ella. Alborotose de verle, preguntándole que qué mandaba. Respondiole, para asegurarlo, que buscaba unos delincuentes que habían saltado allí por unos tejados. Mandoles a los alguaciles franqueasen la casa, aunque don Álvaro lo resistió. Hallaron los criados y, haciéndolos vestir, mandó que los pusieran en la cárcel. Llevando a don Álvaro a las casas del Cabildo, le notificó que diese cuenta de su hija, porque tenía

averiguado la había dado muerte. Respondiolo que eran falsos los testigos, y que don Luis daría cuenta de ella, pues la tenía en su poder. Dejole aprisionado, con orden de que nadie le hablase y, venido a la cárcel, se determinó a dar tormento a los dos reos. Temerosos de los cordeles¹⁵, confesaron toda la verdad. Preguntándoles si conocieron a los que la llevaron, respondió Leonardo que no, que a los rayos de la luna reparó en que era mulato el que tiró los pistoletes. Como se supo en público el caso, hubo testigos de que habían hallado muertos los caballos.

Verificada la causa, fue el escribano a tomarle a don Álvaro juramento. Respondió por segunda negación que los heridos, temerosos del tormento, habían concedido con lo que les fue preguntado. Hallose el corregidor confuso, como era hombre poderoso y de tanta nobleza; y sacando un traslado de los autos autorizados, enviando un criado de satisfacción, lo remitió al consejo, enviando en una carta al señor Presidente de Castilla a decir que las partes eran de las más nobles y poderosas, y que no se determinaba sin orden de su Señoría a sentenciar aquella causa.

Vistos los papeles en el consejo, un secretario de cámara fuese al convento a tomar la declaración de doña Esperanza. Habíale traído el criado una carta de don Alonso en que le advirtió que declarase que era él quien la había defendido y traído allí. Llegado el secretario, como ya estaba apercebido, lo declaró todo a la letra. Volvió al consejo con la declaración y, visto que se conformaba con lo escrito, se despachó provisión real para que el corregidor, como juez competente, sentenciara, enviándole a decir en una carta que, atento a que no había procedido muerte ninguna, procurase atraerlos a las amistades, casando don Luis con la contenida en los autos.

Llegado el criado a Córdoba, contento el corregidor con el buen despacho, se fue a las casas del Cabildo y, sacando a don Álvaro de donde estaba, le intimó¹⁶ la provisión real, leyéndole la declaración de su hija y que tenía orden de su Majestad de casarla con don Luis y de sentenciar en aquella causa; que su delito merecía quitarle la cabeza de los hombros, y que, usando de misericordia, sería mejor allanarse a obedecer el decreto real, alzando mano¹⁷ de la querrela que tenía dada,

pues era injusta; donde no,¹⁸ que procedería con todo rigor. Hallose don Álvaro convencido y afrentado de que fuese público el trato que tenía con la esclava; y así le respondió que estaba obediente a su orden. Estimó el corregidor su prudencia y, careándolos a todos, se hicieron las capitulaciones, pena de la vida el que quebrase las amistades.

Con esto se dio mandamiento de soltura y trataron luego de partir a la Corte por doña Esperanza, acompañados de muchos deudos y amigos. El tiempo que tardaron de volver a Córdoba, el Corregidor, como buen juez, sentenció a Leonardo a seis años de presidio y al esclavo a galeras perpetuas al remo y sin sueldo. Vueltos a Córdoba con la contenta desposada, envió el corregidor a llamar a don Álvaro, notificándole que dentro de quince días vendiese la esclava fuera de la ciudad, porque no era justo que un caballero de tantas partes diese mal ejemplo. Prometió cumplirlo, aunque lo sintió mucho y, llegado a su casa, la llamó y la dijo:

—Ya, Juliana, se cumple vuestro deseo que tantas veces me habéis pedido: que os dé libertad. El corregidor me ha notificado que os venda fuera de Córdoba. Ya sabéis el amor que os he tenido, y sentiré mucho que, estando fuera de mi poder, viváis desenfrenadamente. Yo he de buscar un mozo que sea hombre de bien con quien casaros. Mañana os daré la libertad y, demás de lo que habéis adquirido en mi casa, os daré quinientos ducados. Prevenid todo lo que fuere vuestro mientras me buscan cosa a propósito, porque no tengo más de quince días de plazo, y que os habéis de salir de Córdoba.

Y, sin dar lugar a que le respondiera, llamando al mayordomo, le dijo que le trajera un cirujano para quitarla el clavo, y que buscase algún hombre de bien con quien casarla, advirtiéndole que no había de vivir en Córdoba. Respondiolo que conocía a un mozo carpintero, natural de Granada. Respondiolo don Álvaro:

—Pues habladle luego, porque ha de ser con brevedad.

Fue el mayordomo a tratar con su maestro la intención que llevaba. Dieron cuenta al mozo del casamiento, y aceptó con mucho gusto, diciendo como le diesen lo

que le prometían, cumpliría su palabra; que fuera su maestro a tratarlo con su señor. Hízolo así y llegado a la presencia de don Álvaro, mandó llamar un escribano y le dijo hiciera dos cartas, una de libertad y otra de dote y, sacando los quinientos ducados, puso en la carta de dote mil, con las alhajas que ella tenía. Con esto se fue en casa del provisor y le suplicó diera licencia para que se desposara sin amonestaciones. Como el provisor sabía los disgustos pasados, lo tuvo por bien y, recibidas las bendiciones, se partieron otro día para Granada.»

Acabada la referida relación, dijo doña Lucrecia:

—Yo le di a este suceso, cuando don Antonio me lo contó, título de *Quien bien obra, siempre acierta*, pues el mucho valor y prudencia de don Alonso fue causa de su dichoso fin, gozando su hermano el copioso fruto de su bien empleada voluntad, viviendo todos después con firmes y seguras amistades.

Dieron todos el lauro a doña Lucrecia, diciéndola que se había aventajado en todo. Respondiéndoles que estimaba la lisonja, y don Antonio dijo:

—Bueno está, señores, dejen vuestras mercedes algo para mí, porque mañana les he de contar un caso que un milanés me refirió estando en Salamanca, celebrando la industria que tuvo un caballero para vencer los desdenes de una dama.

Y en esto oyeron los manines y se retiraron a dar parte a la noche. El día siguiente, llegada la noche, se fueron todos al cuarto de doña Lucrecia. Determinados de juntar las cenas, enviaron los dos amigos por empanadas y otros regalos y, después de haber cenado, dijo don Antonio así:

NOTAS DE LA NOVELA QUINTA

- 1** «Por el riñón del invierno», probablemente por el centro del invierno. Se trata de una expresión de sentido muy claro, si entendemos riñón en la acepción figurada del *DRAE*: «Interior o centro de un terreno, sitio, asunto, etc.». Debe de tratarse, por lo tanto, de la mitad del invierno, es decir, a comienzos de febrero.
- 2** «Luego» entiéndase aquí como «de inmediato», «al instante», «al momento».
- 3** «Cintia», o sea, la luna, designada con nombre de mujer.
- 4** «Trabados en pendencia», es decir, enzarzados en pelea; de «pendencia» como contienda o riña de palabras o de obras.
- 5** «Suertes». Era usual elegir a los procuradores a cortes por sorteo, para representar a una ciudad ante las instituciones del Estado.
- 6** Es decir, se enfrentaron; de la acepción 4.^a del *DRAE*: encontrar en el sentido de «oponerse, enemistarse uno con otro».
- 7** «Bandos», o sea oposición, enfrentamiento definitivo entre facciones opuestas e irreconciliables.
- 8** «Conocido», aquí reconocido como tal hijo.

9 «Averigüe» se entiende se avenga, de la acepción familiar de averiguar con uno como avenirse con él, sujetarlo o reducirlo a la razón.

10 Dice «Bernardo» claramente en el manuscrito y en la edición de 1663, que respetamos en el texto. Se trata o bien de un error del impresor o de un nuevo despiste de D.^a Mariana, que no es ajena a ellos, porque el hijo de la esclava se llamaba Leonardo y es, efectivamente, quien acompaña a D. Álvaro en su intento de asesinato de D.^a Esperanza, como se comprueba al ser, en efecto, Leonardo y no Bernardo el interrogado por los jueces en la cárcel, al final de esta novela.

11 El personaje dice que tiene que correr la posta. Correr la posta es «ir por la posta a una diligencia propia o ajena». El *DRAE* define «correr la posta» como frase familiar, muy poco usada evidentemente, con el sentido de «caminar con celeridad en caballos a propósito para este ministerio, que están prevenidos a ciertas distancias; también se corre en carruaje».

12 «Espolín de oro» era tela de seda, con flores esparcidas como las del brocado, de oro o de seda. Se trata de un galicismo, hoy en desuso, proveniente del provenzal «epoulin» y este, a su vez, del gótico.

13 «Ha querellado», es decir, ha presentado querrela contra él, lo ha denunciado.

14 «Hacer cabeza de proceso» es incoar o iniciar un expediente —se entiende sancionador— contra alguien; en este caso, comenzar la acusación contra D. Álvaro.

15 «Cordeles» se entiende, por metonimia, látigo, especie de cordel más grueso que el bramante, muy temido de los atormentados, como era el caso.

16 «Lo intimó», o sea, le requirió el cumplimiento de la orden.

17 «Alzando mano» entiéndase como olvidándose, dejando sin efecto la citada querrela; de la acepción vigesimosegunda del *DRAE*, «retirarse, apartarse de algo»; relacionada también con la 9^a: «hacer que cesen penas o vejámenes».

18 «Donde no», es decir, en caso de que no aceptara la consabida propuesta.

NOVELA SEXTA

CELOS VENGAN DESPRECIOS

«Narcisa, dama milanesa, señora de vasallos, tan ilustre por su sangre como altiva por los pensamientos, era de tan rara hermosura, que se aventajaba a todas las demás de su patria. Vivía tan libre de amor, que se preciaba de cruel y desdeñosa con todos los que pretendían gozar su mano en dichoso casamiento. Pretendíanla los más poderosos caballeros de Milán, publicándose por amantes de su hermosura. Entre los muchos pretendores, los que más se adelantaban, fiados en su poder, como teniendo en poco a los demás, eran el duque Arnaldo y el conde Leonido.

Era Arnaldo feo de rostro y sobrado¹ de condición; dábase por ofendido de los desdenes de Narcisa, preciándose de darla muchos enfados con decir que nadie había de gozar su hermosura si no era él, porque todos sus amantes eran unos pobres escuderos indignos de merecerla. Con este arresto había algunos escándalos de cuchilladas. Leonido no se descuidaba en vengar sus desprecios, hablando mal de la honesta dama con intento de deslucir su honor.

Sentíalo Narcisa con tanto extremo, que se determinó de quejarse al Virrey. Respondióle que bien echaba de ver la razón que tenía, que aquellos títulos eran tan

poderosos, que le obligaban a darse por ofendido; que lo llevase con prudencia pues tenía tanta. Quedó tan disgustada, que por vengar su enfado los trataba con rigurosos desdenes.

Como en Milán era tan pública la competencia de los dos, un caballero español que estaba de asiento allí no se determinaba a declarar su amoroso cuidado, considerando que Narcisa era tan soberana y rigurosa, y que no estimaría su amor pues despreciaba tantos amantes y títulos; no porque no era digno de su casamiento, pues Don Duarte era dichoso descendiente de los Duques de Cardona y tan inmediato a la herencia e los estados, que, a morir su tío sin herederos, no había deudo más cercano que le heredase. Sólo temía no enfadarla, mirando que se daba por ofendida de los que la servían. Pasaba el bizarro español una vida triste, tan enamorado como melancólico, y servíale de alivio el seguirla en los actos públicos sin dar a entender sus desvelos, en particular en la iglesia adonde iba a oír misa acompañada de una prima suya llamada Clori, dama de tantas partes que, a no estar a su lado, era digna de ser amada.

Tenía Narcisa una quinta a un cuarto de legua de Milán, sitio de mucho recreo por sus amenos jardines y por estar cerca de un hermoso soto donde había mucha caza. Gustaban sus amigas de ir a desenfadarla algunos días, en particular dos tituladas, porque Narcisa era amada de tocas, cosa que se halla pocas veces. Preciábase de tan cortés y afable con las mujeres como de cruel con los hombres, y con su amoroso cariño no daba lugar a la envidia. Tenía su estrado en la iglesia cerca de una capilla, y Don Duarte, entrándose en ella, gozaba de ver y oír a su adorado dueño, sin dar nota de sospecha a los pretendientes. Un día, estando las dos amigas con ella, después de oír misa, le dijo madama Rosana cuánto gustaba de que se fueran a la quinta. Respondió que luego, si gustaba de ir a entretenerse. Dijo Laurencia que lo dejase para el día siguiente, porque tenía aquella tarde una visita y quería ir con ellas.

Como Don Duarte oyó la plática, deseoso de verla sin los recatos de la gravedad, luego que salió de la iglesia, se fue a su casa, y vistiéndose un vestido y capote

de paño burdo que tenía para ir a la campaña, se fue a la quinta y pidió al jardinero le recogiese allí un par de días porque venía de camino y estaba enfermo y, sacando unos reales de a ocho, se los dio. Contento el jardinero con la paga, le llevó a un aposento que estaba en los jardines, acomodándole una cama en que descansara. Otro día por la mañana vino un paje a decir que no dejase entrar a nadie porque había de venir su señora con otras damas. Como el jardinero le vio a Don Duarte en traje ordinario, no cuidó de echarlo fuera. Venidas a la tarde, sentándose debajo de una hermosa enramada, mientras era hora de salir al soto, pidieron unos azafates de flores para entretenerse en hacer unos ramilletes. Tomó Narcisa cantidad de las flores y, tejiendo una guirnalda, se la puso. Diéronla todas en parabién, celebrando su hermosura.

A este tiempo sonó un grande ruido y, preguntando quién le causaba, dijo un criado:

—El Conde Leonido y dos criados han entrado por fuerza sin poderlos detener.

Venían ya donde estaban las damas y Narcisa, enfadada, dijo:

—No sé yo, nido, sobre qué cae tanta demasía y se pudiera excusar cuando conocéis de mi buena voluntad que no estimo vuestros cuidados.

Picose el Conde de que le tuviera en poco delante de aquellas damas, y respondiola:

—La demasía es vuestra, pues tratáis de esta suerte a un hombre como yo, y tanta vanidad ya pasa de soberbia.

—Bien parece —dijo Narcisa— que habléis en el jardín, pues a estar en Milán no faltara quien vengara mi disgusto.

No quiso don Duarte perder la ocasión y, saliendo de donde estaba, se arrojó con la espada desnuda, diciendo:

—Tampoco en la quinta falta quien os sirva.

Sacaron el Conde y sus criados los aceros, y don Duarte, ganándole la punta, cortó a Leonido de un revés mucha parte del rostro y, descalabrando a un criado, les obligó a salir a toda prisa, temiendo no los matara. Salió tras de ellos y, por no ser conocido, se fue a Milán para llegar antes que fueran los criados.

Quedaron todos admirados de ver su mucho valor, y Narcisa preguntó al jardinero quién era aquel hombre. Respondiome que no lo sabía, que el día antes, preguntando si había algo en qué servir, le había recibido para que cuidase de los jardines. Con el repentino enfado no quisieron salir a cazar y, vueltas a Milán, dijo Narcisa a su prima que venía sospechosa de aquel hombre, porque su mucho valor no podía ser de hombre bajo.

—Así me parece a mí —dijo Clori—, sin duda te ama y, temiendo el rigor de tu condición, no se atreve a declararse.

Respondiome:

—Yo te prometo que me ha dejado tan picada su airoso despejo, que diera cuanto tengo por conocerle.

Riose Clori, diciéndola:

—Pues mira lo que haces, porque ese cuidado es principio de amar, y me espanto decirte cuando te miro tan libre de amor.

—Pues no te espantes —dijo Narcisa— que si nací libre de amor, no lo estoy de haber nacido mujer.

Al tiempo que sucedió este disgusto, había salido Arnaldo a visitar sus estados. Cuando volvió, contándole los amigos que estaba herido el Conde, respondió lo mismo que habían sospechado de las dos primas, diciendo que sin duda Narcisa favorecía en secreto a alguno de sus amantes, temiendo su enojo, como la estorbaba que no tomase estado. Arrebatado de los celos, quiso satisfacer su duda, y se determinó a pasear de noche su calle, encubierto por no ser conocido.

Como don Duarte sabía que estaba ausente y que Leonido no se había levantado, aunque estaba mejor, quiso celebrar en unos versos una guirnalda que se había puesto en el jardín y acompañado de un paje que le llevó el instrumento, se fue a su calle. No quiso Arnaldo, aunque echó de ver que quería cantar, interrumpir la música para reconocerle y, después de haber tocado muchas y galantes diferencias, cantó así:

De las manos de Narcisa
las rosas y los claveles,
aumentando la hermosura,
beben candores de nieve.

Las mosquetas² y jazmines
coronan su hermosa frente,
ufanas de verse altivas
con el favor que merecen.

Las yerbas, cuando las pisa,
por besar su planta, crecen,
y en ellas mis esperanzas,
aunque lloro sus desdenes.

Loco me tiene el amor
y estoy contento en mi suerte,
pues vivo libre de celos,
mirando que a nadie quiere.

Pues no sabe amar Narcisa,
deme el mundo parabienes,
pues mi vida está en su mano,
y está en perderla mi muerte.

Si el tiempo lo puede todo,
nadie tema sus vaivenes,

pues al curso de los años
se mudan los pareceres.

Llegose Arnaldo embozado, diciéndole:

—Bien excusado podíais tener este atrevimiento, pues no ignoráis que el duque Arnaldo sirve a esta dama y pretende sus favores.

Respondiole:

—Yo no le estorbo su pretensión, aunque adoro a Narcisa y, si os parece mal, salgamos de la calle, sin alborotarla, a parte donde responda a lo que me decís.

Sacó el Duque la espada, diciéndole:

—No he menester dejar la calle para echaros de ella y, tirando a herirle en la cabeza, reparó el golpe con el instrumento y, hecho pedazos, con el mástil que le quedó en la mano le dio dos o tres palos con que le derribó en el suelo, diciéndole:

—Por guardar el decoro de la que ofendes no te mato. Con esto, dejó la calle antes que acudiese gente, porque sacaron algunas luces de las ventanas.

Estaban las dos primas en una celosía, y quitándose dijo Clori:

—Sin duda es cierta nuestra sospecha, que este hombre me pareció el mismo del jardín, pues celebra la guirnalda que te pusiste.

—Más me obliga —dijo Narcisa— con mirar por mi decoro que con el amor que me tiene y, si la calidad conforma con el valor, no dudes de que será dueño de mi albedrío, pues la industria de servirme sin darse a conocer me tiene tan rendido, que entiendo que me ha de costar desvelos.

—No será fácil —dijo Clori— el saber quién es, si se encubre. —No me da pena eso —la respondió—, pues su mismo amor le traerá a mis manos.

Estuvo Arnaldo algunos días en la cama y, ofendido de los referidos palos, quiso hacer experiencia del encubierto amante, para ver si volvía por ella en público. Fuese a la iglesia a esperar a Narcisa y, llegando la dama a tomar el agua, al quitarse un guante para recibirla, se le arrebató con alguna violencia, diciéndola:

—Enviad el dichoso a que me le pida.

Volvió Narcisa a mirar a sus amantes y, visto que no se daban por entendidos, dijo algo recio:

—Bien hago yo de no estimar a los que me sirven, pues no se atreven a castigar estas demasías.

Riose Arnaldo, como haciendo burla, y con esto, fuese.

Llegada la noche, se armó don Duarte a toda satisfacción y, poniéndose una mascarilla, se fue a casa del Duque, y dándole un papel que llevaba a un paje, le dijo que esperaba la respuesta. Subió a darle, y visto en él que le desafiaba, tomó una pistola con intento de matarlo y bajando a la calle, le dijo:

—¿Sois vos quien me busca?

Respondió:

—Yo soy. ¡Seguidme si tenéis valor!

Signiole, porque no se entendiera que era él quien le mataba. Llegaron a un despoblado, dijo don Duarte:

—Yo vengo a que me deis una prenda que quitasteis hoy a una dama.

Sacó el guante Arnaldo, diciéndole:

—¿Veisle aquí? ¡Mirad si os atrevéis a llevarle!

Y, poniéndole dentro en el sombrero, le disparó la pistola con tan mala fortuna, que erró el tiro. Arrojóse el valiente español y, atravesándole de una estocada el pecho, le tendió a sus pies. Quitole el sombrero y, visto que estaba dentro el guante, le volvió las espaldas, diciendo:

—Dos veces te he dado la vida y, si porfías en ofender a quien tú sabes, te la quitaré.

Con esto, se fue y, llegando a casa de Narcisa, pidió que le llamasen al mayordomo. Salió a ver quién le buscaba y, dándole el sombrero y el guante, le dijo:

—Decidle a vuestro dueño que el Duque queda en tal estado que no se atreverá otra vez a disgustarla y que si manda algo en que la sirva quien la adora.

Subió a dar el recado y, alborotadas, le mandaron que le hiciera subir, que querían verlo. Volvió a buscarle y, visto que no parecía, volvió a decir que ya se había ido. Quedó Narcisa tan disgustada, que se dio por rendida, diciéndola a Clori:

—Brava industria tiene este hombre para vencer mi corazón, pues me sirve y me obliga sin darse a conocer... Yo estoy determinada de irme a la aldea para excusar el escándalo que pueden causar las heridas del Duque y podría ser que allá tuviéramos más lugar de satisfacer mi duda, pues no dejará de seguirnos.

Respondiolo:

—Pues es él aldeano y no está más de dos leguas, harás bien de excusar estos enfados y desde allí sabremos si Arnaldo está peligroso, que el ser hombre de tanto valor me tiene con cuidado.

—Por eso quiero yo —dijo Narcisa— ausentarme mañana y he de salir en público, para que se sepa a dónde vamos y que este mi encubierto amante no ponga la vida a tanto riesgo por defenderme.

Con esta determinación, salieron otro día de Milán. No quiso don Duarte seguir-las de día, por no hacerse sospechoso con los amigos o deudos del Duque. Iba de noche a verlas, como³ salían a gozar de una hermosa arboleda que estaba a la vista del lugar, y volviéndose de día a Milán, entretenía los pensamientos con el deseo de que llegase la noche.

Sintieron las amigas de Narcisa su ausencia y, como estaba tan cerca, quisieron visitarla y, acompañadas de otras señoras, se fueron a la aldea con intento de estarse allí dos días. Fueron bien recibidas de las dos primas, y las zagalas y labradoras inventaron muchos bailes y juegos para entretenerlas. De noche, encendían muchas cazoletas⁴, y a la luz de ellas hacían mojigangas⁵ vestidos ridículamente.

Como don Duarte iba todas las noches, no quiso pasar en silencio la lucida fiesta y, escribiendo unos versos, se llegó a una enana que tenía Narcisa, a quien estimaba mucho por ser gran música, le dio el papel y una sortija, diciéndola:

—Hacedme merced de cantar este romance delante de vuestro dueño y fiad de mí, que estimaré el favor. Prometió hacerlo, contenta con el premio y, retirándose a darle el tono, llamándola a la sala para cantar, refirió la siguiente letra:

Cielo es la aldea, pastores,
por estar Narcisa en ella,
alba hermosa de los campos,
diosa hermosa de las selvas.

Contentas todas las damas,
dejan a Milán por verla,
que no admite su hermosura
envidias ni competencias.

A los rayos de sus ojos
no hay humana resistencia,

pues nadie puede mirarlos
sin adorar su belleza.

Dichoso yo que, abrasado,
águila del sol atenta,
gozo, bebiendo sus luces,
la gloria de amarla y verla.

Pretendan los imposibles,
los necios que consideran
que son dignos de gozar
una deidad tan suprema,

si a mí, que me juzgo indigno,
me basta en premio que entienda
que, amándola sin cansarla,
la sirvo sin ofenderla.

Celebraron la letra, y Narcisa le preguntó quién se la había dado. Respondió que un labrador, que no le conocía. Dijo Laurencia:

—Ya no nos tendréis por lisonjeras, pues los labradores alaban vuestra belleza.

Estimole el favor, y otro día se determinaron de volverse a Milán. Pidiéronle que se fuera con ellas. Respondió que por librarse de los enfados del Duque quería estar de asiento allí dos meses.

Estuvo Arnaldo en la cama, y ya que estuvo bueno, dando a entender que se iba a sus estados, salió en público de Milán con intento de alcanzar por fuerza el fin de su deseo; y quedándose encubierto, puso espías que le avisaran cuándo había de volver su adorada ingrata a Milán, para salir al camino a lograr su mal fundado intento.

Escribiéronle las amigas dándole cuenta de su ausencia y rogándole que se viniera a Milán, porque se hallaban muy solas sin ella. Despachó a Rosana un criado

con la carta y, venido a la aldea, respondió que dentro de dos días les cumpliría el deseo, pues era la que ganaba en gozar de su amada compañía.

Avisáronle las espías al Duque y, acompañado de seis hombres, salió a esperarla al camino, dándoles orden de que llegaran a resistir los criados que la acompañaban, porque no la pudieran defender, y que los retirasen hacia el arboleda, para dar lugar a que llegase al coche sin que le conocieran.

Como la enana cantó la letra que don Duarte la había dado, sospechando las dos primas que estaba en el aldea, no quisieron que las acompañase más de un gentilhomme y el cochero, por dar ocasión a que el encubierto amante, con la licencia del campo, se llegase a hablarlas y, para lograr su intento, salieron a prima⁶ noche.

Venía el dichoso caballero descuidado de su buena suerte y, por sentirse cansado con el peso de las armas, se retiró al hueco de unas peñas a la vista del camino. A poco rato de estar allí, oyó ruido de coche y, como no sabía el intento de su dueño, presumió serían algunas damas que habían venido aquel día a visitarla. Determinose a esperar que el coche pasara, poniéndose en la parte más oscura. Y ya que venía cerca, vio salir de la arboleda los que la esperaban. Venía diciendo Arnaldo:

—Pues no trae gente, llevad vosotros esos dos que vienen con ellas a lo espeso de los árboles y atadlos en ellos para que no puedan ir a pedir favor a estos villanos y no volváis tan presto, hasta que yo dé un silbo.

Bien conoció don Duarte que el agravio era contra Narcisa, mas no quiso salir de donde estaba, por dar lugar a que el Duque quedara solo y que ella conociera lo mucho que le debía. En esto llegó el coche y, arrojándose los seis hombres a él, los tres llegaron al estribo, para que el gentilhomme se apeara, amenazándole de que le darían muerte si daba voces y los otros tres hicieron lo mismo con el cochero, llevándolos asidos a lo espeso de los árboles.

Llegose el Duque, diciendo:

—De esta suerte he de vencer vuestra cruel tiranía, pues gozando vuestra hermosura os obligaré a que me deis la mano.

Estaban tan turbadas que no le respondieron. Salió don Duarte de donde estaba, a tiempo que iba a quitar el estribo y, dándole un cruel cintarazo que le aturdió, le dijo:

—¡Villano, bien cumpliérades vuestro gusto a no tener estas damas quien las guardara.

Aunque el Duque quedó turbado, sacó la espada y, tirándole don Duarte un revés, le llevó toda la mano. Cobraron ánimo las turbadas damas, pidiéndole que no le matara porque aventuraban su decoro. Respondioles:

—Días ha que le hubiera muerto, si no mirara eso y, subiéndose en las mulas a toda prisa, volvió al aldea, rigiendo el coche con tal despejo⁷ que las obligó a risa.

Como los criados estaban a la mira y vieron andar el coche, temieron alguna novedad, pareciéndoles que el Duque no le había de llevar y, dejando atados a los dos presos, corrieron a saber la causa y, espantados de verle herido, le dijeron que por qué no había silbado para llamarlos. Respondioles:

—Diome en la cabeza un cintarazo, que me privó del sentido el dichoso que la defiende. ¡Llebadme presto de aquí que, pues volvió al aldea, vendrán en nuestro seguimiento.

No se engañó en la presunción porque, alborotados todos de verlas volver, llegaron a saber lo que había sucedido, y Narcisa mandó a los labradores que fueran a toda prisa a lo espeso de arboleda a defender a los dos criados de unos hombres que habían salido a robar el coche y subieron arriba, acompañadas de su nuevo cochero.

Luego que llegaron a la sala, le conocieron por la mucha asistencia que tenía en la iglesia. Hiciéronle sentar y Narcisa le dijo así:

—Sólo vos, señor don Duarte, pudo librarme de un enfado tan grande, y la industria con que me habéis servido y obligado ha sido tan poderosa en mí, que ha rendido mi libre corazón, pues sin enfadarme habéis puesto la vida a riesgo por defenderme. No fuera yo quien soy a no mostrarme agradecida, y si el premio de vuestras finezas consiste en que os dé la mano de esposa, vivid seguro de que no será otro el dueño de mi albedrío. Sólo esperaré a ver en qué pararon las heridas de Arnaldo, que no quiero aventurar vuestra vida, pues ya la estimo.

Quedó tan loco de contento, que no acertaba a responderla. Pidióle licencia para volverse a Milán y respondióle que se quedase aquella noche en el aldea, porque temía que los traidores le esperarían en el camino.

Otro día se fueron a Milán y, llegadas a su casa, les contó el mayordomo cómo el Duque había venido aquella noche herido y que se decía que a una legua de Milán le habían salido unos ladrones a robar. Quedaron contentas, considerando que por encubrir su delito no había publicado la verdad, pues el quererla forzar en un campo era bastante a quitarle la cabeza de los hombros. El tiempo que tardó en cenar estuvo el valiente español gozando muchos favores de las dos agradecidas primas.

Luego que el Duque se vido bueno, considerando que seguía un imposible y que Narcisa tenía de secreto⁸ quien la amaba, no quiso aventurar su vida a mayores riesgos y, mudando de intento, dio la mano a una prima suya a quien debía muchas finezas, aunque no se había dado por entendido de sus favores con la ceguedad que había tenido; y como en desprecio de lo que tanto había estimado, quiso celebrar su casamiento con fiestas reales y públicos regocijos.

Quedó tan gustosa cuando la dijeron la nueva de verse libre de tan penoso emba-razo, que quiso dar a entender su contento, y mandando la buscasen una ventana cerca de la del Duque, vestida a toda gala, acompañada de su prima y de amigas, se fue a ver las fiestas. Quedó tan abrasado de verla contenta y desenfadada, que su esposa conoció el disgusto que había recibido y, pasadas las fiestas, le pidió por merced que se fueran a vivir a sus estados y, visto que ya no tenía remedio su pre-

tensión, tuvo por bien de darle gusto. Luego que el Duque se ausentó, dio Narcisa la mano a don Duarte, con mucho gusto de todas sus amigas y mayor admiración del mucho valor y prudente industria del valeroso español, porque Narcisa les contó todo lo que había pasado.

Al cabo de ocho meses volvió el conde Leonido y, contándole los amigos la ausencia del Duque y casamiento de Narcisa, pareciéndole que don Duarte le tendría por sospechoso por el lance del jardín, trató de pedir a la hermosa Clori, enviándola a decir se tendría por dichoso de emparentar con tan ilustre caballero, enviándole a pedir licencia para visitarle. Estimó don Duarte la cortesía y, adelantándose, cumplió con su obligación. Y efectuado el casamiento, hizo el Conde alarde de su grandeza enviando a su esposa ricas y costosas galas, viviendo después largos años, conservándose en seguras paces».

Acabado don Antonio de referir el suceso, alabaron todos la industria de don Duarte. Y doña Juana les dijo:

—Ya vuestras mercedes han cumplido con su obligación. Mañana les he de contar un suceso de una dama toledana que en algún modo servirá de ejemplar para que estas señoras no sean mal acondicionadas, pues sucede muchas veces que las mujeres terribles pierdan su ventura, o, ya que la tengan, vivan mal casadas.

Apoyaron la razón que tenía contando algunas cosas de personas conocidas. Levantose don Vicente, diciéndoles:

—Señores míos, ciérrese esta conversación con un adagio vulgar en que se dice que «el humo y la mujer brava echan al hombre de casa»⁹.

Con esto, se retiraron; y el día siguiente, después de la cena, les dijo doña Juana:

—Paréceme que ya vuestras mercedes esperan a que cumpla mi palabra. Va de suceso¹⁰.

NOTAS DE LA NOVELA SEXTA

1 «Sobrado de condición», aquí en el sentido de «atrevido, audaz y licencioso»; es decir de malsana condición en lo amoroso. Antonella Prato, en su edición de 1988, lee «soberbio» por «sobrado». Se trata de un simple error.

2 «Mosquetas», término hoy en desuso, derivado del catalán «mosquera», rosal con tallos flexibles, muy espinosos, de tres o cuatro metros de longitud, hojas lustrosas compuestas de hojuelas ovales, de color verde claro, y flores blancas muy pequeñas, de color almizclado; de ahí el étimo latino («muscus»= almizcle).

3 «Como» aquí con valor causal, es decir, dado que, puesto que.

4 «Cazoleta», especie de perfume. *El Diccionario de Autoridades* la define como «especie de perfume a quien se da este nombre porque se pone para quemarse en un vaso semejante a una pequeña cazuela».

5 «Mojiganga» es «fiesta o ceremonia pública o privada que se hacía con disfraces ridículos para diversión».

6 «A prima noche», es decir al comienzo de la noche, puesto que «prima» es la primera de las cuatro partes iguales en que dividían los romanos el día. Por extensión «a prima noche» se entiende al comienzo de la noche.

7 «Despejo» entiéndase aquí, irónicamente, como desembarazo, soltura en el trato o en las acciones; irónicamente, lo hacía con poca soltura.

8 «De secreto», es decir, en secreto. De nuevo la fluctuación preposicional, tan frecuente en D.^a Mariana de Carvajal.

9 Este refrán era muy repetido en castellano con formulaciones distintas; por ejemplo Gonzalo de Correas, en su famoso refranero, recoge varios de muy parecido tenor; así, «humo y gotera y mujer brava echan al hombre de su casa», «el humo, la gotera y la mujer brava echan al hombre de su casa», «el humo y la mujer y la gotera echan al hombre de su casa fuera». Loc. cit. Gonzalo de Correas, pág. 248.

10 «Va de suceso», o sea, aquí va el asunto, aquí va mi relato.

NOVELA SÉPTIMA

LA INDUSTRIA VENCE DESDENES

«En la ciudad de Úbeda vivía un caballero llamado don Fernando de Medrano. Gozaba un corto mayorazgo que llaman vínculo¹. Casose con una dama igual a su calidad, tan hermosa, que la sirvió de dote su belleza. A poco tiempo de casados, se reconoció preñada y, llegado el tiempo, parió dos criaturas, varón y hembra. Al niño le pusieron Pedro, por su abuelo de parte de padre; y a la niña, Jacinta. Criáronse estas dos criaturas creciendo en ellos el amor al paso de la edad.

Y llegose el tiempo de aprender las urbanidades que deben saber las personas principales. Les dieron maestros suficientes y, pareciéndole a don Fernando que no tenía dote igual a su calidad para casar a su hija, la enseñó todo el arte de la música para que, a título de corista, gozara en un convento las conveniencias acostumbradas.

Don Pedro, con el uso de la razón, dio a entender a sus padres se inclinaba a ser de la Iglesia y, pasados los primeros estudios, le envió don Fernando a Salamanca a pasar los cursos² y estudiar la Teología, para que por las letras se opusiera³ a las cá-

tedras y ocupara los púlpitos. Luego que llegó a Salamanca cobró muchos amigos, porque de su natural era muy entretenido y afable y, entre los demás, profesó estrecha amistad con un caballero italiano a quien su padre tenía en aquellas Escuelas⁴ sólo a fin de aprender el idioma de la lengua española. Era eminente en la pintura, imitando las cosas tan vivas, que era un remedo de la naturaleza⁵. Respecto de vivir los dos en una posada, le ganó don Pedro la voluntad con deseo de aprender la eminente facultad, y las horas que faltaban de sus estudios se entretenían en su gustoso ejercicio. Salió tan diestro, que ya su maestro le envidiaba y por estar en uso el hacerse diferentes bordaduras de vestidos, camas y otras cosas, hacían galantes dibujos, con que don Pedro empezó a manejar dineros⁶ y, remitiendo a su madre algunas pinturas y a la querida hermana algunas galas, les envió a decir no se empeñaran en remitirle socorro, dando a entender en qué divertía los ratos ociosos. Pasados cuatro años, volvió a su casa tan lucido de galas, que todos envidiaban a don Fernando la dicha de tener dos hijos tan dignos de ser estimados.

Tenían un primo de los más bizarros mozos de Úbeda, tan enamorado de la prima, que trató de echar intercesores para que su tío se la diera. Cerró don Fernando la puerta con decir se inclinaba a ser religiosa. Sentíalo doña Jacinta, aunque no lo daba a entender, porque honestamente amaba a su primo. Luego que don Pedro vino, compró libros para estudiar hasta que se llegara el tiempo de ordenarse. Atajole la fiera parca el intento, por darle a su padre un peligroso tabardillo⁷. Y como su esposa estaba a su cabecera cuidando de su regalo y medicamentos, la alcanzó mucha parte del contagio, tanto que la obligó a rendirse a las fatigas de la cama. Murió don Fernando, llevándole a su esposa tan poca ventaja que, en poco más de un mes, tuvo don Pedro dos entierros, cumpliendo con el debido sentimiento y funerales con tan generales alabanzas, que no se trataba en Úbeda de otra cosa.

Había conocido el poco gusto que la hermana tenía de ser monja, que pasados algunos días de la muerte de sus padres, le dijo una noche:

—Amada Jacinta, ya sabes el mucho amor que me debes, correspondencia debida a tu mucha voluntad, y para que entiendas que te pago, te quiero decir mi

pensamiento. Yo he conocido que no te inclinas a la religión; quiero partirme a Roma, ya sabes que el cardenal don Jerónimo Zapata⁸ está en el Colegio Apostólico; fue amigo de nuestro abuelo y no hay duda de que me ampare, sabiendo quien soy. Llevaré cartas de doña Juana Zapata, su hermana, y de otros señores; llevarte conmigo no es posible. Nuestro primo don Alonso te quiere. Dime la verdad y no te ocupe la vergüenza: si gustas de que te case con él, esto ha de ser luego⁹. Yo renunciaré en ti todo el derecho que tengo a la herencia de nuestro padre. Con eso y con la poca hacienda de don Alonso para una ciudad corta, lo pasarás si no como yo deseo, por lo menos con algún lucimiento.

Respondiolo:

—Yo no tengo voluntad. Haga vuesa merced lo que fuere servido, pues no le quiero negar que estimo a mi primo.

Con esto se trató de la dispensación, que por ser el parentesco en cuarto grado la consiguió un curial con facilidad. A tres semanas de su casamiento se partió a la Corte a recabar las cartas y despachar muchas y curiosas láminas para juntar dinero y hacer su viaje. No despachó tan presto, que no pasaron cuatro meses en los cuales supo por cartas que su hermana estaba preñada, y aunque le rogaron cuando volvió a Úbeda esperase el parto, no lo aceptó por estar el tiempo a boca de invierno, pidiendo a don Alonso que, si se lograba el deseado fruto, le pusiera el nombre de su hermana y se le enviara retratado para tener algún consuelo.

Prometió don Alonso darle gusto y, pasada su derrota, llegado a Roma, fue al Palacio Sacro y, sabida la casa del Cardenal, llegado a su presencia, le dio las cartas y besó la mano y, léidas, mirándole con amoroso cariño, le dijo:

—Yo no he menester cartas de favor para intimaros. Basta saber que sois nieto de don Pedro. Fuimos grandes amigos y pasamos los estudios y la mocedad juntos, y si correspondéis a hijo de vuestro padre, no dudéis de mí. Yo tengo deseo de ir a España. Su Santidad sabe mi voluntad; servid ahora, que a su tiempo yo veré lo que conviene.

Con esto mandó al mayordomo que se le aderezara un cuarto decente y veinte reales de ración, mandándole a don Pedro le asistiera a comidas y cenas, dándole desde luego un plato de la mesa. Pasados quince días, pareciéndole habría descansado, le hizo sumiller de cortina¹⁰, diciéndole:

—Por daros lugar a que estudiéis no quiero ocuparos por ahora en otra cosa.

Daba el Cardenal todas las Pascuas aguinaldos a todos sus criados, aventajándose en estimar a don Pedro tanto que, a no tenerlos gratos con su mucha cortesía, pudieran levantarse contra su fortuna las envidias que siempre la derriban.

Tenía el Cardenal en la sala de recibimiento una pared que hacía testera, a propósito para ocuparla con un lienzo al tope del ámbito, y como era tan eminente en la pintura, tomando la medida, se determinó a copiar al glorioso San Jerónimo. Pintó a una parte jaspeados y peñascosos montes y a otra hermosos y pintados cuadros de silvestres florecillas; árboles cubiertos de silvestres frutas; arroyos que, por la verde y menuda yerba, parecían enroscadas culebras de rizada plata; muchas aves y diversos brutos y, a la boca de una espinosa gruta, al glorioso santo de rodillas sobre una peña salpicada de la sangre que le caía del herido pecho al golpe de la pizarra, con que infundía a un mismo tiempo temor y admiración¹¹.

Y, aunque se guardó de que nadie le viera, por ser preciso tomar la medida del marco, un pajecillo que le vido fue con el chisme a su dueño y, contento con la nueva, le asaltó de repente. No le pesó a don Pedro, aunque se mostró turbado, dándole a entender el fin a que le había hecho. Estimole el cuidado y, llevando la pintura y otras láminas que le parecieron bien, después de haberlas puesto en su sitio, abriendo un escritorio, le dio en un papel cien doblones de a ocho¹², diciéndole:

—Razón es pagar al pintor.

Con esta medra y otras que había conseguido, vivía gustoso, por haberle enviado a decir por cartas había parido su hermana un hijo, y refiriéndole las gracias de

la media lengua, le refirió su hermana: «...sólo lo que tiene de malo es parecerse a mí», cosa que don Pedro estimó en sumo grado, porque doña Jacinta era rubia, blanca y de perfectísima hermosura.

Llegado el tiempo de cantar misa, echó el Cardenal el resto sirviéndole de padrino, y como era estimado de todos, por lisonjear al padrino, pasó la ofrenda del misacantano de cuatro mil ducados¹³. Y, haciéndole su capellán, le aventajó el salario.

Celebraba el Cardenal todos los años una suntuosa fiesta al glorioso santo. Satisfecho de que don Pedro era grande estudiante, por haberle experimentado muchas veces por haber argumentado con él, por darlo a conocer generalmente le mandó prevenir para hacer el sermón. Ocurrió a la fama lo mejor de Roma y, aunque se pudiera seguir el concurso de turbación, hizo espuela del aplauso para correr su derrota¹⁴, predicando con tanto realce, que asombró a todos por verle tan mozo.

Con esto ocupó los confesionarios con tan feliz prosperidad, que no daría lo adquirido por veinte mil ducados, pareciéndole todo poco para el nuevo sobrino, por habérsele enviado retratado de edad de seis años a lo soldado, con un vestido de tela de nácar, con una carta en la mano, refiriendo su madre en la suya tantas gracias, que le volvían loco.

Diecisiete años estuvo en Roma. A este tiempo murió el Cardenal de Toledo y, llegado a noticia de su Santidad, mandó llamar al Cardenal, diciéndole:

—Ya estáis viejo. Razón es que os vais¹⁵ a descansar. El Arzobispado de Toledo está sin prelado: disponed vuestro viaje e iréis a ocupar la plaza.

Besóle el pie, estimándole la merced y de camino le pidió para don Pedro le concediera algunas rentas eclesiásticas, dándole a entender su calidad y pobreza. Tenía noticia de la mucha fama que le daban y, en el partido de Toledo, en pensiones y beneficios simples¹⁶ le dio mil y quinientos ducados de renta y al Cardenal veinte mil de principal, para la costa del viaje. Con esto y muchas indulgencias y reli-

quias que le dio, echó a todos su bendición por el riesgo de la vida en los peligros de la mar. No quiso don Pedro escribir nada, por no tener a su hermana cuidadosa¹⁷.

Mientras se dispuso el viaje, hablando a unos mercaderes de lonja, trató con ellos hacer un empleo de telas de Milán, rasos de la China y Florencia, sin otras muchas y ricas alhajas que había comprado en las muchas almonedas, seguro de su ganancia por estar en uso en España el vestirse todos de tela, con muchos golpes los hombres en las ropillas abotonados, y las damas ropas de levantar con almares de oro¹⁸. Por esta causa, empleó una gran cantidad, aparte de lo que había comprado para el adorno y homenaje de la casa¹⁹.

Luego que llegaron a Sevilla, por detenerse el Cardenal algunos días, le pareció avisar de su venida y, despachando un propio²⁰, remitió a su hermana algunas piezas de telas, lienzos y otras cosas, cosa que estimaron en mucho por enviarles una libranza de doscientos escudos con que se remediaron muchas cosas que se padecían de puertas adentro, por no descaecer de la pública ostentación²¹ y, por estar don Alonso con unas peligrosas tercianas²², enviándole a decir su enfermedad, por la cual no iba a verle, y que si gustaba le enviase al sobrino, lo haría. Respondiome que de ninguna manera hasta llegar a Toledo no trataran de nada y, renovando los regalos, le encargó mirara por su salud.

Llegados a Toledo, le hizo el Cardenal su limosnero, Y como a la fama del nuevo prelado acudieron tantos pobres vergonzantes y mendigos, y como don Pedro era generoso y socorría francamente las necesidades, se hizo en pocos días tan amable, y como ocupaba los confesionarios, se le llegaron muchos hijos de penitencia, así hombres como mujeres, entre los cuales fueron dos señoras, madre e hija, de lo más lucido de aquella ciudad. Luego que las comenzó a comunicar, le parecieron tan bien, que estrechó con ellas particular amistad.

Vendíanse unas posesiones, y la una era una casa principal, pared en medio de estas señoras, y la otra una casa de placer²³ casi a la vista de Toledo, con un jardín y doscientos marjales de viña²⁴. Y, juntamente, dos esclavas: la una, etíope, que,

por haberse criado en un convento, era ladina²⁵ y de muchas habilidades; la otra, berberisca. Y la causa de venderse todo fue que el difunto dueño no tenía herede-ro forzoso, y dejando a muchos parientes pobres, dejó a todos iguales mandas²⁶.

Avisaron estas señoras a don Pedro y trató de comprarlo todo, con tan próspe-ra fortuna, que, a seis meses de estar en Toledo, vacó una canonjía en la Santa Iglesia y, aunque hubo pretendientes, se la dio el Cardenal de mano poderosa. Trató de que las esclavas asearan la casa, y adornándola de las costosas y ricas alhajas, asombró a todos los que le dieron el parabién. Mandó se le buscara un mayordomo, dos pajes de hábito largo, dos lacayos, el uno grande, que sirviera la despensa, y otro pequeño. Y, despachando un propio, envió a decir le enviasen la deseada prenda, advirtiéndole que no le hicieran vestidos y que entrara de noche, porque no gustaba que supieran su venida hasta adornarle a su gusto.

Llegada la carta, dio don Jacinto tanta prisa, que al segundo día le despachó su padre acompañado de un criado de quien tenía segura confianza. Llegado a To-le-do, observó la orden de su tío y, entrando a dos horas de la noche, preguntando por la casa del canónigo Medrano, un ciudadano a quien había hecho muchas limosnas se ofreció de llevarlos a ella. Apeáronse por excusar el estruendo de las mulas, dando orden al mozo las llevase a la posada. Y, llegados a su casa, dijo el ciudadano que le avisaba de que le buscaban dos forasteros y, como estaba con el cuidado, mandó que subieran. Despachó al honrado pobre dándole un socorro, diciéndole no se acertara²⁷ en lo que se le ofreciera y, quedando solo, mandó a los criados que, si le buscaran, respondieran no estaba en casa.

Era la causa que un racionero y dos canónigos venían a entretenerse las más de las noches. Eran entretenidos y, como don Pedro gustaba de la chanza, profesaba con ellos estrecha amistad, en particular con el racionero, que las veces que le parecía se quedaba a dormir en su casa y para este fin tenía más adentro de su alcoba una sala aderezada. Y, llamando a la morena, la mandó hiciera la cama y aderezase lo necesario y, llegándose a un bufete adonde estaba un velón de plata, le dijo:

—Llegaos a la luz, que tengo deseo de veros.

Besole la mano, diciéndole:

—Deme vuesa merced su bendición para que todo me suceda bien.

Abrazole, contento de verle obediente y, tomando sillas, mirándole con alguna suspensión, le dijo:

—El deseo me has quitado de ver a tu madre: ¡no he visto cosa más parecida!

Respondiole:

—Prometo a vuesa merced que no la conociera de flaca, aunque se ha mejorado después que tuvimos aquel socorro, porque mi padre juega tanto, que estaba la casa rematada y apenas se alcanzaba para una triste olla y a la noche un guisado y muchas veces faltaba.

Díjole don Pedro:

—Bien se os echa de ver, que parece que estáis encanijado.

Preciábase don Jacinto de la chanza y, como sabía el buen humor de su tío, le respondió:

—No se espante vuesa merced, que como la olla era poca, me ataba mi padre al pie de la mesa por que no alcanzara al plato.

Celebrolo con mucha risa, diciéndole:

—Pues tratad de comer y engordar, que gracias a Dios no faltan cuatro reales. Yo vengo de una tierra adonde se come bien y se bebe mejor.

Hábale enviado a decir su hermana que el sobrino era gran músico. Teníale prevenido arpa y vihuela de lo más primoroso. Preguntole:

—¿Cómo os va de música, que vuestra madre me ha enviado a decir grandes cosas?

Respondiolo:

—Siempre las madres hablan apasionadas, mas ya saldrá un hombre del empeño si se ofreciere²⁸.

En esto salió Antonia a decir que ya estaba prevenido lo que le había mandado. Le dijo que se entrara en la sala y que, en estando acostado, se trataría de cenar²⁹ y, hallándola tan adornada, quedó admirado de la riqueza de su tío. Teníanle prevenido un baño en una tina, con tan curiosa invención, que por la parte de abajo tenía un tornillo conque se desaguaba. Estaba cubierta de un pabellón³⁰ y Antonia le dijo:

—Entre vuesa merced en el baño y siéntese para que le bañe el medio cuerpo.

Hízolo así y, como vivía contenta con la buena condición de su dueño, luego que le empezó a bañar, le dijo:

—¡Ah, hi de puta³¹! ¡Qué blanco es el mocico! Parece la mano de la negra mosca en leche.

Con esto, empezó don Jacinto a decir tantos donaires, y la negra a responderle, que no se podían tener todos de risa. Teníanle la cama de verano, por ser a los postreros de mayo y, quitado el baño, avisaron a don Pedro. Abrió un baúl, sacando una almilla de gala de oro³² y un capotillo franjeado de galones y alamares, le mandó se le pusiera por que no se resfriase. Hízole tomar un poco de agua de azahar con piedra bezal³³ y mandó se pusiese la mesa.

Acudieron cada uno a su obligación: pusieron sobre un bufete grande una vajilla a modo de aparador y un bufetillo de plata junto a la cama, sirviéndoles cuatro platos, sin los postres y principios y, dándoles aguamanos, les mandó don Pedro se fuesen a cenar.

Quedose por un rato de conversación y, levantándose, le dijo:

—Quedaos con Dios, que yo me voy a ver unas señoras que viven pared en medio³⁴; son madre e hija y estímolas tanto, que no me hallo la noche que no las veo. Son de lo más ilustre de esta ciudad. La madre, señora de valor, prudente y bien entendida; la muchacha será de vuestra edad, grande música y de las más lindas damas que hay en esta ciudad. Saben que habéis de venir y no hay duda que se alegrarán.

Preguntole, al descuido:

—¿Y cómo se llaman esas señoras?

Respondiole:

—La madre se llama doña Guiomar de Meneses; la muchacha, doña Beatriz de Almeyda. Fue hija de un caballero del hábito³⁵, de lo más noble de Portugal; jugaba tanto como vuestro padre y las dejó tan pobres, que no pasa el dote de mil ducados³⁶. Bordan casullas y otras cosas, y con eso sustentan una honrada familia. Y lo mejor que tienen es el recato, porque doña Beatriz es tan esquivada, que tiene fama de mal acondicionada.

Con esto se fue a su visita, dejando al forastero tan repentinamente enamorado, que le pareció no viviría sin ver a la que ya tenía por dueño de su albedrío³⁷. Volvió don Pedro de su visita y, hallándole despierto, le dijo:

—Mucho se han alegrado esas señoras, y doña Guiomar quería pasar a veros y la detuve con decir estabais acostado. Mañana será preciso llevaros conmigo. Con la buena nueva pasó lo restante de la noche en amorosos desvelos.

El día siguiente le sacó su tío un vestido de tela de nácar, diciéndole:

—Esta gala hice a vuestra contemplación, como os enviaron retratado de este color y, llamando al lacayuelo, le mandó llamase al sastre para ajustarlo, sacando un ferreruero de dos felpas, un sombrero de castor y un cintillo de diamantes³⁸. Mandó a la negra le cosiera en él, cogiendo la falda con una brocha de lo mismo³⁹. Con esto se fue a la iglesia y, venido el sastre, no fue menester

más de ajustarlo, por ser don Pedro más grueso. Cuando volvió, como le halló vestido, le mandó que se pasara: llegó hasta la puerta, y cuando volvió hacia él, le hizo una airosa y despejada cortesía, diciéndole:

—Conozca vuesa merced este maese de campo⁴⁰ que tiene para servirle.

Respondiolo:

—Otro lo representara menos, mas no os quiero en la guerra, porque os estimo más de lo que pensáis. No os desnudéis, porque he dicho a unos amigos en la iglesia que habéis venido y no hay duda que vendrán a veros.

Entró un criado a decir que venían dos canónigos y un racionero, y le dijo:

—Bajad presto, que son personas de mucha importancia.

Pasó la escalera tan de vuelo, que, contentos de ver su bizarría, se detuvieron a verle y como el racionero era chancero⁴¹, le dijo a don Pedro:

—¡Lindo ruido nos habéis traído con este mocito! Los caballeres se han de arrinconar.

Estimóle el favor, diciéndole:

—Si vuesa merced me dice esos requiebros, ¿qué deja para una dama? Advíertole que soy muy hombre y me precio de serlo para servirle.

Subieron arriba y, como eran tan de casa, les preguntó don Pedro si habían comido. Respondieronle que no y, mientras se previno algo más de lo que estaba aderezado, le pidieron hiciera alarde de sus habilidades. Sacaron la vihuela y, después de haber cantado algunas letras, alabó el uno de los canónigos, por ser gran músico, la mucha destreza. Y dijo el racionero:

—Pues no ha de quedar en eso, que quien sabe tan buenos pasos de garganta no hay duda que los hará buenos en la mudanza⁴².

Rehusolo diciendo tenía poco de mudable y, porfiándole, danzó un canario⁴³ con tan sazonadas y curiosas mudanzas, que les pesó de que entraran a poner la mesa, encareciendo la mucha razón que don Pedro tenía de estimar prenda de tantos méritos.

Después de haber comido, se entretuvieron en jugar hasta hora de vísperas y, preguntándole si le habían de llevar consigo, [respondió don Pedro]: Antes le he de tener preso hasta el día de San Juan (pues viene cerca), que todo será menester para cortarle galas y recibir visitas. Con esto, se fueron y se entretuvo lo restante de la tarde en que Antonia le enseñara toda la casa y riquezas de su tío.

Luego que volvió de la iglesia, se puso de corto, diciéndole:

—Vamos antes de cenar a ver estas señoras.

Pasaron a su casa y doña Guiomar le recibió con los brazos, diciéndole:

—¡Venid acá, hijo mío, abrazadme, que prometo no sabré encarecer el gusto que he tenido de ver al señor don Pedro tan contento!

Abrazóla, diciéndola:

—Yo venía a ofrecirme por esclavo y cumplir parte de las muchas obligaciones que me corren, según mi tío dice; y pues vuesa merced me da nombre de hijo, no quiero perder el derecho a tanta dicha.

—Juráralo yo —respondió doña Guiomar—, que un sobrino de don Pedro no había de saber responder a lo que se le dice.

Con esto, besó la mano a su nuevo dueño y doña Beatriz le dio la bienvenida con pocas razones y mucha medida.

Mandó doña Guiomar traer un instrumento, diciéndole:

—En verdad que tengo de lograr el deseo.

Cantó una letra nueva y, pareciéndole bien a doña Beatriz, le pidió se la diera escrita y apuntada; ofreció el hacerlo, recabando que ella cantara otra y, después de haber hablado algún rato, aunque se mostró tan esquiva, que fue menester que su madre se enfadara para conseguirlo, despidiéronse con mucho pesar de su amante corazón.

Otro día por la mañana, mientras su tío volvía de la iglesia, se entretuvo en escribir la letra y apuntarla, y en medio pliego cifró parte de su amorosa y encendida llama, doblándolo de suerte que no se echara de ver al darlo. Por la tarde tuvo algunas visitas, como⁴⁴ se supo su venida, entre las cuales fue un caballero llamado don Rodrigo, tan vecino suyo, que no se había más de la casa de doña Guiomar en medio y, como vieron instrumento, dos hermanos casi de su edad, preciados de músicos, le tomaron y con esto se dio motivo a que don Jacinto, a petición de todos, cantó algunas jácaras⁴⁵ sazonadas. Y como todos eran muchachos, entretuvieron la tarde en cantar y jugar las armas, tan aficionados al cortés andaluz, que se le ofrecieron por íntimos amigos.

Despidiéronse, y como don Rodrigo estaba tan cerca, se entró en su casa. Estaba casado con una señora llamada doña Ana. Era placentera y, como suelen decir vulgarmente, «a la buena fin⁴⁶». Tenía una hermana viuda de veinticuatro años; vivía de asiento en la Corte, en compañía de su suegra, por haberla dejado su marido por heredera de toda su hacienda, con calidad de que no desamparase a su madre, por ser anciana. Y, enfadada de tan perpetua suegra, se iba todos los veranos a Toledo, a gozar del fresco del Tajo, como⁴⁷ doña Ana era a su propósito, porque doña Leonor, como era moza, era más desenfadada de lo que era razón. Y, como su hermano vino tan temprano, extrañando la venida, le preguntaron la causa, y respondioles:

—Vengo de casa de don Pedro, de ver un sobrino suyo que ha venido.

Con esto, les refirió las muchas partes⁴⁸ del forastero, diciendo:

—Es famoso. No he visto en mi vida más sazonado muchacho.

Encareciolo tanto, que hizo en el corazón de la hermana la operación que don Pedro había hecho en el de don Jacinto alabando a doña Beatriz y, como era tan desahogada, le dijo:

—No nos le alabe, que nos da deseo de verle.

Respondirole, lejos de sospecha:

—Fácil será: idos a casa de doña Guiomar y le veréis.

Con esto, no esperó más, diciendo a la cuñada:

—¡Vamos luego, por que estemos allá antes que vengan!

Con esto, pasaron a verlas, por ser tan amigas, diciéndoles:

—No agradezcan esta visita, porque venimos a ver al sobrino del canónigo, porque mi hermano nos ha dicho tantas cosas, que nos trae el deseo.

Respondiolas doña Guiomar:

—Por mucho que diga, quedará corto. Hablose de otras cosas y, venidos a verlas, les recibieron las cuñadas con tan grandes alabanzas, que le pudieran desvanecer, a no ser tan entendido y, después de los corteses parabienes, le pidieron que cantase algo, diciéndole doña Leonor lo mucho que su hermano le había encarecido.

Estimó el favor y, tomando el instrumento, como que se le había olvidado, sacó el papel y, dándoselo a doña Beatriz, le dijo:

—Aquí tiene vuesa merced la letra que me mandó escribir.

Tomola con la debida cortesía y, cantando don Jacinto algunas letras, alargó el instrumento para dárselo. Excusolo, diciendo tenía el pecho apretado. Mirando a doña Leonor, le dijo:

—Canta por mí, que no estoy buena.

Tomole, deseosa de parecerle bien al que ya la tenía sin sosiego. Aunque no le sucedió como pensaba, por cantar unas coplillas algo licenciosas, porque a don Jacinto le pareció tan mal cuanto se puede encarecer, porque de su natural era callado y vergonzoso, aunque no por esto dejó de celebrar la música y, como su tío las halló de visita, por no estorbar la conversación, se despidió y, quedando a solas, como doña Ana era entretenida, dijo:

—¡Ay amiga! ¡Y qué buen casamiento era este para doña Beatriz!

Respondió doña Guiomar:

—No, amiga, que don Pedro es rico y no puedo yo competir, porque mi hija es pobre. Si su tío tratara de casarle, mejor era para doña Leonor, que tiene dote suficiente.

Respondiolo:

—¡Ojalá fuera yo tan dichosa...! Que me ha llevado los ojos y he de hablar a mi hermano acerca de esto.

—Todavía es temprano —dijo doña Ana—, que aún no ha pisado las calles.

Razones fueron estas para el corazón de doña Beatriz de mucho sentimiento, no por estar inclinada, sino sólo por verse pobre y fue menester su cordura para resistir el repentino pesar.

Despidiéronse, y para dar lugar a la pena, le dijo a su madre:

—Acuéstese vuesa merced, que yo quiero estudiar esta letra para ver si la acierto.

Mandando a las criadas se fuesen, se entró en su cuarto y, sentándose en un estrado en que se tocaba, derramando copiosas lágrimas, dijo:

—¡Dios se lo perdone a mi padre que tanto mal me hizo, pues me falta la ventura cuando doña Leonor se atreve a competir porque tiene dinero, teniendo menos calidad que yo!

Con estos penosos discursos pagó el común tributo a su sentimiento, pues no tiene más remedio que el llanto y, por divertirse en algo, quiso ver la letra, llegando una bujía al bufetillo⁴⁹ y, mirando el papel que venía dentro, se turbó, diciendo:

—Ya es mayor mi desdicha si este hombre me quiere, pues no tengo esperanza de mejor fortuna...

Y, movida de la curiosidad, leyó las siguientes razones:

«Mi señora: sin culpar mi atrevimiento, le suplico no desestime la fe que le consagro, pues antes de verla le rendí el alma por la noticia que tuve de mi tío, corta para tanto empeño, pues no tiene su belleza humana explicación ponderando objetos divinos. Dejarla de adorar no es posible, ni vivir sin verla; y pues la vecindad es a propósito para excusar la nota y el calor es tanto, le suplico se sirva de llegar a la ventana, asegurando mi temor, pues le tendré hasta saber no encuentre alguna criada este papel, y mándeme en cosas de su gusto».

Leído el papel, creció la confusión, diciendo:

—¿Qué puedo hacer en esto? Don Jacinto es bizarro, yo desgraciada; si le respondo, le doy a entender que estimo su cuidado; si no respondo, dejo la puerta abierta a mayores atrevimientos... ¡Pues muera yo a manos de mi dolor y no mueran en mí mis obligaciones!

Con esta valiente aunque necia resolución, abrió la ventana y, visto la esperaba, llamándole en tono bajo, llegó a celebrar su dicha y, sin responderle, rompiendo el papel, se le tiró, diciendo:

—A semejantes atrevimientos respondo de esta suerte y, cerrando la ventana, le dejó tan loco, que faltó poco para perder el sentido. Alzando los pedazos, se reportó, considerando que una dama de tantas prendas no le había de favorecer tan presto y, determinado a pasar adelante con su pretensión y desvelado en varios pensamientos, escribió una letra para darle a entender su firmeza.

Otro día, llegada la hora deseada, pasó con su tío a verla. No se descuidaron las cuñadas en ganarle la entrada y después de las acostumbradas cortesías, le pidieron cantase algo. Aceptolo, por lograr su intento y, traído el instrumento, cantó la siguiente letra:

Si Faetón por atrevido,
llegó a la región del sol,
aunque muera despeñado,
he de seguir a Faetón⁵⁰.

Si os preciáis de ser cruel,
advertid que es el rigor
muy impropio a una deidad,
pues merece adoración.

La culpa de ser tan linda
disculpa mi pretensión,
que nadie puede miraros
sin quedar loco de amor.

Perdido estoy y contento
de ver, señora, que son
esos rayos que me abrasan
causa de mi perdición.

Culpa fuera no serviros,
pues ya nacimos los dos,
vos para ser dueño mío,
y para adoraros yo.

Acabada la letra, le pidieron que danzara y, por decirlo doña Guiomar, fue preciso el hacerlo. Danzó una gallarda⁵¹ y, pareciéndole que por estar en público no excusaría doña Beatriz el salir, la sacó, aunque no consiguió su deseo. Y como sabía

su condición, no la porfió, aunque el pesar fue tan grande, que la severa dama lo conoció, satisfecha de que la letra se había cantado al desprecio del papel rasgado. Y luego que llegó a su casa, por desahogar el corazón, le dijo a su tío:

—Terrible es mi señora doña Beatriz...

Respondiolo:

—Pues ahora ya se ha enmendado. Al principio que las visité, se escondía de mí y me costó el enojarme muchas veces el que no se quitara de la sala. Y me espanto asista en ella estas noches. A doña Ana se lo podéis agradecer, que a no estar allí fuera posible el no salir.

Con esta mala nueva creció el fuego de la pretensión y al mismo paso crecieron los desprecios, conociendo en el pecho que la picaba el cuidado de su amiga y se vengaba en sí misma con los pesares que le daba a su rendido amante.

En esto llegó el día de San Juan, y cuatro días antes les dijo don Pedro que tenía intento de que se fueran a la casería todo el día, advirtiendo a doña Ana que convidara a doña Inés, su prima, y a su esposo, quedando de concierto que todos los hombres se juntaran en la iglesia y que las señoras se fueran de por sí, por excusar el calor. Con esto, se despidieron y, quedando solas, dijo doña Leonor:

—Madruguemos para oír misa de rebozo⁵² y veremos este mocito, que tengo deseo de ver si es tan galán en la calle como lo es en la sala.

No quiso doña Beatriz contradecirlo, por estar ya tan picada que le parecía que todas lo echaban de ver. Luego que don Pedro llegó a su casa, dio orden a las esclavas se fuesen luego a prevenir una suntuosa comida, dándoles por memoria los platos que se habían de aderezar y, llegado el día siguiente, estrenó don Jacinto una gala digna de un príncipe. Era el vestido de tela rica noguerada⁵³, gala de soldado con mucha botonadura de diamantes, cabos blancos, bordadas las mangas, tahalí y pretina⁵⁴ de medias cuentas de plata, con guantes bordados de lo mismo.

Entró acompañado de algunos amigos y criados, tan galán, que se llevó los ojos de cuantos le miraban.

Estaban las encubiertas damas en una capilla por no ser conocidas y, como estaba descuidado, oyó la misa con tanta devoción, que a su celosa dama la sirvió de alivio el poco reparo que hizo en las muchas damas que había en la iglesia y, vueltas a su casa, le preguntó a la viuda al descuido:

—¿Qué te ha parecido el forastero en la calle?

Respondióle:

—Tan bien, que no tendré sosiego hasta que mi hermano trate este casamiento.

Quedó tan abrasada, aunque vivía sin esperanza, que se vistió a toda gala. Era el pelo de vara y media y de color castaño claro y rizado de menudos rizos, dejando a la parte del rostro lo bastante para copete⁵⁵ y guedejas, dejó lo restante caído a la espalda; púsose un apretador de esmeraldas y algunas rosas de grueso aljófara, con otras muchas rosas y sortijas, con un vestido de color de perla con franjas de oro sobre vivos⁵⁶ leonados y muchos alamares en la ropa guarnecida de los mismos vivos y, aunque todas se adornaron de cuidado, las oscureció con la mucha gala.

Detenidas en los costosos aliños, tardaron tanto, que llegaron primero los hombres. Iban los canónigos y racioneros con don Álvaro y don Rodrigo, porque don Álvaro y doña Inés no le habían visto, respeto de que ella estaba malparida y él ausente cuando llegó a Toledo. Tenía la morena, debajo de una enramada que cubría una fuente que estaba en el jardín cercada de macetas, puestas unas alfombras con almohadas y taburetes en que descansaran. Y en una sala de tres que había, por estar cerca de la fuente, sobre unas tarimas puso en que sestearan las damas. En la otra frontera hizo lo mismo para los hombres. En la otra, por tener adentro un patio que servía de cocina, se pusieron aparadores y mesas, tan bien dispuesto todo, así en la comida como en lo demás, que don Pedro le estimó el cuidado y, abrazándola, como se preciaba de la chanza, le dijo:

—Paréceme que la negra quiere estrenar el día de mi santo chinelitas de gata-tumba⁵⁷, corallitos y toquita de puntas; en yendo a casa daré para todo.

En esto entró un paje a decir que ya venían y, saliendo todos a recibirlas, don Pedro se llegó a doña Guiomar para servirla de bracero. Hizo el sobrino lo mismo, llegándose a su esquivo dueño y a doña Leonor, que venían juntas, diciéndoles:

—Si vuestas mercedes quieren un gentilhombre, aquí le tienen.

Asiole doña Leonor el brazo, respondiéndole:

—Claro está que queremos servirnos del gentilhombre, porque es muy bizarro mozo.

Enfadose tanto doña Beatriz de verla tan desahogada, que tropezó de unas chinelillas que traía. Acudieron todos a detenerle y el más dichoso fue el que lo deseaba; y, en achaque de detenerla, mientras la criada llegó a ponerla, le asió las hermosas manos y, apretándolas, significó con los ojos lo que no explicaba la lengua. Retirolas con tanto enfado, que le dijo:

—¡Qué gentil demasía!

Como era el primer amor que don Jacinto había tenido, sentía tanto estos rigores, que ya se le conocía en lo pálido del semblante. Y, llegados a la fuente, de verla tan enojada, sin poderse reportar, le dio un congojoso sudor y, reparando su tío en él, preguntándole que qué tenía, respondió que como aquel vestido era pesado, le había fatigado por el mucho calor. Llegose doña Guiomar a limpiarle el rostro con un lienzo, diciéndole a su tío:

—Excusada estaba esta gala para el campo.

Penada la cruel dama de ver que era la causa, sacó otro lienzo y, dándoselo a su madre, la dijo:

—Este viene rociado y el buen olor le sosegará.

Alargó la mano el afligido mancebo y, limpiándose el rostro con él, para reconocer si era favor, sacó el que traía en el bolsillo, diciéndola:

—Paréceme descortesía volverle a vuesa merced su lienzo, habiéndome limpiado el sudor con él.

Tomole sin responderle y echole en la mano, cosa que le bastó para volver en sí y entretenerlos con algunas letras mientras se llegaba la comida y, avisando que esperaban las mesas, se fueron a comer, regalándolos don Pedro con muchos y costosos platos, aunque no era nuevo en él.

Retiráronse, acabada la comida, a sestear, y don Jacinto se quedó en el estrado de la fuente, en achaque de poner cuerdas al instrumento. Púsose doña Beatriz en parte donde le pudo ver por entre una cortina sin dar nota y, como a doña Leonor le pareció que se habían dormido, salió en achaque de cortar algunas flores de las macetas. Hízola don Jacinto la cortesía y, pareciéndole que el no decirle nada sería respeto, se llegó a él diciéndole:

—¿Quiere vuesa merced claveles?

Respondiole:

—No, mi señora, que están muy bien empleados.

—Para todos hay —dijo doña Leonor—.

Tomole uno, diciendo:

—Para hallarme favorecido este basta y, pareciéndole a la dama era bastante la ocasión que le daba, se despidió y, entrándose en la sala, se recostó donde estaban las demás.

Estaba doña Beatriz tan rabiosa de ver la desenvoltura de su enemiga (que este nombre la podemos dar) que, reportando poco la encubierta cólera, despertó a su madre diciéndola:

—Vamos a pedir agua, que con el mucho dulce me abraso de sed.

Salieron las dos y el contento amante las preguntó si mandaban algo. Pidió doña Guiomar que la trajeran agua y, mandando a la esclava les trajera una tembladera⁵⁸, mientras su madre bebía, le puso don Jacinto el clavel en los rizos de la espalda. Volvió la mano, y quitándole, le hizo pedazos y le arrojó. Quiso doña Guiomar ver el patio en que se guisaba, por los muchos aseos de Antonia y, como entró delante, la dijo don Jacinto como al vuelo:

—Cruelles son las damas de Toledo.

Respondiole:

—Y los andaluces muy atrevidos.

Y, sin esperar a más, siguió a su madre. Quedó tan corrido, que no quiso esperar a que saliera y, entrándose en la sala adonde reposaban los hombres, se dejó caer sobre una silla, con tan profunda melancolía, que pasó plaza⁵⁹ de dormido.

Levantose el racionero, diciendo a los demás:

—Aquí venimos a tener un rato de gusto. Levántense, que en casa dormirán.

Levantáronse y, entrando en la sala de las damas, salió don Jacinto tan disgustado, que casi lo echaron de ver, aunque los divirtió con tomar el instrumento, preguntando:

—¿A cuál de estas señoras sacaré a bailar?

Respondió el racionero:

—¡A todas!

Y como doña Ana sabía el cuidado de su cuñada, le dijo:

—Saque vuesa merced a mi hermana, que baila por extremo.

Dio algunos paseos y, sacándola, le tomó a su hermano el sombrero, diciendo:

—Toque vuesa merced la capona⁶⁰.

Tocó el referido son y, bailándolo los dos, fueron tantos los ademanes de la viuda, que le pareció mucho peor que en las pasadas coplillas.

Acabado el baile, volvió solo al puesto y, temiendo no le hiciera en público algún desprecio, no se atrevió a sacar a su ingrato dueño. Puso la mira en doña Inés y, pidiéndole tocara una gallarda⁶¹, los primeros pasos se la quitó don Álvaro. Retiróse sin dejar el son, diciendo:

—No hay dicha como tener imperio en las cosas.

Danzaron los dos contentos casados, con mucho aplauso de todos y, abrazándola, la volvió al estrado. Mandole su tío sacara a doña Beatriz y, por no parecer demasiada, salió diciendo:

—Toque vuesa merced la capona que, pues mi amiga gusta de este baile, quiero galantearla

Y, siguiendo las mismas mudanzas que doña Leonor había hecho, la bailó con tanto donaire y gravedad, que todos le dieron generales aplausos y como doña Ana sabía poco y no habían celebrado a su cuñada, les dijo:

—Donde mi señora doña Beatriz está nadie luce, todas quedan a oscuras.

Atajola el discreto andaluz, diciendo:

—No tenga vuesa merced pena, que yo traeré el sol de Guinea⁶² para que nos alumbre.

Y, llamando a Antonia, le mandó trajese su adufe⁶³, diciéndole:

—Señora morena, los dos hemos de bailar un baile mandingo a lo negro con todas sus circunstancias.

Respondiöle la despejada negra:

—No quedará por mí, si vuesa merced le sabe bailar y, traído el adufe, lo bailaron con tantos gestos y ademanes que hizo el mancebo remedando a su negra, que ya les dolían los cuerpos de risa y, pareciéndoles que era tarde, se trató de merendar y se volvieron a la fuente. Y entre las muchas frutas, se sacaron unas peras bergamotas⁶⁴ y, por ser una de ellas digna de darla a su dueño, la guardó don Jacinto.

Con esto volvieron a Toledo, y por el camino fue cantando jácaras y haciendo tantas diabluras, que al llegar a casa de doña Guiomar, como ya era de noche, le dio doña Leonor un pellizco, diciéndole:

—¡Mal haya él y quien acá le trajo!

Detúvole la mano, diciendo:

—Bravo favor, si no tuviera tanto de cruel.

Apartose la viuda, porque su hermano no entendiera nada. Y mientras se despedían, se llegó don Jacinto y, sin decirle nada, le echó la pera en la manga. Como había oído lo que había pasado, presumiendo que doña Leonor se la había dado, la sacó y tiró a la calle y, sin esperar, se entró en su casa diciendo:

—Adiós, que vengo cansada.

Otro día, mientras su tío estuvo en la iglesia, se entretuvo en escribir una letras para dar a entender lo mucho que sentía los desprecios y, llegada la hora de su visita, le preguntaron las cuñadas si había llegado cansado. Respondiöles:

—No poco, porque me siento indispuesto.

Respondiöle doña Leonor:

—Pésame mucho, que no estará para cantarnos algo.

Cayole la palabra a medida de su deseos y, pidiendo el instrumento, le tomó diciendo:

—No me puedo yo cansar de servir a vuestras mercedes.

Con esta capa, cantó la siguiente letra:

De los desdenes de Celia
llorando estaba Jacinto
el verse tan despreciado,
mirándose tan rendido.

Aumenta del claro Tajo
los cristales fugitivos,
corrido de que murmuren
sus lágrimas y suspiros.

¿Cómo es posible que un ángel
—dice el pastor a los riscos—
imite vuestra dureza,
mostrándose tan esquivo?

De que abraza con la nieve
no me espanto ni me admiro,
pues es propio de los yelos
convertir en fuego el frío;

sólo me espanto de ver
que es hermoso un basilisco,
y que maten con la vista
ojos que son tan divinos.

Muera yo, pues gustas, Celia,
de matarme, y sólo estimo
la vida para perderla
al rigor de su castigo.

Cantó la referida letra con tan tristes acentos, que le costaron a la cruel dama el derramar algunas disimuladas lágrimas, aunque no por eso desistió de su primer intento. Antes creció más la resistencia, pues otro día por la tarde, entrándose en un pequeño y aseado patio que le servía de jardín por tener una fuentequilla y muchas macetas, renovando sus disimuladas penas, estaba tan divertida, que parecía ninfa de cándido alabastro. Viola su rendido amante desde un corredor y, resuelto a decirla a boca algo de su mucho sentimiento, entrose tan de repente por no perder la ocasión, que, asustada de verle y temerosa de que no la viera llorando, le dijo indignada:

—¡Brava grosería tienen los andaluces, no sé en qué funda vuesa merced tantas demasías! ¡Váyase con Dios y no le suceda otra vez entrarse de esta suerte!

Encolerizose para decirle esto y, viendo su enojo, de tal suerte se turbó don Jacinto que, sin responderla, se volvió a su casa, quebrando el coraje en tan recia calentura, que aprisa le desnudaron y, venido su tío, se alborotó con la nueva. Llamaron al médico y avisaron a doña Guiomar del nuevo accidente. Pasó a ver al enfermo a tiempo que ya estaba el doctor de visita y estaba diciendo:

—Juráralo yo que la fiesta del cigarral había de parar en esto.

Y mandó que a toda prisa le cargaran de ventosas y se le dieran friegas de brazos y piernas y que, pasada una hora, se le diera una bebida que ordenó por asegurar el resfriado, diciendo:

—La calentura es maliciosa y estamos a pique de un tabardillo. Si de aquí a mañana no se templá, será menester sangrarle. Y no importa que esta noche no cene. Yo estaré aquí a la primera salida.

Estuvo doña Guiomar presente a todo y por su mano le dio las friegas y, vuelta a su casa, hablando a las cuñadas, les contó lo sucedido.

Sintiolo doña Leonor con tal extremo, que pasó de raya, pidiendo a doña Guiomar que otro día las avisara para ir con ella a verle. Duró la calentura al paso

del fuego que estaba en el pecho y, dándole cuenta al doctor que había estado desvariando, mandó que al punto le sangraran. Pasaron las causadoras de su mal a casa de doña Guiomar para ir con ella y, diciéndole a su hija que se vistiera, la respondió:

—Yo no quiero ir, que a una doncella no le toca esa visita.

Díjola su madre:

—¿Pues no vas conmigo y van estas señoras?

Replicole:

—No importa, que vuesa merced puede ir y estas señoras: que una es viuda y otra casada.

Como su madre la conocía, la dejó por no enfadarse y, llegadas a casa de don Pedro, significó la enamorada viuda su sentimiento con tan encarecidas palabras, que pudieran dar cuidado a otro que no estuviera tan divertido. Preguntó don Pedro cómo no iba doña Beatriz y respondió su madre:

—No me la nombre vuesa merced, que cierto que he menester quererla tanto para sufrirla y con esto refirió lo que había pasado, diciéndole no habían podido recabar que fuera con ellas, cosa que apasionó tanto al enfermo que, sin poderse reportar, dio un suspiro tan congojoso, que pareció le faltaba la vida. Entró el médico y, hallando el pulso tan alborotado, mandó le volvieran a sangrar.

Pasado el medicamento, volvieron todas a su casa de doña Guiomar y doña Leonor no quiso entrar, con la pena que llevaba y, llegada a la sala, le preguntó doña Beatriz:

—¿Cómo está el enfermo?

Respondirole, con el enfado que tenía:

—¿Cómo ha de estar? ¡Cargado de ventosas y de sangrías! Y, si Dios no lo remedia, a pique de morirse. Y sois tan terrible que, debiéndole a don Pedro lo que le debemos, os preciáis siempre de ser tan necia.

Con esta palabra tomó ocasión para derramar parte del susto en copioso llanto, diciendo:

—¡Ya no falta más de que vuesa merced me trate de esa suerte...!

Con esto se entró en su cuarto, llorando tan de veras, que empeñó a su madre en darla satisfacción, pensando lo hacía por lo que le había dicho.

Otro día enviaron a saber cómo lo había pasado, y respondieron que toda la noche había estado desvariando y, llegada la tarde, con la mucha pena que tenía, le dijo a su madre:

—Ya es obligación el ir a ver a don Jacinto.

Enviaron a llamar a las cuñadas y, por tener una visita de cumplimiento, respondieron que se fueran y que allá se juntarían, cosa que doña Beatriz estimó por declararse con su rendido enfermo. Logrósele el intento, porque al tiempo que entraron salía don Pedro acompañando a unos caballeros. Estaba el uno casado con una sobrina de doña Guiomar y, deteniéndose a saber de su salud, pasó doña Beatriz adelante y, llegando a la cama, le dijo:

—¿Qué es esto, señor? ¿Así trata vuesa merced de matarnos?

Quedó tan elevado con semejante razón, que presumió la dama estaba con algún desmayo y, arrodillándose delante de la cama, en fe de la mucha amistad que tenían, le preguntó:

—A ver, ¿es mucha la calentura?

Y, sin sacar el brazo, le alargó el pulso, diciendo:

—Sí, mi señora.

Al tiempo que le tocó, asiéndole la otra mano con la que tenía dentro, estampó en ella los ardientes labios y, sintiendo que se la bañaba con muchas lágrimas, no se atrevió a resistirse, segura de que no podía causar sospecha y, por disimular, porque ya entraban su madre y don Pedro, preguntándole si le dolía mucho la cabeza, respondióle:

—Se me parte, mas lo fresco de esta mano basta para darme vida.

—Alégrome de ser de provecho... le respondió doña Beatriz, algo risueña de verle tan enamorado y, visto que no cesaba de besarle la mano que le tenía asida y que duraba el llanto, en achaque de taparle las espaldas, le dijo:

—¡Quedo, basta ya, por vida mía, no me mate con este sentimiento!

Entró el médico, levantándose la que le daba la salud y, tocándole el pulso, como le halló tan trocado, les dijo:

—¡Gracias a Dios, que ya se reconoce mejoría! Está como de muerto a vivo. Mucho han importado las sangrías. Denle una pechuga de ave y un poco de conserva.

—¿Y cómo lo recabaremos —dijo don Pedro—, que no podemos hacer que traspase bocado?

Respondióle:

—Pues anímese que, aunque es muchacho, le hace falta la sangre.

Con esto, se fue. Y la contenta dama, conociendo que la mejoría había nacido de sus favores, pasó adelante y, sentándose en un taburete, dijo:

—Sangrado y no comer, en verdad que no me contenta. Mande vuesa merced que traigan la cena, porque de no alentarse no seremos amigos.

Trájose todo con brevedad y, partiéndole la pechuga de ave, tomó una presa y se la dio, diciéndole:

—Mire vuesa merced qué lindo bocado: cómale, por vida mía.

Comiolo, diciéndole:

—El juramento basta para darme la que ya me falta.

Contento su tío de verle tan alentado, le dijo a doña Beatriz:

—Canta algo, niña, para que este muchacho se divierta, porque se muere de melancolía.

Sabía un sainete de que don Pedro gustaba, a propósito de lo que le estaba pasando, y respondió:

—Pues vuesa merced gusta de Carrillejo, se le tengo de cantar al señor don Jacinto, a ver qué le parece y, con esta capa⁶⁵, cantó el siguiente romance:

Carrillejo, de verte llorar
Belilla se muere:
«¡Ay Pascual, que me engañas!»
No hay tal, que yo sé que te quiere.

Si te quejas de un rigor,
muy poco sabes de amar,
pues servir y no esperar
son quilates de tu amor.

Templa, Carrillo, el dolor,
pues Belilla se muere:
«¡Ay Pascual, que me engañas!»
No hay tal...

El otro día en el prado
reparé en que te miraba
y, aunque lo disimulaba,
yo conocí su cuidado.

No vivas desconfiado,
pues Belilla se muere:
«¡Ay Pascual, que me engañas!»
No hay tal...

Dile, Carrillo, tu amor,
y no la culpes de ingrata,
que, aunque ves que te maltrata,
en el alma está el favor.

¡Vive contento, pastor!
pues Belilla se muere:
«¡Ay Pascual, que me engañas!»
No hay tal⁶⁶...

Al tiempo que acabó el último verso, entraron de visita el racionero y otros caballeros, con que no pudo el contento amante celebrar su dicha, y poco después las cuñadas y don Rodrigo. Y, después de haber preguntado cómo se sentía, por ver el instrumento, le pidieron a doña Beatriz volviese a cantar. Disculpóse con que la dolía la cabeza y, alargándole a doña Leonor el instrumento, le pidió que supliera la falta. Tomole y cantó la siguiente letra, o ya que la compusiese de intento o ya que la supo acaso:

Tan triste vive Leonida
de ver su pastor doliente,
que aumenta del claro Tajo
las fugitivas corrientes.

«¡Ay! —dice—, ¿cómo es posible
que vivo, pues ya me tienen
los achaques de Lisardo
en los brazos de la muerte?»

«En el rigor de los males,
es el mayor el que siente
quien ama y pena callando,
sin decir lo que padece.

«A ser posible en amor
trocarse los accidentes,
yo le pagara los males
a peso de muchos bienes.

«Tuviéramos los dos,
a un mismo tiempo,
mi Lisardo el descanso
y yo el tormento».

Como don Jacinto no pudo significar su gusto por haber entrado las visitas, lejos de presumir su daño, quiso valerse de la referida letra, diciéndole:

—Mi señora doña Leonor: ¡dichoso Lisardo, pues merece que su pastora sienta sus males!

Respondiole:

—Prometo a vuesa merced que todos sentimos tanto los suyos, que el mismo sentimiento me ha obligado a referirla.

No fue menester más para que doña Beatriz se mesurara, tan corrida cuanto arrepentida de haberse declarado, pareciéndole no estimaba su favor. Necedad conocida de los celos, pues por lo que tienen de envidia, se precian de ser villanos. Aunque su enfermo reconoció su disgusto, atribuyéndolo a su dicha por entender era pena de su achaque, se halló tan aliviado, que le mandó el médico que se vistiera y, deseoso de celebrar el favor recibido, el día que se levantó, luego que su tío se fue a vísperas, pasó a ver a su adorado dueño.

Hallola sola en la sala de verano, en su bastidor⁶⁷, por estar su madre en el patio ajustando unas cuentas y, seguro de la llaneza con que se trataban, sentándose en la tarima del estrado, la dijo:

—¿Cómo será posible, señora mía, significar mi contento ni pagar tantos favores?

Atajole con decir:

—No hago yo favores a nadie. Esto ha sido cumplir con lo que debemos al señor don Pedro. Levántese vuesa merced, no le vea mi madre tan cerca.

Respondiolo:

—Pues, ¿qué importa que me vea, cuando recibo la merced que me hace?

Levantose doña Beatriz, diciendo:

—Cierto que estas cosas me han de obligar a dejar mi casa y meterme en un convento.

Detúvola con decirla:

—No deje vuesa merced su estrado, que yo me iré. Y, para disimular con su madre, le dio a entender que no se atrevía a detenerse por estar tan recién levantado.

Entrose en su casa y, como volvió a reinar el fuego del pecho, volvió el de la calentura y, venido su tío, hallándole con tanto crecimiento, preguntando si había comido algo que le hiciera mal, le respondió Antonia cómo había salido y que el aire lo habría causado y, como le quería tanto, le dijo enfadado con la pena de verle así:

—Cierto que sois terrible y, si entendiera que me habíais de dar estos pesares, no hubiera enviado por vos.

Con esto, creció el pesar con tanto extremo, que se cubrió de un sudor helado, ahogándosele el corazón, de suerte que le dejó sin sentido. Enviaron a llamar al médico y, como se alborotó la casa, se asomó doña Guiomar a la ventana, preguntando qué había sucedido y, como lo supieron, sin esperar a las vecinas, pasaron a verle, a tiempo que ya había cobrado el sentido.

Salían don Pedro y el doctor, y como doña Guiomar se detuvo a preguntar el suceso, pasó doña Beatriz adelante y, llegando a la cama, tan turbada de la pena, arrebatada con el mucho pesar, le dijo:

—¿Qué es esto? ¿Cada día hemos de tener estos sustos?

Indignado de oírla, incorporándose en la cama, la dijo:

—Mujer tirana, ¿qué me quieres? ¿Por qué te precias de atormentarme? Si adorarte es delito, mátame de una vez...

Con esto, se dejó caer, volviéndose a la pared. No se atrevió a responderle, porque ya venían su madre y don Pedro. Llegó doña Guiomar, diciéndole:

—Hijo mío, volveos acá. Mirad que está aquí Beatriz.

Volvió, por la cortesía y, como ya estaba enojado, por darlo a entender, la respondió:

—Estoy de suerte que no estoy para verme a mí ni a nadie.

Y, aunque se sentó frontero por no desenojarle, cerró los ojos, dando a entender le dolía la cabeza. Y, pareciéndoles sería mejor dar lugar a que reposara, se despidieron, pasándolo doña Beatriz aquella noche que no le quedó a deber nada en las penosas ansias.

Otro día, como las cuñadas supieron el repentino achaque, pasaron a su casa para que se fueran juntas. Fue a tiempo que estaban acabando unas imágenes para unas casullas, y estaba esperando el que las había de llevar. Díjoles doña Guiomar

que ya quedaba poco, que se fueran y las esperasen allá. Hiciéronlo así, llegando a tiempo que el enfermo le estaba diciendo al médico mandase le dieran agua, porque se abrasaba. Mandó le diesen un poco de agua de nieve⁶⁸ con un poco de azúcar. Enfriose la bebida... y, trayéndola Antonia, le tomó doña Leonor el vaso para tenerle. Sentose sobre la cama, a tiempo que entraba doña Beatriz y, visto el agasajo, colmó el pecho con los rabiosos celos, tanto que brotó el veneno y, al tiempo que se habían de ir, se detuvo de intento y, quedándose a la postrera en achaque de despedirse, le dijo:

—Ya no se quejará de mis rigores, pues el favor de mi señora doña Leonor basta para darle salud. Yo tengo la culpa de venir a recibir estos enfados y le juro de no volver a esta casa.

Con esto, le volvió las espaldas, dejándole tan alborotado, que, en lugar de pena, le sirvieron de alivio las referidas palabras, diciendo:

—¿Podré creer que doña Beatriz va celosa? No hay duda, según lo que me ha dicho... Celos sin amor no pueden ser. Yo he de darle celos declarados y averiguar mi sospecha y, si no lo siente, aunque aventure el perder a mi tío, me he de ir adonde no se sepa de mí.

Fue tan poderosa esta consideración, aunque no volvió a verle, atribuyéndolo a que estaba enojada. Cobró tal mejoría, que le mandó el médico se vistiera, con que no saliera de casa. Vistiose y llegado a la ventana para ver los umbrales que deseaba pisar, asomose a tiempo que salían las cuñadas para entrarse en la casa de doña Guiomar. Y doña Leonor, alborotada, le dijo:

—¡En hora buena le vea yo, que no sabré encarecerle el contento que tengo de su mejoría!

Respondirole, seguro de que, por estar en el patio, doña Beatriz lo podía escuchar:

—No quiero yo el parabién desde la calle. Si tiene tanto gusto de verme, hágame una visita, que ya se la feriaré⁶⁹.

Contentas en verle de su parte, entraron al patio. Bajó a recibirlas y, como doña Beatriz lo oyó, llamando una criada, le mandó le llevase un recado de parte de su madre: «y mira quién son esas mujeres que entraron allá». Fue a dar el recado y le respondió:

—Di a mi señora doña Guiomar que estimo el cuidado y que, hallándome tan favorecido de estas señoras, no dudo de tener la salud que deseo.

Volvió la criada a decirlo, y poco después entraron ellas, mostrando doña Leonor tanto contento, que refirió todo lo que había pasado, diciendo:

—Quiero llegar a la ventana para ver si está en la puerta, porque no se atrevió a entrar acá por amor de su tío.

Llegó doña Beatriz con ella, celebrando falsamente el verla tan gustosa. Contento de ver que había llegado a la ventana, se llegó diciendo:

—Mi señora doña Leonor, bien merecido le tengo el favor, pues viene a ver si cumplo mi palabra de esperarla y me pesara sea curiosidad y no cuidado.

Díjole doña Beatriz, demudado el color:

—Entre vuesa merced, si gusta de sentarse.

Respondióle:

—No me atrevo a disgustar a mi tío. Bástame el favor de mi señora doña Leonor por ahora y, quitándose el sombrero como de paso, le dijo: —Adiós, mi señora doña Beatriz. Y, muy risueño, le dijo a la viuda: —Mándeme muchas cosas de su gusto.

Con esto se entró en su casa y las enemigas se fueron a la suya. Aquella noche, después de acostada su madre, escribió un papel y, otro día por la mañana, dándosele a la criada, le dijo:

—Vete a casa de don Pedro sin que nadie te vea; dale este papel a su sobrino y di que doña Leonor me le dejó para que se le enviara, encargándome le ganara la respuesta.

Fue la criada a dárselo, aunque le pesó creyendo era suyo; le mandó esperarse la respuesta y, retirándose a ver lo que contenía, leyó las siguientes razones:

«Nunca di crédito a las cautelas de vuesa merced, que de un hombre tan mudable y falso nunca esperé más atenciones y, pues me obliga a declarar el enfado que tengo, le advierto que doña Leonor tiene casa en que galantearla, y las ventanas de la mía no están acostumbradas a semejantes devaneos. Excuse la demasía, si no quiere que yo la haga tan grande que se pierda todo».

Quedó tan loco de haber conseguido su empresa que, dando mil besos al papel, se determinó de apretar la cuerda para que saltara de una vez, y respondió las siguientes razones:

«Yo no sé por cuál razón vuesa merced me culpa de mudable, cuando los rigores de su condición me han tenido a pique de perder la vida. Negarle que adoraba su hermosura será mentir; dejarme morir será necedad. Doña Leonor es mi igual y me estima y, si trato de casarme con ella, culpe su condición y no mi mudanza. Y pues tiene la culpa de sus celos, quédese con ellos, que celos vengan desprecios».

Cerró el papel y, dándoselo a la criada, le dijo:

—Di a mi señora doña Beatriz que le estimo mucho el cuidado y que me sea buena intercesora, pues doña Leonor, como amiga, le ha fiado este secreto.

Volvió la criada a decirlo y estimó el engaño, pareciéndole había seguido su rumbo por no darle sospecha y, confiada de que le enviaría muchas finezas y mayores satisfacciones, leyó el papel, y fue tanta su cólera, que, haciéndole menudos pedazos, se le ahogó el corazón, como no pudo llorar, cayéndose en el estrado, tan mortal que, al entrar su madre, hallándola así, la tomó en los brazos, dando voces como loca.

Salió la criada a llamar a las cuñadas, diciéndoles:

—¡Vengan vuestas mercedes, que se ha muerto mi señora doña Beatriz!

Y, como estaba cuidadoso esperando el efecto de su diligencia, oyendo las voces, pasó a ver lo que había sucedido, quedando tan muerto, que le faltó poco para acompañarla. Reportose diciendo:

—Córtenle el cordón y las cintas de los vestidos y la llevaré arriba.

Como doña Guiomar estaba con tanta pena, sin reparar en la cortesía, lo permitió. Sopesola el turbado amante, dando lugar a que la demudaran y, quedando en un Guardapiés⁷⁰, la tomó en los brazos para llevarla a la cama, derramando sobre el nevado rostro tantas lágrimas, que pudieran volverla en su acuerdo y, dejándola sobre la cama, les dijo:

—Desnúdenla mientras llaman al doctor y viene mi tío.

Con esto, entró en su casa, diciendo al primero que encontró llamasen al médico, tan ciego con la pena, que no vio al tío que venía ya de la iglesia y, llegado a la sala, se dejó caer sobre una silla, diciendo:

—¡Bien empleada es mi muerte, pues yo mismo me maté con mis manos! ¡Maldita sea doña Leonor, que tantos pesares me cuesta!

Como don Pedro era tan prudente, pareciéndole que iba con pesadumbre, se detuvo en la puerta para escucharle. Entró en la sala diciendo:

—¿Qué tenéis? No me neguéis la verdad, que ya escuché parte de lo que estáis diciendo. Doña Leonor, aunque es rica, no es a mi propósito, y me pesará de que la tengáis voluntad.

Respondiole:

—¡No me la nombre vuesa merced, que la aborrezco con todos mis cinco sentidos! Sentose el prudente canónigo, diciéndole:

—Advertid que me enojaré si no me decís lo que tenéis y, si nace de amor, os doy la palabra de daros gusto.

Alentado, se determinó a pedir remedio, contándole todo lo referido y, enseñándole el papel de doña Beatriz, pasó adelante refiriendo lo que la había respondido para obligarla a que se declarara, diciéndole:

—Y soy tan desdichado, que el pesar que la di la privó del sentido. Vaya vuesa merced a verla, si estima mi vida.

Sintiolo don Pedro, diciéndole:

—Habéis andado necio en hacer tal disparate. Hubiéraisme dicho vuestro amor, que yo lo hubiera remediado.

Con esto, pasó a verla a tiempo que ya había vuelto en sí por haberla dado unas ligaduras apretadas y una bebida cordial que mandó el médico. Y consolando a doña Guiomar, por hallarla tan apenada, se sentó sobre la cama y, tomándola las manos, la dijo:

—¿Qué es esto, señora rapaza? ¿Ahora que trato de casarla está de esa manera? ¿Por Dios que tenemos gentil desposada!

Y como se preciaba de la chanza, presumiendo lo decía por entretenerla:

—Váyase vuesa merced con Dios, en verdad que estoy propia para esas gracias.

Respondiolo con mucha risa, como sabía de qué procedía el achaque:

—¿Os parecen muy malas? Pues yo os juro que algún día habéis de querer comprármelas y no os las he de vender.

Entretúvolas un rato y, cuidadoso del enfermo que dejaba en casa, se levantó, diciéndole a una criada:

—Vente conmigo y le traerás a esta niña una piedra bezal y una uña⁷¹, para que se la ponga sobre el corazón.

Salió don Jacinto a recibirlo tan ciego, que no vio a la criada y, preguntándole cómo estaba, le respondió que ya estaba buena.

—Cuidad de vos y no cuidéis de más.

Con esto, abrió un escritorio y, sacando una piedra a modo de poma engarzada en oro, asida a una bandilla, se la envió con otros regalos. Pasó la criada a darlo a su señora, diciendo:

—Mucho ha sentido el señor don Jacinto el mal de mi señora, que salió como un loco a preguntar cómo estaba.

Envidiaron las cuñadas el presente, aunque doña Leonor no presumió llegaría a casamiento.

A la tarde vino doña Inés y otras amigas a verla, y don Jacinto, mientras su tío vino de vísperas, se entretuvo en hacer una letra burlesca, tanto por divertirla como por satisfacerla. Venido su tío, pasaron a ver su enferma. Recibiole doña Inés dándole el parabién de la mejoría, por no haberle visto respeto de estar malparida. Le pidieron todas cantase algo para alegrar a la enferma y, trayendo el instrumento, cantó con gallarda y admirable destreza el siguiente sainete:

Beatricica la de Antón
salió al ejido una tarde,
y pobláronse los montes
del aire de su donaire.

Iba la niña celosa
y, anunciando tempestades,
fuego arroja por los ojos,
en dos ríos hechos mares.

Bartolillo el de Quiteria,
que le andaba a los alcances,

para quitarle el enojo
le dijo estos disparates:

—«Rapaza de lindo brío,
pues miras que soy tu amante,
no me encapotes la vista
de esos ojos celestiales».

«Mírame alegre, muchacha,
y te feriaré unos guantes
que en la tienda el otro día
me costaron cuatro reales».

Mostrábase zahareña⁷²
porque el muchacho en el baile
había bailado el jueves
con Leonida la del valle.

Díjole: —«Cese el enojo,
hagamos los dos las paces
y te juro, si me quieres,
que no bailaré con nadie».

Diole una mano Beatriz,
y dijo a los dos rapaces:
—«¡Oh, quién fuera tan dichoso
que hiciera otras amistades!».

Acabada la letra, celebraron la feria de los guantes y, para más satisfacción, como doña Leonor estaba presente, respondió:

—Lo que hay digno de celebrar es que la pastorcilla tenía el nombre de mi señora doña Beatriz, que por eso me atreví a cantar este disparate.

En esto entraron algunas visitas y no pasó adelante la música. Al tiempo de despedirse, dijo doña Inés se quería ir por estar su marido indispueto. Despidiéronse todos y, al quererlos acompañar don Jacinto, le detuvo su tío diciendo:

—Quedaos, que ya saben estos señores que estáis malo.

Con tanto pesar de doña Leonor, que casi lo dio a entender. Contento de habersele ofrecido la ocasión que deseaba, se llegó a la cama, diciéndole:

—¿Qué es esto?, ¿así trata vuesa merced de matarnos?

Como fueron palabras que ella le había dicho, rabiosa de oírle, teniéndolo a modo de fisga⁷³, le respondió:

—Váyase vuesa merced con Dios, que para venganza basta lo sucedido.

—Esto sí —dijo el contento mancebo—, pruebe vuesa merced parte del acíbar que nos da a beber.

Respondiole:

—Ojalá fuera veneno...

Tomóle una mano, aunque con alguna violencia, diciéndole:

—¿Y para qué puede ser bueno que vuesa merced me mate? ¿No ve que no nos casaremos? Ya mi tío sabe que adoro su hermosura y me ha dado palabra de hacerme dichoso.

Retirose porque sintió que venía su madre, y don Pedro no quiso sentarse, diciéndole a doña Guiomar:

—Váyase vuesa merced mañana a la iglesia, que tengo un negocio que tratemos los dos.

Con esto, se fueron y, alborotada con el nuevo cuidado, le dijo a la hija:

—¡Ay Beatriz, no sé qué diga de ver a don Pedro tan cariñoso contigo! Si yo fuera tan dichosa que te viera tan bien empleada...

Respondirole, satisfecha de que su madre conocía su condición:

—Bien sé yo que don Jacinto me quiere y, pues vuesa merced sabe mi recato, no quiero negarle lo que me ha pasado.

Con esto, le dio cuenta de todo, con que doña Guiomar enteró la sospecha⁷⁴. Por la mañana, se fue a la iglesia y, entrándose los dos en una capilla, le refirió lo que ya sabía, y le dijo:

—Paréceme que la perfecta cura de estos enfermos será casarlos, si vuesa merced me quiere dar a su hija.

Tomole las manos, con demostración de querérselas besar, diciendo:

—Sólo me pesa de no tener un millón que darle, pues Beatriz será la dichosa.

Respondirole:

—No he menester riqueza, bástame su calidad y virtud y, quedando determinados de que don Pedro hiciera todo lo que fuera importante, trató luego de sacar joyas y galas, enviándole cosas tan ricas, que las dejó admiradas. Despachó un propio, enviando a decir a don Alonso y a su hermana se vinieran a Toledo, dándoles cuenta de que le tenía casado.

Corriéronse las publicaciones, con tan general contento de todos como pesar de la viuda, pues no fue posible que su hermano y cuñada la pudieran detener. Fuese a despedir, dando a entender se iba a la Corte por estar su suegra a lo último. Con esta capa⁷⁵ disimuló su envidia, dándole la contenta desposada algunas curiosidades, mintiéndole pena por su ausencia y, venidos sus padres, se celebró el desposorio con nuevas y repetidas fiestas. Vivió casada largo tiempo con su amante esposo, tan gustosa cuanto prevenida de no darle ocasión a que renovara los pasados celos.

Acabado el suceso, se detuvieron a celebrar la venganza de don Jacinto, aunque no le quitaron a doña Beatriz el aplauso merecido, pues, atenta a su calidad y obligaciones, quiso más morir de su pena que faltar a su decoro».

Viendo doña Lucrecia que los aplausos que se debían de justicia al donaire con que les había referido la novela y que no aplaudían sus huéspedes más que los sucesos de su relación, sin acordarse de lo donairoso con que los había entretenido, atajó la conversación diciendo:

—O mi desaliño o, lo que más cierto es, mi rudeza ha procedido tan a lo encogido, que no se debe agrado alguno a mi cuidado. Discúlpeme la modestia de mujer, que aun cuando más aliento se previene para el desahogo, se encuentra más de golpe con el natural empacho⁷⁶. Mas ya que tengo perdido el horror a la medida con la referida relación, quiero dar a entender que no la turbación ha ocasionado encogimientos que sean desaire, y así, puesto que aún todavía⁷⁷ es temprano, quiero dar de barato⁷⁸ vuestas mercedes una Fábula de Apolo y Dafne que llegó a mis manos y yo, por sazónada, la encargué a la memoria. Veamos si, con el donaire de sus versos, no desmerezco los aplausos que se olvidaron vuestas mercedes dar a mi novela.

Celebraron todos el justo sentimiento que había mostrado la entendida señora y culpó cada uno su inadvertencia en no haber con exageraciones encarecido su donaire. Mas cuando oyeron que doña Lucrecia, por despicarse, les ofrecía nuevo plato al gusto con la fábula, dieron por acertada la inadvertencia de no haber aplaudido lo donairoso con que refirió la novela, pues de ese silencio se les originó el obligarla a que les repitiese nuevos agrados de su entretenido y sazónado decir. Con esto, le dieron en el silencio mayores aplausos y doña Lucrecia, con un desahogo decente y una medida despejada, dijo así:

Pretendió los amores
de Dafne Apolo y, con aquestas flores,
sin ser por mayo el caso,
que así lo dejó dicho Garcilaso,

andaba un run run de que la amaba,
y verla entre sus luces deseaba.

Estaba entre las matas
la niña esquiva, aquí las escarlatas
no faltan, si quisiera
pintar rocíos a su primavera;
mas Dios me guarde el juicio,
que andarme a pintar niñas fuera vicio.

Si ella estaba sentada,
en cuclillas, a gatas, recostada,
tendida o de rodillas,
bocabajo o puesta de costillas,
yo no lo sé, que no estoy obligado
a saber de la fábula lo echado⁷⁹.

Estaría, a mi ver, si no me engaño,
con la postura que se usa hogaño,
recostada en el suelo,
de que resultó a Apolo gran desvelo,
pues la vio entre las matas,
patente un ponleví⁸⁰, no de las patas.

¡Jesús! ¡qué grosería!
¡Patas había de tener su señoría?
Pies eran, tan menudos,
que no se vieran a venir desnudos.
¡Miren con la llaneza
que ya me iba quebrando la cabeza!

Pues no me ha de costar tanto trabajo,
dejo el pintar amores por abajo,

que el modo es peligroso:
yo soy modesto, casto y vergonzoso,
y no sé de los bajos circunstancia,
que es eso para mí pueblos en Francia⁸¹.

No usaba el Erimanto⁸²
que tapasen las caras con el manto:
enaguas no llevaban,
guardainfantes⁸³ tampoco lo usaban,
cartones ni guedejas⁸⁴
con que se remozan tantas viejas;
galones no traían,
ni ponleví al zapato le añadían,
todo era carne pura,
que todo lo demás es gran locura.

Contento estaba Apolo,
cuando aquesto cantó Jacinto Polo⁸⁵,
mas vamos poco a poco,
que yo también, a ratos, soy un loco
y podré sin ensayo
de mis versos también hacer un sayo.

Perdona, Dafne bella,
que tengo contra Polo una querella,
diciendo ibas descalza y entre abrojos,
y que Apolo te dijo eras sus ojos.

Si pintarte quería,
¿por qué hizo del caso gulloría⁸⁶
y con donaire o treta
dijo que eras descalza o recoleta?

por que no te maltrates
te ofrecía un millón de disparates,
que las piernas te vía,
dijo, y que zapatos te traía:
¡oh, requiebros baratos,
pues sin medias te calza los zapatos!

De Apolo no nos dijo cosa alguna,
sino que en la laguna
que rebasan las aguas de Erimanto
donaire vido tanto,
y abrasado en congojas y desvelos,
carro y caballos se dejó en los cielos.

Luego, echado a tus plantas,
por los ojos babea penas tantas⁸⁷,
que no daba lugar a las razones,
y luego tú, a empellones,
le despides airosa
y le dices esquiva o melindrosa:

«¿De cuándo acá se atreve?
¡Apártese o le daré qué lleve⁸⁸!
Algo más atrevido
un trozo de cristal Apolo ha asido,
mas ella, esquiva y brava,
la mano con los dientes le apretaba:
no le supo la fruta,
pues dijo: —«¡Afloja, hija de una puta!»

Dejola más piadosa,
no más amante, siempre desdeñosa,

y comienzan de Apolo las querellas,
no dejando en el cielo las estrellas.

Hubo aquello de: «Ingrata fementida,
cuchillo fiero de mi triste vida,
si codiciosa eres,
mi caudal te daré para alfileres
y tan grandes riquezas,
que no salgan de balde tus bellezas.

Mas pareces honrada,
y no serás con eso interesada,
si quiés verme esta noche,
enviarote mis pajes y aun el coche:
¡ea, vuelve, muchacha!
si no aceptas, ¡por Cristo!, estás borracha,
que es coche una palabra
que el más fino diamante y roca labra⁸⁹:
si de mí no te fías
y temes algún perro⁹⁰, mis porfías
abonan este broche,
que es un topacio, y envía por el coche,
que es la mayor fineza.
¿Digo algo o me quiebro la cabeza?
«No haya melindres, niña,
levanta un sí es no es de la basquiña⁹¹,
no es grosero mi trato,
pues no se anima más que al un zapato.
«¡Levanta el guardainfante!
Mas soy un mentecato, un ignorante,
que entonces no se usaban,
ni menos los infantes se guardaban.

Váyase en hora mala
el que a estos versos cobrar la alcabala⁹².

Prosigue su porfía
Apolo y, aunque Dafne se reía
del tierno rendimiento,
no permite el menor atrevimiento;
mas con cólera extraña
vio que la asaltaba el «¡Cierra España!».

Volvió las plantas ella
tan ligera, que Apolo «Ingrata bella
—la dijo—, ¿por qué has huido?
¡Volver tienes a casa, pan perdido⁹³!»
Y nunca se resuelve
que pueda irse quien a casa vuelve.

No afloja Dafne el paso;
él le dice: —«¡De cólera me abraso!
Ya conozco tus tretas,
no ha de ser toda la vida tijeretas⁹⁴
que tengo de gozarte.
¡No corras más, amores, que es cansarte!
Y si tú gana tienes,
bastan tantos desvíos y desdenes:
no siempre han de ser nones.
¿Para qué son, mis ojos, los turrone?
Mira que hay otras muchas,
y a enjutas bragas no se pescan truchas⁹⁵,
darete para aloja⁹⁶;
no corras más, muchacha, el paso afloja.
Huye por cumplimiento,

que para adrede⁹⁷ corres más que el viento;
suspende la carrera,
¡ea, rapaza, no estés de esa manera!
Mas, ¿por qué me congojo,
si yo no tengo bubas⁹⁸ ni soy cojo?
No hagas arremangarme,
que no sirve de más de fatigarme.
¡Dafne, el correr aplaca!
¡Fuego de Dios, cuál corre la bellaca!...

Mas allí ha tropezado;
de esta la alcanzo, que iba ya cansado:
pescómela el coletó⁹⁹;
no pretende rendirla a lo discreto:
daba la ninfa voces
y Apolo le promete algunas cozes
si no viene en su gusto,
aunque el melindre le parezca injusto;
ella se resistía
y con razones él la convencía
tan tiernas, que pudiera
con ellas imprimirse como en cera.

Hubo aquello de: «Vida de mis ojos,
¿cómo el ser adorada te da enojos?
Y, siendo tú mi vida,
¿quieres, por lo cruel, ser mi homicida?

Deja lo riguroso
para un Orlando, suyo es lo furioso¹⁰⁰;
aquese encogimiento
dale a una monja para su convento;
usaron los desdenes

antes que usaran rizos en las sienas,
ya en el siglo que corre,
aquello arisco tu memoria borre,
y deja lo terrible
para los gigantones de Mantible¹⁰¹;
corresponde a mis quejas,
pues no estorban clausuras, puertas, rejas;
advierte que te ruego,
pudiéndote asaltar a sangre y fuego».

Resistiose la moza;
Apolo la embistió, no la retoza
y, viéndose en sus manos,
clamorea a los dioses soberanos;
la ninfa, laurel hecha,
de Apolo las finezas escabecha¹⁰²,
donde en tiernos abrazos
gozaba la frescura de sus brazos¹⁰³.

Grandes fueron los aplausos y encarecimientos con que exageraron lo airoso y lo bien referido de la Fábula, que cuando¹⁰⁴ ella por sí no fuera de tan buen gusto, la sazón que le dio el donaire de doña Lucrecia obligaba a que quedasen cortos todos los hipérboles que encierra en sus capacidades el encarecimiento.

Y doña Leonor, a quien tocaba el siguiente día para entretener con su novela a sus convidados, ofreció de antemano el referir otra fábula de Eurídice y Orfeo, después de su novela, porque no quería que en sus agrados excediese doña Lucrecia pagando de más. Con que se recogieron aquella noche, previniéndose para el siguiente día un festejo muy de buen gusto. Y, llegada la hora, después de haberles servido con una magnífica cena prevenida por doña Lucrecia (que quiso galantear a su amiga doña Leonor con ocasión de festejar a su esperada hija), después de levantadas las mesas, les dio por postre el más gustoso plato doña Leonor, que fue su novela que refirió en esta forma.

NOTAS DE LA NOVELA SÉPTIMA

1 «Vínculo». Se trata de un mayorazgo de condiciones muy especiales, pues entre ellas estaba la de no poderse vender y sostener alguna carga piadosa. *El Diccionario de Autoridades* lo define así: «la unión y sujeción de los bienes al perpetuo dominio en alguna familia, con prohibición de enajenación, y carga piadosa».

2 «Pasar» entiéndase como superar, aprobar una ciencia o facultad.

3 «Se opusiera», es decir, opositara; de «oponer» como «pretender un cargo o empleo por oposición».

4 Las Escuelas por antonomasia, es decir, la Universidad. Aún se sigue conociendo con este nombre en las ciudades de tradición universitaria, como Salamanca, Baeza o La Laguna, a los estudios superiores; luego «Las Escuelas» así designadas, genéricamente, son la Universidad.

5 En efecto, la pintura era estimada en el Renacimiento —y sobre todo en el Barroco— como un arte superior, por lo que tenía de imitación real de la naturaleza, al vivo, siguiendo el tópico horaciano de *ut pictura poesis*, según el cual las artes que imitan la naturaleza deben ser tenidas por ennoblecedoras. Existen referencias en Juan Alonso Brutón (*Discurso apologético en que se defiende la ingenuidad del arte de la pintura, que es liberal y noble de todos derechos*, Madrid, 1626), donde afirma que «la pintura, según la mejor definición que a tan noble arte compete, es un remedo de la obra de Dios y una emulación de la naturaleza». Cfr. Catherine Soriano, *Loc. cit.*, pág. 134.

6 El cobrar por la pintura fue objeto de discusión durante todo el siglo XVII, ya que se consideraba ésta un arte nobiliar, que no debía traer aparejado el cobro de dinero; en todo caso, el que la ejecutaba aspiraba

a no pagar impuestos. Fue esto objeto de enconadas disputas y polémicas a lo largo de todo el siglo. En esta novela D.^a Mariana nos atestigua el hecho evidente de que ya los pintores cobraban profesionalmente, como es el caso de Don Pedro.

7 «Tabardillo», o sea, tifus exantemático.

8 Jerónimo Zapata. No tenemos seguridad acerca de quién fue este personaje. Evangelina Rodríguez Cuadros, en su espléndida edición de esta novela (editorial Castalia, *Novelas amorosas de diversos ingenios*, Madrid, 1987) dice que el personaje más próximo tal vez sea Antonio Zapata de Mendoza (1550-1635), que fue primogénito del primer conde de Barajas, el cual obtuvo su canonjía en la Catedral Metropolitana de Toledo, donde fue nombrado inquisidor. Felipe II lo nombró obispo de Cádiz, luego de Pamplona y Arzobispo de Burgos. Por último, fue elevado al cardenalato por Clemente VIII. Volvió a España en 1627 para ser, por fin, arzobispo primado de Toledo e inquisidor general de España.

9 «Luego» entiéndase aquí «con prontitud», «con celeridad».

10 «Sumiller de cortina» era el eclesiástico destinado en palacio para asistir a los reyes cuando iban a la capilla, correr la cortina de la tribuna y bendecir la mesa real en ausencia del capellán y del procapellán mayor de palacio. También significó «patriarca de las Indias», acepción aquí improcedente.

11 San Jerónimo es, en efecto, uno de los santos más representados en la iconografía de final del Renacimiento y de todo el Barroco. No hay pintor importante que no tenga un San Jerónimo, desde Ribera a Ribalta o Zurbarán. Su representación era muy característica, pues aparecía siempre en una gruta, que simbolizaba la renuncia, por oposición a *locus amoenus*. Es muy probable que D.^a Mariana de Carvajal —buena conocedora y ensalzadora de la pintura— recordará aquí alguno de los múltiples sanjerónimos representados en la iconografía del Barroco.

12 «Doblon de a ocho». El doblón de a ocho era una moneda antigua de oro, que equivalía a ocho escudos o a una onza de oro.

13 Se trata de una cantidad altísima la ofrecida como recompensa al misacantano, pues, si el ducado equivalía en el siglo XVII a once reales de vellón, 4000 ducados podrían ser unos 2400 euros del año 2005.

14 «Hacer espuela» entiéndase como servir de estímulo al auditorio para proseguir su camino, o sea «su derrota», en la predicación, con el consiguiente éxito.

15 «Vais», en presente de indicativo, por «vayáis» (subjuntivo). Es forma usual en el siglo XVII, muy frecuente en D.^a Mariana de Carvajal, como ya hemos visto.

16 «Beneficio simple» es el eclesiástico que no tiene obligación aneja de cura de almas. Se entiende, pues, el más beneficioso del «conjunto de derechos y emolumentos que obtiene un eclesiástico, inherentes o no a su oficio», puesto que no tenía contrapartida de trabajo efectivo alguno.

17 Entiéndase «cuidadosa» como preocupada.

18 Los alamares son definidos así por el *Diccionario de Autoridades*: «especie de presilla, broche u ojal postizo, con su botón correspondiente de la misma forma, los cuales se cosen cada uno de su lado a la orilla del vestido, capote o mantilla, unas veces para abotonarse y otras sólo por gala y adorno. Hácense de varias maneras y de diferentes materias: estambre, seda, hilo, plata, oro u otro metal». *Ibidem* «golpes» eran «las portezuelas que se echan en las casacas, chupas y otros vestidos, y sirven para cubrir y tapar los vestidos» (*Dicc. Aut.*).

19 El lujo era una auténtica obsesión para los españoles del siglo XVII, el mostrar galas en vestidos, en la casa. La suntuosidad era un auténtico lugar común, por muchas medidas restrictivas que se promulgaran, como la famosa Pragmática de 1657. Es claro que en la mente de D.^a Mariana de Carvajal se cruza la alusión crítica al gran poder que había acumulado la Iglesia Católica en los años finales del Barroco.

20 «Propio» lo define el *DRAE* como «persona que expresamente se envía de un punto a otro con carta o recado».

21 «Descaecer» es ir a menos, perder poco a poco la salud, la autoridad, el crédito, el caudal etc. Entiéndase aquí que la opinión de la gente estaba marcada por el aprecio y la consideración de quien la recibía, de manera que el qué dirán, la opinión ajena se sentían como primera necesidad en la España del XVII.

22 Las fiebres tercianas, o simplemente tercianas, eran calenturas de origen indeterminado que cursaban con repetición inexorable cada tres días.

23 Por «casa de placer» entiéndase casa o quinta en el campo, rodeada de huerta o sin ella. En la zona de Toledo se conoce con el nombre de cigarral.

24 Doscientos marjales es extensión de terreno muy considerable, pues en la Meseta Sur (Toledo, Albacete, etc.) y en Andalucía Oriental el marjal es medida de superficie campestre equivalente a 100 estadales granadinos o —lo que es lo mismo— a 5 áreas y 25 centiáreas cada marjal. Se trata, por tanto, de un terrero extenso, finca espléndida, pues.

25 «Ladino» es el que con viveza o propiedad se explica en alguna lengua o idioma; es decir, que hablaba bien castellano. Por extensión significa «advertido, astuto, sagaz», tal como recoge el *Diccionario de Autoridades*.

26 Se entiende «mandas testamentarias», o sea «legado de última voluntad».

27 «Acortar», aquí en la acepción de quedarse corto en pedir, hablar o responder; en este caso, que pidiera cuanto necesitara, que le sería facilitado.

28 Es decir, si me pone en aprieto de tocar tales instrumentos, lo haré con suficiencia, saliendo así del apuro. Entiéndase «un hombre» aquí como expresión de modestia, o de fingida modestia, por «yo mismo».

29 «Cuando estuviera en la cama cenaría». Esta costumbre de cenar acostado era muy típica de las clases altas en la España del Barroco.

30 Pabellón, aquí «especie de dosel o doselete que cubría la bañera o tina».

31 «Hijo de puta» es en la zona originaria de D.^a Mariana de Carvajal, es decir en Jaén, todavía expresión ponderativa con valor positivo y de elogio, tal como se conserva aún en ciertos pueblos de la misma provincia, donde sirve como término de elogio de la misma Virgen, que es ensalzada así: ¡qué putilla eres!, forma de máxima ponderación. No olvidaba D.^a Mariana su origen en estas expresiones.

32 «Almilla». Dice el *Diccionario de Autoridades*: «especie de jubón con mangas, ajustado al cuerpo; es traje interior, así del uso de los hombres como de las mujeres, y de ordinario se pone y viste en tiempo de invierno para reparo y defensa del frío».

33 Piedra bezal, del árabe «bezaar», antídoto, contraveneno. En castellano actual es bezoar, concreción calcúlosa que suele encontrarse en las vías digestivas y urinarias de ciertos mamíferos y que se ha considerado como antídoto y medicamento. El *Diccionario de Autoridades* incluye bezar y no bezal, como escribe D.^a Mariana, con el sentido de «piedra que se cría en las entrañas de cierta cabra montes en las Indias; y aunque no son todas conformes en el color, las que vienen de oriente tienen el color de la oliva y como el de la berenjena». Y añade: «el Dr. Laguna en el comentario de Dioscórides, libro 5.º, capítulo 72, dice que este nombre, bezar, vale tanto como contraveneno y, según refiere Jerónimo de Huerta en el libro 8.º, comentando a Plinio, capítulo 32, viene del nombre arábigo “bezaar”, que significa señora del veneno». Añade el *Diccionario de Autoridades* más referencias del padre José Acosta, que trata, especialmente en su *Historia natural de Indias*, libro 4.º, capítulo 42, de esta piedra. Dice que se halla y se cría en los vientres de otros animales salvajes —y también en algunos domésticos— pero más frecuentemente en el de la cabra montes y que la causa de criar estas piedras es porque comen cierta hierba que es contraveneno y que de este pasto y alimento proviene el ser la piedra bezar remedio eficaz contra el veneno.

34 El uso preposicional flaquea de nuevo en D.^a Mariana con la distancia. En su tierra se decía correctamente, como hoy, «pared por medio», en lugar del incorrecto «pared en medio».

35 Se entiende, por elipsis, el hábito de Santiago u otro cualquiera de los que reportaban nobleza y encumbramiento a quien lo poseía o detentaba.

36 Efectivamente la mujer rechazaba o desdénaba el casarse con hombre jugador, porque era bien sabido que un hombre jugador constituía la ruina de la familia. De hecho en las novelas de D.^a Mariana de Carvajal jamás las mujeres juegan a los naipes, que se entiende como juego masculino y de riesgo. Sólo juegan a las damas y no siempre, porque entienden que el juego es de las mayores tragedias que pueden asolar una casa.

37 El amor de oídas, es decir el amor ex *auditu*, era elemento básico en la retórica del amor cortés desde el siglo XV. Se creía como extremo de ponderación el amor sólo conseguido por la fama y no por la vista,

porque se entendía que la mejor forma de amar era con amor espiritual, mejor modo de conseguir y valorar la verdadera entidad de una persona. Enamorarse de ella por la fama y no por su propia contemplación física. De hecho existe toda una tradición, avalada por una compleja bibliografía, del amor cortés, que nos habla del amor *ex auditu* frente al amor *de visu*. Hoy pueden verse con fruto los estudios Domingo Yndurain, incluido en *Serta Philologica F. Lázaro Carreter*, Madrid, Cátedra, 1983, y el de Carlos Alvar «Amor de vista y no de oídas», en *Homenaje a Don Alonso Zamora Vicente*, volumen 3.º, Madrid, Castalia, 1991.

38 «Ferreruelo», «sombbrero de castor» y «castillo de diamantes» son otros tantos elementos de adorno de los más ricos y valiosos en la estima de la época. Por «ferreruelo» se entendía, según el *Diccionario de Autoridades*, «capa algo larga con solo cuello, sin capilla». Dice Covarrubias: «tomó el nombre de cierta gente de Alemania que llaman herreruelos por haber sido los primeros que usaron esta especie de capa». El «sombbrero de castor» es el fabricado con la piel de este anfibio, del que dice el *Diccionario de Autoridades*: «animal anfibio cuyo cuerpo semeja al de la nutria. La piel es blanca y tan suave que parece de pluma». Evidentemente era, por tanto, un sombrero costoso y muy estimado. El «cintillo», según dice el *Diccionario de Autoridades*, era un «cordoncillo de seda labrado con sus flores a trechos y otras labores hechas de la misma materia que se suele usar en los sombreros. También se hacen de cerdas, plata, oro y pedrería».

39 Aquí «brocha» con el sentido de broche, según recoge el *Diccionario de Autoridades*, que se basa en el *Tesoro* de Covarrubias. Así dice: «también se llamaba antiguamente así la joya que hoy se dice broche». Se trata, por tanto, de una expresión un tanto dificultosa hoy tal como se incluye en el texto de D.^a Mariana.

40 O sea, «maese de campo» o «maestre de campo». El *Diccionario de Autoridades* dice: «maestre de campo, grado en la milicia que corresponde a lo que hoy llaman coronel».

41 «Chancero» es el que acostumbra a usar chanzas, dichos o hechos graciosos o burlescos, con ánimo festivo, para recrear el ánimo o ejercitar el ingenio.

42 «Mudanza» es el conocido baile que define el *Diccionario de Autoridades*: «se llama también cierto número de movimientos que se hace en los bailes y danzas arreglado al tañido de los instrumentos». Pone como ejemplo de autoridad el de Cervantes en el *Quijote*, parte 2.a, capítulo 20: «comenzaba la danza de Cupido y, habiendo hecho dos mudanzas, alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella».

43 «Canario» lo define el *Diccionario de Autoridades* como «tañido músico de cuatro compases que se danza haciendo el son con los pies, con violentos y cortos movimientos». Es expresión que utiliza frecuentemente D.^a Mariana de Carvajal, pues ya lo hace en la novelita *Del amante venturoso*. Cfr. *ibidem*, nota 14.

44 Aquí «como» con valor temporal: «tan pronto como», «una vez que», además del matiz causal, tan frecuente en D.^a Mariana: «dado que», «puesto que».

45 La «jácara» inicialmente es un romance alegre en que por lo regular se cuentan hechos de la vida airada, es decir, de los hombres de mala vida, del mundo del hampa. También es cierta música para cantar o bailar,

como aquí aparece. Es la especie de danza formada al tañido o son de la propia jácara, propia de gente alegre que por la noche anda metiendo ruido o cantando por las calles; de donde la acepción figurada o familiar de «molestia o enfado». Hay varios tipos de jácaras durante el siglo XVII. Posiblemente aquí se refiera a otras de contenido que llaman «a lo divino», o de letra más asequible, desde el punto de vista de la moral, de lo que eran habitualmente las jácaras conocidas, cuyo lenguaje rozaba lo soez.

46 «A la buen fin», expresión popular. Entiéndase como la actual «a la buena de Dios».

47 «Como», de nuevo con valor causal. Alterna muy frecuentemente «como» y «porque», para no reiterar el mismo nexos.

48 Aquí «partes» en el sentido usual de «cualidades».

49 La bujía era originariamente —y así se usa en el XVII— especie de «vela de cera blanca, de esperma de ballena o esteárica», así como el «candelero en el que se pone». Trata, por tanto, aquí el personaje de acercar la vela al bufete para leer.

50 Faetón, hijo de Apolo y Climene, tuvo cierto día un vivo altercado con Epazo. En el curso de la disputa llegaron a injuriarse con palabras duras y Epazo se atrevió a reprochar a Faetón que no era hijo del Sol: «tu origen no nos es desconocido» —le dijo—, «tu frágil madre ha fingido unos amores divinos para legitimar mejor su desarreglada conducta». Ultrajado Faetón por esos reproches corre a casa de Climene y, muy emocionado, exclama: «alguien ha puesto en duda lo celestial de mi nacimiento y aun, ¡oh madre!, se ha atrevido a atacar vuestro honor. Vengad y vengadme o, si no, decidme lo que procede hacer en tal caso». Al momento fue concebido el plan conveniente. La madre aconseja a Faetón que pida al Sol que le permita guiar su carro, aunque sea por un solo día, a fin de poder mostrar a sus calumniadores su celestial alcurnia. Faetón acude a la morada del sol, le refiere la afrenta y, efectivamente, le concede tal posibilidad. A partir de ahí se desarrolla la famosa escena en la que Faetón, por su impericia con los impetuosos corceles, abraza el mundo. La Tierra, calcinada hasta lo más profundo, gime y se agita, elevando hasta el cielo su cabeza y conjura al rey de los dioses para que ponga fin a estos tormentos. Júpiter echa mano del rayo y mata a Faetón. Dos moralejas se deducen: Faetón representa al ambicioso que acomete empresas superiores a sus fuerzas. El sol es la imagen de los padres excesivamente débiles, que no se atreven a negar nada a sus hijos y ocasionan el sufrimiento y la muerte por una tonta condescendencia. Esta es la fábula de Faetón.

51 La «gallarda» es definida por el *Diccionario de Autoridades* como «una especie de danza y tañido de la escuela española así llamada por ser muy airosa». Es autorizada por Calderón, en su comedia *El maestro de danzar*, jornada 2.^a, donde dice: «Y así son los cinco pasos/ los que doy y los que pierdo/ por la gallarda empezando».

52 De rebozo es locución adverbial con el sentido de «oculta y secretamente». En este caso pensaban ir embozadas o tapadas a oír misa. Era muy frecuente que las mujeres anduvieran así para ocultar su rostro

y no ser vistas en la calle e incluso en la Iglesia, aunque existían pragmáticas que pretendían impedir estos usos, tal como se demuestra frecuentemente en los reinados de Felipe III y Felipe IV, en que abunda la reiteración de tales prohibiciones.

53 «Noguerada» aplíquese al color pardo oscuro como el de la madera del nogal. Se trata, por tanto, de una tela de tal color.

54 El «tahalí» es una tira de cuero, ante, lienzo u otra materia que cruza desde el hombro derecho, por el lado izquierdo, hasta la cintura, donde se juntan los dos cabos y se pone la espada. La «pretina» es correa con cinta y hebilla o broche para sujetar en la cintura ciertas prendas de ropa.

55 El «copete» es el pelo que se trae levantado sobre la frente, especie de moño delantero, y las «guedejas» son cabellos largos y sueltos.

56 «Vivo» es filete, cordoncillo o trencilla que se pone por adorno en los bordes o en las costuras de las prendas de vestir. Entiéndase «leonado», de color rubio oscuro, semejante a la piel del león.

57 «Chinelitas de gatumba», expresión popular. La chinela es calzado sin talón, de suela ligera, que por lo común sólo se usa dentro de la casa. Así eran las chinelas o chinelitas. «De gatumba» entiéndase como «de obsequio», «regaladas»; lo que se diría vulgarmente «de butibamba». Viene del familiar «gatumba», simulación de obsequio, de reverencia, dolor u otra cosa semejante. Bromeaba, por tanto, el canónigo al suponer que la criada había puesto todo aquello para ser regalada o festejada.

58 «Tembladera» es definida por el *Diccionario de Autoridades* como «vaso ancho de plata, oro o vidrio, de figura redonda, con dos asas a los lados y un pequeño asiento». Se entiende, asimismo, como vasija ancha de forma redonda, hecha de una capa muy delgada de plata o de vidrio, con asas a los lados y un pequeño asiento, tal como se recoge en el *DRAE*.

59 «Pasar plaza» es dar la impresión de, poder ser considerado o estimado como dormido. Pasar plaza es, dicho de una persona o una cosa, ser tenida o reputada por lo que no es en realidad.

60 «Capon» la define el *Diccionario de Autoridades* como «son o baile a modo de la mariona pero más rápido y bullicioso, con el cual y a cuyo tañido se cantan varias coplillas». Ofrece como autorización un texto de Quevedo: «Suétales las seguidillas/ y a ejecutor de la vara,/ y a la capona, que en llaves/ hecha castradores anda».

61 La «gallarda» es danza y tañido propio de la danza española, ya explicada. Cfr. nota 51.

62 «Sol de Guinea» entiéndase como designación metafórica por la esclava aludida.

63 «Adufe» es pandero. Por «tamboril» entiéndase también pandero morisco propio, tal como define el *DRAE*. En el primer caso se trata de un claro arabismo.

- 64** «Bergamota» (o pera bergamota) es la especie frutal cuyo origen es Bèrgamo, en la Lombardía italiana, muy suave de gusto, jugosa y de intenso aroma.
- 65** «Capa», de la acepción octava del *DRAE*, «pretexto o apariencia con que se encubre una cualidad, una falta o una razón». En este caso, excusa o pretexto para cantar.
- 66** Con toda probabilidad se trata de un romance original de D.^a Mariana de Carvajal, o al menos rehecho sobre los abundantes de esta serie (Carillo o Carrillo), propios de la literatura pastoril, aunque en los repertorios de romances de los siglos XVI y XVII no aparece este.
- 67** Es decir, realizando alguna labor de bordado o similar en su bastidor, «armazón de listones de madera propio para labores».
- 68** En efecto, el agua de nieve se tuvo siempre como medicina. De hecho Luis Granjel en su trabajo *La medicina española del siglo XVII* (Salamanca, Universidad, 1978) estudia con pormenor este remedio. Los españoles fueron muy dados desde siempre al agua de nieve, que en la capital de España, en la época de Felipe II, ya se tomaba como artículo de lujo. Como puede suponerse, era traída por animales desde la cercana Sierra de Guadarrama. Las caballerías para tal menester eran muy estimadas, porque, en efecto, el agua de nieve se había constituido en un artículo de auténtico lujo para los españoles, que tanto la apetecían y valoraban.
- 69** Aquí «feriar» con el sentido de «recompensar, premiar, reconocer».
- 70** «Guardapiés» era un vestido largo que llegaba hasta los pies. De ahí el nombre.
- 71** «Piedra bezal» es contraveneno, triaca, según hemos explicado en nota 33 de esta misma novela. «Uña», aquí en el sentido médico específico de «concha de olor fragante que se encontraba en el mar, estimada en medicina como estimulante del corazón y de otras vísceras».
- 72** Aquí «zahareña» como «desdeñosa, esquiva, intratable o irreductible», en la acepción segunda del *DRAE*.
- 73** «Fisga» es «burla que con arte se hace de una persona usando palabras irónicas o acciones disimuladas».
- 74** «Enteró la sospecha», o sea, conoció lo que imaginaba o conjeturaba.
- 75** «Capa» cfr. nota 65 de esta misma novela.
- 76** «Empacho» aquí como estorbo, hartazgo.
- 77** «Aún todavía». No es infrecuente en Mariana de Carvajal esta reiteración pleonástica para reforzar la expresividad. Se trata de una recurrencia intencionada.
- 78** «De barato», o sea, de balde, gratis, sin interés por su parte.

79 «Lo echado» entiéndase como lo excusado, lo que importa poco para la sustancia del relato. De «echar» como «suponer o conjeturar».

80 «Ponleví» del francés «pont levis», puente levadizo. Es forma especial que se dio a los zapatos y chapines, según moda traída de Francia. El tacón era de madera, muy alto, inclinado hacia adelante y con disminución progresiva por su parte semicircular, desde su arranque hasta abajo.

81 «Pueblos en Francia» entiéndase como cosa no cierta y no conocida. Según Correas, «esto dice el Antonio en su *Vocabulario de las Gallias antiguas*, de que es ahora buena parte Francia y Saboya, Cantones y Borgoña, porque como no conocidos y comunicados acá, no les halló nombre en romance». Véase Gonzalo Correas *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, edición moderna, Madrid, Visor, 1992.

82 «Erimanto» era el dios-río de la Arcadia.

83 «Guardainfantes». Dice el *Diccionario de Autoridades*: «cierto artificio muy hueco hecho de alambre con cintas, que se ponían las mujeres en la cintura, y sobre él se ponían la basquiña». Pone un ejemplo de Quevedo: «Entró Venus haciendo rechinar los coluros/ con el rueda del guardainfante». Se dice que esta prenda tuvo su origen en D.^a Juana de Portugal, que la adoptó para disimular el bulto de su vientre cuando, recluida por su esposo Enrique IV en Alaejos, quedó embarazada de su amante D. Pedro. Esta prenda fue prohibida en 1639 por edicto de Felipe IV.

84 «Guedeja» la define el *Diccionario de Autoridades* como «el cabello que cae de la cabeza a las sienes, de la parte de delante». Covarrubias, en el *Tesoro*, afirma que era muy frecuente entre el público femenino esta especie de postizos o sobrepuestos, útiles para ahorrar tiempo en el tocado y para ocultar canas y falta de pelo.

85 Se refiere al poeta Salvador Jacinto Polo de Medina, nacido en Murcia en 1603 y muerto en Alcántarilla, de la misma provincia, en 1676. Fue rector del colegio-seminario de San Fulgencio. Su primera obra poética es *Academias del jardín*, Madrid, 1630, conjunto de poemas propios y ajenos, encabezados por una relación en prosa de las múltiples academias celebradas en una propiedad de los marqueses de Espinardo entre 1625 y 1630 como las que describe D.^a Mariana en páginas anteriores. Publica *El buen humor de las musas*, dedicado a crítica literaria, dura sátira del culteranismo, así como *Ocios de la soledad*, Murcia, 1633, que constituye un importante esfuerzo de originalidad en el tópico del *beatus ille*. Es muy frecuente en él la literatura burlesca, como la *Fábula de Apolo y Dafne*, Murcia, 1634, y la *Fábula de Pan y Siringa*, imitación consciente del *Piramo y Tisbe* de Góngora. Escribe también *A Lelio, Gobierno moral*, Murcia, 1657, compuesta por doce tratados morales, que se cierran con un resumen en verso, en sonetos salvo unas redondillas y una larga silva, publicada en su juventud y ahora refundida. Como narrador publica *El hospital de incurables y viaje de este mundo al otro*, obra en la línea de los *Sueños* de Quevedo.

86 «Gulloría» es, en principio, ave pequeña. Dice el *Diccionario de Autoridades*: «especie de cogujada y de su mismo color; pero no tiene penacho en la cabeza». Andan casi siempre en bandadas y anuncian la primavera. Son muy difíciles de cazar, por lo que se les pudo dar este nombre. De ahí que designe

también con «gulloría» a aquel que apetece cosas extravagantes y no puede ser satisfecho. Por eso se toma, asimismo, por el exceso que se desea fuera de lo conveniente y razonable. Cervantes en el *Quijote*, Parte I, capítulo 48, constata: «Hay ignorantes que digan que esto es lo perfecto y que lo demás es buscar gullorías».

87 «Tantas», o sea, tan grandes, tan profundas e insoportables.

88 Entiéndase que sufra física o moralmente.

89 «Labra»: o sea, que vence la resistencia más dura entre las mujeres. De la acepción del *DRAE*, en sentido figurado, como «hacer fuerte impresión en el ánimo de una cosa y en especial cuando es gradual y durable».

90 Entiéndase aquí «perro» como engaño. De la acepción figurada del *DRAE* de «engaño o daño que se irroga a uno en un ajuste o contrato o incomodidad o desconveniencia que se le ocasiona haciéndose esperar mucho tiempo o causándole otra vejación».

91 Un «sí es no es», es decir, un poco. Por «basquiña» entiéndase «saya negra por lo común que usan las mujeres sobre la ropa interior para salir a la calle», tal como define el *DRAE*.

92 La «alcabala» es un impuesto, un tributo de tanto por ciento, que se siguió pagando en España durante muchos siglos hasta su desaparición en pleno siglo XX. Era el tanto por ciento que se pagaba al fisco por parte del vendedor del producto. Aquí, figuradamente, el que pretende ser recompensado por estos versos.

93 «Pan perdido», «dícese del que se ha dejado su casa y se ha metido a holgazán y vagabundo», tal como recoge el *Diccionario de Autoridades*.

94 «Tijeretas» entiéndase, según la definición del *Diccionario de Autoridades*, como «porfiar necia y terca- mente sobre cosas de poca importancia».

95 «A enjutas bragas». El *Diccionario de Autoridades*, comentando este refrán, dice: «no se pescan truchas a bragas enjutas o, según otros, bragas duchas comen truchas. Son refranes que enseñan que sin trabajo, cuidado y solicitud no alcanzan fácilmente los bienes y conveniencias». Cita un ejemplo del *Estebanillo González*: «porque en este mundo no hay gusto cumplido ni se pescan truchas a bragas enjutas».

96 «Aloja» es una bebida compuesta de agua, miel y especias.

97 «Para adrede» entiéndase de propósito, con deliberada intención.

98 «Bubas» son tumores blandos, comúnmente dolorosos y con pus, que se presentan de ordinario en la región inguinal como consecuencia del mal venéreo, es decir de enfermedades como la sífilis, etc.

99 «Pescómela el colet», o sea la atrapo, me la zampo, me la como y bebo a un tiempo. Se trata de una expresión intencionadamente vulgar. El *Diccionario de Autoridades* la considera expresión vulgar «con que se da a entender que a alguno le cogieron de manera que no pudo escapar».

100 La referencia directa es al *Orlando furioso* del Ludovico Ariosto. No obstante, es probable que D.^a Mariana de Carvajal, buena conocedora de la literatura burlesca, recordara el *Poema heroico de las necesidades y locuras de Orlando el enamorado*, de Francisco de Quevedo, con el cual tiene claras concomitancias.

101 La lucha de los gigantes es un tema clásico, procedente de la mitología grecolatina, que pasa a la literatura caballeresca y pastoril. Son múltiples los lugares en que se hace referencia a los Gigantes de Mantible, incluso en la literatura contemporánea. Recuérdese, en concreto, *Los gigantes*, de Luigi Pirandello (1867-1936), cultivador de un mito inacabado y en perpetuo desarrollo. Calderón de la Barca escribió una comedia sobre el mismo asunto (*La puente de Mantible*), de la que existen dos manuscritos y varias ediciones en el XVII. Esta obra aparece recogida en la edición de Ángel Valbuena Briones (Madrid, Aguilar, 1956 y siguientes). Se trata, por tanto, de un asunto de cierta difusión en la época en que escribe D.^a Mariana.

102 «Escabecha», clara referencia a Quevedo, en concreto a su soneto «A Dafne huyendo de Apolo», que termina así: «y en escabeche, el sol se quedó a oscuras». Alude a que en el escabeche se suelen poner hojas de laurel, que era el árbol dedicado a Apolo.

103 La fábula de Apolo y Dafne, ya aludida varias veces por D.^a Mariana de Carvajal, constituye un auténtico lugar común en la referencias mitológicas del Barroco. Ello nos permite comprobar, asimismo, que D.^a Mariana se inscribe en el espíritu burlesco de su mentor Quevedo, incluso de otros poetas satíricos como Polo de Medina, citado antes, porque a veces representa a los dioses mitológicos desde una óptica negativa o rufianesca, incluso con una progresiva y demoledora degradación de todos los mitos, como sucede en el citado de Dafne y Apolo, Paris y Juno, Palas y Venus, Zeus y Danae, etc. etc., que son objeto de su constante referencia.

104 «Cuando», aquí con valor concesivo: aun cuando.

«Ludovico, rey de Escocia, tenía una hija llamada Lisena. Su florida y hermosa juventud no pasaba de los dieciséis años. Era tan clara y aguda de entendimiento, que ponía en admiración a quien la escuchaba. Era poco inclinada al casamiento cuanto afectuosa a la caza, pues era su continuo ejercicio penetrar los montes y fatigar los valles y, aparte de esto, tan recatada y virtuosa, que pidió a su padre por merced que no se copiaran retratos de su belleza.

A la fama de tan soberanas partes, fue pretendida de muchos príncipes, en particular del rey de Hungría, el de Alemania y Enrico, rey de Navarra. Enviaron sus embajadas a la Corte, y su padre cerró la puerta a los pretendientes con decir que la Reina estaba enferma y que no había esperanza de mayor sucesión. Sintieron todos el mal despidiente¹, y quien más lo dio a entender fue Enrico, por encarecerle su embajador la divina hermosura de Lisena con tan exageradas ponderaciones, que fueron bastantes a rendirle el corazón, tan amante de su propia idea que, representando en ella a todas horas lo que había escuchado, vivía melancólico.

Tenía Ludovico a doce leguas de su Corte una bien fabricada ciudad, en tan ameno sitio, que la podemos llamar hermoso pensil² de la Naturaleza, pues era un abreviado paraíso: tenía frondosos y espesos bosques poblados de mucha caza, así de monte como de volatería y, aparte, dilatados sotos en que apacentar los ganados, espaciosa selvas y, como en testera, que la señoreaba toda, una fortaleza o castillo que servía de real palacio a los reyes cuando venían, por dar gusto a Lisena, a gozar de su mucho recreo. Cercábala por la una parte un caudaloso río, piélag³ tan profundo, que le daban nombre de brazo de mar. Era la causa que a temporadas venían al puerto algunas naves, unas derrotadas⁴ de los vientos, otras de intento a comprar y vender mercancías; por lo cual, y por estar separada de otros lugares, le llamaban La Isla. Era el trato de sus moradores prevenirse al año de todo lo necesario para la provisión de las naves; hacían ropa de embarcación de todos géneros. Con esto, vivían ricos y contentos, vestían galas a lo labrador; los mancebos de lustre, vaqueros⁵ guarnecidos de vistosos pasamanos; las doncellas, sayuelos y avantales, corales y patenas⁶. Preciábanse de tener en las casas pintados jardines con varias flores, árboles fructíferos; labrabanlos a tapia baja, guarnecidos y cercados de gruesos encañados, de suerte que se gozaba desde afuera de su amena vista, en particular todos los que vivían a la parte del mar, porque en la fortaleza daban dos ventanas del cuarto en que posaba Lisena a aquella partes y desde allí señoreaba todo el mar, bosques y jardines. Había en el cristalino río hasta veinticuatro galerillas en que se paseaban cuando gustaban de ir a ver pescar, y muchas barcas para el servicio de los isleños (que ese nombre les daban). Y porque las ventanas del referido cuarto daban a un angosto y pedregoso callejón que tenía la entrada por las espaldas del real palacio, se había labrado en él, fabricada de argamasón y cal y canto⁷, trabado con las peñas que servían de muralla a los embates de las ondas, una plaza a modo de azotea, con su baluarte para seguro y, a la parte de una ventana rasgada que estaba en la primera sala, se labró una torrecilla que servía de atalaya, cercada de un cubo de poyos y almenas. Este sitio, por la mala entrada que tenía y por estar remoto al común comercio, era inhabitable y sólo servía de encender lucidos y voladores fuegos para celebrar la venida de los reyes y, en lo restante, se encendían muchas

luminarias y cazoletas⁸. Preveníanse las galerillas de trompetas y clarines; esto servía de salva⁹ y de tanto gusto a Lisena cuanto no se puede encarecer.

A pocos meses de haber su padre despedido los pretendientes de su casamiento, murió la Reina, con tan general cuanto debido sentimiento como pedía una pérdida tan grande y, pasado el tiempo de los acostumbrados lutos, pidieron los grandes de Escocia a Ludovico fuera servido de admitir segundo matrimonio, poniéndole por delante, si moría sin heredero, los dejaba sujetos a señor extraño, pues era preciso que su Alteza se casara y, como la amaba tan tiernamente, lo rehusaba, temeroso de darle madrastra. Y quien más le persuadía era ella misma.

Hallose convencido, pareciéndole que le pedían razón y, determinado a darles gusto, le trajeron algunas copias en que hiciera elección, entre las cuales vino un retrato de Clorinarda, duquesa de Mantua, dama de tan gentil y hermosa disposición que, luego que la vio, efectuó su casamiento.

Y como las cosas de los reyes son públicas y dilatadas, y más cuando de suyo son festivas, voló la fama del tratado casamiento y, llegando la noticia de Enrico, se determinó a ir encubierto a la corte de Escocia, tanto por ver la entrada de la Reina como por satisfacer su deseo, pareciéndole imposible lo que su embajador le había significado y, como amante prudente y prevenido, mandó que le retrataran en una pequeña lámina y que al pie le pusieran su nombre y el de su reino, seguro, sin vana presunción, de sus muchas partes. Era de lindo cuerpo, airoso, bizarro de talle, blanco y pelinegro, ojos grandes, negros y rasgados, proporcionado de facciones y, lo más de todo, poderoso, afable y de raro entendimiento. Preciábase de hacer mercedes, y con esto reinaba en pacífica quietud. Dejó un deudo suyo en el gobierno de su reino, con el orden que había de seguir para remitirle las cartas y con doce grandes, valientes y leales.

Prevenido de joyas y dineros, llegó a la Corte quince días antes de la entrada de la Reina. Gozó de las suntuosas y prevenidas fiestas, y la mayor para su amante corazón fue el ver a Lisena, tan admirado de su belleza, que le pareció un breve

rasgo cuanto le habían dicho en comparación de la verdad y, con este nuevo y encendido pensamiento, sin darse a conocer, se quedó en la Corte, con intento de hacer las diligencias posibles para que su retrato llegase a manos de su adorada princesa. Trabó amistad con algunos caballeros de palacio para ganar la entrada y, aunque no consiguió su primer intento, se consolaba con verla y gozar de los festines y saraos.

A dos meses se renovaron las fiestas, por la certeza que hubo de que la Reina estaba preñada; y como salía a los acostumbrados paseos a ver y ser vista de sus vasallos y llevaba consigo a Lisena, eran tan generales y tantas las alabanzas que todos daban a su Princesa que, reparando Clorinarda en el mucho aplauso, reinó en su pecho una envidia mortal, con tanto extremo, que pasó a ser rencor declarado, diciendo al Rey:

—Vuestra Majestad y toda su Corte quieren tanto a la Princesa, que no se hace caudal de mí¹⁰.

Sintió Ludovico los mal fundados celos con tanto desabrimiento, que se encendieron en palacio algunos fuegos de continuos y pesados disgustos. Hallábase confuso por quererlas igualmente. Teníale melancólico el temer que la Reina no abortara el deseado fruto. Sentía Lisena el ver a su padre tan disgustado, tanto como se puede entender de su prudencia; y una tarde que pudo hablarle a solas, le mandó llamar y, venido a su cuarto, le dijo, derramando copiosas lágrimas:

—Padre y señor, yo quiero pedirle a vuestra Majestad una merced con que me parece que los pesares de la Reina se templarán. Ya vuestra Majestad sabe que yo gusto de ir a La Isla; allí viviré contenta, considerando su quietud, aunque me atormente el ausentarme de sus ojos. Y el mayor favor ha de ser que vuestra Majestad le de a entender que me destierra por darla gusto.

Abrazola el enternecido padre, estimando su prudencia y, pareciéndole no era fuera de propósito quietar¹¹ a la Reina por el tiempo que durase el preñado, se determinó a darle gusto. Mandó llamar al Almirante y, dándole cuenta de lo que

pasaba, le dio orden para que se previniera la partida con brevedad. Publicose luego el fingido destierro y, llegando a noticia de Enrico, fue tanto su contento, que pasó a extremos de loco, pareciéndole que en La Isla tendría logro su amante pretensión. Mandó que le trajeran un poco de paño pardo y basto y que le cortasen un vestido tan bronco que, después de vestirse, quedó en la semejanza de un tosco villano. Mandoles a sus grandes se quedaran en la Corte y que uno de ellos, disfrazado, fuera todas las semanas a llevarle los pliegos que le traían de Navarra y para lo demás que se ofreciera.

Con esto, se fue a La Isla sin esperar la partida de Lisena y, llegado a una posada, pidiendo cama y de cenar, convidó a los dueños para introducirse y, para encubrir su grandeza, dio a entender era hombre simple y falto de juicio. En el discurso de la cena, les dijo:

—Yo soy a propósito para la labranza de los campos. Heme criado en eso. Si saben de un amo a quien servir, búsqüenmelo, que yo se lo pagaré y, si quieren algún dinero por los días que he de estar aquí, pidan lo que quisieren, que bien traigo que gastar.

Tenía Ludovico en La Isla un caballero llamado Alberto sólo a fin de guarda mayor de los vedados bosques y, como sabían andaba a buscar un criado para que de noche sirviera de guarda y se quedara en una casa de campo cerca del sitio, le dieron aviso. Mandó que se le trajeran y, venido a su presencia, le preguntó cómo se llamaba y de dónde era. Respondiole:

—Yo soy de par de Aragón; en mi pueblo me llaman Rústico Amador; llámeme como le cumpliere, que a todo le responderé. Mi padre era muy rico; vendile unas vacadas para hacer dinero y tomé el camino y me vine a ver mundo. Aquí traigo dos mil ducados y se los daré para que me los guarde, pues me ha de dar lo que hubiere menester.

Pareciole a Alberto hombre doméstico y a propósito para el trabajo y, codicioso del dinero para emplearlo en el trato de las embarcaciones, lo recibió en su casa.

Era casado y tenía dos hijas muchachas y el prudente Rey las regalaba y las traía algunas galas de lo mejor que miraba en las tiendas. Con esto y con servir puntual a lo que le era mandado, le cobraron tanto amor como si fuera un hijo; a la sombra de su dueño, como era persona a quien todos respetaban, se fue introduciendo con los mancebos de lustre: convidábalos, prestábales dinero, y a lo que le decían, tan graciosos disparates, que ya no se hallaban¹² sin él.

Un mes estuvo en La Isla, pendiente de sus esperanzas y, venido el Almirante con otros caballeros que habían de asistir al servicio de Lisena, mandó llamar hombres a propósito para adornar el palacio. Fue Enrico como espantado a su casa y preguntó a su dueño:

—¿Quién¹³ son estos?, ¿No has visto otros como ellos?

—No por cierto, que en mi tierra todos andan como yo.

Volvióle a decir:

—Estos son los grandes de Escocia, que vienen a vivir aquí porque han de servir a la Princesa.

Díjole:

—¿Quiéreme dejar ir a verlos?

Dióle licencia y, como todos le querían bien, luego que entró en el castillo empezaron a burlarse con él. Respondióle de intento tantas y tan graciosas boberías, que les provocaba a tanta risa, que repararon el Almirante y los caballeros en él y, preguntando quién era, no faltó quien les dio cuenta de todo y que Alberto le tenía en su servicio. Con esto empezaron a trabar conversación por entretenerse y, como era lo que él deseaba, los entretuvo con tantos donaires, que ya le echaban menos si se apartaba de allá y, tratando el Almirante de repartir las estancias para que se aderezaran, entrando en el cuarto de Lisena para adornarlo, les dijo a los caballeros:

—En esta sala primera se pondrá el estrado; en la de adentro el dormitorio y en la sala de más adentro el dormitorio de las damas, por que de noche estén cerca de su Alteza para lo que se ofreciere.

Estaba como al descuido atento a lo que decía y, llegando a ver qué parte caían las ventanas, creció su contento. Reconociendo el sitio, entró en la sala de las damas para ver si las ventanas caían al callejón, y halló que daban a una plaza que estaba dentro del castillo, en que se acostumbraba hacer fiestas reales a los Reyes. Con este impensado gusto, bajó en achaque de traer unos clavos que faltaban y, dando vuelta a la azotea, puesto en el cubo de la torrecilla, como la ventana rasgada estaba abierta, alcanzó a ver tanta parte de la sala que alcanzó a ver¹⁴ parte del sitio en que se había de poner el estrado y, dando vuelta a todo el callejón para ver si había otras ventanas, quedó satisfecho de que solas las dos que él había menester daban en aquella parte, tan gustoso de ver el sitio, que no le cabía el corazón en el pecho y, vuelto al castillo, ayudó a armar el dorado lecho.

Mandaron prevenir la salva de las galerillas y las luminarias, y luego que llegó Lisena, se fue a la azotea para ayudar a encender los fuegos y, llegando a las ventanas con sus damas, gozó de contemplar su belleza. Entre las fiestas que le hicieron, era la mayor cantasen en su presencia los mancebos más diestros; y conociendo el amante su gusto, se determinó a partir sus cuidados con su descuidado dueño. Compró una vihuela digna de sus manos y, ajustando al instrumento una letra que había compuesto, como se quedaba en la casa de campo, llegada la deshora de la noche, se fue al despoblado sitio, seguro de que no podía ser oído de otra persona. Sentado al pie de la torrecilla, dio principio a la sonora armonía.

Como Lisena venía tan disgustada, pasaba los más de la noche sin dormir; espantada de oír en semejante paraje música que ninguna vez de las que había venido a La Isla había oído, por divertir sus penas y por la mucha inclinación, sin llamar a las damas, se levantó, y abriendo la media reja del dormitorio, se puso a escuchar, presumiendo serían algunos mancebos, respeto de que ya empezaba el calor, que vendrían a gozar del fresco del mar.

Reconoció el dichoso amante con la luna que había persona en la reja y, seguro de que no sería otra que la que buscaba, cantó la siguiente letra:

Lise, Aurora de los montes
y Diana de las selvas,
Amaltea de las flores,
deidad a quien reverencian¹⁵,

Amor me manda que os pinte,
y no es posible que pueda
copiar Apeles un rasgo
de vuestra rara belleza.

¿Quién duda del pelo hermoso
que viene a robar las trenzas,
para fuego de sus rayos,
el luminoso planeta?

¿Quién duda en los bellos ojos
que dulcemente se precian
de halagar con la blandura
cuando matan con las flechas?

¿Quién duda que de esa boca,
caja de orientales perlas,
que en ámbar beben las flores
la fragancia que les presta?

¿Quién duda en las bellas manos,
que os dio la Naturaleza
lindas manos al formaros,
para haceros tan perfecta?

¿Quién puede de tantas gracias
celebrar la menor de ellas,
sin perder por atrevido
la dicha de merecerlas?

¡Quiera el Cielo, Lise hermosa,
que os corone la cabeza
un rey rendido y amante,
que daros un reino intenta!

Acabada la letra, dejó el sitio, diciendo:

—Adiós, alcázar dichoso, albergue del serafín más bello que ha dado el Cielo a la Tierra.

Con esto, se fue tocando muchas y galantes diferencias, hasta salir del callejón. Volvióse a la cama, tan admirada del repentino suceso, que, llevada de su imaginación, discurriendo en varios pensamientos, empezó a decir:

—¿Será posible dar crédito a lo que me pasa esta noche? ¡Cantar en este sitio, celebrar mi belleza, repetir mi nombre...! ¡Cosas me parecen de sueño! ¿Cómo podré conocer a quien me da este cuidado¹⁶.

Con estos desvelos pasó lo restante de la noche y, pareciéndole que no podía averiguar su sospecha estando en palacio, mandó otro día al Almirante que le armaran una tienda que se acostumbraba las veces que gustaba de bajar a ver el río.

Era una espaciosa selva poblada de álamos; preveníanse junto a la tienda alfombras para las damas y desde allí gozaban de todo. Advirtióle al Almirante que mandara juntar todos los músicos para que cantase cada uno de por sí, dando a entender quería escoger los mejores para las ocasiones que se ofrecieran y, venida la tienda, como fue público el hacer elección, cantando cada uno de por sí, conoció Enrico el cuidado, pareciéndole era la prevención para reconocerle y, gustoso con

la presunción, trató de darle nuevos cuidados, dando a entender que la entendía y, a la hora del común silencio, se fue a la torrecilla y, dando principio al sonoro instrumento, contenta de ver que perseveraba y reconociendo el gustoso amante que había llegado a la ventana, cantó la prevenida letra:

Montes, pues Lise me escucha,
contento vengo a deciros
que celebren vuestros ecos
las glorias que yo repito.

Cuidados disimulados
me han dado claros indicios
de presumir un favor
que ya tengo merecido.

Lise me busca, y sin duda
de su cuidado imagino
que no me tiene de hallar,
pues por ella estoy perdido.

Decidle de parte mía
que sólo sabe este risco
quién soy, porque teme el alma
rigores de su castigo.

Con las dudas de perderla,
el miedo de aborrecido
me obliga a morir callando,
sin atreverme a decirlo.

Algún día querrá el Cielo
que estemos los dos unidos;
Lise a estimar mis finezas,
y yo a sus plantas rendido.

Mas, ¡ay! que tarda el tiempo, y sólo vivo
de la gloria que tengo si la miro,
y, elevado en su cielo,
es gloria en mi cuidado mi desvelo.

Cantó con tan tristes acentos los últimos versos, que no le dieron lugar a proseguir; aunque llevaba intento de entretenerla con diversas letras, suplieron los suspiros los acentos que le faltaron. Con esto, se fue, dejándola tan disgustada: «¡Mal haya tanto miedo! No sé si le agradezca el respeto, pues no será posible averiguar quién es. Claro me ha dicho que no vive sino cuando me ve. Según esto, no entra en palacio y hasta conocerle he de dar ocasión a que me vea...».

Con esto, le mandó al Almirante a sus caballeros que se dispusieran algunos bailes y entretenimientos para divertirla, porque estaba melancólica, y que se le armase la tienda todas las tardes para gozar del fresco.

Era Alberto gran jugador de pelota y mandó que la avisaran, porque gustaba de verle, y a otros mancebos que se preciaban de jugar bien y, venida a la tienda, deseoso el encubierto amante de introducir conversación, con la capa de la simpleza se llegó a su dueño, luego que se empezó el juego.

—¡Ah, mi amo! ¡Déjeme jugar con estos y verá cómo les gano el dinero para que sus muchachas merienden!

Rehusolo por el hábito bronco, y los caballeros, como ya le conocían, le mandaron que le dejase jugar. Llegose a los mancebos, preguntándoles:

—¿Cuál de vosotros juega más?

Respondiolo el hijo del Gobernador:

—¡Yo! Y pondré de partido quinientos escudos. Y si te los gano, ¿quién sale por ti?

Respondió el Almirante:

—Juega, que si Amador perdiere, yo salgo a la paga¹⁷. Ganole el dinero al mancebo y, al querérselo pagar, mostrando tristeza, no le quiso recibir, diciéndole:

—Yo no quiero tu dinero, sino tu amistad.

Con esto, no pasó adelante y lo restante de la tarde la entretuvieron con los bailes prevenidos y, vuelta a su palacio, le preguntó al Almirante quién era aquel hombre. Refiriole todo lo que le había contado, diciendo:

—Prometo a vuestra Alteza que en mi vida he visto simple más gracioso y, a no serlo tanto, podía ocupar la plaza de bufón en palacio.

Con esto, refirió algunas boberías de las que le había oído y, después de haberle dado la cena, cuando se retiró para que la desnudaran, les dijo a sus damas:

—Cuando bajemos mañana a la selva, hablad a este hombre, que gustaré de oírle.

Y, quedando sola, discurrendo en su cuidadoso pensamiento, dijo: «—¿Sería posible que sea este hombre el mismo que escucho en la música y, para encubrir su grandeza, se valga de esta estratagema...? En la tienda no puedo faltar a mi decoro. ¡Resuelta estoy a satisfacerme!» Y, con este nuevo pensamiento, dijo a sus caballeros el siguiente día que gustaba de entrar en los bosques a cazar de volatería y, luego que llegaron a los vedados sitios, como las damas iban advertidas, le empezaron a decir a Enrico algunos donaires para provocarle a que respondiera.

Cumplioles el deseo con tanta risa de todas, que no fue poco en Lisena el disimular la suya y, levantándose al ruido de los primeros tiros una bandada de palomas a favorecerse en las ramas de los espesos árboles, una de ellas era tan blanca y pomposa que dijo Lisena:

—¡Tiradle a aquella paloma, que gustaré de verla caer!

Y, enarbolando uno de los cazadores la ballesta, le detuvo Enrique, diciéndole:

—Dame, que yo tiraré.

Apuntóla con tan gran acierto, que la cándida avecilla cayó bañada en rojos granates. Díjole una de las damas:

—Amador, lindo pulso, bravo tiro.

—No os espantéis que, como apunto al blanco, tiré con cuidado, por no errar el acierto.

Esto dijo poniendo los ojos en Lisena, aunque de paso, cosa que la obligó a sonrosar el rostro y no tan poco, que no conociera el efecto que había hecho.

Cuando volvió a su palacio, por hallarse calurosa mandó que no se cerrara la ventana de la sala y, llegada la hora de la música, como salía siempre a escucharlo, después de haber cantado algunos sainetes, poniéndose de pies en los poyos del cubo, mirando a la sala, dijo recio:

—¡Bien haya quien dejó esta ventana abierta, pues aumenta mi gloria en darme lugar de que ponga los ojos en aquellas alfombras!

Con esto, se fue. Y pareciéndole que sería bastante a dejarla abierta, se estaba tan cuidadosa como él presumía. En caso de duda, por lo que sucediera, buscó una ballesta bien armada, y en una flecha puso un papel. Llevóla con su instrumento y, hallando la ventana abierta, por no asustarla, se valió de la música y, luego que salió a la reja, puesto de pies en el cubo, disparó la flecha con tan sobrada pujanza, que dio a la mitad de la sala y, por dar lugar a que la viera, no cantó aquella noche. Admirada del valeroso atrevimiento, salió a ver lo que había tirado y, hallando el papel, leyó en él las siguientes razones:

«Seguro de que vuestra Alteza, como deidad superior y divina, no se dará por ofendida de verse adorada de un hombre tan loco de amor que se determina a tan grandes arrestos, escribo estos renglones, no porque espero respuesta (pues fuera el presumirlo mayor atrevimiento): bástame para vivir contento

que vuestra Alteza sabe que vive encubierto en esta Isla quien pretende su mano con presunción de merecerla».

Quedó tan picada que, pasando el papel muchas veces, decía: «¡Mal haya La Isla! ¡Nunca yo hubiera venido a ella, pues huyendo de la Corte y de los pesares que me daba la Reina, he venido a tenerlos mayores, sin poder averiguar quién me los da, pues ya me tienen de suerte, que no sé si diga que tanto cuidado nace de amor; y amar sin saber a quién será desdicha, cosa que me puede costar la vida...! Este hombre no entra en mi palacio; yo he de bajar a La Isla para que la ocasión me le traiga a las manos».

Otro día mandó al Almirante que se hicieran fiestas. Llamó al Gobernador para prevenirle de lo que le era mandado. Venían cerca las Carnestolendas¹⁸ y los mancebos hacían una ridícula y bulliciosa fiesta. No había venido Lisena a tiempo de verla. Propuso el Gobernador el caso y, preguntándole qué cosa era, respondió que los mancebos echaban suertes para sacar un rey de los gallos para obedecerle y festejarle aquellos tres días; con tal condición, que, al que le tocara la suerte, había de dar a veinte criados libreas¹⁹ y que éstas se hacían de oropel, papeles de color y otras cosas para mayor risa; que al rey le ponían cosida en la caperuza una corona de papel y se le daba un bastón en señal de mando. Estaba obligado a darles el domingo una comida y que a él se le habían de dar los gallos que se corrieran. En la selva adonde a su Alteza le armaban la tienda se ponía una maroma de un árbol a otro y allí se colgaban los gallos; y que se les vendaban los ojos a los que los corrían y que verlos caer y maltratarse causaba general alboroto. Y el domingo por la mañana, con danzas y atabalillos²⁰, paseaban al rey por todas las calles de La Isla. Parecía a los caballeros que sería gustosa y le mandaron que la previniera.

Supo Enrico lo que pasaba y, deseoso de presentarse a los ojos de su princesa con galas de amante, aunque rústicas, se fue a casa del gobernador y le dijo:

—Si hace que me hagan rey, le daré un balandrán²¹ pintado como él quisiere y a los que han de ser mis vasallos libreas de importancia, para que se queden

con ellas y las rompan en los bailes, que esto de papeles no es cosa para que lo vea su Alteza.

Enviolos a llamar y, sabido lo que el rústico prometía, le dieron el bastón. Con esto, se fue a su casa y, diciéndole a Alberto lo que pasaba, le dijo:

—Pues se tiene allá esos dos mil ducados, cumpla con todo lo que es menester y quédese con lo demás.

Y preguntándole lo que había de hacer, le respondió:

—Al gobernador le ha de dar un balandrán y a mis vasallos vaqueros y monteras de tafetán verde, guarnecidos con pasamanos pintados y para mí un vestido de raso encarnado, guarnecido de cortaduras negras del mismo raso; la corona ha de ser negra y orlada con oro, y las cortaduras han de ser de esta manera (dándole un papel en que estaba una S grande) y prevenga una buena comida. Y ahora deme los reales de a ocho, que los he menester.

Tomolo todo por memoria y, dándole el dinero que le pidió, tomando Enrico el bastón, se fue a casa de un pintor de estos que hacen cosas de papelón²²; dándole el dinero y el bastón, le dijo:

—Vos me habéis de hacer en una tablilla una polla²³ muy pintada de papelón y me la habéis de clavar en ella, que no se caiga, y habeisla de clavar en este bastón; y pendiente de ella habéis de poner otra y en ella me habéis de escribir esta coplilla de letras grandes y no habéis de decir nada hasta que la vean, porque quiero dar que reír a estos marquesotes.

Prometió el secreto, contento con la paga y, como el Almirante estaba cuidadoso de la fiesta, preguntando en qué estado estaba, el Gobernador le refirió lo que había y cómo el rústico era el rey, cosa de que se alegraron; y como todo era a fin de divertirla, como²⁴ la veían melancólica, cuando sirvieron la cena le refirieron lo que el Gobernador les había dicho. Y, aunque lo disimuló, quedó turbada con

el gusto de la consideración, pareciéndole que la disposición de las galas no era de hombre mentecato y, acreditando la sospecha, le respondió:

—Cuando le saquen al paseo, le mandaréis que venga a palacio, porque gustaré de verle pasar.

Venido el domingo, se fueron todos a casa del Gobernador, a tiempo que ya se estaban vistiendo y como los visos de lo encarnado lucían tanto con lo negro de la guarnición, y de suyo era tan airoso y tan blanco, como estaba abochornado, les pareció tan bien a los caballeros, que les pesó de que un hombre de tantas partes fuera simple. Díjole el Almirante:

—Ahora habéis de ir a palacio, porque su Alteza quiere veros pasar. Advertid que el rey es majestad y, en llegando a dar vista a las ventanas, le habéis de hacer tres reverencias con mucha gravedad.

Volvió a mirar los mancebos sin responderle y les dijo:

—En llegando a donde está su Alteza, haréis calle, tantos de una parte como de otra, para que yo pase y haga estas reverencias que dice el Almirante y, pidiendo el bastón, celebraron todos con mucha risa el jeroglífico de la polla y de la letra.

Salieron al paso y, avisando a Lisena, llegó para verle a unos balcones que daban a La Isla, acompañada de sus damas. Luego que le vieron, obediéndole sus vasallos, pasó por medio con pasos graves y medidos y, quitándose la caperuzza en que estaba la corona, después de haber hecho las reverencias, se quedó destocado, diciéndole al Gobernador que danzaran en presencia de su Alteza tres danzas que traían.

Acabados los bailes, volvió a repetir la cortesía y, al proseguir con el paseo, dijo el Almirante:

—No puedo creer sino que este hombre es algún caballero de importancia y por algún acaso de fortuna anda encubierto y peregrino.

Respondirole otro caballero llamado don Rodrigo:

—¡Espántome de que Vucelencia diga una cosa como esa! Ahora sabe que la aprehensiva²⁵ de un loco es de las cosas más fuertes que tiene el mundo. Como le advertimos que el rey es majestad, llevado de su aprehensiva, representó el papel al vivo.

—No hay duda de que es verdad lo que dice don Rodrigo —respondió otro caballero llamado don Alejandro—. Cosas se cuentan de locos dignas de ser memorables.

Respondió otro llamado don Sancho:

—Yo pudiera contar muchas, a no ser tan tarde.

Con esto, subieron a dar la comida, y Lisena preguntó qué significaba la insignia que llevaba en la mano. Respondirole el Almirante:

—Es costumbre el dar los gallos al que es rey. Y el rústico, de su inventiva, sacó la invención de una polla, que va en lo alto del bastón, y en la tablilla pendiente mandó que le escribieran una coplilla. Y la tomé de memoria para referírsela a vuesa Alteza, la cual dice así:

Aunque soy Rey de los Gallos,
no me los deis en la olla,
que mejor es esta polla.

Celebraron el donaire todas con mucha risa y Lisena, en duda de la verdad, quiso regalar a su encubierto amante, y respondió:

—Como yo he de ver esta fiesta, pide en eso que se le haga alguna merced: enviadle estos días cuatro platos y una polla, y désele ración por el tiempo que estuviéremos aquí y pónganle esta tarde el asiento cerca de mi tienda, porque gustaré de oírle.

Refirirole el Almirante la sospecha que habían tenido, la cual creció más, porque, bajado a comer, le envió a llamar y, venido a su presencia, le dijo:

—Amador, su Alteza ha gustado del donaire de la polla y ha mandado se os den unos platos de regalo y ración el tiempo que estuviéremos aquí. Cuando esta tarde baje a la tienda, habéis de hincar la rodilla y con mucha cortesía le habéis de agradecer la merced que os hace.

Mirole con severidad, diciéndole:

—¡Andad de ahí, que sois un tonto! Si el rey es majestad, como vos decís, ¿no veis que la pongo en lugar inferior llamándola de Alteza?

Y, volviéndole las espaldas, le dijo:

—Enviadme esos platos, que quiero comer.

Admirados de escucharle, dijo don Sancho:

—Cierto que estoy por acreditar la sospecha del Almirante.

Y, llegada la hora de acompañarla para que bajase a la selva, le volvieron a referir lo sucedido y, gustosa de escucharlos, dijo a una dama llamada doña Inés de Palma:

—Decidle algo acerca de la majestad cuando esté en mi presencia, para ver lo que responde.

Y, venida a la tienda, le advirtieron que el sitio de las alfombras era para que se sentara; y, entrando en ellas, hizo una reverencia hasta hincar la rodilla y, quitando la caperuza en que estaba la corona, la dejó en el suelo y tomó asiento. Como doña Inés estaba advertida, le dijo:

—¿Cómo deja vuestra majestad la corona en el suelo?

Respondióle:

—¿A dónde os parece que puede estar más alta que a los pies de la Princesa de Escocia?

Miró la camarera a las demás, diciendo:

—En verdad que podemos acreditar lo que dice el Almirante, que estas bobearías tienen mucho de discreción,

Acreditó Lisena por evidencia la presunción que tenía y, llegada la Cuaresma, no continuó Enrico las músicas, por la decencia del tiempo, cosa que le causó tanta melancolía a la cuidadosa dama, que dijo un día al Almirante mandase prevenir las galerillas para entrar en el mar. Acostumbraban ella y sus damas, por excusar el embarazo de los verdugados²⁶, el vestirse de corto a lo labrador. Acudió la gente a ocupar las barcas para verlas y Enrico se entró en una por donde había de pasar, por verla subir a su galera y, después del paseo, llegada la hora de volver a tierra, divertido el barquero en verlas desembarcar, amarró la barca con la escalerilla tan floja que, al entrar el Almirante para servirle de bracero al bajar, fue en tan desgraciado punto, que, apartándose la barca con el movimiento de las aguas, dio en el río sin poderla detener.

Arrojóse Enrico con tan veloz presteza, que a todos les pareció un ave y, asiéndola con el valeroso brazo por la mitad del cuerpo, asió una cuerda que le arrojaron con la otra mano y sacola con brevedad, tan fuera de su acuerdo²⁷, que les pareció estar difunta y, desesperado con la presente pena, sin acordarse de la simpleza, dijo a los caballeros:

—Llevadla luego al palacio, que el resfrío de las aguas le puede dañar. Y se hará una cosa que yo os diré, que la hicieron para mí otra vez que caí en el mar.

Metiose la camarera en una silla y, tomándola en los brazos, mientras la subieron al castillo, le dijo al Almirante: —Habéis de hacer que en una paila²⁸ se ha de echar cantidad de vino, unos sarmientos y cogollos de romero y, en hirviendo, habéis de empapar una sábana cuan caliente se pueda; y, desnudándola hasta la camisa, la envuelvan en ella y cárguenla de ropa para obligarla a sudar. Hágase una infusión de camuesa²⁹ y agua de azahar mixturada de coral, oro y piedra

bezal; espesa y bien caliente se la apliquen al corazón y prevéngase una bebida cordial para cuando vuelva del desmayo.

Había dos médicos en La Isla y, refiriéndoles lo que el rústico había dicho, aprobaron el remedio, aunque el uno de ellos dijo:

—No sería malo darle unas ligaduras³⁰ muy apretadas.

Enfadado, le respondió:

—¡Idos a dar esas ligaduras a vuestra mula!, diciéndoles algunas boberías que casi los provocó a risa.

Mandó el Almirante que se hallaran presentes a prevenir los medicamentos y, traída la paila con la sábana, se retiraron a la sala para dar lugar a que la desnudaran.

Díjole la camarera:

—Amador, dejemos resfriar esta sábana un poco, porque está muy caliente.

Llegó a tenerla y, pareciéndole estaba buena, le dijo:

—Ponédsela, que más vale que se queme que no que se muera.

Hiciéronlo así, echándola ropa bastante para que sudara. Dos horas estuvo sin volver en su acuerdo y, abiertos sus hermosos ojos, halló a sus damas tan llorosas cuanto pedía la presente pena. Preguntándole cómo se sentía, respondió estaba cubierta de un gran sudor y, preguntando qué era lo que la habían puesto, lo refirió la camarera, diciéndola que el rústico lo había ordenado y el valor con que se había arrojado al mar para librarla y, arrebatada de su imaginación, sin advertir lo que decía, le respondió:

—¡Quién sino un rey amante pudiera tener tanto valor...! Preguntadle si me pueden quitar esta ropa.

Y, llegando a decir lo que le era mandado, le respondió: «que con unas toallas tibias le vayan limpiando el sudor blandamente y mudándole ropa sahumada y caliente». Oyó la cuidadosa enferma lo que decía y, sin esperar a que lo refiriera, le mandó lo ejecutara. Hízose todo con brevedad y, resuelta a tenerle cerca de su persona, les dijo:

—Decidle que entre, y a mis caballeros, que les quiero alegrar con la mejoría.

Entraron todos, volviendo a repetir la presteza con que se había echado Enrique a las aguas. Mirole algo cariñosa, diciéndole:

—Los medicamentos de esta noche son tan acertados, que me siento buena. No sirváis de guarda, servidme a mí, que el tiempo que estuviere en La Isla, si tuviere algún achaque, quiero que vos me curéis.

Quiso arrodillarse para agradecer el declarado favor, tan turbado que, tropezando en la alfombra que estaba delante de la cama, le fue preciso poner las manos en el borde para detenerse. Riéronse todos y don Sancho le dijo:

—¿Qué es eso, Amador? ¿Así te turbas?

Mirole, diciendo:

—¡Cuerpo de tal con vos! ¿No queréis que me turbe, si desde criado de Alberto he dado un salto a médico de cámara?

Con estos donaires la entretuvo un rato, diciéndola tomase la bebida y que dentro de una hora se la diese de cenar.

El día siguiente, entrando los médicos a visitarla, la hallaron sin accidente, cosa de que todos se alegraron, significando uno de ellos, como por admiración, el asombro que le había causado que un hombre tan incapaz dispusiera cosa tan importante. Quiso aventajar el favor:

—Mucho le debo a Amador, pues le debo la vida.

Respondirole, como estaba presente:

—¿Y qué mucho hiciera yo en perderla en servicio de vuestra Alteza, cuando no la estimo para otra cosa que para servirla?

Determinaron que guardase la cama ocho días y, pasados los cuatro, contento de ver que no tenía novedad y para significar la pena del pasado susto, después de haberse recogido todos al común descanso, tomando su instrumento, se fue al despoblado sitio. Luego que le oyó, fiada en el valor, abrigándose con un manteo de rizada lana y un serenero³¹, llegó a la ventana y, por no detenerla, cantó la siguiente letra:

¿Cómo es posible que un ángel
esté sujeto a las penas,
cuando es gloria para un alma
el contemplar su belleza?

Padecer eclipse el sol
es presagio que a la tierra
le da a entender que es criatura,
aunque es inmortal planeta.

Si en las deidades humanas
predominan las estrellas,
cuando tan loco os adoro,
no os espantéis de que tema.

¡Ay Lise, adorado sueño!
¿Cómo en mi pecho se alienta
la voz para pronunciar
los miedos que me atormentan?

Muera yo de mi dolor,
vivid vos y el Cielo quiera

que del feudo irremediable³²
pague mi vida la deuda.

Acabada la música, dejó el sitio, diciendo:

—El calor no excusa el riesgo de los atrevimientos que pueden causar un resfriado.

Contenta y satisfecha de que el fingido médico era el encubierto amante, al pasar por debajo de la reja, le arrojó un poco de agua de unas alcazarras³³ que estaban en ella.

Detúvose, diciéndole:

—Agua de ángeles no es razón que caiga en la tierra. Venga más, que bien es menester para templar algo del fuego que me abrasa.

Echole otra poca, tan risueña, que casi le tocó el acento en el oído.

Con estos motes y otros muchos lo pasaban los enamorados amantes, sin determinarse a mayores empeños: Lisena, atenta a su decoro, y Enrico, temeroso de no disgustarla. Y una mañana amaneció en La Isla correo de la Corte con cartas y pidiendo albricias de que la Reina había parido a luz y había dado Príncipe a Escocia³⁴. Leídas las cartas, mandó Lisena que previnieran fiestas reales y que en la plaza del castillo se hiciesen andamios para la gente de La Isla. Y, como estaba tan introducido, valiéndose de la fingida simpleza, le dijo al Almirante:

—¿Los médicos de cámara pueden entrar a correr los toros?

Respondiolo:

—Sí, sí quieres entrar en ellos, bien puedes.

Con esta permisión, sacó librea conforme a los demás. Y para declararse y ver el efecto que surtía su diligencia, juntando a los caballeros, les dijo:

—No sería malo que antes de los toros entráramos en la plaza a jugar unas cañas³⁵ y que lleváramos todos adargas y divisas, significando cada uno el estado en que tiene su amor o pretensión.

Como don Rodrigo le tenía por mentecato, le respondió:

—¿Pues sabes tú qué es pretensión y amor?

Respondiolo:

—¡Bravo tonto sois! ¿No veis que las muchachas de Alberto me quieren mucho porque las llevo golosinas?

Celebraron el simple galanteo y, como algunos galanteaban las damas de Lisena, les pareció a propósito el seguir su parecer. Don Rodrigo galanteaba a la Camarera y, llegando todos a casa de un pintor, llevando tafetanes a propósito, le mandó don Rodrigo retratasen el suyo: un caballero de rodillas con una cadena a la garganta y una dama en pie con el cabo de la cadena en la mano. Y decía así la letra:

Aunque me veis en cadena,
es tan dulce mi prisión,
que aspiro a la posesión
del jüez que me condena.

Don Sancho servía a la Secretaria y, para darlo a entender, mandó que le pintaran un caballero con un candado en la boca, y decía así el mote:

Es tan secreto mi amor,
que el dueño de mi cuidado
puso en mi boca el candado
por que no diga el favor.

Don Alejandro servía a doña Inés de Palma y, para significar el nombre en los jazmines y el apellido en la palma, mandó que le pintaran una, cercada de muchas

varas cubiertas de la misma flor y al pie un caballero caído en tierra, con el pecho atravesado de una flecha y el dios del Amor apuntándole con el arco a dispararle otra; y decía la letra:

Los jazmines de esta palma
me tienen tan malherido,
no las flechas de Cupido.

Enrico mandó pintar en el suyo un globo a modo de cielo y, en medio, una cara de un serafín, con la luna y el sol a los lados y, en lo bajo, un pedazo de selva, con algunas matas y florecillas y, en una de ellas, un pajarillo con las alas abiertas y el cuello alto, como dando a entender quería volar, y la letra decía:

Aunque me veis en el suelo,
he de volar hasta el cielo.

Acabadas las pinturas, contó el Almirante a Lisena lo que pasaba, diciéndole que el rústico había dado el asunto y, contenta de verle tan declarado, le dijo:

—En acabando las fiestas haréis que suban todos a la sala y prevenidles premios conforme os pareciere que los merecen y veré los motes, para que me sirvan un rato de entretenimiento.

Y, llegado el día de las fiestas, mostró el valiente Rey su bizarría, condenando a la muerte los brutos que le hicieron cara para embestirle, con tanto aplauso de todos los isleños, que, a estar las damas en sospecha, conocieran en el rostro de Lisena el gozo interior que le bañaba el pecho.

Acabadas las fiestas, subieron todos arriba y, sentándose el Almirante para juzgar los premios que ya tenía prevenidos y traídas las pinturas para que Lisena las viera, después de haber visto la de don Rodrigo, mandó al juez le diese premio. Dióle una vuelta de cadena, diciéndole que, pues se hallaba tan bien con las prisiones, le había parecido a propósito doblarle las cadenas. Tomó el premio con mucho gusto de la contenida y, vista la divisa de don Sancho, le dio una llave

de plata asida a cordón, diciéndole estaba compadecido de verle mudo, y como amigo le daba llave para que pudiera publicar su dicha. Celebraban las damas con mucha risa los graciosos premios y, traída la pintura de don Alejandro, le dio una banda de gafas de oro, guarnecida de las mismas puntas, diciéndole que se la daba en nombre de su pastora, para que el favor le alentase a convalecer.

Traída la pintura de Enrique, la miró Lisena con particular atención, pareciéndole que en el cielo y serafín significaba su belleza, aunque dudosa de lo que contenía el pajarillo. Mandó que se le diese premio, y el Almirante, por hacer más ridícula la fiesta, había mandado prevenir una jaula adornada de colonias y tejones³⁶ y, traída a su presencia, se la dio, diciéndole:

—Amador, como tienes ese pajarillo libre, me ha parecido darte esta jaula para que le encierres por que no se vuele.

Tomola con mucha gravedad y respondió:

—En vuestra vida habéis andado más prudente que ahora, pues me tratáis como a loco en darme jaula, y os juro que os la he de pagar con un ducado.

Quedó Lisena tan picada con la encubierta merced, que propuso de buscar ocasión para decirle se declarase.

Atajole el intento el venir segundo correo con nuevas cartas a tiempo que Enrico no estaba allí y, leídas las cartas, le dijo el Almirante:

—Parece que vuestra Alteza ha recibido disgusto con lo que escribe el Rey, mi señor.

Respondiolo:

—No os espantéis de mi pesar, que envía mi padre a decir que la Reina, como se halla contenta, le ha pedido me vuelva a la Corte; luego se disponga mi partida, porque me dice que ha de venir por mí dentro de seis días.

Con esta orden mandó llamar hombres a propósito para disponer lo necesario. Fue a tiempo que entraba Enrico y, como los halló alborotados, preguntó a un paje la causa. Respondiolo:

—Nos vamos a la Corte.

Quedó tan pálido el semblante con la mala nueva, que la enamorada dama conoció en lo mortal del rostro que su pena era pagada con igual correspondencia y, para divertirlo y obligarle a que se declarase, le dijo:

—Amador, ya llegó el tiempo en que os he de premiar. En viniendo mi padre le he de contar lo que ha pasado y le he de pedir que os haga médico de cámara.

Estimole la merced, como dijo en público y, temeroso de que lo ejecutara, visto que les mandó a las damas se fuesen a prevenir lo que tenían que disponer, sacando el retrato del pecho, se le dio, diciéndole:

—Perdone vuestra Alteza este atrevimiento y mire si el original de esa copia puede servir la plaza de un doctor.

Y, sin esperar a más, le volvió las espaldas, dejándola tan turbada con el repentino gusto, que en mucho rato no volvió en sí.

Mandó que le llamasen al Almirante y, habiendo venido a su presencia, le dijo:

—Yo siento el volver a los pesares pasados y, segura de vuestra lealtad, os encargo hagáis de vuestra parte con mi padre lo que fuere posible para que me dé estado y quiero saber qué personas eran los pretendientes de mi casamiento.

Respondiolo:

—Como su Majestad cerró la puerta, no se trató de pedir los retratos. Lo que yo sé decir es que cualquiera de los tres es digno de merecer a vuestra Alteza, en particular el Rey de Navarra, pues le hacen fama del más poderoso y bizarro que tiene el mundo.

Dióle el retrato, diciéndole:

—Pues mirad esta copia a ver qué os parece.

Tomola y, leído el rótulo, le respondió:

—Ya vuestra Alteza sabe que esto no me coge de susto: siempre tuve la sospecha de que era hombre de valor, aunque no presumí sería cosa tan alta.

Respondió Lisena:

—Os juro por quien soy que no ha media hora que yo lo sé; y pues me habéis criado, no excusaré el deciros lo que me pasa. Todas las melancolías que habéis visto que he padecido nacen de la confusión en que el Rey me ha tenido. Ya sabéis que le debo la vida y, cuando³⁷ no le debiera más que haber estado tanto tiempo en esta Isla, sujeto a que le hayáis tratado como a hombre falto de juicio, no quiero negaros que me tiene obligada; está mortal con la pena de mi ausencia... Buscadle de mi parte y dadle a entender que estimo su cuidado y que, pues ya es preciso volver a su reino, que tendré gusto de que me asista hasta dejarme en palacio.

Con esto le fue a buscar y, hallándole en la sala que daba vista a La Isla de pechos en una ventana, tan absorto que parecía inmóvil, se llegó con el sombrero en la mano, diciéndole:

—Ahora que vuestra Majestad había de estar contento ¿se muestra tan triste?

Pareciple era gana de entretenerse con las simplezas pasadas, y le respondió:

—Váyase vucelencia con Dios, que no es ahora tiempo de gracias, que ya pasó el rey de los gallos.

—No hablo yo en eso —dijo el Almirante—; ya sé que hablo con el Rey de Navarra. Su Alteza me ha enseñado el retrato, dándome cuenta de todo lo que pasa.

Echale los brazos al cuello, diciéndole:

—Padre, este nombre merecéis. Todo mi reino es poco para premiaros con la nueva que me dais. ¿Es posible que mi señora Lisena estima mi fineza?

Respondiole:

—Estímalas tanto, que tiene gusto de que vuestra Majestad no se ausente hasta dejarla en su Corte.

Tardó Ludovico seis días en venir, y en este tiempo se reconoció Lisena tan obligada, que le dio a entender claramente no daría la mano a otro. Luego que llegaron a la Corte, dejó a uno de sus grandes para que sirviera la plaza de embajador, con poder para que concediera todo lo que importase a los conciertos en la forma acostumbrada. No se descuidaron los demás pretendientes en enviar nuevos embajadores y, llegados a la Corte, salió el navarro en público. Dio Ludovico audiencia y cada uno propuso, alegando de su parte los méritos de su dueño. Despidiólos con decir se fuesen a descansar, mientras se determinaba lo que había de responder. Con esto, se tomaron los retratos y, quedando a solas con el Almirante, le dijo:

—Yo quiero tanto a Lisena, que sentiré errar esta elección.

Respondiole como quien sabía lo que había de decir:

—Si vuestra Majestad sigue mi parecer, lo mejor sería darle a entender a su Alteza que se trata de darle estado y pedirle haga elección, pues eligiendo a su gusto no hay duda de que irá contenta.

Pareciole bien al Rey y aquella noche, entrando en su cuarto después de haberle dado a entender su determinación, enseñándole las copias, le dijo:

—El mayor gusto que me has de dar será el decirme cuál te parece a propósito. El casamiento es cosa que se acaba con la muerte y sentiré que vivas disgustada.

Rehusolo, diciendo:

—Yo no tengo más voluntad que obedecer a vuestra Majestad y, visto que le porfiaba, tomó los retratos y, reconociendo el que tenía en el alma, se le volvió, diciendo:

—Este es el mejor, a mi parecer.

Con esto se efectuaron los conciertos, con los requisitos acostumbrados. Despachó el embajador por la posta, enviando a decir por su carta estaba señalada la ciudad de Estella en el dicho reino de Navarra para las entregas, diciendo el día efectivo que había de llegar a ella. Desposose el Rey con su hija en virtud de los poderes y pidió a Clorinarda le permitiese el irla acompañando y, llegado el día señalado de su partida, hubo a un tiempo fiestas y llantos. Acompañáronla doña Inés y la Camarera y otros muchos caballeros y, sabido Enrique el señalado día, quiso aventajar sus finezas y, acompañado de sus grandes, llegó a la ciudad referida y, al verse los dos reyes, quedó Ludovico tan pagado de su bizarría, que lo dio a entender diciéndole se tenía por dichoso de ver a su hija tan bien empleada.

Cuatro días estuvo de secreto confiriendo algunas cosas importantes a la conservación de los reinos. Volvió a su Corte para hallarse a la prevenida entrada y Ludovico, dando los brazos y la bendición a su hija, mandó al Almirante y a otros muchos caballeros la acompañasen hasta dejarla en su Corte. Recibiola el amante esposo con tan majestuosa grandeza, que los dejó admirados. Detuviéronse dos meses para gozar de las alegres y prevenidas fiestas y, llegado el día de su partida, los honró a todos con magníficas mercedes y, dándole al Almirante un decreto real, le dijo:

—Por este os hago merced de seis lugares en mi reino, con título de duque de Sangüesa.

Besole la mano, diciéndole:

—Vuestra Majestad ha cumplido su palabra en darme el ducado de la jaula.

Detuviéronse a celebrar con alguna risa memorias pasadas y, venidos a la corte de Escocia, refirieron a Ludovico la grandeza del recibimiento, cosa que le dejó contento. Reinó Lisena largos años, colmando el Cielo su dicha con ilustres descendientes».

Tan gustosos quedaron todos los circunstantes de haber oído lo bien dispuesto de la novela de doña Leonor, que, engolosinados en lo dulce de su representación, aunque no les hubiera prometido el día antes referir la Fábula de Orfeo y Eurídice, le pidieran que volviera a repetir otra cualquiera cosa, porque le daban sus acciones tanta viveza, que, aunque no fuera lo referido de suyo tan gustoso, por el modo con que lo adornaba su donaire se daba a desear. Conque, conociendo doña Leonor el gusto de sus oyentes, por despenarlos, les dijo:

—Aún no he acabado con la obligación de mi empeño, pues aún me queda por satisfacer con la fábula que ayer prometí. Y así, por despenarme presto de este cuidado, aunque haya de ser penoso rato para los oídos de los circunstantes, digo así.

Dieron todos gustosos aplausos a su sazonado desembarazo y pagaron con admiraciones de la atención los agrados que mostraba la noble señora en hacerles corto el tiempo, y así comenzó la fábula en esta forma:

Ocioso el pensamiento
por dar treguas a un vano sufrimiento,
consulto con la pluma
si hay alegría alguna
que pueda del cuidado
quietarme en un desvelo emperezado³⁸,
y ocurre a mi memoria
mal distinta la historia
de Eurídice y Orfeo,
adoptivos amantes del Peneo³⁹.
Canto por divertirme;
el que quiere, pues, podrá seguirme
y, si no le contento,
arrimarme a un ladito. Va de cuento.

Siendo Orfeo muchacho...
¿Tengo juicio? Sin duda estoy borracho,
que no sé su linaje,
y es en un fabulista grave ultraje
dejar la parentela
sin referir del nieto hasta la abuela
del caso que se cuenta,
porque es hacerle afrenta.
Mas ocurre un remedio,
con que puedo estar libre por en medio,
diciendo fue una puta,
mujer exenta, libre y disoluta,
la madre del muchacho,
y con buen continente y libre empacho
defenderlo, que es eso
ponerle mil esmaltes⁴⁰ al suceso.
Si alguno se picare,
haga la información que le cuadrare,
que yo excuso el sabello,
granjeo el ser leído o parecello,
que en casos semejantes
pasan por doctos otros ignorantes.

Ya tenemos a Orfeo
de hoz y coz⁴¹ en la fábula, y me veo
libre de ese embarazo
y se me queda saboreando el brazo.

A Eurídice pasemos,
con que mi confusión aquí no es menos,
que no han de ser entrambos
echados a la piedra⁴². Pues veamos

de Eurídice el linaje,
el consorcio, la unión, el maridaje
de sus progenitores.
Otro ardid aquí ocurre, mis señores,
diciendo que fue hija del Peneo;
que a cada paso veo
achacar a los ríos
estos recientes partos o estos fríos,
y tenga esta belleza
en el agua estampada su flaqueza.

Ya, pues, mi Dios loado,
tiene la narración mejor estado;
no examinemos de ambos la crianza,
que es eso, para mí, pueblos en Francia⁴³.

Dejemos las mantillas,
trompos, muñecas, argolla, almohadillas⁴⁴
y, en edad más madura,
vea Orfeo a su ninfa en la espesura
(censure el que quisiere,
que yo puedo ponerla do quisiere).
El mozuelo cantaba,
no como quiera, así se las pelaba.
Y, viéndola sentada,
la mejilla en la mano reclinada,
sin templar, sin toser, sin tomar punto,
rompió la voz el aire todo junto,
con que se vio asaltada
la ninfa y alterada;
procura levantarse,
diligenció ausentarse,

mas puso tal cuidado
el garzón al tonillo comenzado,
que quedó suspendida
y no bien levantada ni caída;
quedose en el estado
que llaman los poltrones recostado,
y más atenta escucha.
No quedó pez ni trucha
que, olvidando la concha y sus escamas,
mal vestidos de lamas,
no ondeen codiciosos
y procuren curiosos
gozar la suavidad de la armonía.
Eurídice, suspensa, se dormía
y Orfeo con secreto
pescómela el colet⁴⁵;
echola entrambas manos;
despierta dando gritos inhumanos,
lejos está la gente,
Orfeo es diligente;
después de otros fracasos
y tenerla en los brazos,
ella, menos esquiva y reportada,
un sí es no es de enamorada,
en aquestos trabajos
permite que los bajos
examine la vista,
y comenzó de Orfeo la conquista.
Ya con paso contado
a pintar a la ninfa hemos llegado,
porque fuera mal trato

el no poner retrato
de estos finos amantes;
el de Eurídice antes,
que después al mozuelo enamorado
llegará la ocasión de su traslado.
Era el folio primero
un airoso vaquero,
sayuelo guarnecido,
de oro entre sedas bien entretejido,
y pollera de lama⁴⁶
más vistosa que pintan a la Fama;
sin guardainfante estaba,
que entonces no se usaba;
enaguas tres traía
de delgado cambray, de cotonía⁴⁷
y ormesí otros dos pares⁴⁸,
con airones⁴⁹, con lazos y alamares,
éstas a un lado y el cambray tendido;
voy al último velo que perdido...
¡Jesús, y qué ignorancia
el pintar los países no de Francia!
Aunque países bajos,
estos son arrendajos⁵⁰
de lo que otros refieren,
mi modestia disculpen si quisieren,
o, si no, a troche moche⁵¹
haré el pintar la noche
y, la miel en los labios,
enmendaré, si quiero, estos resabios.
Mas importa muy poco
que me tengan por loco,

profano e impúdico,
y no quiero poner el punto en pico;
entre puntas y encajes,
de enaguas los embajes⁵²
percibí, noguerado⁵³,
pequeña proporción y, bien formado,
un botón de mosqueta⁵⁴
que adornaba curiosa una roseta
blanca, que parecía
que el pico del botón la desprendía.

Dos columnas de seda
guiaban de las basas la vereda;
mas yo que lo acechaba,
no vi dónde paraba,
porque Orfeo en los brazos la asegura
y entrose del jardín a la espesura.

Procuró resistirse;
no pudo desasirse
y la mano de esposo
la ofrece amante, tierno, amoroso.
Fue padrino el Peneo
y consumó su matrimonio Orfeo,
quedando consumido
con los favores el que antes tan rendido,
que en lances semejantes
o cuales son antes del antes
los más enamorados,
y después del después empalagados,
salió haciendo floretas⁵⁵,
que en los que han conseguido ya son tretas

La vista ella pasea
por él, que ya más tibio galantea;
mírale del copete,
sin dejar sin examen ni un juanete.

¿Ven cómo hemos llegado
a pintar al mozuelo enamorado?
Vaya, pues, de pintura
y comienzo (oye usted) desde la altura,
que me cuesta congojas
el tomar por las hojas
cuando copio un retrato,
y saldrá más barato
el tallar la cabeza,
que es el primor mejor de una belleza.
Boquirrubio, lampiño,
era más el muchacho que un armiño,
y se le vio en lo tierno,
pues, por sacalla a ella del infierno,
hizo aquella fineza,
forzada necesidad de su cabeza.
El resto de su talle,
como quieran llamalle,
(pecho, espalda, postura),
de buena compostura,
piernas muy bien formadas,
robustas por arriba y bien sacadas;
todo él muy bien tallado,
aunque el ser rubio me ha causado enfado.
De las manos asidos
y en lazos amorosos bien unidos

la selva paseaban
y a las flores las plantas atajaban.
Un áspid escondido
a Eurídice mordió; dio un aullido,
fue poniéndose yerta
y a corto espacio la imagina muerta.
El garzón, alterado,
se quedó boquiabierto y tan turbado,
que no supo decir un «¡Dios te ayude!»
que se dice a cualquiera que estornude.

Muerta Eurídice estaba
y Orfeo de pesar se las pelaba,
y entre un suspiro tierno
determina buscarla en el infierno.
Desciende por su esposa,
templó su violín, notable cosa,
pues cantando a compás dos seguidillas
salen a escondidillas
del calabozo Averno⁵⁶,
desatado en demonios el infierno.
Todas las rendijas
ocupaban notables sabandijas,
oyendo con cuidado
de la música el tono comenzado.

En pago del bureo
salió luego Asmodeo⁵⁷,
el diablo del amor y, muy galante,
procura consolar al tierno amante;
y mandó a sus sayones
que examinen los lóbregos rincones

del retirado centro,
sin que dejen alcoba o aposento,
cueva, desván, tejado
que no quede mirado,
y venga a su presencia
Eurídice, que quiere dar licencia
a que Orfeo la saque
y la lleve sin más traque⁵⁸.
Esto mandó y fue justo,
que hay demonios también de muy buen gusto;
no a lerdos le fiaron
la comisión, al punto la sacaron,
y le dicen: «Llevala
sin que volváis la espalda,
siempre ella ha de ir delante
y vos detrás por guarda vigilante;
mas si vuelve los ojos a miraros,
no hay si desahuciaros,
que no tendrán lugar las chanzonetas,
sonetos, seguidillas ni cuartetos;
esta vez se os perdona,
libre partid, cargad con la matrona».
Y en un ruido eterno
se cerraron las puertas del infierno.
¿Quién, señores, me niega
que ellos jugasen la gallina ciega?
Pues sin verse decían sus ternuras
e iban las almas hechas levaduras.
«Si me miras, te matas
—la dice Orfeo—, amor, y me maltratas;
si me miras, te ofendes.

¡Resístete, muchacha! ¿o no lo entiendes?»
Fuerza se hace la moza,
los ojos cierra en vista perezosa,
por verse entre vivientes
aprieta bien los dientes
y no puede con ello:
vuelve al soslayo el cuello,
echó al mozo los ojos
y, causándole enojos,
sin más mover la planta,
del suelo se levanta,
y en aquel mirar tierno
fue, sus pasos contados, al infierno.
Orfeo la miraba
y al demonio la daba,
diciendo: Irá contenta,
porque hizo su gusto muy exenta⁵⁹.
Pensó la disoluta
que era hijo de puta
y que, muy fino amante,
volvería al instante
a suspender horrisonas cadenas
y a divertir las penas...
¡Pues muy mal lo ha pensado,
que hay otras muchas y es chico pecado!
Que a usted la lleve el diablo
y a mí también, si verso, si vocablo
en buscarla gastare
y si más por usted me apasionare:
no quiero ser marido,
estese vuesarced donde se ha ido.

Alabado el suceso, celebraron todos el donaire con que doña Leonor le había contado y doña Lucrecia les dijo:

—Todo él ha sido muy bueno, y lo que mejor me ha parecido es la pintura de Lisena.

Había don Antonio compuesto algunas letras celebrando la hermosura de doña Leonor, y respondió:

—Yo tengo otra mejor, que cierto amigo consagró a una deidad a quien tiene rendida el alma.

Pidióronle la refiriese y, tomando el instrumento, cantó los siguientes versos:

Los donaires de Leonida
unos con otros compiten
y, apostando a ser mayores,
aspiran a un imposible.

Nadie celebra sus gracias,
pues decirlas no es posible,
si no es que la admiración
callando las solemnice.

Envidias de su hermosura
son veneración humilde,
que le ofrece quien la envidia,
diciendo no hay quien la imite.

Las aguas de Manzanares
sus cristales eternicen,
por que le sirvan de espejo
para que su rostro mire.

Y en ellas templen los rayos
de unos ojos que, invencibles,
triunfan siempre vencedores,
pues de lo que matan viven.

Contenta doña Juana de verle tan enamorado, por tener un rato de chanza, le dijo:

—Señor don Antonio, ¿qué nombre es Leonida?

Respondióle:

—Pregúnteselo vuesa merced a la dama toledana, pues su amiga doña Leonor le dio tantas penas.

Levantose don Enrico, diciendo:

—El intento ya está conocido. Metámonos en baraja y vámonos a acostar, que es tarde. Pasado mañana se abren las audiencias y jugaremos todos a carta vista.

Con esto, se retiraron a gozar el común descanso. Y el día siguiente se fueron los dos amigos a efectuar el casamiento de doña Lucrecia, y don Vicente le respondió tratase el suyo con doña Gertrudis. Aceptó el servirle, advirtiéndoles no salieran aquella tarde de casa y, venido a casa de doña Lucrecia, acompañado de un oficial suficiente para las cartas de dote y capitulaciones, después de haber ajustado la que tocaba a su sobrina, le propuso a doña Gertrudis el intento de don Vicente. No tenía padres, había criado una tía que al presente vivía enferma y deseosa de verla en estado; le respondió a don Alonso:

—Cuando yo no tuviera tantas experiencias como tengo de dos años a esta parte que ha que vivimos de puertas adentro, bastaba que vuesa merced apoyara los merecimientos del señor don Vicente para tenerme por contenta de ver a mi sobrina tan bien empleada.

Estimole el agasajo, ofreciéndosele para la carta de dote y lo restante que se le ofreciera. A lo cual dijo doña Lucrecia:

—En verdad que todas hemos de ocupar a vuesa merced, porque yo trato de casar a Antonio.

Diole el parabién, preguntándole quién era la desposada, y respondióle:

—Pregúnteselo vuesa merced a mi señora doña Juana, que es el dueño de todo.

Cumplió don Alonso con la debida cortesía, celebrando la igualdad de las partes y, ajustadas las capitulaciones y cartas, mientras se corrieron las capitulaciones, enviaron los contentos desposados joyas y galas en que mostraron el gusto de su buen empleo y, por estar doña Lucrecia tan recién viuda, se determinó se hiciese el desposorio de todas una tarde, convidando a las personas de mayor obligación, en particular las que habían de apadrinar las velaciones.

Doña Lucrecia llamó a una señora llamada doña Teresa Fajardo, a quien se le daba señoría. Don Alonso, a un Regidor de la Villa y don Vicente a un caballero del hábito de Alcántara deudo suyo. Y, para cumplir a un tiempo con la viudez y el desposorio, la vistieron a doña Leonor una saya entera negra, de felpa corta acuchillada, forrada en lama⁶⁰ de plata blanca, poblado el campo, y manga de punta de asientos de oro y abotonadura de diamantes. Desmintió con la mucha gala las sombras de la tristeza.

Las amigas, a su imitación, aunque se vistieron ricos vestidos, fueron de color honesto y, aunque se tenía prevenida cena para los convidados, por venir doña Teresa acompañada de cuatro señoras tituladas, le pareció a don Antonio sería más a propósito una suntuosa colación⁶¹, la cual se dio con majestuosa liberalidad a los convidados.

Y, para celebración de las bodas, todos los circunstantes, dándose por obligados de agasajos tan cumplidos, tomaron por su cuenta el festejar aquella noche los desposorios, corriendo por cada uno el desempeño en que se hallaban obligadas

sus cortesánias. Y así encargaron a doña Lucrecia dispusiese el modo como, entrando todos los circunstantes a la parte en el festejo, pues todos se hallaban obligados, no se excusase ninguno en franquear sus gracias, sin que costasen ni recateos⁶², ni ruegos de persuasiones, que son los que suelen deslucir lo más donairoso de las gracias personales.

Doña Lucrecia respondió con aquel su sazonado desembarazo:

—Pues vuestas mercedes fían a mi disposición el que de todas sus gracias haga una ensalada, digo que, siendo yo la primera que salga a la palestra, aunque desaliñados los donaires, daré principio a nuestra fiesta, advirtiendo que, en concluyendo con lo que me toca, tengo de citar de remate a uno de los caballeros presentes, para que, saliendo por mi fiador, no quede el puesto con quiebra, sino que se asegure la finca de que se mejora de crédito la dita⁶³ del festejo y, en cumpliendo el caballero a quien yo citare de remate para que satisfaga por mí, quedará a su elección el elegir para su desempeño una de las damas presentes, a quien citará para crédito de su buena paga, y la dama citará, en haciendo sus gracias, a otro caballero, y este, en cumpliendo con las suyas, a otra dama, con que el puesto no se hallará jamás desocupado del festejo que pretendemos. Y cerraremos la puerta a que no haya unas excusas melindrosas, que suelen ser feos lunares en los divertimientos y quieren pasarnos tal vez el melindre y la hazañería⁶⁴ por encogimiento o por mesurado recato, siendo así que, reventando de buenas ganas, quieren que se las paguen a precio de ruegos. Conque, reduciéndolo a porfía, es un desabrimiento penoso para los circunstantes y, aunque luego sea muy perfecto el donaire, como ha costado el porfiar, no sale tan bien parecido como cuando se franquea con apacible liberalidad. Y si tal vez no sale tan airosa la acción, la sazona tanto la voluntad y buena gana de quien la ejecuta, que la sube de quilates para la estimación y para el bien parecer. Con que desde luego quedamos todos los circunstantes obligados a sacar en público nuestras habilidades y donairosas gracias, sin que haya quien se pueda excusar, porque será hacer una ofensa a la persona que le citare de remate y un agravio a todos los circunstantes que, habiendo intervenido en el pacto y concierto, haya quien falte a lo prometido.

Alabaron todos la buena y prudente disposición de doña Lucrecia y, quedando debajo de una misma obligación todos para cuando fuesen citados, comenzó la señora doña Lucrecia, diciendo:

—Pues me toca el dar principio a este sarao, quiero referirle a vuestras mercedes unos versos de buen gusto que llegaron a mis manos, habiéndose caído de las de una dama no tan recatada en sus acciones como debía su modestia a sus progenitores, valiéndose del ser de preclaro nacimiento para poner en más costa los intereses de su desenvoltura. Quién fuese el galán que se los envió no lo sé; lo que no ignoro es que, por los versos, se conoce no era lerdo y que, sin ser sátira, pudo con su pluma quitar muchos hilvanes de vana a la señora que, por mostrarse interesada, dio permiso a que no se le guardasen todos los decoros debidos a sus prendas, que yo la conozco y tiene en todas calidades las que bastan para ser dignas de estimación. Los versos son los que vuestras mercedes oirán:

¡Qué gloriosamente ufana,
qué indignamente feroz,
Amarilis, te querellas
o te haces acreedor!

Pues, atento mi cuidado
a disculpas del deudor,
como quien, siendo tu gasto,
aún no ha cobrado un favor,

a tus querellas, amores,
respondo: ¿soy fiador
de tus cuartos, o por qué
es contra mí el antuvión⁶⁵?

Si de olvidos poco atentos
romas la resolución,

cura, señora, la herida
a costa del que la dio.

Esos ceños, Amarilis,
conmigo, ¿para qué son?
Si una es la naturaleza,
la unidad me distinguió.

Si contra los hombres todos
tomas la resolución
y no crees los nacidos,
búscalos en embrión.

¿De qué agraz has aprendido
el acedillo tesón⁶⁶,
esa contumacia, niña,
o ese desdén fanfarrón?

¿Por qué contra mi dinero
he de satisfacer yo
los despiques⁶⁷ del alano
o del perro el mordiscón?

Si es rabia, Amarilis bella,
o si el mastín te mordió,
pan bendito⁶⁸ te remedie,
ya no soy saludador.

Si pidieres sacramentos,
hasta el de la Extremaunción,
cuidadoso buscaré
remedio a todo dolor.

Mas de una rabia curar
con unturas del doblón⁶⁹
es milagro que lo alcanza,
muchacha, tu inclinación.

Los hombres siempre fingimos;
las mujeres, eso no;
y por eso adelantada
quieres la paga al favor.

Ya sabes que en niñerías
es un rapazuelo amor,
pues tengamos y tengamos
dinero y ejecución.

¿Qué mercancía encareces?
¿Sabes que en cada cantón
de esas calles hay su tienda
y en cada tienda un millón?

Lo principal exageras,
¿acaso cásome yo?
Y, si eres tan principal,
no vendas el pundonor.

Véndete al precio común
o pediré a un regidor
que, pues eres toda sangre,
te dé a precio de morcón⁷⁰.

O si no, ¿qué diferencia
para aquello de la unión
hallas en noble o vulgar,
en lo pícaro o señor?

Para el deleite quisiera
(esto para entre los dos)
verte de muy mala sangre
sujeta a la Inquisición.

Con eso se abaratará
del gasto tanta pensión,
y del gusto se aumentará
a las tres partes las dos.

La ejecutoria podrás
(pues haces de ella blasón),
mientras conmigo estuvieres,
prestarla a una información.

Si te busco es porque entiendo
que perdiste el pundonor
desde el punto que perdiste
de virgen la palma y flor.

Esto honrado ¿en qué consiste?
¿Exterior demostración
alegas? Física quiero,
ente real, no de razón.

¿Una quimera propones?
¿Sólo una imaginación?
¿Una apariencia soñada?
¿Una nada, una ilusión⁷¹?

Para mi gusto es muy bueno
eso que no se tocó.
Lo honradazo ¿quién lo abraza?⁷²
Lo noble ¿quién lo palpó?

Actos positivos sólo
para los hábitos son,
para ser del tribunal
o de un colegio mayor.

Los actos que yo pretendo,
(si bien positivos son),
son de sangre menos grana,
sangre de generación.

Si con estas circunstancias
me quíés a lo picarón⁷³,
verás qué ratos tenemos,
dueño de mi corazón.

Yo de balde no te quiero,
de lance sí y ocasión⁷⁴,
del dinerillo socorra
medio siendo a la afición.

En esotros devaneos
no se gasta mi vellón,
más que de la piedra fueras
legítima sucesión.

Con esto, Amarilis mía,
sabes mi resolución,
sepa la tuya este amante,
si consumamos o no.

Con grande aplauso celebraron los circunstantes los versos referidos de doña Lucrecia, porque, además de tener ellos en sí la sazón de estar hechos al uso, los repitió tan donairosamente, que no les pudo dar el poeta tanta alma como tuvieron

en su boca. Citó de remate, para que ocupase el puesto prosiguiendo su entretenimiento, a don Antonio que, dispuesto a la ejecución de lo que se le mandaba, hubiera comenzado el desempeño de lo que se le encargaba a no haber interrumpido doña Leonor la acción, queriendo volver por el crédito de las damas, a quien parece dejaba amancillado el romance referido y así dijo:

—Por cierto que en mujeres principales, que no atienden a lo mucho que se deben a sí mismas y atropellan por las obligaciones de su nacimiento, poniendo la mira en otros dictámenes o caprichos que salgan de los motivos que gobierna la voluntad, bien merecido es el castigo de atrevérseles a perder el decoro a su pundonor. Ellas dan licencia, con la poca estimación que hacen de sí propias, para que se les atrevan con desmesura los mismos que las respetaban con cariño.

A que respondió doña Lucrecia:

—¡Ay, amiga mía, y cómo no conoces que ese es achaque de que adolece la mayor parte de la Corte! Porque, ¿cómo pudieran muchas de esas damas, si no se aprovecharan de esos caprichos, bizarrear con tanta diferencia de galas como cada día inventa la ociosidad en la Corte?

Don Antonio, que estaba en pie, para proseguir con las obligaciones del sarao, les dijo:

—En controversia de cuestión que es tan indiferente como las que vuestas mercedes han levantado, bueno será entre a hacer las paces el arpa, porque si se ha de seguir la cuestión, hay tantos argumentos de una y otra parte, que no nos quedaría noche para festejar los desposorios, si se hubiera de atender a dar satisfacción. Y para que vuestas mercedes vean que todo consiste en opiniones en esta vida, les quiero cantar unas coplas más frescas que las que hizo aquel poeta grande a quien obligó Juanilla con su salida al prado, que a ese tiempo debió de desobligar a estotro para que fuese de diferente opinión.

Tocó el arpa y, en el mismo tono que se cantaban por las calles de Madrid generalmente alabanzas de las perfecciones de Juanilla habiendo salido al prado, dijo así:

Que salga al prado Juanilla,
nada al prado se le dé:
¿cuándo un papel de color
hizo chillar al clavel?

Si corrieren los arroyos
(aunque tengan que lamer),
será porque Juana en ellos
no quiera lavarse el pie;

que esto de enturbiar cristales
no es dificultoso, que
los empañará cualquiera,
mientras más sucia, más bien.

Corran las fuentes, si pueden,
que a todos hacen merced,
no por temor de Juanilla
han de atormentar la sed.

A sus líquidos cristales
dijo les da en qué entender
su blancura; ¡qué blancura,
que es solimán⁷⁵, si no es miel!

La nieve se huyó a los montes,
porque es cándida y tal vez
temió ver en desacatos
jugar Juanilla del pie.

¿Quién examinó la edad
a los jazmines? Y ¿quién
dirá que son muy rapaces
jugando arrima pared?

Juanilla ¿qué no se arrima?
Yo sé de ella, por mi fe,
que cada instante se arrima
y que juega al esconder.

De que gaste rabia el sol
no sé qué llegue a entender,
y que se está allá en el cielo
o se eche a rodar por él.

Juanilla se eche a rodar,
que eso suele apetecer,
y gasta rabias Juanilla
si quieren tenerla en pie.

Este romance le canta
a Juana, ofendido, quien
vio ultrajes del prado ameno
por una fácil mujer.

Señor poeta, en su vida
quiera, por su parecer,
hacer ofensa a las flores,
a las fuentes y al clavel.

No me sea mentiroso,
ni alas a Juanilla dé,
que para ofender Juanilla
tiene lo que ha menester.

Con grande aplauso se celebraron las coplas que cantó don Antonio, que, aunque no fueron muchas, por lo bien dispuestas, por la suavidad de su voz y destreza en el arpa, suspendieron tanto como admiraron a los circunstantes. Pues, valiéndose de la obligación del festejo, sin faltar al corriente entretenimiento, metió el montante con sus coplas para apaciguar la trabada cuestión que habían levantado las encontradas opiniones de doña Lucrecia y doña Leonor, con que quedó apaciguada la disputa, dejando a cada una en su albedrío para que siguiese su parecer.

Y, prosiguiendo las obligaciones del comenzado festín, citó don Antonio con una gran cortesía a la señora doña Gertrudis, para que, siendo el Iris de paz⁷⁶, acabase de serenar las paces. Y doña Gertrudis, obedeciendo con prontitud las leyes del festejo comenzado, propuso referirles unas octavas elegantes, hechas por uno de los mayores ingenios de España, aunque no conocido por poeta por la modestia de su profesión; las cuales octavas tienen por asunto describir el año en sus cuatro tiempos y, con bizarro donaire, comenzó diciendo:

A LA PRIMAVERA

En la parte del año más piadosa,
cuando el Toro en abril las cumbres pisa⁷⁷
y da, para vestir la selva umbrosa,
al prado flores y a las fuentes risa;
cuando del monte la estación frondosa
sin fábricas de yelos se divisa
y, puesta en libertad, la errante nieve
sediento el prado en arroyuelos bebe.

Cuando por ver el rostro a la mañana
de se sus cabañas salen los pastores
y, entre celajes de cristal y grana,
Céfiro asiste al parto de las flores⁷⁸,
la verde selva, que desnuda y cana,
resistió del invierno los rigores,

vuelve a mirar, compuesta en la corriente,
los nuevos rizos de la anciana frente.

Del monte al valle los arroyos corren,
que el blando aliento del abril desata,
sin miedo ya que las crecientes borren
las blancas huellas de sus pies de plata;
y los vestidos árboles socorren
la yerba que en los campos se dilata
con nuevas sombras cuando empieza el Toro
a dar bramidos por los campos de oro⁷⁹.

Las dulces aves, con alegre canto,
celebran las exequias de los meses
entre cuyo rigor callaron tanto,
que sus furias vencieron y reveses.
Vístense, desnudando el verde manto,
de la color del sol las rubias mieses
y al cielo muestran, sin lisonja alguna,
que son agradecidas en la cuna.

Los ríos, que del yelo en las prisiones
ni murmurar pudieron, ni quejarse,
con prisa, ya cristales ya vellones⁸⁰,
pretenden a sí mismos alcanzarse;
no suele tan veloz en las regiones
tártaras la saeta acelerarse
como camina, rota la cadena,
el agua libre sobre blanca arena.

Vio Guadarrama un tiempo coronada
de yelo y nieve su cabeza verde

y, con ramos y flores mejorada,
ve la corona que lucido pierde
y, en la vestida cumbre sosegada,
antes que alegre el claro sol recuerde,
oye, con dulces voces y suaves,
callar los vientos y cantar las aves⁸¹.

AL ESTÍO

En la parte del año más ardiente,
cuando el rigor del abrasado estío
hace callar la más sonora fuente
y enfrena el curso al más soberbio río;
cuando el ganado busca, diligente,
del árbol el reparo más sombrío
y están sin el favor de las mañanas
las flores secas y las mieses canas;

cuando el sediento labrador, cansado,
envuelto en polvo, con mortal congoja,
le muestra apenas el inútil prado
rastros de fuente que a beber se arroja
y sin alzar, corrido y porfiado,
la adusta cara con la fuerza roja,
en medio del cansancio y la porfía,
dobló la sed, creyendo que bebía,

montes de mieses yacen erizadas
a donde junio coronó la tierra,
coronas son al fin todas prestadas,
que igual peligro la mayor encierra,
en las rústicas manos abrasadas
las hoces mueven importuna guerra

al campo, que, pagando sus tributos,
recibe injurias y retorna frutos⁸².

Quiere el rocío reparar en vano
el último desmayo de la grama⁸³,
que fue en los dulces meses del verano
de fieras y hombres apacible cama.
Y en la séptima casa, soberano
el celeste león⁸⁴ furioso brama;
y, ardiendo el campo en sus madejas rubias,
al Austro⁸⁵ pide las primeras lluvias.

La tierra, que calló (sufrida y muda),
es toda bocas ya para quejarse
del sol, que si la viste y la desnuda,
del bien sí, no del mal quiere olvidarse;
la inculta selva, más agreste y ruda,
iguales al temor de desnudarse,
las soledades siente de las flores
y ausencias de los dulces ruseñores.

Nada recibe ser, nada florece,
siendo menor y más ardiente el día,
que como siempre en el incendio crece,
calienta más el sol que se desvía;
y el fatigado campo, que padece,
en llamas arde si en calor ardía:
que siempre son las gracias postrimeras
coger los trigos y abrasar las eras.

AL OTOÑO

En la parte del año más fecunda,
cuando entra por las puertas del estío
lluvioso octubre, en el otoño funda
nueva esperanza al labrador tardío:
que como rico en la cosecha abunda,
tardo en sembrar y, recelando el frío,
el campo le rogaba por septiembre,
con repetidas lluvias, que le siembre.

Formando nuevos surcos, el arado
penetra las espaldas de la tierra
y el tardo buey, con paso fatigado,
le mueve lenta aunque continua guerra⁸⁶.
Mayor descuido en el mayor cuidado
dejó en el campo que el tesoro encierra,
fiado al aire, al agua, al sol y al yelo,
que el hombre siembra lo que guarda el cielo.

Del monte deja el natural asiento
con las lluvias envuelta el agua clara,
que la velocidad del movimiento
a su pureza le salió tan cara;
y está el inútil campo tan sediento,
que en lo turbio del agua no repara
y, aunque la bebe así, por tantas bocas,
al ansia misma le parecen pocas.

Bajaron animosas las corrientes
que prenden en sus márgenes y arenas
la libertad risueña de las fuentes,
con soles julio, enero con cadenas,

mayor caudal le dieron las crecientes,
mas todas son al fin aguas ajenas;
y, aunque tan breve inundación la baña,
de medias flores viste la campaña.

Corre con más aliento y diligencia,
templado el aire que en agosto ardía,
haciendo a sus ardores resistencia
la humedad de la sierra que la envía
y en esta conocida diferencia
creció la noche y recogiose el día
y, aunque son todos pasos naturales,
siquiera fueran al partir iguales.

Dejando ya la sombra las ovejas,
la yerba buscan que les dio el octubre
y humilla sus vellones y madejas
la mansa lluvia que las moja y cubre;
de enero los temores y las quejas
medroso el árbol en la tez descubre
sus ramas viendo, sin poder vestillas,
con menos hojas, secas y amarillas.

AL INVIERNO

En la parte del año más helada,
cuando la sombra en el imperio excede
al claro sol y, en nieblas sepultada,
la menor luz al aire se concede,
hace tan corta el día su jornada
y tan presto la noche se sucede,
que en la estación ya lóbrega y sombría
primero acaba que comienza el día.

El pastor, temeroso y encogido,
a estrecho albergue sus ovejas llama,
porque no las sepulte en el ejido
de helada nieve la reciente cama;
y el aire a voces, con igual ruido,
gime en las selvas y en los montes brama,
y son en ellos, cuando enero empieza,
cristal los pies y plata la cabeza⁸⁷.

Las aves no despiertan el aurora
como acostumbran, dulces y suaves,
que en tiempos tales, cuando el campo llora,
comer y no cantar quieren las aves;
y cuando la inclemencia vencedora
retira al puerto las soberbias naves,
resisten en los árboles más altos
del viento en paja y pluma los asaltos.

Cuanto se mira son montes de nieve,
que los traslada el viento por instantes,
como otras veces con violencia mueve
de Libia las arenas inconstantes;
ya el pasajero a caminar se atreve,
ya parecen los árboles gigantes,
no ve la industria de librarse modo,
si es todo nieves y peligros todo.

En techos de cristal viven los ríos,
quejosos, aunque callan, del invierno,
moviendo por los cóncavos sombríos
el lento paso de su curso eterno;
la furia temen de los meses fríos,

mas, con industria y natural gobierno,
ahora callan para dar con ella
al tribunal de mayo su querella.

Los tristes campos, que vistieron flores
y escarcha y nieve temerosos visten,
si de julio sufrieron los ardores,
al frío enero en vano se resiste;
si el aire, el sol, los velos y calores
en deslucirlos sin piedad insisten,
padezca alegre quien lograr espera
venganzas de la fértil primavera.

El sol templa, ablándanse los yelos,
las flores vuelve el mismo que las lleva,
risueños muestran su piedad los cielos,
nace en octubre una esperanza nueva:
desátanse los muchos arroyuelos,
todo lo muda el tiempo y lo renueva
y, para sí, con su poder alcanza,
que, siendo el mismo, es otra la mudanza.

Tan elegantemente repitió las octavas doña Gertrudis, que los aplausos que la dieron los circunstantes fueron diciendo que, aunque estuviera todos los cuatro tiempos del año representando las circunstancias de su variación, les pareciera breve espacio para su entretenimiento. A que respondió la entendida señora:

—Bien conozco que he sido larga y, si es motejarme de cansada, culpen vuestras mercedes al poeta, que si él hubiera gastado menos versos en la descripción de los cuatro tiempos, a mí me hubiera excusado la tarea de tomarlos en la memoria y a vuestras mercedes el cansado enfado con que les he sido molesta, cuando era mi intento el agasajarlos.

A lo cual respondieron todos dándole el vitor⁸⁸ de cortesana y entendida, admirando la buena elección que había tenido en encomendar aquellos versos a la memoria, de que algunos de los circunstantes le pidieron traslado para eternizarlos en las suyas. Liberal, se le ofreció a todos, y principalmente a don Vicente, su amante, citándole para que ocupase el puesto del entretenimiento comenzado, el cual se dio por favorecido de que su dama fiase el desempeño de sus gracias en su persona. Y así dijo, dándose por entendido al favor:

—Siempre he oído decir que, estando dos instrumentos igualmente templados, en tocando el uno hace las mismas consonancias el otro. Siendo esto así, ¿cómo podrá mi espíritu diferenciarse de los alientos que le han dado los versos de mi señora doña Gertrudis?

Y así, tomando el arpa, cantó con gallarda destreza a la primavera, en un alegre tono, los versos siguientes:

Yo, verde mayo, me acuerdo
cuando fuistes bienvenido,
y con auroras y flores
tan galán como vos mismo.

De vuestros yelos se queja
el campo inútil y frío:
no hagáis, mayo, novedades,
y no tendréis enemigos.

Yo vi cuando conocían
montes y campos floridos
en vuestros ardientes soles
la vecindad del estío.

Y ahora, encogido y triste,
cuando os toca por oficio

vestir de flores las selvas,
vestís de nieve los riscos⁸⁹.

Y vuestro rigor obliga
que busquen los pajarillos
más defensas para el aire,
más plumas para los nidos.

¡Oh, qué burlados quedaron
los que buscan, ofendidos,
de las injurias del año
el reparo y el abrigo!

Ni es razón que a los arroyos,
humildes y fugitivos,
después de prisión tan larga,
les pongan segundos grillos⁹⁰.

¡Oh, qué bien entre las aves
sonaron en los oídos
las canciones de las fuentes
y las voces de los ríos!

Del más dulce ruiñeñor
que alegre a buscaros vino,
las más amorosas voces
ya son apenas suspiros.

Campos, arroyos y selvas,
altos montes y sombríos,
os desconocen presente
y os buscan como perdido.

¡Volved, mayo, a lo que fuiste
en vuestros verdes principios,
dejad a los meses locos
nieves, furias y peligros!

Estos versos, sin cantarlos,
Lisardo a mayo le dijo,
mirando montes de plata,
de escarcha y nieve tejidos.

Sin dejar el arpa de las manos, antes mudando el pasacalle para nuevo tono, no dio don Vicente lugar a que aplaudiesen damas y galanes el desempeño con que airosamente los había festejado, diciendo:

—Ya propuse a vuestras mercedes lo de los instrumentos templados igualmente, con que es preciso que el espíritu de mi señora doña Gertrudis, por quien vivo, me haya comunicado los alientos para imitarla, y así quiero alargarme a cantar otra letra, aunque en diferente tono, al mismo asunto de las mudanzas de la primavera, pues el año pasado vino tan desconocida, que sólo gozamos el nombre de sus meses, alargándose el invierno hasta el de junio⁹¹.

Las mañanicas alegres,
más dulces que las de abril,
frescas sí pero no frías,
en mayo las conocí.

Yo vi salir el aurora
con blanco y rojo matiz
cuando despierta las flores
el blando viento sutil.

Ya sale sin la corona
de la rosa y del jazmín,

para llorar en los campos
lo que solía reír.

Vidrio helado entre la nieve
es el clavel carmesí,
y las flores que, engañadas,
se atrevieron a salir⁹².

Y cuando mayo se muestra
más florido y más gentil,
de seco, más no de helado,
suele a los campos mentir.

Los días, años y meses
tienen su mudanza al fin,
y el que está desnudo y triste
vestido y galán le vi:

Si mayo sale furioso,
yo manso le conocí;
pero es poderoso y sabe
que todos le han de sufrir.

Estos versos a Lisardo
cantar a mayo le oí
y a un pastor que le escuchaba
riendo, volvió a decir:
¿Qué harán las mayas, Gil,
si los mayos se mudan así?
¿Qué diferencia y ventaja
harán a mayo en mudarse,
si ellas son mayas un mes
y todo el año mudables?

Y siendo sus libertades
las que siempre conocí,
¿qué harán las mayas, Gil,
si los mayos se mudan así?

Con gran gusto quedaron los oyentes, admirando la cuerda disposición de don Vicente, así en haber echado agua al fuego que había levantado la cuestión y controversia de las dos damas, como en haber dicho a la que festejaba su afecto cuán rendido estaba en su voluntad, pues no disponía en ninguna acción de seguirla, viviendo a imitación de sus alientos.

Acabados los aplausos que merecían sus prendas, tomó el arpa doña Juana, a quien don Vicente había citado con su súplica el tiempo que los circunstantes habían gastado en su alabanza. Y, antes de cantar, la prudente señora previno a los oyentes, diciendo cuán enemigas eran las damas de encontrar para sus empleos con hombres jugadores, que de ordinario es meter en una casa continua guerra y pérdida de hacienda, honra y vida; y que así les quería cantar una sátira contra los tahúres, que habiendo templado sonoramente, cantó lo siguiente:

Para reñir los tahúres
a mi pluma he dado alas;
no se me encogen, pues todos
son amigos de barajas.

¡Que haya quien juegue a los naipes,
habiendo juego de damas!,
pues, es mejor que con tantos
jugar un hombre con tantas.

Los que una vez han caído
en esta maldita plaga,
siempre veo que prosiguen,
aunque tantas veces paran.

En casa del tablajero⁹³
unos pierden y otros ganan,
mas esto no importa un cuarto,
que todo se queda en casa.

Las águilas más astutas
miran el sol cara a cara,
por si hay alguno que quiera
jugárselo antes que salga.

Los inocentes marchitos,
perdidos con flores varias,
quedándose sin un pelo
nos dicen que no son ranas.

En vuestras casas después
que os quedáis sin una blanca,
sabe lo que pasa el diablo,
Dios sabe lo que se pasa.

El perder vuestras haciendas
es la mayor ignorancia,
que a quien su caudal le juega
su entendimiento le falta.

Gozosísimas dejó doña Juana con sus cantados versos a todas aquellas damas, porque cada una vivía recelosa de peligro semejante como encontrar en su empleo la desdicha de haber de sufrir la ruina que trae a una familia un hombre jugador; conque, después de haber agradecido las gracias que le dieron de su buen gusto, citó a don Enrique para que prosiguiese con su acostumbrado donaire los entretenimientos del festejo.

Tomó el arpa don Enrique y, haciendo primero (como todos) la salva⁹⁴, previniendo a los circunstantes del asunto que había de referir, informó de esta suerte:

—He reparado, hermosísimas señoras y nobles caballeros, en que, siendo así que anda hoy tan valido en la Corte el sainete de las jácaras⁹⁵, no ha habido entre los circunstantes quien haya para su asunto tomádoles por desempeño: será por guardarse a sí mismos cada uno la decencia de la modestia y compostura natural, que parece se estraga con la desenvoltura de las consonancias que hace el tono de semejantes versos. Mas para que en este sarao no falte ni el plato de ese divertimiento, quiero cantar una que compuso un sazonado gusto⁹⁶ de esta Corte, que fue la que se sigue:

A Frazquilla la frutera
el Romillo de Pastrana
quiso pegarla con otra,
porque es su lengua navaja.

Dicen que habló descompuesta
de Juanilla, una muchacha
que la sirve y nunca huelga
más que el rato que trabaja.

El gznate del Romillo
cualquier agravio se traga
y, aunque un bofetón le peguen,
es mozo que no repara.

Mas ¡Dios nos libre del hombre,
si de Juanilla le tratan!,
porque es su hacienda la moza,
aunque él la tiene gastada.

Púsose descolorido,
miren cuáles son sus mañas,
que hasta la color del rostro
llevaba el jaque robada.

Llegóse bonito a ella,
y, sacando la afilada,
de oreja a oreja le yende⁹⁷,
de parte a parte le rasga.

Dejola chillando y fuese,
quedándose la cuitada
con dos fuentes en los ojos
y con un tajo en la cara.

Llevósele las narices
y es de su oficio privarla,
que perdiendo los cañones⁹⁸
no entrará más en la plaza.

Mientras con aguja e hilo
el cirujano llegaba
a detenella la sangre
que se iba a la deshilada⁹⁹,

al Romo sus compañeras
le culpan la vil hazaña
de que navaja pusiera
en una cara tal rasa.

Ya nada aprovecha —dijo
Benita la galiciana—
para conservar su rostro
ser la mujer descarada.

Ya yo he pasado estos tragos
y allá me hizo en la guanta¹⁰⁰
con una crisma mi hombre
decir que no era cristiana.

El diablo debió de darle
comisiones tan bellacas,
pues sin hacer los informes
me dio la cruz colorada.

Mas ya lo paga con otros
en el reino de las ansias,
donde el cabello les quitan
y hacen salirles las canas.

Pero, pues tienen los hombres
condiciones tan avaras
y lo han de dar en el rostro,
no hagan por nosotras nada.

Ya nos estiman en poco,
ya la que de ellos se ampara,
aunque sea la más justa,
nunca quieren sustentarla.

De tan malas compañías
otra cosa no se saca,
que a la marca que más quieren
le ponen luego la marca¹⁰¹.

Mas cuídese de esta niña,
porque está en la desgracia
el asiento recogido
y la sangre derramada.

Cósanle el rostro a dos cabos,
que después, más a la larga,
hablaremos de esta historia
que dejamos apuntada.

Con tan airoso desembarazo cantó don Enrique la jácara, que, a no conocer todos los circunstantes su modestia, compostura y asentado juicio, pudieran quedar con alguna sospecha de sus prendas, porque la representación de semejantes sainetes sólo parece que la entienden personas de menos obligaciones; antes le granjeó crédito de entendido y de que sabía dar a cada cosa su sentido.

Diéronle las gracias con aplauso general y él, haciendo una gran cortesía, citó a una señora de las tituladas, que había sido madrina, diciendo que a todos comprendía el concierto que habían tratado al principio de su festín y que así, puesto que con su asistencia honraba los desposados, que con sus gracias solemnizase fiesta que era tan suya. A que ella respondió, con sazonado donaire:

—Ya yo echaba menos el que vuestas mercedes (siquiera por la curiosidad) no habían valdóse de los de afuera para su fiesta, pues sólo la han compuesto hasta ahora de los de dentro de casa. Mas a fe mía que tengo de hacer vengadas a estas damas, dándole a vuestas mercedes un mal rato, que no durará poco, porque tengo de referir la Fábula del juicio de Paris, que por nuevamente escrita, ya que no por la representación, me persuado ha de merecer sus agrados. Ella es en esta forma:

Hécuba¹⁰², reina de Troya,
de cuyos muros sagrados
lloró la infeliz ruina,
por una griega y un parto¹⁰³,

pronosticándole en sueños
el infelice presagio,
que han de abrasarle sus torres
un infante y un caballo,

en Ida, monte eminente,
que de luces coronado,
es de los vientos fatiga,
es de los cielos descanso,

a Paris¹⁰⁴ mandó criar
donde vivía ignorado,
oculto ya en el retiro
y ya en la casa del campo.

Alcalde y legislador,
los pastores veneraron
por garnacha su pellico
y por vara su cayado¹⁰⁵.

Él, con sus manos lavadas,
si era en las disputas sabio,
para contárselo a todos
iba su firma volando.

Una tarde, pues, que el sol,
hipócrita de sus rayos,
los ocultaba modesto
y estaba al mundo abrasando,

Paris, entregado al ocio,
cerca de un chocho descalzo,
que en el agua de un arroyo
los pies se estaba lavando,

líquida lira de plata,
músico cisne del prado,
dando el cristal en las piedras
eran las guijas los cantos,

sus ojos el sueño apenas
sepultaba en ocio blando,
que es la quietud una dicha
que se goza sin trabajo,

cuando de beldades tres
(astros del cielo bizarros)
dulce rumor le recuerda
al intempestivo asalto.

Tienta los ojos temiendo
que fuesen del sueño engaños,
y conoció la verdad,
luego que se vio tentado.

Quién sois? —las dice— y al punto,
Juno¹⁰⁶, que estaba rabiando,
como si hablara por señas,
tomó por todas la mano:

—Yo soy aquella deidad
de quien, rendido y postrado,
el dios que rige los cielos
es marido más que hermano.

Es verdad que algunas veces
lo he cogido en malos pasos,
mas no me espanto, que es mozo
y lo hacen los pocos años.

Él cuantas ve, tantas quiere,
pero de ellas no hace caso,
que, en dando a una dama un perro¹⁰⁷,
la envía a espulgar un galgo.

Mas váyase donde quiera,
que después, tarde o temprano,
se viene a casa a pagar
la pensión de los casados.

Y vamos a lo que importa,
aunque no parece malo
el andarse por las ramas
quien va manzanas buscando:

las tres que ves esta tarde
el irnos al río trazamos,
que estarse siempre en el cielo
eso es bueno para un santo.

Para merendar, Mercurio¹⁰⁸
unos pasteles de a cuarto
de la Puerta del Sol trajo,
que se hacen allí extremados¹⁰⁹.

Mercurio, el dios muy amigo
de llevar siempre recados,
que es principal por su sangre
y alcahuete por su amo.

En pareciéndonos hora,
solas las tres, con los mantos
y sin coche, porque tengo
dos pavones¹¹⁰ enclavados,

disfrazaditas y haciendo
el ojuelo¹¹¹ castellano,
al Manzanares del cielo
con lindo calor llegamos;

cuando esta rubia manzana,
cuando este lucido astro,
bella exhalación dorada
llegó a mis faldas rodando.

«Que le dé a la más hermosa¹¹²»
en unas letras de cambio
escrito venía, letras
que todas las aceptamos.

Como ha de ser la más linda
dueño del pomo gallardo,
el ponerle buena cara
fue hacer el pleito más largo.

Por la manzana muy mal
de palabra nos tratamos
y, ya en las manos las uñas
tuvimos para el rebato.

Era el pleito por manzana,
y así no te cause espanto,
que siendo diosas las tres
cual fruteras nos tratamos.

Pero sabiendo que tú
eres fiel del peso sacro
de Astrea¹¹³ y eres gentil,
que no es todo fiel cristiano,

a que lo juzgues venimos,
nuestro alcalde te nombramos,
pues el tener buen juicio
ya se te ha puesto en los cascos¹¹⁴.

Reina soy de las riquezas;
y ya en mi favor aguardo
que te me vuelvas ligero
con el metal más pesado.

Palas¹¹⁵ te dará sus ciencias,
mas si, en mi poder fiado,
te doblas a mis promesas,
yo haré que sepas doblado.

El caudal es el dinero,
y así en el mundo reparo,
que al que no tiene caudal,
le tienen por mentecato.

Siempre sabe más el rico,
y esto es fácil de probarlo,
porque el pobre, como ayuna,
nunca puede saber harto.

Yo conozco muchos hombres
discretos y celebrados
que viven en un rincón
porque no tienen un cuarto.

Venus, madre del amor,
divino rey venerado,
de quien es cetro una flecha,
de quien es corona un arco,

beldad te dará gallarda
cuyos ojos, cuyos rayos
incendios serán activos
del noble pueblo troyano.

Mas, si de juzgar te precias,
no estimes el agasajo,
que perderás tu juicio
en estando enamorado.

Di, pues, cuál es más hermosa,
tu conciencia descargando,
y declara en mi favor,
pues buen parecer te he dado.

Calló Juno, y el mozuelo,
con ser un poco bellaco,
en tartamudas palabras
así les dijo, turbado:

—Hermosísimas deidades,
que os venís de vuestro grado
a que secretos divinos
penetre discurso humano,

ello es fuerza desnudarse;
id poco a poco dejando
al un lado los vestidos
y el decoro al otro lado.

Pues son delgadas las ropas,
no es mucho que en este caso
os las quite la codicia,
si sabe romper un saco.

De la belleza el tesoro
cabal he de registraros,
sin que un cuarto se me encubra,
sin que le falte un ochavo.

Salgan en vistoso alarde¹¹⁶
a ser vuestros miembros blancos
del cristal luciente envidia,
cándido desprecio al mármol.

Corred la cortina y vean
mis ojos vuestros milagros,
sin que ni el último velo
pueda servir de embarazo.

Con el debido respeto
os condena el primer fallo
a que os quedéis en pelota,
por si faltas puedo hallaros.

Mas ya obedecéis y yo,
de nuevos nortes guiado,
en mares de blanca leche
entrambas niñas embarco¹¹⁷.

Mas, Juno, ¿qué pies son esos?
Sin duda alguna que cuando
a Ío¹¹⁸ en vaca volvisteis
os quedasteis con los callos.

Larguillos son un poquillo
y de que encubran me espanto
unos pies con tantas faltas
siendo justos los zapatos.

Pues, ¿y las piernas? ¿quién tuviera,
para ser más estimado
pensamientos tan sutiles,
conceptos tan delicados!

Hacedles trampas a todos,
porque, al ver el desengaño,
será el echaros calcillas¹¹⁹
modo de lisonjearos.

Poco hermoso y mucho vello
está Palas enseñando,
tormenta corre lo lindo
en cuerpo que no está raso.

Sólo tú, Venus divina,
eres de belleza el pasmo
y, si con tus ojos flechas,
arroje el amor sus dardos.

Si Palas te desafía,
no excuses salir al campo:
mejor vencerás armada,
pues ya desnuda has triunfado.

Toma la joya, que no
la vendas, Venus, te encargo,
aunque en una cárcel veas
tal vez a Marte empeñado.

Quedóse Versus con él,
el cohecho¹²⁰ concertando,
y la hermosura de Elena
en parte le dio de pago.

Diosela Venus, y todos
nos dicen que la robaron:
sin duda que el recibir
un juez es como hurtarlo.

Ay, pobre Paris, ¿qué has hecho?
Mira, ¡oh joven temerario!,
que tu sentencia, con toda
Troya en la ceniza ha dado.

Juno y Palas, ofendidas,
a los troyanos juraron
que han de hacerlos pepitoria
o si no, huevos asados.

No se puede encarecer con palabras ni ponderar con todos los encarecimientos los aplausos y alabanzas que dieron los circunstantes al donaire, representación y compuesto desembarazo con que la señora titulada refirió la fábula que había prometido y quisieran que hubiera durado todo el tiempo que faltaba de la noche: porque, según los tuvo entretenidos, ninguno otro sainete pudieran elegir de mejor gusto.

Agradeció con cortesías cariñosas la noble señora los aplausos y citó con gran gala y despejo a don Antonio, pidiéndole cantase un tono que en otras ocasiones le había oído, de los celos de Anarda contra Nise, a quien parece miraba con agrado Belardo, su galán. Don Antonio, obedeciendo el mandato de la noble señora, tomó el arpa y dijo:

—No puedo hacer mayor lisonja a los circunstantes que prevenirlos tan buen postre como espero tendrán en oír cantar a la señora madrina que, si en la representación es única, en el cantar es Fénix¹²¹, que nadie hay que a los quiebros de su voz no quede encantado.

Y, tocando el arpa, refirió don Antonio los versos que le había pedido, que son los siguientes:

Llegó a los ojos de Anarda
Belardo con buena fe,
y caricuerda¹²² la halló:
celos debe de tener.

De ella se queja el zagal
y justa la queja es,
que sospechas sin razón
son desaires del querer.

Sin culpa le hace desvíos,
¿cómo no se ha de ofender?
Que ella los dé tan de balde,
costándole tanto a él...

Porque han dicho que, agradable,
a Nise¹²³ miró tal vez,
que, aunque hay querer con agrados,
hay agrados sin querer.

Quisiera Anarda en Belardo
un despegado desdén
con Nise, y acreditarle,
aunque incurra en descortés.

No es la misma permisión
en el hombre y la mujer,
que en ellos es grosería
lo que en ellas es desdén.

No hay quien se ponga en razones
con los celos y, pardiez,
gente que razón no escucha,
muy necia debe de ser.

Vedarle que a Nise vea,
si es cordura no lo sé,
que una hermosura vedada
dicen apetito es.

Sujeciones hay civiles;
basta Belardo, a mi ver,
que esté tan sujeto a Anarda
para que la guarde fe.

Esto es amor, en quien quiere
con lisura y sin doblez,
y así, obediente a tus ojos,
otros jamás ha de ver.

Esta palabra me ha dado
para que yo te la dé,
afianzándote su amor
lo que ha jurado la fe.

En acabando don Antonio de cantar las referidas coplas, habiéndoselas aplaudido primero el buen gusto de la señora madrina, traían consigo calificadas las alabanzas de los circunstantes que, en repetidas exageraciones, dieron agradecimientos así al buen gusto de la señora madrina como a don Antonio, por el buen rato con que les había entretenido.

Mas él, valiéndose de lo primero que había propuesto, puso el arpa en las manos de la señora madrina titulada, ejecutándola¹²⁴ para que cantase un romance que en otras ocasiones le había oído, en el cual daba un galán cuenta a su dama de la enfermedad que padecía, que, añadiendo a lo sazonado de las coplas el donairoso sainete de cantarlas su señoría, sería para todos la diversión de mejor gusto. Y, después de haber afinado el arpa, la señora condesa cantó así:

De no ver los esplendores,
Leonor, de tu lucimiento,
estoy con un sentimiento
y muchísimos dolores.

Y, si la fama inconstante
(aunque es parlera la fama),
calla que estoy en la cama,
dígatelo el consonante.

Dícenme que quien porfía
en atormentarme es,
Leonor mía, un mal francés
venido de Picardía¹²⁵.

Paciencia tendré y constancia
en sufrir este castigo
con valor, aunque yo digo
que esos son pueblos de Francia¹²⁶.

Porque, aunque la pena dura
me aflige con tal rigor,
no tengo, Leonor, dolor
que no venga a coyuntura.

No sé si crea al doctor,
mas si aquesta pena fiera
la causó la primavera,
vino con muy mala flor.

Aunque de otras ocasiones
recelan mis escarmientos,
viéndole hacer sacramentos
que han de darme las unciones.

Advertido determina,
por que mi flaqueza apoden,
que a la zarza me acomoden
como estoy hecho una espina.

Del más triste labrador
seguiré el afán severo,
pues desde hoy, si no me muero,
viviré de mi sudor.

Yo, aunque puedan castigarme,
ser quisiera en este afán
un asentista¹²⁷ galán
para saber levantarme.

Mas, pues me tienen a raya,
perdona, Leonor, y advierte
que, pues que no voy a verte,
importa que no me vaya.

En acabando de cantar la condesa, todos los circunstantes quisieran, a valerles, excusarse de sacar en público sus gracias, porque en todo género las sujetaron y rindieron a las de la señora condesa. Mas ella, con una modestia cortesana, les dijo:

—No será razón que festín tan autorizado tenga tan desabrido deajo; así por esto como por ser las noches tan largas, será razón que no levantemos de obra y, puesto que el señor don Antonio, por hacerme lisonja, sin merecerlo mis gracias, me ha puesto dos veces en ocasión de quedar desairada, le cito para que nos cante las coplas que hizo al retrato de su dama, que, aunque esté presente, ninguna de nosotras desprecia las alabanzas que aplauden sus perfecciones.

Mucho sintió don Antonio le obligase el precepto de la señora condesa a que repitiese en público unos versos que había hecho al recato de su dama, que aún no había tenido ánimo para ponérselos en la mano y que en ellos reconociese sus rendimientos. Mas, por no faltar a lo pactado en el primer concierto del sarao y por obedecer cortés el mandato de la señora condesa, tomó el arpa y cantó así:

El retrato del dueño
que él ama quiere,
oye, Leonor, y mira
qué te parece.

Todo el sol ajustado
viene a su pelo,
aunque digan le traigo
por los cabellos.

Son en ella sus luces
rubias y negras,
novedad que ha salido
de su cabeza.

Si la nieve me falta
para el retrato,
en la frente me aguarda
con lindo espacio.

Al mirarla presumo
que está suspensa,
porque siempre arqueadas
tiene las cejas.

Como matan mirando
sus ojos lindos,
me parecen milagros
y basiliscos.

Sus mejillas hermosas
de coloradas,
que las corren parece,
mas no se alcanzan.

Su nariz peregrina,
como no peca
en pequeña ni grande,
es muy perfecta.

Es un punto de nácar
su boca bella
y le vienen los dientes
como de perlas.

En su aliento oloroso,
por breve herida,
nunca el ámbar se muere
por más que expira.

Compitiendo en su cuello
el cristal blanco,
con la nieve vinieron
luego las manos.

Si es jazmín la blancura
del pie pequeño,
no lo juzga la vista,
que es chico pleito.

Lo que oculta el recato
no ha de pintarse,
que no quiero que en eso
se meta a nadie.

Ya mi amor, Leonor bella,
como es tan ciego,
por enviarte un retrato
envía un espejo.

A las primeras coplas que cantó don Antonio, muchos de los circunstantes oyeron las campanadas de la corte que tocaban a maitines, a que no se dieron por entendidos, por gozar más espaciosamente el entretenimiento de su gustosa diversión

y, dándole (en acabando de cantar) las gracias al noble caballero, correspondió con corteses agradecimientos, estimando las lisonjas que hacían a sus prendas, las cuales reconocía por menos capaces de los aplausos que les daba. Y dándose por entendido a las señas de las campanas, dijo:

—Grande ofensa hiciéramos a los señores desposados si, por gozar de entretenimiento tan gustoso, les priváramos de más parte de la noche que la que se ha gastado en el entretenimiento de nuestro festín. Es cierto que no lo llevaran bien, aunque su cortesanía lo disimula; y así, habiendo de quedar por alguno, quiero hacerles esta lisonja como tan servidor suyo, y no el menos interesado, suplicando a todos se ponga fin a nuestra fiesta, dejándola como comenzada para el día de la tornaboda¹²⁸, como lo hizo un poeta que, habiendo dado principio a la Fábula de Júpiter y Dánae, viendo que iba muy a la larga la historia, se contentó con escribir la mitad en un romance, prometiendo acabarla en otro, cuando se ofreciese nueva ocasión. Ese cantaré a vuestras mercedes para dar fin a nuestra fiesta, dejándome citado a mí mismo para el día de la tornaboda. Este es el romance:

Érase en tiempo que había
reyes de medio mogate¹²⁹
y que en las barbas se daban
todos con todas deidades.

Acrisio¹³⁰, un rey de así así,
si no un rey de medio talle,
majestad hoja de cinta
de algún imperio de naipes;

este, pues, rey de a paleta,
y perdónenme lo cabe,
o a la vergüenza en la argolla
pueden ponerme el lenguaje,

una hija tuvo, y luego
que la tuvo, toma y ¿qué hace?
va y viene, y en una torre
me la pone de pañales,

que no de patas, que entonces
no había vulgaridades,
por no haber salido aún
la Fábula de Apolo y Daphne.

Corrió al punto tempestad
de amas que la criasen
y, aunque tempestad corrió,
en leche estaban sus mares.

De la academia de Tetis¹³¹
médico era el vejamen,
reprobando obras que, aunque
no entendidas, muy bien saben.

En fin, una ama a quien cupo
la suerte del encerrarse,
se entró a servirle alimento
en la tal torre de Dánae.

Guardas la pusieron, y
las pusieron guardianes,
para que jurasen de Argos¹³²
con las dos, o renegasen.

Acrisio supo —y el cómo
no me toca averiguarle—
que un nieto suyo le había
de pegar con la del martes.

Y así, temiendo el buen rey
de su hija este desastre,
la metió monja en agraz,
debajo de siete llaves.

En este emparedamiento,
llegó a quince navidades,
y como llegó a sus quince,
con mis once he de pintarles.

Era su pelo un mar rubio
cuyas de oro olas brillantes
tal vez surcaba de boj
un peine a guisa de nave.

Su frente era perezosa,
con tan bello y gentil arte,
que en ella la flema pudo
ser hermosa y no culpable.

Sus ojos eran tan negros,
que pudieran ser bozales
a no asistirles dos niñas,
ladinísimos diamantes¹³³,

con cuya ceja la Francia
muy poco poblada yace,
y en ella era pedir pueblos
el pedir que no matase.

Su nariz, el propio Apolo
con bien de la tal me saque,
era ni grande ni chica,
era ni chica ni grande.

Su garganta, por lo blanca,
era de Borbón, y más que
por prenderla una valona¹³⁴
es su Sidonia y su cárcel;

lo demás que desde aquí
resta hasta dar con el talle
era de buen talle cierto,
era cierto de buen aire.

Lo que negaba a la vista
el adorno era admirable,
y sáculo de que no
lo dejaba ver a nadie.

Las que comúnmente llaman
piernas todos los vulgares,
eran bien hechas, y hechas
sin más obra que su carne.

El pie se estaba en sus cinco
puntos, justos y cabales,
que estarse en sus trece fuera
muy desaforado estarse.

La mano se me ha olvidado
de pintar, perdonarame
la ninfa, que aquesta vez
en blanco habrá de quedarse.

Pues su discurso no se
dormía en los ignorantes:
de las veras era el Lope,
de las burlas era el Cáncer¹³⁵.

Y de aquesta copia
ningún poeta se me ensanche,
que alguno de los dos sólo
entró por el asonante.

Lector mío, esta mi musa
es mala hembra, es mudable,
y por no entender con ninfas,
no he de acabar el romance.

Acabó de cantar don Antonio la media Fábula repetida, que celebraron con encarecimiento los circunstantes y sintieran más el acabar tan presto con su fiesta a no quedar con las esperanzas de que habían de volverse a juntar el día de las velaciones. Y, aunque antes del festejo referido les habían servido una suntuosa colación, dijo don Antonio con su acostumbrada bizarría:

—No será razón que salga ninguno de lo abrigado de salas tan apacibles sin que primero tome defensas para el sereno, que las noches de esta Pascua han sido rigurosas, y así, suplico a vuestras mercedes me den permiso para que les sirva con chocolate.

Aplaudieron todos su buen gusto, renovando en la opinión de todos lo merecedor que era del renombre de cortesano, con que el político caballero hizo señas a sus criados, los cuales entraron a breve espacio con fuentes de preciosos dulces de Portugal, compuestos de diferentes musarañas y juguetes de alcorza¹³⁶, que se llevaban los ojos.

Fue tan espléndida la colación, que las fuentes de dulces secos ocuparon todos los pañuelos de damas y galanes que se hallaron presentes, y de las sobras quedaron satisfechos los criados, los cuales entraron a un mismo tiempo con tantas bandejas de jícara de chocolate, que, sin ser necesario andar en cortesías ni cumplimientos, a un mismo tiempo hubo para que todos le tomasen.

No hay palabras con que encarecer los aplausos y agradecimientos que todos dieron a su bizarría y liberalidad. A que él respondió, con sumisiones corteses, no le afrentasen notándole de corto, que bien conocía lo había andado como vizcaíno a quien no se le había pegado nada de la Corte sino los gastos que traen consigo las pretensiones y la asistencia en ella por tantos días, donde se gasta las más veces la vida, la salud, los dineros y aun los vestidos¹³⁷. Que él, para darles buenas nuevas, les hacía sabedores de cómo volvería a su patria con un remiendo de que habían salido sus informaciones aprobadas del consejo, porque un paje del secretario le acababa de dar las nuevas; que le permitiesen, pues eran todos tan suyos, se atreviese su alegría en hacerlos a todos participantes de las albricias.

Diéronle la enhorabuena con grandes demostraciones de gusto los circunstantes y entraron de nuevo los criados con fuentes en que venían ricos pares de medias de seda, con ligas y guantes de ámbar bordados, mucha copia de bolsos de diferentes labores, así de ámbar bordados como de aguja y de red, muchas carteras y bigoteras de la misma materia, de suerte que alcanzó para todos el liberal agasajo y, después de haber repetido nuevos desempeños sus agradecimientos, dándose unos a otros gustosos abrazos de amistad, se despidieron. Las señoras madrinas tituladas tomaron sus coches. Los de dentro de casa se recogieron a sus cuartos, dejando sus esperanzas prevenidas para el día de las velaciones, en que se prometían nuevos festejos y, tan plausibles, que espero en Dios nos han de dar motivo para hacer la segunda parte de este libro¹³⁸.

LAUS DEO

NOTAS DE LA NOVELA OCTAVA

1 «Despidiente» es participio desusado de despedir, aquí en la acepción 3.^a del *DRAE*: «alejar a uno de sí mismo prescindiendo de sus servicios»; en este caso, de los consabidos requerimientos amorosos.

2 «Pensil». Dice el *Diccionario de Autoridades*: «rigurosamente significa el jardín que está como suspenso o colgado en el aire como se dice estaban los que Semíramis formó en Babilonia. Hoy se extiende a significar cualquier jardín delicioso. Díjose pensil porque está como pendiendo». El ejemplo de Calderón, en *La hija del aire*, parte 2.^a, jornada 1.^a, es enteramente revelador: «Hablen/ sus muros, de quien pendiendo/ jardines están, a quien/ llaman pensiles por eso».

3 «Piélago» aquí, por hipérbole, designación del caudaloso río, ya que piélago significa mar profundo o la parte más profunda del mar. Así el *Diccionario de Autoridades* recoge la siguiente acepción: «aquella parte del mar que dista ya mucho de la tierra y se llama regularmente alta mar. Tiene notable profundidad. Por semejanza se llama todo aquello que por su abundancia y copia es dificultoso de numerar o contar». Entiéndase aquí por la abundancia de las aguas referidas.

4 «Derrotadas», o sea, que habían perdido el rumbo, la dirección adecuada, a causa de los vientos.

5 «Vaqueros». El *Diccionario de Autoridades* los define de la siguiente forma: «aplicase regularmente al sayo o vestidura de faldas largas por ser parecido a los que los pastores usan, y entonces suele usarse como sustantivo», tal como aquí aparece. Cita un ejemplo de Quevedo: «tanto bergante ataca, / tanto bribón con vaqueros; / sólo yo D. Perantón / desenvainado me veo».

6 Todas estas palabras rigurosamente se refieren a vestidos de campesinos o de pastores. «Sayuelo» es una especie de camisa, de tela basta, usada normalmente como ropa interior; «avantales» son delantales usados por las campesinas y «corales» son adornos de coral, muy gustados también de las campesinas. «Patena», en sentido estricto, es lámina o medalla grande, con una imagen esculpida, que se pone en el pecho y la usan por adorno las labradoras.

7 «Armagasón», «cal y canto», es decir, el aparejo de construcción de mayor consistencia, ya que estos materiales proporcionaban la mayor solidez, en especial el argamasón, conjunto de guijas y grandes y sólidas partes de argamasa, con mortero hecho de cal, arena y agua, muy consistente cuando se seca.

8 «Luminarias» eran luces que se ponían en las ventanas, torres y calles en señal de alegría o regocijo. Las «cazoletas» daban un especial perfume que solía echarse al fuego en estos utensilios.

9 «Salva», aquí como saludo o señal de saludo.

10 «Hacer caudal» de una persona es tenerla en aprecio y estima, haciendo mucho caso de ella. Es frase figurada y de uso familiar.

11 «Quietar», aquí como aquietar, usando «quietar» por uno de sus compuestos, cosa muy frecuente en D.^a Mariana de Carvajal; «aquietar» se entiende como «sosegar, apaciguar, poner en paz y quietud»; en este caso, mantener la tranquilidad de la reina.

12 «Ya no se hallaban sin él». Es decir, no estaban a gusto, no se encontraban dispuestos, felices, se entiende sin él.

13 Es usual el empleo de singular por plural en el pronombre interrogativo «quién» en todos los autores del siglo de oro. En este caso D.^a Mariana de Carvajal sigue una línea perfectamente identificable, que va desde los poetas de finales del siglo XV hasta comienzos del siglo XVIII.

14 «Alcanzó a ver... alcanzó a ver», reiteración, probablemente inadvertida, que no se subsanó ni siquiera en las ediciones posteriores. Debemos respetarlo así.

15 Lise, es decir Lisena, es adornada de varias metáforas por aposición: Aurora de los montes, Diana de las selvas y Amaltea de las flores. Se entiende por Diana a la diosa de tal nombre, hija de Latona y hermana de Apolo, reina de la caza. Entregada a este ejercicio varonil, acabó por volverse insensible a las dedicadas inclinaciones propias de su sexo, de forma que ninguno de los pretendientes que intentó conseguir su amor pudo lograrlo y por eso se otorgo a Diana el sobrenombre de «casta». La historia del personaje está llena de frustraciones, entre ellas que la misma diosa, acostumbrada como estaba a dar caza a los más feroces animales, empapando muchas veces la tierra con su sangre, tenía por esta misma razón un carácter salvaje y se entregaba sin escrúpulos a cualquier acto inhumano, de lo cual es ejemplo palpable la muerte de Acteón.

Por Amaltea hay que entender a la cabra que amamantó a Júpiter cuando fue llevado clandestinamente a la isla de Creta para evitar la venganza del dios Saturno.

16 Es decir, a quien me provoca tal pasión amorosa; de «cuidado» en el sentido de preocupación amorosa, tal como se consolida en la poesía de cancionero desde el siglo XV.

17 Entiéndase «salir a la paga» como hacer frente a la deuda, contrarrestar económicamente la victoria del otro.

18 «Carnestolendas», compuesto de dos términos, carnes, más el gerundio del verbo latino «tollo, sub tuli, sublatum». Significa literalmente «que han de ser evitadas las carnes»; o sea tiempos de cuaresma, precedidos del carnaval, inmediatamente anterior a la cuaresma que, como es sabido, concluye el miércoles de ceniza.

19 «Libreas» son vestidos uniformes que usaban las cuadrillas en los festejos públicos así señores como criados.

20 Los «atabalillos» son tamborcillos o tamboriles que suelen tocarse en las fiestas públicas, sobre todo desde la Edad Media hasta el XVIII.

21 El «balandrán», también llamado «ropa», es definido por el *Diccionario de Autoridades* como «vestidura talar ancha que no se ciñe y por la parte que cubre los hombros penden de ella unas como mangas perdidas largas; hácese de paño u otro género de lana y usan de ellos los colegiales y eclesiásticos dentro de casa para su abrigo y comodidad».

22 Entiéndase por «cosas de papelón» aquellas que aparentan más de lo que son en realidad.

23 «Polla» equivale aquí a pequeña gallina pintada.

24 «Como», con valor causal, tan frecuente en D.^a Mariana; o sea, porque la veían melancólica.

25 Entiéndase «aprehensiva» en el sentido exacto de imaginación. Se estimaba en el saber popular que la imaginación de un loco es de lo más potente que existe en el mundo.

26 «Verdugados», «guardainfantes», «tontillos» o «tontitos» son vestidos femeninos que ya hemos ido describiendo en estas notas. Cfr. *Infra*.

27 O sea, tan fuera de sí, tan sin sentido.

28 La «paila» es bacía grande o vasija de metal redonda y poco profunda. Solía hacerse de cobre, azófar o hierro y servía, según el *Diccionario de Autoridades*, «para lavarse los pies y otros miembros».

29 La «camuesa» es definida así por el *Diccionario de Autoridades*: «especie de manzana algo pálida; tiene junto al tronco del que pende unas rayas que van creciendo cuando se van secando. Es muy sabrosa, suave

al gusto, olorosa sin agrio alguno y muy medicinal». El padre Guadix, citado por Covarrubias, dice que es nombre arábigo y que significa pecho de mujer.

30 «Ligaduras», entiéndanse como vendas o cintas con que se apretaba en cirugía.

31 «Serenero» es gorro capirote que sirve para la defensa del sereno, o sea, la humedad de que durante la noche está impregnada la atmósfera.

32 «Feudo irremediable» es respeto o vasallaje, rendimiento que no se puede superar o remediar jamás.

33 La alcazarra es la especie de recipiente comúnmente llamada «botijo», «porrón» o «nomames», con algunas variantes de forma; quiero decir en cuanto a la forma externa. El *Diccionario de Autoridades* la define como «cantarilla de barro blanco, labrada curiosa y delicadamente, para beber agua y conservarla con alguna frescura».

34 Nótese la recurrencia, redundancia e inseguridad en las expresiones. Todo para emplear el eufemismo «dar a luz» por «parir», que aún no se había consolidado como lexía en el castellano del siglo XVII; de ahí las repeticiones del texto, en frases como «parir a la luz y había dado príncipe de Escocia», en que se juega con «dar a luz» y «parir», hoy enteramente sinónimas.

35 «Jugar unas cañas», «jugar a las cañas con alguno» —dice el *Diccionario de Autoridades*— era poner a un paciente en una plaza, desnudo y atado a un palo y, corriendo con caballos con una caña en la mano, al pasar por delante del miserable se la tiraban, como si fuera lanza, al cuerpo y, a puros golpes, le mataban. Fue uso de los moros y lo practicó algún rey cristiano. Llámase también «acañaverear»: «E llevando así al rey de Granada para lo jugar a las cañas, de su propia mano le tiró una lanza, que le pasó el cuerpo». Así dice el Arzobispo D. Francisco Valero en Carta pastoral, cit. *Diccionario de Autoridades*, volumen I, pág. 129.

36 «Colonias y tejones». Entiéndase aquí «colonia» como cinta de seda lisa y de dos dedos de ancha aproximadamente, que sirve para adorno, y «tejones» como «trozos de oro en pasta». Se trataba, pues, de una jaula ricamente engalanada.

37 «Cuando», en este caso con claro valor concesivo: aun cuando.

38 «Emperezado», es decir, lleno de pereza, retardado, dilatado.

39 Los personajes mitológicos a que aquí se refiere son muy conocidos en la historia de la mitología que todos comprendían en la España del Barroco. Por tanto, D.^a Mariana no se siente en la obligación de explicar las historias. Hagámoslo sucintamente nosotros. Peneo es el rey Peneo, dios-río de Tesalia, padre de la ninfa Dafne, la amada de Apolo, y esposo de la náyade Creusa. Es el que transforma en laurel a Dafne cuando es perseguida para violarla por el dios Apolo. Desde ese momento el laurel será propio de dioses y poetas y Dafne quedará como ninfa representativa de la virtud.

- 40** «Esmalte» es lustre, esplendor, adorno. Entiéndase, en sentido figurado, como añadido o adorno perfectamente prescindible.
- 41** «De hoz y coz», o sea, completamente, por entero, sin reparo ni miramiento. La recoge el *DRAE* como locución adverbial.
- 42** «Echados a la piedra» es tratados sin miramiento.
- 43** La expresión «pueblos en Francia» incide en la vacuidad y en lo poco valioso. Véase la nota 81 de *La industria vence desdenes*, novela 7.^a de esta misma colección.
- 44** Estos juegos y distracciones juveniles e infantiles eran muy frecuentes en la época: el trompo, la peonza, etc. La argolla es el «juego en que se pone clavada en tierra una punta o espiga de hierro que tiene por cabeza una argolla, dicha comúnmente aro, con unas rayas hechas al borde de uno de los lados de ella, y con una pala acanalada se tiran unas bolas a embocar por ella, que si se meten por donde no tiene las rayas, no sólo no se gana, pero es necesario tirar otra vez a deshacer lo hecho». Así dice el *Diccionario de Autoridades*, que ejemplifica con el *Persiles* de Cervantes. También se citan elementos de trabajo y distracción a un tiempo, como las almohadillas sobre las que cosen y bordan las mujeres sus labores infantiles y juveniles.
- 45** Coger a alguien o pescar a alguien el colete es sujetarlo de forma que no pueda escapar, según refiere el *DRAE*.
- 46** La «pollera de lama» es «brial o guardapiés que las mujeres se ponían el guardainfante, encima de la cual se asentaba la basquiña o saya». Dijose así por la semejanza que tiene con el cesto en el que se crían los pollos. Así lo recoge el *Diccionario de Autoridades*.
- 47** «Cambray, de cotonía». «Cambray» es «tela de lienzo muy delgada y fina, que sirve para hacer sobrepellices, pañuelos, corbatas, puños y otras cosas». La «cotonía» es definida por el *Diccionario de Autoridades* como «cierta tela, hecha de hilo de algodón, ordinariamente blanca con sus labores de realce o de gusanillo, de que se hacen colchas, almillas y otras cosas». Viene del italiano «cottonne».
- 48** «Ormesí». Dice el *Diccionario de Autoridades*: «tela de seda, casi del mismo modo que el chamelote, aunque más delgada, que hace con la prensa unos visos que llaman aguas».
- 49** «Airón» es adorno de plumas que solía ponerse sobre cascos, sombreros, gorras, etc., de las mujeres.
- 50** «Arrendajo» vale aquí como remedo o copia imperfecta de algo.
- 51** «A troche moche», de trochar y mochar, es expresión adverbial con el significado de disparatada e inconsiderada mente.

- 52** «Embajes», formado por la preposición «en» y el adjetivo «bajo», en este caso sustantivado como posverbal. Viene a significar «la parte baja de las enaguas», empleado ahora como sustantivo plural.
- 53** «Noguerado», adjetivo que usa D.^a Mariana con mucha frecuencia para referirse al color oscuro como el de la madera de nogal.
- 54** «Mosqueta» es rosal de flores blancas, pequeñas, de color almizclado, tal como hemos constatado en alguna otra ocasión.
- 55** «Floreta» es, en la danza española, movimiento que se hacía con ambos pies juntos.
- 56** «El calabozo Averno», entiéndase el infierno mitológico, lugar que habitan los espíritus de los muertos; o sea, infierno como lugar de los condenados por la justicia divina.
- 57** «Asmodeo». Se trata de una de las varias designaciones del diablo. Es personaje que aparece en la *Biblia*, en especial en el *Libro de Tobías*, que cuenta la historia de este personaje diabólico, que hizo morir sucesivamente a los siete primeros maridos de Sara, hija de Raquel. Entonces Tobías pide a Sara en matrimonio y ambos vencen al demonio con la oración y la penitencia. En bastantes obras del siglo de oro aparece el nombre de Asmodeo como equivalente a diablo, para no repetirlo; tal sucede, entre otras, en *El diablo cojuelo*, de Luis Vélez de Guevara.
- 58** «Traque barraque», vale decir «razones sin fundamento con que no se disculpa», según recoge Gonzalo Correas en su famoso *Vocabulario*.
- 59** «Exenta» entiéndase libremente, con total desembarazo, no sometida a restricción alguna.
- 60** «Lama» (del francés «lame») es tela de oro y plata en que los hilos de estos metales forman el tejido y brillan por su haz sin pasar al envés.
- 61** «Colación» vale aquí como refacción de dulce, pasta y, a veces, fiambres con que se obsequia a un huésped o se celebra algún suceso.
- 62** «Recateos» (por regateos), aquí como reparos o excusas que se ponen para la ejecución de algo.
- 63** «Dita» es aquí «persona o efecto que se señala como garantía de un pago».
- 64** Por «hazañería» debe entenderse «cualquier demostración o expresión con que uno acertadamente da a entender que teme, escrupuliza o se admira, no teniendo motivo para ello».
- 65** «Antuvión» es, según el *Diccionario de Autoridades*, «golpe o acontecimiento repentino». El texto lo entiende como sustantivación jocosa de una forma adverbial que significa inopinadamente, repentinamente, con precipitación. Aquí «el antuvión» tiene ya entidad propia como sustantivo en aumentativo.

- 66** Por «acedillo tesón» debe entenderse «inflexibilidad agria y poco grata al gusto». Se trata, por tanto, de una actitud displicente por parte del personaje en cuestión.
- 67** «Despique» es «satisfacción que se toma de una ofensa o desprecio que se ha recibido y cuya memoria se conservaba con rencor». Se atribuye a perros. Entiéndase, pues, despiques y mordiscos a traición inferidos por perros vengativos.
- 68** «Pan bendito» vale aquí por cualquier cosa que, cuando se reparte entre muchos, es recibida con gran aceptación.
- 69** «Unturas del doblón»: corrupción o soborno dinerario sin más. Untar todavía se entiende como sobornar a alguien. Si las «unturas» se hacían con doblones, que eran monedas muy valiosas, se trata de sobornos muy cuantiosos.
- 70** «Morcón» es embutido hecho del intestino ciego o tripa más gruesa normalmente que la morcilla y, por ende, también a base de sangre. De ahí el sentido de este texto.
- 71** Estos versos tienen una clara reminiscencia del famoso monólogo de Segismundo en *La vida es sueño*, de Calderón: «una sombra, una ilusión/ y el mayor bien es pequeño/ que toda la vida es sueño/ y los sueños sueños son».
- 72** «Honradazo» es lo ejecutado a mucha honra, el recto proceder llevado al extremo: no lo palpa ni lo toca quien lo practica.
- 73** «A lo picarón» entiéndase «de manera descarada, traviesa, taimada e incluso falta de honra».
- 74** «De lance y ocasión» dicese de lo que se compra barato, aprovechando una buena coyuntura.
- 75** «Solimán» es sublimado corrosivo de color muy blanco. El *Diccionario de Autoridades* lo define como «azogue sublimado». Se usó hasta bien avanzado el siglo XX, pues servía para blanquear el rostro femenino. Las mujeres utilizaron solimán como cosmético hasta los años cincuenta del siglo XX.
- 76** «Iris de paz». En la mitología clásica Iris es la mensajera, que interviene en múltiples leyendas para llevar mensajes de los dioses, a los hombres o viceversa. Normalmente es la enviada de Hera, de la cual a veces aparece como criada o aya. Se representa con una amplia túnica, flotando en el aire, con alas en las espaldas y el caduceo en la mano.
- 77** Este texto es una clarísima imitación, incluso por vía intertextual, del comienzo de las *Soledades* de Góngora: «Era el año la estación florida/ cuando el mentido robador de Europa...».
- 78** O sea, el vientecillo suave, la brisa del amanecer llamada céfiro. Se personifica así para asistir al nacimiento matutino de las flores.

79 Habla del Toro como el signo de Tauro, por alusión al Minotauro, en pleno mes de Abril, en que parece dar bramidos intencionados, como si de un ser personificado se tratara.

80 «Cristales... vellones», o sea, ya hechos agua transparente (cristales), ya convertidos en espuma (vellones), por la similitud de la espuma con las lanas o vedijas de carneros y ovejas. Repárese en las tópicas metáforas, auténticos lugares en la retórica del siglo XVII, que D.^a Mariana utiliza ya como material de uso común.

81 Se trata de un texto gongorino donde los haya, deliberada imitación de la *Soledad primera*, incluso en el ritmo de los versos bimembres: «callar los vientos y cantar las aves» recuerda enormemente el arte consolidado de Góngora.

82 Entiéndase la labor del segador, que con sus hoces mueve inoportuna guerra al campo, el cual recibe las injurias de las hoces y devuelve, por el contrario, el fruto del trigo a la hambrienta Castilla de 1660.

83 La grama es definida por el *Diccionario de Autoridades* como «hierba que produce unos ramillos que se extienden por la tierra, divididos de trecho a trecho por ciertos nudos o coyunturas, echa muchas raíces compartidas también con nudos. Las hojas son duras, puntiagudas y semejantes a las de la caña pequeña», etc. etc. «El último desmayo» hay que verlo aquí como personificación, por el último rastro, estertor de la verdura.

84 Entiéndase «león» por Leo, el signo del zodiaco que abarca los últimos días del mes de Julio.

85 Austro es el viento del sur; de ahí que con este nombre se designe también al propio punto cardinal, al Sur.

86 Entiéndase el trabajo del buey, que tira del arado lenta pero constantemente y lo hace penetrar en las espaldas personificadas de la tierra, en las sementeras.

87 Se recurre, como de costumbre, a las tópicas metáforas, por agua fría y hielo, respectivamente.

88 «Vitor» es aquí metafórico aplauso de alabanza y aprobación; del «cartel o tablilla en aplauso de una persona por alguna hazaña, acción o promoción gloriosa». Se trata aquí de la recitación de los consabidos poemas.

89 Se refiere a un mes de Mayo de fríos retrasados, como suele suceder algunos años en las tierras castellanas.

90 Es decir, que os aprisionan con nuevos hielos en el mes de Mayo.

91 Se describen aquí estas usuales alteraciones climatológicas: *nihil novum sub sole*.

92 Insiste D.^a Mariana de Carvajal en un tópico de la literatura del Barroco: las flores que se atreven a nacer demasiado pronto y que mueren por ello temprano. Decía Góngora: «claveles del Abril, rubíes tempranos». Quevedo escribe en un famoso soneto: «La mocedad del año, la ambiciosa/ vergüenza del jardín, el encarnado/ oloroso rubí, Tiro abreviado,/ también del año presunción hermosa,/ la ostentación lozana de la rosa,/ deidad del campo, estrella del cercado,/ el almendro, en su propia flor nevado,/ que anticiparse a los calores osa»... Todas esas flores, todo ese complejo jardín, es un mundo que se atreve a salir demasiado pronto y que por ello se agosta pronto, y son reprehensiones para la mujer que se atreve a ofrecer demasiado pronto los frutos de su propia belleza. En el texto de D.^a Mariana la rosa y el jazmín lloran en los campos lo que solían reír. El viento helado entre la nieve, como clavel carmesí, las flores que, engañadas, se atrevieron a salir y murieron con los fríos. Ese sentido de la flor que se atreve, que sale demasiado pronto, es un auténtico tópico en la literatura del siglo XVII, en especial en Góngora y Quevedo.

93 «Tablajero» lo define el *Diccionario de Autoridades* como «dueño de la casa de juego o garito donde se juntan algunos a jugar; a cuyo cargo está dar naipes, dados etc.». Se entiende también el que con frecuencia va a jugar al tablaje o garito; por tanto el garitero, o sea el jugador. La palabra recoge aquí ambos sentidos: el que tiene la casa de juegos y el que va a jugar allí. Al perderse el término «tablajero» se importó el galicismo «croupier» que hoy usamos.

94 Entiéndase por «hacer la salva» pedir la venia para hablar o para presentar una cosa; en este caso, para tocar el arpa y cantar.

95 «Sainete de las jácaras». El gusto por los romances alegres, acompasados de música regularmente para cantar o bailar, se había impuesto en la sociedad del siglo XVII, de lo cual este es ejemplo suficiente.

96 Entiéndase un poeta, un ingenio cortesano de gusto y estilo expresivos.

97 Su lengua afilada («la yende»), o sea, la hiende, la traspasa; de «hender» como «abrir o rajar un cuerpo sólido, sin dividirlo del todo».

98 Por los «cañones» se entiende las defensas; en este caso, de la fama o de la honra.

99 «A la deshilada» es frase adverbial, con el sentido de «a empujones», «con rapidez», «sin poder cortarse la sangre». De la locución adverbial con que se decreta la marcha de alguna tropa cuando van los soldados uno tras otro.

100 «Guanta», en germanías, casa de mujeres públicas, o sea, prostíbulo.

101 «Marca», aquí prostituta, expresión de germanías, tal como recoge también el *Diccionario de Autoridades*.

102 Hécuba, viuda de Priamo, durante el sitio de Troya había presenciado la muerte de casi todos sus hijos; al caer cautiva de los vencedores correspondió en suerte a Ulises, a quien detestaba. Este, por su parte, no

guardaba remordimiento alguno, por la edad ni el rango ni las desventuras de la ilustre troyana. Habiendo embarcado los griegos con rumbo a su país, se detuvieron en las costas del Quersoneso, en Tracia, para tributar al divino Ulises exequias fúnebres. Se apareció la sombra del héroe y les anuncio que, para salir felizmente de allí, no tenían más remedio que inmolar a Polixena, la hija de Hécuba, que en otro tiempo le había sido prometida en matrimonio. Los griegos no titubearon en dar cumplimiento a esa voluntad. Polixena fue sacrificada y su madre, Hécuba, presencié el doloroso holocausto. La venganza de Hécuba fue terrible: arrebatada de furia, penetra en palacio, se precipita sobre el asesino, le arranca los ojos y le hubiera quitado la vida si los satélites del rey se lo hubiesen permitido. Los soldados la arrojaron fuera de palacio y persiguieron a pedradas. Hécuba, fuera de sí, corrió tras las piedras, convertida en «perra». Al querer abrir su boca para lamentarse de su destino sólo pudo proferir aullidos.

I03 «Parto», aquí se juega con el doble sentido: «parto» como nacimiento o natural de Partia, región de la antigua Persia.

I04 Paris, hijo de Hécuba. Antes de su nacimiento ésta tuvo un sueño maravilloso: soñó que llevaba en su seno un tizón encendido que prendería fuego al palacio y a toda la ciudad. Preguntado el oráculo sobre el sentido de esta visión, dijo que la reina daría a luz un hijo que causaría la destrucción de su patria. Después de esta revelación Priamo encargó a uno de sus oficiales que hiciera desaparecer al recién nacido, pero este, movido por las lágrimas de Hécuba, se limitó a llevarlo al monte Ida y confiarlo a unos pastores, que lo ocultaron y cuidaron de su educación. La fama de Paris fue tan grande, que llega a la corte celeste y se constituye en uno de los personajes más conocidos de la mitología griega.

I05 Es decir, por gran vestidura talar, propia de consejeros y jueces. El pellico es vestidura propia de pastores, que estiman como vara de mando el que era simple cayado o bastón de pastor.

I06 Juno es el nombre de una diosa griega. Era hija de Inaco y del titán Crono, posteriormente esposa y hermana de Zeus, según la mitología clásica. Señora de cielo y tierra y protectora de los reinos y los imperios.

I07 «Dar un perro», ya explicado, es engañar, dar plantón, tal como recoge el *DRAE*.

I08 Mercurio, nacido en Arcadia, sobre el monte Cilene, era hijo de Júpiter y de Maya. El mismo día de su nacimiento se sintió ya tan robusto y apuesto, que luchó con Cupido, lo derribó de una zancadilla y le robó su carcaj. Mientras los dioses lo felicitaban por su victoria, hurtó la espada de Marte, el tridente de Neptuno, el ceñidor de Venus y el cetro de Júpiter, y estaba a punto de escamotear el rayo, si el temor de quemarse los dedos no se lo hubiera impedido. Hicieron que fuese arrojado del cielo y entonces fijó su residencia en Tesalia. Apolo se dedicaba a guardar los bueyes del rey Admeto, cuando a Mercurio, que también era como él pastor, le pareció cómodo apropiarse de un rebaño sin gasto alguno. Para ello se aprovechó del momento en que Apolo recordaba sus amores pastoriles, tocando la flauta. A partir de ese momento empiezan las aventuras y desventuras de ambos personajes, que se constituyen en una de las historias más completas y significativas de toda la mitología grecolatina.

- 109** «Extremados», entiéndase por su calidad; de «extremado» como sumamente bueno en su género.
- 110** «Pavones enclavados» son coches brillantados, situados en lugar preciso.
- 111** «Ojuelo» castellano, aquí con el sentido de andar solícito y atento para conseguir o ejecutar una cosa que se desea.
- 112** Alude a la leyenda de Paris que ya hemos comentado. Ver nota 104.
- 113** Astrea es hija de Zeus y de Temis, múltiples veces identificada con la justicia.
- 114** «En los cascos», vulgarismo por «en la cabeza»; del sentido de «cascos» como cráneo, caja del encéfalo.
- 115** Palas Atenea, diosa hija de Zeus y de Metis, protectora de las artes, la cultura y todo lo bello en general.
- 116** «Vistoso alarde», ostentación y gala, en este caso de las respectivas bellezas.
- 117** Entiéndase, que sumerge las niñas de sus ojos en la blancura de los cuerpos, hiperbólicos y metafóricos «mares de blanca leche».
- 118** Ío fue sacerdotisa de Hera, de la cual se enamoró Zeus y, una vez consumado su deseo, la transforma en una hermosa vaca, para evitar las sospechas de su hermana y esposa.
- 119** «Calcillas». Dice el *Diccionario de Autoridades*: «Llama el vulgo a los pequeños de cuerpo en quien sobresalen mucho los calzones». Era un diminutivo claramente despreciativo; o sea, el poner calzas que os tapen esas piernas será modo de lisonjearos; pues la tenéis tan feas, el tapáosla con calzas será lisonja y beneficio.
- 120** «Cohecho», aquí como negocio, asunto de pago; de la acepción de «cohecho» como «delito consistente en sobornar a un juez, a un funcionario, en el ejercicio de sus funciones».
- 121** «Fénix» es persona o cosa exquisita, única en su especie. Aquí se trata de un hiperbólico elogio de la madrina.
- 122** «Caricuerda». Dice el *Diccionario de Autoridades*: «con semblante mesurado y que muestra disimulo, es decir, cuerda o avezada o bien sentida de cara».
- 123** Nise era una de las cuatro ninfas que fueron cantadas por Garcilaso en las *Églogas*, donde aparece junto a Filódoce, Dinánede y Clímene.
- 124** «Ejecutándola», aquí reclamando su intervención, instándole a que cantara.

125 Nótese el juego de palabras, pues «mal francés» es sífilis y Picardía aparece también en su doble sentido, de región de Francia e intención o acción deshonesto o impúdica.

126 «Pueblos en Francia», ya explicado. Véase nota **43** de esta misma novela.

127 «Asentista» es el encargado de hacer asiento o contratar, con el gobierno o con el público, para la provisión o suministro de víveres u otros efectos a un ejército, armada, presidio, plaza, etc.

128 Fiesta que se celebraba al día siguiente de la boda; o sea, dejándola para el día siguiente de la celebración que ha tenido lugar.

129 «De medio mogate». El *Diccionario de Autoridades* define: «con descuido o poca advertencia en lo que se ejecuta, sin la perfección debida». Dicho de una vasija, que está vidriada sólo por el interior; aquí entiéndase de medio pelo, de escasa calidad moral, etc.

130 Acrisio era el padre de Dánae, a la cual tenía encerrada en una torre para que no engendrara un hijo que, según los augurios, había de destronarlo. Zeus burla la vigilancia, fecundando a Dánae en forma de lluvia de oro y Acrisio arroja al mar a su hija y a su nacido nieto Perseo, pero ambos se salvan. Años después, durante una competición deportiva, Perseo lanza un disco que, desviado por el viento, golpea mortalmente en su abuelo, que figuraba como espectador entre el público. Este es uno más de los típicos relatos de la mitología griega.

131 Tetis es hija de Urano y de Gea. Se la tiene por símbolo de la fecundidad de las aguas.

132 «De Argos», o sea, de personas muy vigilantes, guardianes cumplidores de su oficio.

133 Nótese el sentido barroco del texto. Sus ojos, en efecto, eran negros como bozales, salvo las niñas, se entiende de los ojos, que eran lindísimos diamantes, o sea, transparentes como el diamante y brillantes y refulgentes como el mismo.

134 «Valona» es cuello ancho y blanco.

135 No es inusual en D.^a Mariana de Carvajal el elogio a grandes autores de la época; en este caso cifra la oposición entre las veras (de Lope de Vega) y las burlas (de Jerónimo Velasco y Cáncer), ambos igualmente estimados, puesto que son capaces de convertir a los ignorantes en personas centradas y cultas. Su discurso no se dormía en los ignorantes: en las veras era Don Lope, en las burlas era D. Jerónimo de Cáncer, escritor de comedias burlescas, como es sabido. Esta disposición elogiosa aparece, pues, en D.^a Mariana de Carvajal como cifra de ponderación respecto a sus contemporáneos.

136 «Musarañas... alcorza». Son especies de dulces de figuras similares. Las «alcorzas» eran dulces cubiertos con una pasta de azúcar y almidón.

I37 Evidentes referencias autobiográficas de Mariana de Carvajal. Algo sabía de pretensiones cortesananas insatisfechas tanto por parte de su marido, el novelista Mateo Velázquez, como de ella misma.

I38 Promete una segunda parte que no apareció jamás y que acaso nunca la escribiera. No tenemos datos ni referencia por parte de ningún otro autor: Revisados los índices de libros prohibidos de entonces tampoco aparece, por lo que, hoy por hoy, hay que concluir que esta segunda parte nunca se escribió.



unas palabras sobre

Muchacha leyendo una carta, Johannes Vermeer,
ca. 1657. Gemäldegalerie Alte Meister, Dresde.

■ ■ ■ Mariana de Carvajal
y sus *Navidades de Madrid y noches entretenidas*

ROSA NAVARRO DURÁN

NAVIDADES DE MADRID,
Y NOCHES ENTRETENIDAS,
EN OCHO NOVELAS.

COMPUESTO POR DOÑA MARIANA DE
Caranajal y Saavedra, natural de Granada.

DEDICADO AL EXCELENTÍSSIMO SEÑOR D. FRANCISCO
*Eulobio de Peting, Conde del Sacro Romano Imperio, Varón de Obetz-
falquestein, Señor de Grosrichamb, Runiburg, y Vvischin,
Burgrauo perpetuo de Lienz, &c.*



Año

1663

CON PRIVILEGIO EN MADRID. Por Domingo Garcia Morúa.
*A costa de Gregorio Rodriguez, Impresor de libros. Vende en su casa
en la Calle de los Académicos, al Corral de la Cruz.*

Mariana de Carvajal nació en Jaén hacia 1610-1615; fue hija de don Álvaro de Carvajal, granadino, y de doña María de Piédrola, jienense. Su familia se trasladaría pocos años después a Granada, en donde se casó hacia 1635 con don Baltasar Velázquez, alcalde de hijosdalgo en la Real Chancillería. Su primer hijo, Rodrigo, que nació el 5 de junio de 1640, estudiaría Leyes en las universidades de Alcalá y Salamanca y recibiría el hábito de Santiago. Cuando su marido entró a formar parte del Consejo de Hacienda, se trasladaron a Madrid. Doña Mariana enviuda el 2 de agosto de 1656, y su situación económica es tan mala que escribe un memorial al Rey, en donde cuenta cómo «muerto el dicho su marido, habiendo servido veintitrés años a Vuestra Majestad, sin dejar hacienda alguna y dejando tres hijos varones y seis hijas, la suplicante se halla con mucha necesidad y sin tener con que poder

acudir al sustento y crianza de ellos»; solicita la pensión de doscientos ducados que se le había concedido antes a su marido, y así se le otorgará. En 1664 se celebra en Granada en casa de su hijo Rodrigo una academia literaria, en la que también participa otro de sus hijos, Francisco; pero como no interviene en ella, se ha deducido que tal vez hubiera ya muerto. Un año antes, en 1663, se publican en Madrid, por Gregorio Rodríguez, sus *Navidades de Madrid y noches entretenidas*, en ocho novelas, que dedica a don Francisco Eusebio de Petting, conde del Sacro Romano Imperio, embajador del emperador Leopoldo I ante la corte de Felipe IV.

El marco narrativo de las ocho novelas

Fray Juan de Valdelomar, al aprobar la impresión de *Navidades de Madrid*, dice que ha «admirado que haya en el recogimiento de una mujer estilo para que con sus honestos divertimientos dé materia para deleitar, aprovechando a quien le leyer». Y, en efecto, hoy las ocho novelas siguen divirtiendo y aprovechando aunque de otra forma a como lo pensaba el censor, porque nos entretienen y nos dan curiosos datos sobre la vida cotidiana del tiempo vivido por Mariana de Carvajal. En su epístola al lector, la escritora le promete «un libro de doce comedias»; esa obra dramática nos es hoy desconocida, aunque tal vez duerma aún en algún lugar en espera de que alguien la descubra.

Mujer de azul leyendo una carta, Johannes Vermeer, ca. 1662. Rijksmuseum Amsterdam



La acción se localiza en Madrid, y enseguida el narrador presenta a una ilustre dama, doña Lucrecia de Haro, casada con don Antonio de Silva, y a su hijo don Antonio, «bizarro mancebo, cortés y bien entendido», los personajes principales del marco que engarza los relatos. Boccaccio creó el modelo, y muchos autores de novelas –relatos breves– siguieron ese camino: el interior de una mansión como espacio, un grupo de personas en amigable conversación y una circunstancia que justifica esa reunión amistosa.

No es raro que la mujer presida el espacio doméstico, porque en él reina; y tampoco lo es que la novelista jienesa vaya a situar en su centro a una viuda, doña Lucrecia de Haro, porque ella lo es. La circunstancia que inventa para el relato de las novelas será precisamente la muerte del marido, «un caballero anciano y enfermo»; la casa está cerca del Prado, tiene cinco cuartos principales y un hermoso y gran jardín. En esa



Bodegón con dulces y recipientes de cristal, Juan van der Hamen y León, 1622. Museo del Prado, Madrid.



Dos mujeres en la ventana, Bartolomé Esteban Murillo, 1670. National Gallery of Art, Washington

amplia mansión viven, además de la propietaria y su hijo, en dos de los cuartos interiores, «dos hermosas y principales damas», doña Lupericia y doña Gertrudis; en los del patio, dos caballeros vizcaínos, don Vicente y don Enrique, y en el último, se irá a vivir otra viuda, doña Juana de Ayala, con una hermosa hija de diecisiete años, doña Leonor.

La mudanza de esa viuda será el motivo de la presentación de los personajes al visitarla, y también el de manifestarse la rivalidad entre dos de los caballeros, don Enrique y don Antonio por el amor de la bella joven; porque don Vicente estaba ya enamorado de doña Gertrudis, que le correspondía. Mariana de Carvajal, conocedora de la máquina teatral, nos presenta a dos parejas habitando ese espacio exterior a los relatos, una ya está formada y otra aún está por hacer, dependiendo de la elección de la hermosa dama a la que los dos galanes pretenden. Vemos muy bien que don Antonio tiene muchas más probabilidades que su rival de ser elegido por doña Leonor, como así será; pero es ese ligero enfrentamiento el que da cierta entidad al marco, a ese espacio narrativo que envuelve la materia novelesca. Precisamente ésta nacerá del deseo de doña Juana de entretener a doña Lucrecia tras la muerte de su marido; esos relatos están puestos en boca de los ocho personajes, los moradores de la casa: cinco mujeres y tres hombres.

Viven dos años todos en amistosa relación, hasta que llega un riguroso invierno y muere el anciano enfermo, que deja a su hijo como heredero de treinta mil ducados, «y a

su esposa por albacea y tutora». Se dice enseguida que el luctuoso hecho ocurre «a los últimos de octubre» (adelantándose un poco a ese crudo invierno del relato), y se deja un tiempo para el luto; hasta que las Navidades dan excusa a doña Juana, la otra dama viuda, para organizar el entretenimiento y las cenas de los cinco días de Pascua; y es ella la que distribuye las noches, a partir de la de Nochebuena, entre los otros cuatro huéspedes de la casa, que van a ser así narradores de sucesos: doña Gertrudis, don Vicente, doña Lupercia y don Enrique. Tras oír «La Venus de Ferrara», «La dicha de Doristea», «Del amante venturoso», «El esclavo de su esclavo», doña Lucrecia queda tan «picada del gusto» que decide seguir con las fiestas y las novelas, y se ofrece a ser ella la que cuente el siguiente caso y ofrezca la cena. Será «Quien bien obra siempre acierta» su relato, que presenta como contado por su difunto marido, y su hijo don Antonio seguirá narrando la noche siguiente otro: «Celos vengan desprecios».

Al acabarlo, doña Juana promete contarles al otro día «un suceso de una dama toledana que en algún modo servirá de ejemplar para que estas señoras no sean mal acondicionadas, pues sucede muchas veces que las mujeres terribles pierdan su ventura, o, ya que la tengan, vivan mal casadas». Y, en efecto, «La industria vence desdenes» nos ofrece la historia de una bella muchacha, doña Beatriz de Almeida, hija de un noble portugués, que vive con su madre viuda, arruinadas por la pasión del juego del difunto caballero, y que so-



Las escenas mitológicas tienen mucha presencia en algunas de las novelas que integran *Navidades de Madrid y noches entretenidas*. En la imagen, *Venus y Adonis*, Tiziano, 1554. Museo del Prado, Madrid



Plato con limones, cesta con naranjas y taza con una rosa, Francisco de Zurbarán, 1633. Norton Simon Museum of Art, Pasadena, California

breviven bordando. Esa situación penosa le impide aceptar el galanteo de un inteligente joven, don Jacinto, sobrino de un acomodado canónico, y está a punto de condenarse a la infelicidad; ella, con su tozuda esquividad, es quien tiene la mala condición a la que se refería la narradora de la historia. Es, sin duda, la mejor de las ocho novelas, en donde vemos el poder del amor, que lleva a las puertas de la muerte a uno y otro enamorado, pero también gustamos de la recreación de una deliciosa atmósfera de cotidianidad.

Queda una última dama, la bella doña Leonor, y su relato: «Amar sin saber a quién»; y esa historia localizada en Esco-

cia y entre reyes contrasta con la anterior, que transcurre en Úbeda y en Toledo, pero comparte con ella una recreación exquisita del tempo lento: apenas sucede nada en los dos relatos, sólo el amor aparentemente imposible entre una dama y un caballero, y la disolución del impedimento con el final gozoso. Y, sin embargo, en ambas es donde brilla la filigrana novelesca de Mariana de Carvajal. Las tramas de los relatos suelen ser escuetas, directas, sin apenas meandros narrativos ni tampoco excesiva originalidad; la novelista jienense pisa fuerte con su arte en los momentos de espera, en el tempo sostenido, en los entresijos del día a día, en las pequeñas artimañas para seducir.

Doña Leonor conquista también a su auditorio, como a nosotros, los lectores de su relato; y sus amigos le piden que siga por lo bien que cuenta, por su donaire, por su viveza. Como les prometió decir la «Fábula de Orfeo y Eurídice», lo hace, diciendo en los versos: «Canto por divertirme; / el que quiere, pues, podrá seguirme / y, si no le contento, / arrimarme a un ladito. Va de cuento.»Y empieza el canto de la fábula mitológica burlesca, que bien puede no ser de la escritora jienense, como no lo son, sino de un poeta aragonés, José Navarro, algunos de los poemas desenfadados que forman parte de la fiesta final con que se cierra la obra al culminar la historia amorosa del marco; porque, como era de esperar, don Antonio, el hijo de la señora de la casa, se casará con la bella e ingeniosa Leonor.



Mujer escribiendo una carta, Gérard Ter Borch, 1655. Mauritshuis, La Haya

Retratista de interiores

Mariana de Carvajal es una cuidadosa retratista de interiores, de sus detalles, de jardines, trajes, comidas, adornos, pinturas, de lo que eran las alhajas de las casas. Gracias a su extraordinario arte descriptivo vemos una bañera o unas fuentes llenas de dulces o un cuadro de san Jerónimo, mesas, bufetes bajos, braseros olorosos, búcaros dorados, finos pañuelos de Cambray, guantes de ámbar; u otra vez admiramos y envidiamos hojaldres, roscos, quesadillas o cómo toman chocolate, cómo baila con castañuelas una chacona una criada o cómo juegan a las damas.

Una monja, tía de don Enrique, le manda cuatro fuentes para que pueda regalar a sus vecinos; basta ver lo que hay en una



La fábula de Orfeo y Eurídice se narra en 'Amar sin amar a quien' una de las novelas incluidas en *Navidades de Madrid*. En la imagen, *Orfeo sacando a Eurídice de los infiernos*, Jean Baptiste Camille-Corot, 1861. Museum of Fine Arts, Houston, Texas

de ellas para asomarse al arte descriptivo de doña Mariana: «una costosa y bien aderezada ensalada, con muchas y diversas hierbas, grajea y ruedas de pepinos, labrada a trechos de flores de canelones y peladillas».

O contemplar el cuadro de san Jerónimo, que pinta para el cardenal, don Pedro, el tío de Jacinto, protagonista de la deliciosa «La industria vence desdenes»: «Pintó a una parte jaspeados y peñascosos montes, y a otra hermosos y pintados cuadros de silvestres florecillas; árboles cubiertos de silvestres frutas; arroyos que por la verde y menuda hierba parecían enroscadas culebras de rizada plata; muchas aves y diversos brutos; y a la boca de una espinosa gruta, el glorioso Santo, de rodillas sobre una peña, salpicada de la sangre que le caía del herido pecho al golpe de la pizarra, con que infundía a un mismo tiempo temor y admiración».

No le va a la zaga la minuciosa descripción que hace de una receta medicinal Enrico, el rey de Navarra, que por amor se hace pasar por un criado entre bufón ingenioso y simple para conquistar el amor de la bella princesa Lisena. Para curarla del desmayo de la caída al agua, dice que «en una paila, se ha de echar cantidad de vino, unos sarmientos y cogollos de romero; y en hirviendo, habéis de empapar una sábana, cuan caliente se pueda; y desnudándola hasta la camisa, la envuelvan en ella, y cárguenla de ropa para obligarla a sudar», y luego precisará la infusión que le deben aplicar al corazón. El lector olvida la distancia que había entre él y la historia

Mancebo, Bartolomé Esteban Murillo, 1656. The National Gallery, Londres.

Costurera, Velázquez, 1640. National Gallery of Art, Washington.

de reyes y princesas, y se ve junto al lecho de la bella joven desmayada queriendo aprender la receta por si le puede ser útil en el futuro.



Pero no sólo triunfa Mariana de Carvajal en estas descripciones, sino en mínimas escenas que muestran la mirada femenina, como cuando don Pedro quiere ver lo bien que le sienta a su sobrino el traje que el sastre le ha ajustado: «Cuando volvió, como le halló vestido, le mandó que se paseara. Llegó hasta la puerta, y cuando volvió hacia él, le hizo una airosa y despejada cortesía».

A veces es como si el lector fuera espectador de escenas teatrales: ve bailar a los personajes, los oye cantar, e incluso los ve representar pequeñas farsas, como la que interpreta don Vicente para mostrar públicamente el amor que siente por doña Gertrudis. Se ata un pañuelo en la cabeza, otro en una pierna y dos en los brazos y entra en la sala ayudado de don Enrique y de un criado, fingiendo que llega herido; las damas se asustan, y su amigo les cuenta cómo es un niño el que le ha herido en el corazón; la cura está en mano de un ángel, que no es otro que su dama. La risa de todos corona la deliciosa escena, y muchas veces llenará el espacio del marco con el gusto por el agradable e ingenioso entretenimiento.



Mariana de Carvajal, como doña Lucrecia, la dama viuda, o Leonor, la bella joven –sus personajes preferidos– sabe contar; lo hace con donaire, con gracia. Ellas quieren ser aplau-

didadas por la forma en que lo hacen, no por el contenido de sus relatos, y lo logran, como la escritora jienense. Doña Lucrecia es «aguda de dichos y se preciaba de ser cariñosa y entretenida»; y tal vez no fuese demasiado atrevimiento apuntar que su creadora debía de pensar de sí misma algo semejante.

El teatro no era ajeno a la novelista, como ella misma nos dice al mencionar sus doce comedias. Además no hay más que leer la primera novela, «La Venus de Ferrara», para ver cómo sus personajes asisten a la representación, en «un teatro con muchas y bien dispuestas apariencias», de la *Fábula de Venus y cupido en los jardines de Chipre*; el colofón lo pone un «carro de música» que da principio «a la sonora armonía».

Fiestas galantes, diversión cortesana en las novelas y en el marco narrativo: elegante entretenimiento de damas y caballeros en espacios bellamente recreados. Aunque no deja de verse en ellos alguna sombra, como la afición al juego del padre de familia, que condena a todos a la miseria, y allí están entonces las mujeres bordando para sobrevivir.

Un motivo literario y apuntes del natural

Las novelas no presentan una trama compleja ni tampoco novedosa; precisamente en los momentos en que apenas sucede nada es cuando se ahonda en el análisis psicológico de

Natureza morta, caixa com potes, Josefa de Obidos, 1660. Museu Nacional de Arte Antiga, Lisboa



los personajes y cuando la atmósfera que envuelve a hechos y personajes cobra importancia; y es en ese terreno en donde Mariana de Carvajal nos cautiva.

En tres de las novelas desarrolla un mismo motivo literario: el intento de violación o de asesinato de una dama en un bosque, y su salvación por un generoso y valiente caballero, que acabará casándose con ella. Las circunstancias que rodean la escena varían, pero el hecho dramático es el mismo. Y el sentimiento que causa más peripecias o las soluciona son los celos; cuando son desconocidos, llevan al desastre, a la enfermedad, a las puertas de la muerte a los enamorados; cuando son provocados, abren el camino para la resolución del conflicto.

Lo que más atrapa al lector no son esas escenas bien conocidas, sino situaciones que muy verosíblemente podían ser

apuntes del natural; por ejemplo, la creada por el soberbio hijo bastardo de un caballero –cuya madre es una bella esclava de la casa–, que abofetea a su hermanastra por su supuesta deshonra y luego planea matarla para vengarse de su desprecio. Cuando el corregidor obligue al viejo caballero a vender a su esclava (la madre del joven), él le da la libertad y siente muchísimo separarse de ella; llamará a un cirujano para que le quite el clavo y la casará con un mozo carpintero de Granada, que acepta el trato a cambio de una generosa dote.

Algunas de las novelas suceden en Sevilla, o los personajes son de Úbeda o de Córdoba, aunque también de Ferrara, Milán o Escocia; no falta un relato de cautivo que arranca de Zaragoza y Barcelona, como si la lectura del *Quijote* (uno de los protagonistas es un Torrellas) y de la novela del *Abencerraje y de la hermosa Jarifa* (hay un caballero moro que cumple su palabra como lo hizo el moro Abencerraje) le hubiera dado la idea de la combinación a Mariana de Carvajal. Como dice doña Lucrecia: «Todo es menester para divertir las horas del invierno, que, a no estar tan entretenidas, no se pudieran llevar las noches». El agradable entretenimiento se adereza con pinceladas cotidianas, con poemitas cantados, con reflexiones del día a día, con objetos descritos en artísticos bodegones literarios.



Mujer escribiendo una carta y criada, Johannes Vermeer, ca. 1670. National Gallery of Ireland, Dublín.

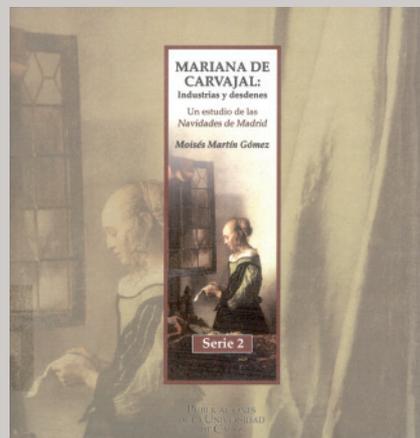
La mirada de la mujer

Es inevitable asociar la colección de novelas de Mariana de Carvajal con las dos de María de Zayas (*Novelas amorosas* y *Desengaños amorosos*) porque fueron muy pocas las mujeres que en la Edad de Oro tuvieron la formación necesaria, la situación social y los ánimos y la inteligencia para escribir.

La escritora jienense no adopta una posición defensora del derecho a la educación que tiene la mujer, como María de Zayas; pero sí le da el lugar de honor en sus *Navidades de Madrid*. Una viuda preside el marco narrativo, otra organiza las fiestas y los relatos, y una bella joven es quien narra el último y se lleva todos los aplausos y al joven heredero de la casa.

No se puede decir que la fina observación y pintura de detalles, de comidas, de adornos, de jardines sea femenina, pero sí que esa mirada al interior de las casas recrea el mundo que era esencialmente de la mujer. Curiosamente el fin de fiesta que cierra la colección de novelas como sarao que festeja las bodas de las dos parejas del marco tiene una serie de poemas de tono satírico, picante, burlesco, que no suelen asociarse con el decoro de las damas. Es muy probable que la mayoría no sean de la propia Mariana de Carvajal, porque se ha probado que cinco son del poeta zaragozano José Navarro (de sus *Poesías varias*, impresas en 1654), y los personajes que los cantan señalan a menudo que son de otros poetas: de «uno de los mayores ingenios de España, aunque no conocido por poeta por la modestia de su profesión», como dice doña Gertrudis; o don Enrique, al cantar una jácara de José Navarro, comenta que la «compuso un sazonado gusto de esta Corte».

Esa academia literaria con que se cierra la obra y deja en fiestas el espacio del marco narrativo tiene, pues, mucho de sátira



Mariana de Carvajal, industrias y desdenes, un estudio de 'Navidades de Madrid', de Moisés Martín Gómez. Universidad de Cádiz, 2003

ra, de jácara, de desmitificación burlesca e incluso a veces de sal gruesa, ¡por qué no van a gozar también con ese registro las damas, con ese gusto picante! El chocolate que se sirve al final en jícaras deja el sabrosísimo del dulce a todo el mundo que lo lea. Y si quieren paladear algo más, tienen dulces de Portugal, con musarañas y juguetes de alcorza. O si prefieren admirar los regalos que se hacen al final, verán «ricos pares de medias de seda con ligas y guantes de ámbar bordados», bolsos bordados, e incluso carteras y bigoterías.

Nos subimos al coche al igual que las madrinas que abandonan la casa, y los de dentro se recogen a sus cuartos, esperando nuevos festejos, que se prometen narrar en la segunda parte del libro, puro recurso literario. Pero el final abierto y la jácara de chocolate nos deja a los lectores de las *Navidades de Madrid* con un sabor de boca exquisito.

Galería de lecturas pendientes



2010



“Ocho días nos quedan para llegar a la Pascua, la Nochebuena siendo domingo. Pues los fríos son tan grandes y tenemos tribuna dentro de casa, paréceme que estos cinco días de Pascua y lo restante de las vacaciones no dejemos a nuestra viuda y que la festejemos entre todas, repartiendo los cinco días. Yo tomaré a mi cargo la Nochebuena y daré a todos la cena. Y pues estamos libres de la murmuración de los vecinos y este cuarto está retirado de la calle, tendremos un poco de música y otro poco de baile. El primero día de Pascua será la obligada la señora doña Gertrudis; el segundo, el señor don Vicente; el tercero, doña Lucrecia; y el último, el señor don Enrique. Cada uno ha de quedar obligado a contar un suceso la noche que le tocara.”

